CHOLOS – JORGE ICAZA

1

PEQUEÑAS DIFERENCIAS

ARDE en el fogón la lumbre con palidez y cenizas de vieja moribunda mientras penetra por la ventana desdentada de la vasta cocina la noche llena de murmullos lejanos. Las indias que habían venido con cargas de hacienda, dormitan acurrucadas junto al barril del agua y a la gran piedra de moler; es que amodorra al recinto el run-run del desagüe abierto por la. última tempestad, y el rezongo de la chocolatera de bronce donde hierve el chocolate. De pronto, suena el pito del policía que reclama el alumbrado del zaguán. La servidumbre, sorda en el sueño, deja pasar el aviso, Sumérgese nuevamente la morada en el, perezoso abandono de las noches sin luna, con aquel sopor quizá provocado por el narcotizante abaniqueo del ramaje de un viejo eucalipto que estira su savia, con. voluptuosidad retorcida, hasta más de diez metros de altura, en el jardín de la casa frontera:

Desde el corredor alto, la voz de Carlota de Peñafiel, despierta a la india servicia:

—¡Consuelooo!

—¡Mandé, niñá!

—Ve la india rosca si oye lo que el chapa está pitando. Andá encenderás el farol del zaguán.

La longa Consuelo, soñolienta, de pie frente al fogón, un poco abrigada por la candelada, con la bringosa macana anudada al pecho para sostener al guagua dormido en la espalda, con la camisa de liencillo regalada por el patrón grande cuando vino para hacer los meses de india servicia, mostrando los prietos brazos hasta los hombros, de un prieto de hierro oxidado, con manos hidrópicas de cansancio, desesperadamente hidrópicas, se frota los ojos hasta sacarse la últirma viruta de sueño, y con un movimiento de espalda hace saltar al crío que se halla a punto de caer por su sueño maduro tronchado en curva estrecha. Hallábase la india sin saber a lo que se había despertado cuando las tenaces pitadas del gendarme le obligaron a salir de la cocina. Carlota al sentirle hurgando la obscuridad, ordenó:

—¡Ve, Consuelo! Prendé breve el alumbrado y subí no más el chocolate. -

— Güeno, niñá.

Atravesando los vidrios empolvados del farol, la llama amarillenta delata tímidamente: muros manchosos, empedrado húmedo y bordado con arabescos de huesos, virgen relamida de hornacina, grada de piedra que lleva al piso alto, patio donde la luz se enreda en los tiestos con geranios que adornan los' corredores, Desde el traspatio llega un olor a majada.

Cuando entró la india Consuelo en el gabinete de las pláticas nocturnas, Carlota, con apresuramiento de flamante madre de familia, cogió la lámpara

de tubo y la situó en mitad de la mesa. La “abuela, dejando de cabecear el sueño, llamó al nietecito:

—¡Luquitas, el chocolate!

El muchacho que jugaba a los altarcitos en un rincón, levanta la cabeza y se queda: por unos segundos abstraido de deleite, fijos los ojos en el queso y: los bizcochos; de un: salto llega hasta la mesa y agarrándola con las manos y estirándose sobre las puntas de los pies empieza a pedir, haciendo de la boca hocico:

-—Queso... Queso, quiero...

---Come despacio. Nadie te va a quitar —interviene don Braulio, el cual pasea sus preocupaciones de cristiano latifundista a lo largo de la pieza, enmarañándose con los dedos el bigote. Como no surtiera efecto la primera reprensión, el padre insiste:

— Pero niño…

---Pareces un chancho. Sólo los longos comen así, “Cualquiera ' diría que no eres un niño decente,

Palideció el chiquillo, bajó las comisuras de los “labios, con gesto suplicante buscó: el amparo de las “mujeres y dejó escapar un grito. .de las entrañas “de “una boca repleta de queso.

—Sin llorar mi bonito. Calla... Es por tu: bien, hijito. Un niñito decente come despacio. Un niñito decente no llora como longo. Un niñito decente se está calladito —murmuró la abuela rancia. El padre, con voz autoritaria y severa, con esa voz aprendida desde pequeño frente a los retratos de sus antepasados: un clérigo libertino y un general almidonado en su uniforme de pechera con muestrario de bordado a mano, lanzó también la letanía de las virtudes inherentes a muchachos nacidos de útero de fabricación garantizada; para terminar con lo que para él era síntesis de virtudes:

---...Cuánto no le he dicho: ¡Eres un Peñafiel!

—Es muy guagua, apenas tiene tres años —intervino Carlota.

—Tú no sabes de estas cosas, mujer — gritó don Braulio poniéndose rojo al encararse con la disculpa maternal —Quieres hacer de él un cholo, un... —iba a lanzar la injuria contra la pureza de sangre de su mujer, iba a decir, «como tu casta de mulatos, pero tuvo que callarse porque ella, sensibilizada en un medio en el cual todos blasonaban de noblezas, se sintió víctima. y lloraba con la cara entre las manos.

--¡Oh! Te has hecho muy delicada... No podemos reprenderte en ninguna forma —afirmó la abuela sirviendo el chocolate en las tazas y propinando a Luquitas con otro pedazo de queso para que se calle.

Pasó la cena en medio de un silencio hostil, todos se acechaban para no ofenderse en busca de re-. conciliación, La india recogió las tazas y salió en silencio.

En el patio desierto y obscuro el gangueo de los rezos, del largo rosario nocturno hervía como gargarismo, mientras Consuelo arreglaba su cama en el corredor que da al traspatio, y los runas se iban tronchando en el zaguán, sobre las macanas y los rebozos de bayeta extendidos en el suelo humedo,

abrigándose. con los ponchos y con el calor de los cuerpos en montón. Cuando todo se hubo callado resonaron los pasos de don Braulio: es su costumbre, antes de acostarse, ir a orinar al traspatio. En aquella ocasión, el montoncito que hacía la india servicia, tendida en mitad del camino, olor a cebolla, a sudor, a guagua tierno, fue para él, abismo de infierno con carga libidinosa. Se puso buena coraza de cruces y quiso pasar tapándose la nariz, más tuvo la mala suerte de tropezar en el «montón, con tanta desgracia para su honestidad, que resbaló sobre turgencias apretadas de lujuria. No pudo más, se quedó allí, en silencio, sin atreverse a nada hasta que su- helada virtud váyase fundiendo en las calideces de la hembra india.

—Consuelo ..... Consuelo,

-— Mandé, niño

— Despertate

Aun cuando la longa hubiera querido rechazar, había un miedo y una veneración secretos; era mejor para ella cerrar Mos ojos, dormir si fuera posible, ensoñar con el longo Julián Chango — aquel marido que le dieron un día, cura y teniente político —. Dejó hacer, se abatió en el cansancio tirada como una muerta, y por el camino obscuro de su anhelo llegó la .sombra del marido con humillación rastrera, le abrazó, y, en el instante secreto, lloró con bufidos de placer y dolor, con aquella lamentación trágicamente alegre de sanjuanito, con desesperación que sirvió para abrir en Consuelo los círculos concéntricos del goce sexual, circulos que crecieron, que se agigantaron hasta la ternura, hasta hamaquear al macho al arrullo de un leve movimiento de caderas, al tiempo de murmurar hacia la conciencia: '

— Ringui... ringui... ringui,

POR entonces corrían los obscuros tiempos del farol al zaguán, de las leyendas de aparecidos poblando tejados y quebradas de duendes y cajas roncas, de calles estrechas y desiguales donde los coches parecían truenos sobre un tapiz de empedrado menudito, de indios aguateros junto a las pilas de las plazas, de baño a las seis de la mañana en los pogyos, del «tendiendo duerme» a las siete de la noche, de los largos viajes en diligencia o a caballo, cuando la ciencia teológica daba fama de erudición, el espectáculo callejero se refocilaba con los chistes libidinosos del «orejas de palo», y los mestizos adinerados iban a misa de chistera y levita, haciéndose llamar: «niños» o «su mercé»

Enfundado en su indumentaria de señor noble, pulcro y reluciente, sale don Braulio Peñafiel de misa de la Catedral. Se diría que va escurriendo tiesura por - el cuello, pechera y puños almidonados. Viene de pedir a la Virgen que no le importune con los cobros el cholo. Alberto Montoya y que no permita Dios que se empreñe la india servicia. Iba tan tieso que le era imposible doblarse al saludo de follonudas; cuando de improviso, en la figura del noble señor se desplomaron las rigideces: su andar se: acortó, miró para todos. lados. Se diría que deseaba volverse para reprochar a la Virgen por no haber escuchado su súplica; y todo, por estar muy cerca de un hombre más joven, más alto y más fuerte que él; un modelo de robustez campesina: Alberto

Montoya. Era uno de esos tipos morenos, de piel lustrosa, que llegan los domingos a la capital a gastarse los ahorros o a planear los negocios, Con sus pequeños ojos negros, su nariz bien cortada y sus labios un poquitín abultados, habría sido verdaderamente un señor, un caballero, pero tenía el bigote demasiado ralo, caído como el de un chino, los pómulos prominentes y el cabello negro y rebelde. Esos bigotes, esos pómulos y esos cabellos, fueron su único disgusto, tal vez el eran dolor de su vida. Lucía zapatos amarillos deslustrados, polainas negras, calzón de montar color claro, americana obscura con los bolsillos fuertemente hinchados: por la congestión de aquellos pañuelos de franja azul o roja. Llevaba un enorme reloj Waltham encadenado al ojal del chaleco, corbata de nudo mal hecho y sombrero con falda desplanchada.

Don Braulio evitando el encontronazo giró sobre sus talones, para luego quedarse agarrado a la llamada urgente de una voz áspera:

—¡Don Braulio! ¿Que's pes, ya no quiere conocer? Yo esperándole en la esquina de siempre.

Era un espectáculo impresionante observar los esfuerzos desplegados por Peñafiel para mostrarse los esfuerzos desplegados por Peñafiel para mostrarse amable al mismo tiempo que trataba de dominar un deseo loco de huír.

—Me había olvidado de irme a donde don Manuelito —disculpose, aun cuando sé sentía molesto por sus mismos apuros, creyendo advertir en la sonrisa y en los gestos disimulados de Montoya. una burla disimulada también.

—«¿En su casa están todos "buenos, señor?

—Sí, gracias... ¿Y cómo anda su hacienda, Alberto?

—Ja... Ja... Jay..... ¡Mi'acienda! Mi Pegujal "querrá decir, semejante pedacito de monte que tengo, siquiera que fuera como la suya, eso es cosa,

—Qué vecino tan quejoso— murmuró el hombre tiesamente elegante, disimulando una excitación que cosquilleaba su vanidad de latifundista cristiano con sentimiento severamente tradicionalista, por decir algo, continuó:

—Y dígame: ¿le ha dado el mayordomo ese piquillo de los intereses?

—No mi señor don Braulito, siempre mismo me queda debiendo ese resto,

No obstante conocer la respuesta, Peñafiel sintió el rubor congestionándole las mejillas. Actitud que coincidía con una época de derrotas para él y que exigía sacrificios y vejámenes. «Me ha cobrado un cholo, cree tal vez que puedo perjudicarle, que soy un hombre sin conciencia», pensó. Aprovechando la pausa de rubor, Montoya se vió en la necesidad de insistir:

—Y con lo que él lunes me mandó a pedir otros dos mil…

—¡Pero mandé el pagaré!

El gesto airado de a amilanó al hombre de polainas. Sin duda había herido el espíritu delicado del vecino cuando éste se mostraba con actitud crispada y altanera, actitud que aflojó todos los arrestos exigentes del acreedor tornándole humilde y meloso,

—"No digo por nada, don Braulio... Con usted, lo que quiera... Si no que el cholo, mayordomo a veces... Ya ve lo que son estos cholos: ladrones, sinvergüenzas, atrevidos.

Insultaba al cholo ausente con el placer de insultarse a sí mismo. Había cometido una imprudencia, y él creía necesario humillarse indirectamente insultando a todos los cholos de la tierra, para así, dar una satisfacción disimulada a don Braulio, el cual, viéndose dueño del juego, exclamó:

—Exíjale que le pague el resto, yo ya le lio dudo orden.

—Así haremos señor, yo decía por....

-—Por nada... Por nada... —cortó Peñafiel que descaba desembarazarse cuanto antes de Montoya.

Pero el hombre de las polainas creyó indispensable seguir hablando hasta convencerse de que todo motivo de resentimiento había pasado. Empezó abriendo la espita de su zalamería con viejos conocimientos en la agricultura y con afirmaciones rotundas sobre la peonada:

---Una friega es mi señor don Braulio estar buscando trabajadores para el pite de tierra que uno tiene, Acaso los cholos bandidos quieren coger la pala. No somos indios, dicen; y como mi pedacito es sin runas, estoy arruinado no más. A eso vine, pera mi compadre del Ministerio me cuenta qui'a oído que van a suprimir el concertaje... Y así debiera ser, necesitamos indios libres para poder pagarles.

Arrastrado por una santa indignación Peñafiel quiso contestar, pero recordó que estaba en una calle pública y que no podía ponerse a discutir con un cholo. Se contentó fulminando al hereje con banderillas de desprecio y encendiendo su rostro como farol de bolica de turno, Alberto Montoya, insistió:

—Ya sé qui'a usté no le gusta, pero...

—Uuuf...—gruñó el viejo, tragándose los insultos que tenía para tales ocasiones. No había que: darle importancia, no había que hacer notoria aquella: amistad. ¿Qué diría don Jacinto? ¿Qué diría su Ilustrísima? ¿Qué diría la señora Mariquita? ¿Qué...? El aliento cálido del cholo propietario interrumpió las preguntas bañando la oreja del aran latifundista con tono confidencial:

—Todo desque ‘stá preparado en las Cámaras.

-- ¿Eh? —interrogó el viejo retrocediendo, más que de asombro, de asco. Dolor de sinapismo en la mejilla. No podía soportar la idea de que le sorprenda algún amigo en esas confianzas. Todo le daba vueltas. Veía negro. Ahora contestaba con una risita angustiosa. Como si la voz viniera del fondo de un pozo, oyó el principio del viejo cuento de Montoya:

---Soy una lanza, señor. Todo Esto. le debo al señor cura Jaramillo.

—¡Ya! —gritó el viejo fuera de sí, alzando los brazos. Me sé de memoria la historia del santo clérigo.

Al apaciguarse miró por todos lados como fiera» acosada, y entró en la primera casa abierta,

—¿Que's pes? ¿Qué le pasará? Lo que son estos curuchupas, cuando iba a hablar de la vida de un santo clérigo. Benditos latigazos del cura Jaramillo que mi' acostumbraron a ser respetuoso con las gentes,

Y mientras subía una de esas calles que pretenden ponerse de pie, fue pensando en su infancia con el centenar de escenas modeladoras de su dimensión esencial. La figura del cura Jaramillo, a veces cruel, a veces buena, era el centro de sus primeras memorias. A la sombra de aquella sotana olor a tabaco, sebo y café con leche, se retorcieron sus travesuras infantiles con hipocresía obligada. De caricias maternales sólo conoció las de una vieja que le llamaban «mama Dolores» y que murió siendo él todavía un niño. Era la vieja que pasaba las horas remendando manteles y paños eucarísticos en el hueco de una ventana, y a la noche le enseñaba a rezar el rosario en. tanto taita cura despedazaba bizcochos sobre la taza caldera llena de chocolate.

El cura era sabio por rezar responsos en latín, y era hombre trabajador porque sólo se le veía chalaneando caballero en una yegua negra por las ferias y los caminos, siempre con las alforjas repletas y llevando uno o dos indios atados por los cabellos a la «cola del animal. Al llegar al curato, que era casi una hacienda, el santo varón entregaba las alforjas a «mama Dolores», desataba a los runas, y entre amenazas y consejos les encerraba en el galpón desvencijado donde funcionaba el obraje, a que desquiten aquel restito de la deuda del sermón o la fiesta, que generalmente no era resto sino el trabajo de toda una vida.

Más tarde, cuando ya fue un muchacho que sabía leer, y contar, y acolitar misa, el cura quiso hacer de él un hombre práctico y le metió al obraje como capataz. Desde el alba se alzaba el cántico de los indios en torno a las montañas de lana a las cuales se les iba vergueando hasta dejarlas escarmenadas en copos blancos, todo envuelto en una. neblina de pelusilla asfixiante. Aprendió a tejer bayeta, aprendió ahilar, aprendió a ver indiferente cómo Dios recogía las almas indias con fulminación repentina, entre toses y vómitos de sangre, aprendió a huir como huían los runas, en el momento menos pensado o valiéndose del engaño de un juramento de vuelta. Y una noche, huyó. Las estrellas fulguraban en el cielo, los caminos se tendían llenos de promesas, el cansancio y el hambre le pelotearon por casas y latifundios. Perdido todo contacto, pasaba los días sentado al sol con las manos flacas en torno de las rodillas, mirando hacia una esperanza. Una noche dio con unos hombres que discutían acaloradamente, tal vez habíales mordido el demonio cuando juraban y rejuraban matar a los frailes y arrasar con los conventos. Fue entonces que en sentimiento de revancha del dolor que le ocasionaron rosarios de la aurora, salterios de las noches, sustos de pecados mortales, hizo migas con esos hombres blasfemos. Supo que los herejes luchaban por la libertad, supo que los herejes habían conseguido la victoria definitiva, y se sintió hereje de pronto.

Tornó a recorrer los caminos: Al caer de una tarde se le vió vagar en silencio por el callejón orillado de moras donde pasó los domingos de su infancia. El cielo tenía una claridad triste. Antes de entrar en el curato, que era casi una

hacienda, se detuvo en el portón para saborear las emanaciones rumorosas que llegaban desde el interior por la avenida de eucaliptos. ¡Cuánto trabaja el señor cura Jaramillo!

A los pocos meses murió el clérigo dejándole una regular cantidad de pesos con la «cual hizo su aparición en San Isidro y compró un pedazo de monte.

Engolfado en todos estos recuerdos llegó a la casa donde tenía el cuarto para sus estadías en Quito. Era una habitación baja, con muebles, deteriorados y revueltos, Se calzó las espuelas. Cogió el poncho tendido sobre la cama, cerró la puerta con llave. Cuidadosamente revisó la cincha mientras murmuraba carajos contra el indio que le había venido acompañando. De improviso recordó que el señor cura Jaramillo ponía el poncho sobre la silla para suavizarla. Cosa extraordinaria, también don Braulio tiene la misma costumbre. No era decente atravesar la ciudad con el poncho puesto. Lo dobló cuidadosamente colocándole sobre la montura. Odiaba a Peñafiel y, no obstante, le imitaba en lo que podía y cuando se acordaba. Aprovechó la oportunidad para ejercitar sus imitaciones, dirigiéndose al indio dijo:

—Muchas gracias mi querido vecino.

Como no comprendiera el runa, rió por. lo bajo, en tanto Montoya, ya sobre el caballo, le obsequiaba: cinco: centavos para el camino y se despedía con el gruñido del latifundista;

---Uuf

NO estaba el «Pegujal» de Montoya situado sobre el camino real, sino en mitad de la maraña montañosa que se extendía al otro lado de la cordillera, como uno de los cien dedos del trópico hundido en las breñas peladas del altiplano.

Paisaje de clima abrigado, propicio a los suculentos latifundios productores de caña, paisaje que a media hora de camino, trepando la ladera, podía enfriarse. en la plaza del pueblo de San Isidro.

Alberto Montoya, entró en el patio del caserío por la parte de atrás; el perro salió silenciosamente a menear la cola, y el mayordomo, que dormía en el corredor, bajó presuroso a sujetar el caballo. El aire era tibio y la noche parecía cada vez más negra. Desde el galpón, junto al trapiche, llegaba la luz de los fogones,

—¿Mandó los longos l' Aleja? — interrogó Alberto dirigiendo la mirada hacia los ojos de luz abiertos en la noche,

—¡Sí, trabajando están! —afirmó el mayordomo, mientras Montoya se metía en la casa rengueando. Susurraba largamente el monte claveteado de gritos como pulsaciones,

—¿No'abido novedad?

—Elé, como no pes, Por más que” recorrido toditicos los fundos de los. bajíos, acaso*podido encontrar ni'un solo pión..... Sólo conciertos en todas

partes, y los runas ca dicen: «Dius guarde, Dius favureciendu, yu ga cunciertu suy. Patrún sabiendu ga ha di matar nu más». Y como las autoridades tan defienden, no se puede no más sonsacarles. A lo mejor me meten preso por sonsacador.

—¡Te dije que les ofrecieras buena paga!

—Elé patrón, hasta más de lo que me dijo les ofrecí, pero qué pes, ni por nada.

Se evaporaron las esperanzas de gigantescos des: montes, de grandes sembríos de caña.

— Necesito indios libres, carajo— exclamó Montoya entre la penumbra del corredor.

—Siquiera con los poquitos qui'ay empezaremos el desmonte. El Rafel y el Caiza ya cro 'que 'stán repuestos de los fríos. Lo que's el longo Altuna qui'oras tan vendrá de Quito. Como jue con el cabasho de vusté.

—¿Se podría siquiera reunir unos veinte runas?

---Ni con las guarmis y los guaguas pes, patrón.

—Que pendejada.

El cansancio y el estropeo del viaje se curaron sobre una cama mal tendida, con sueño pespunteado por viejos anhelos que encendían sus luces vivísimas de cuando en cuando: «por qué no me habré quedado en el pucblo con l'Aleja»... «Mañana arreglo lo de la peonada»... «Cien indios saliendo del monte»... «Montoya con vestido de gran señor»... «Un par de zapatos de hule»... Al abrir los ojos en la mañana, sintió la angustiosa sorpresa del que acaba de llegar al retazo de paisaje recortado por la ventana. Era el monte erizado de vegetación milenaria, acariciado por una cola de neblina espesa, licuable en la cercanía de la mirada; era el lamento que se pegaba a la angustia de los despertares de improviso. Montoya, con la atención del que toma el pulso a un moribundo, auscultó los ruidos que se filtraban por todas las rendijas de la casa, que se encaramaban sobre el alféizar sigilosos y amenazantes, como un ladrón con el cuchillo sujeto entre los dientes.

---AY... Ay..... AY....

— Buniticu sha... Ay... Ay ... Ay.

--Mi cari pes... Mi hombre pes... AY... AY... AY...

—Mi guagua pes... AY... AY... AY…

Se acercaban las voces creciendo en contornos desesperados, con hipos de musiquilla de sanjuanito." Iban agrandándose. Ahora pasaban como un escalofrío frente a la casa del «Pegujal».

---Cuichi malo.

---Arbol malo.

---AY… AY…AY...

-—Áura ga, quí tan será.

—Mi buniticu... Mi taiticu..

— AY... AY… AY…

Le empujaron los gritos hacia la ventana. A la cabeza del cortejo de plañideras, desdibujados por la neblina, van dos indios llevando en un palo un bulto sostenido en ponchos a manera de parihuela, un bulto hinchado como barriga de chancho gordo. Haciendo cola va el acompañamiento compuesto por toda la gente de la parcela: indios. cabizbajos, arremangados el calzoncillo hasta las ingles, con las herramientas al hombro; longas destilando lamentaciones por lágrimas, mocos y jetas tumefactas que secan todo si dolor chorreante con la esquina del rebozo mugriento; guaguas ventrudos, con un pedazo de camisa pringosa que les viste hasta el ombligo, corriendo para tomar la delantera en llevar la noticia, para espiar la tragedia colgada del palo o para quedarse abismados en la sangre que se filtra entre los ponchos de la parihuela y va dejando manchitas rojas en el lodo,

— Ay mi taiticu, mi bunitu.

---AY… AY... AY...

— Aura ga, quien para trabajando.

--- AY... AY... Ay…

Arremolinado por la neblina, el cortejo se perdió monte adentro gimoteando como bestia herida.

El mayordomo cuenta la desgracia:

--- …empezó no más a sonar el árbol. Toditicos los longos corrieron pero el Tuna se resbaló en el lodo, en las chambas y li'alcanza pes las ramas. Quedar el longo hecho una desdicha, como ratón cogido en la trampa con los ojos saltones, rota la cabeza, los brazos, y qué tan tendrá pes adentro, miando sangre” stá. No puede ni moverse, a lo mejor clava el pico, Con este son cinco

Al ver que el dueño de la parcela se quedaba en silencio, el chagra insistió:

—-Elé, aura qui'aremos pes, patrón.

— Qué joda —maldijo Alberto rascándose la cabeza, Bajáronle cosquillas desde el cráneo llevando un estremecimiento sentimental. Segundos asfixiantes para renegar de la mala estrella. ¿Qué crimen había cometido él para que la suerte le castigue en esa forma, para que la fatalidad no le dé indios, y los pocos cor1seguidos a la fuerza váyanse acabando en esa forma tan trágica? Se creyó un ser insignificante, inútil, Absorto le miraba el mayordomo. Desde el monte llegaba el croar de las ranas, el latir calenturiento de una vegetación trituradora dé indios. Odió la exuberancia desbordante y solapada. De improviso aquel cúmulo de pasiones contradictorias le humedecieron los ojos. Sintiéndose emocionado hizo un gesto de huída, no quería perder su prestigio de macho, de hombre sin corazón. ¡La maldita fatalidad!

-— Pobre indio — murmuró.

El mayordomo que no comprendía la razón de caca lágrimas, abrió más la boca, se le secaron los labios y me petrificó hasta la desesperación; el

pobrecito no podía concebir aquello de que un hombre propietario se entristezca por la muerte de un hombre esclavo,

Era inaudito lo bueno que se mostraba este patrón tan campechano y franco como los hombres más humildes de su pueblo,

---Retírate,

---¿Yo?

--¿No me oves?

— ES QUE…

— Andá buscarás un curandero. Alguna persona que te vea, pes.

Con el alelamiento del chagra y con sus propias órdenes, Montoya fue enardeciéndose de cólera, Sintió que las frases se deslizaban por la pendiente de la furia de aquellos que se sienten víctimas.

—¡Yo pago todo! ¡Yo pago todo! ¡Es necesario que el rosca se salve, carajo!

Su ternura primeriza se liquidó en una explosión de gestos hinchados de cólera. Huyó el mayordomo. No alcanzaba a comprender el motivo de aquellas lágrimas, Él nunca le había visto llorar. ¿Qué será? La respuesta satisfactoria: para sus cortas entendederas fue dada por el deseo de adular: «es bien güeno con los. indios», se dijo. Y sin detenerse echó por «l viejo camino que serpentea a través de la enmarañada vegetación hasta llegar al pueblo y depositar en todos los rincones la noticia que iba creciendo en su pecho.

—¡A patrón Alberto se le jueron las lágrimas sólo, por un indio! ¡Es el único patrón güeno!

—Yo tan le' visto shorar por los piones.

SORPRENDIO don Braulio desde la ventana del gabinete a Consuelo en sus desmayos y se le retorció la duda en el corazón. La idea de una sospecha contra la integridad de su: vida sexual, infundióle un miedo fastidioso. Se volvió de un genio descontento e irascible. Apresuradamente don Braulio buscó el pretexto, hallando. desde entonces, los servicios de la india sucios, torpes y tardos.

—Se ha vuelto una cosa insufrible gritaba a menudo.

Carlota que sabía lo que le esperaba en la cocina hasta poner hábil a una nueva servicia, se desenvolvía malhumorada y gruñona, con esos largos momentos de bilis llenos de manos crispadas y ojos amenazantes. Pero el marido cortaba con desdén la carrera belicosa de la hembra:

— El negro, el zambo que háy en tí te pierde. En estos momentos pareces una verdulera de la plaza.

—Sí, yo mulata y vos... —sin hallar el insulto para el hombre, la cólera caía minada por un torrente de lágrimas.

Otras veces la esposa oponía razones:

— Nadie como la india para un sancocho, para...

--- Para sucia —interrumpía Peñafiel,

-— No sé lo'que te pasa, te ha dado contra la pobre Consuelo. Yo no he de estar entrando a la cocina,

—- Ni yo consentiría nunca aquello, para eso Dios nos ha dado plata. Al hablar de la plata, don Braulio pensaba: «plata para gastar, plata que se la adquiere firmando un pagaré o arreglando una nueva hipoteca sobre la casa o sobre la hacienda. El cholo Montoya suelta lo . que le pido». Hacía una mueca de asco, incomprensible para la mujer, y continuaba:

---Ya se verá, ya se verá.

Desde luego no se hizo esperar mucho la resolución de carrillos hinchados y ojos amenazantes. Fue por haberle servido el café en una taza, para él sucia.

— ¡India puerca! ¡Esto es inaudito! ¡Te largas ya mismo de mi tasa! — exclamó en aquella ocasión, tirando tazas, platos y cucharas a la cara de Consuelo.

Cargada del hijo a la espalda y del cucayo y los trapos a la mano salió de la ciudad, después de cinco meses de servicio. Llevaba en el vientre: un malestar de hembra. A la espalda quedaba la ciudad, su voz ululante y fiera a una blasfemia: bajo la gloria del amanecer, Más allá los caminos se empinaron en zig-zag de chaquiñanes, hasta dejar a la india. Consuelo acurrucada en las cunetas.

La brisa crepuscular escalofrió los cogollos más tiernos de las cercas y se hirió quejosa en los filudos pencos. Habíase puesto el sol, pero la india iba siempre camino adelante, acezando en su afán de llegar. Al cabo de una hora murmuró como si fuera alguien a su diestra:

—Ya nu puedo más.

Le dolía el vientre corno un peso sobre el sexo, Las casas de los cholos, sentadas a la orilla del camino con sus corredores abiertos a todos los viajeros, le animaron a pedir posada:

— Ave María, una pusadita, bunitica

— Nu' ay.

— Aquí, arrincunaditu in curridur,

— Nu ay. India shugua eso ha de ser,

Continuó en silencio, engañando al guagua que se había puesto a llorar.

— Una pusadita.

— Nu ay.

— Una pusadita,

—Cainá en el corredor, pero cuidarás bien la casa.

—Dius su lu pay, bunitica.

Al segundo día, cuando empezó a descender la cordillera, sintió cómo se le desentumecian los miembros y cómo se hinchaba la carne bajo el beso cálido. En el pueblo de San Isidro, de clima tibio por estar en la ladera, descansó largamente, pero al descender el camino, entre riscos y tierra gredosa y sentir muy adherido el sinapismo del sol en los hombros y en la cabeza, el. corazón le empezó a dar saltos de timidez y de vergüenza. ¿Qué diría al longo Julián?

— Jisús — murmuró santiguándose como le había visto hacer a fía Carlota,

A la vista del viejo paisaje renacieron sus viejos afectos, era como si volviera a clavarse en aquella tierra negra donde la prosperidad se abría en abanicos, de. hojas, se engordaba en troncos de cabellera enmarañada y se extendía en cañaverales; donde sólo es un recuerdo la vegetación enana de pencos y tunas. A pesar de sentirse alegre, se angustió hallándose culpable al mirar cese paisaje con “mirada soslayada, tal vez con miedo procedente de los antepasados que sufrieron el terror de las emboscadas de los guerrilleros blancos. Ella también traía un daño de blancos para el pobre indio de la choza.

En la vivienda se descargó de los trapos y del hijo, y se puso a revisar por todos los rincones: unos cueros de chivo y un poncho viejo se amontonaban haciendo la cama, Hubiera querido gritar, gritar coro el niño chiquito cuando no le daban el queso, como ña Carlota cuando la costurera no lograba sacarle el modelo exacto, como ño Braulio cuando le tiraba los platos a la cara. La estrangulación del grito se trocó en impasibilidad. Volvió hacia el fogón. El hueco cavado en el suelo contenía viejas cenizas heladas. Prendió la candela, hizo hervir agua en la olla, pero como no había con qué condimentarla, el agua se fue secando a grandes carcajadas.

—Ya veniste, nu...— murmuró «como bien venida el marido apenas llegó del trabajo. Aun cuando era grande la sorpresa, pero la desconfianza para aquella india venida de la ciudad era mayor,

— Elé, claro pes, Nu' estáis viendu...

Manera de decir que desconcertó: al runa, encerrándole en un mutismo angustioso, justificado tan sólo con miradas de reproche prendidas en el vientre de la hembra. Se acomodó en un rincón como toro aquerenciado, rascándose la cabeza, mascando bufidos -de carajos, 'alelado en la telaraña de sus deseos, de sus aspiraciones y de sus venganzas. “Sólo ella podía saber lo que él pensaba, sólo ella podía sentir como él estaba sintiendo, y es por esto que procuró achicarse en silencio, no decir nada, no hacer ruido, caer de Heno en el mutismo de su monte, dejarse atontar por ese calor húmedo y por esa orquestación de ranas que lo envolvía todo. El, en cambio, deseaba con verdadera ansia estar borracho para patearla hasta sacar, Te todo lo que los blancos le pusieron en la ciudad, y así por lo menos, habría motivo para hacerse de buenas. Pero..., ¿de qué le podría reprochar? Hiló el despecho en desesperación solitaria al ver todo aquello terriblemente opacado por el continuo martilleo del monte, por la obscuridad del cerebro y del ambiente, por ese sopor, de vez en vez tronchado por el ruido que hacía Consuelo al rascarse y morder los piojos.

Desfilaban los meses, acelerando la marcha los días de embriaguez con guarapo que invitaba el mayordomo del «Pegujal». Borracheras que le brindaban al marido perspectivas de huida, planeadas entre Carajos por el mayordomo; borracheras que le dejaban tendido en el suelo de la

guarapería de la Catota, entre un montón de indios ebrios, los cuales eran continuamente amonestados por las ofertas del cholo conquistador:

—Nu' ay que ser pendejo, patrón Alberto Montoya ca, paga guañucta. El lunes de pasar por aquí par’ irnos y que vean lo qu'es güeno. Rial diario' mos de pagar. Cucayo para la vuelta tan' mos de dar. Y tenimos un guarapo, eso es cosa fína; nu'es por hacerle contrapeso a la Catota, pero da gusto emborracharse. Esto ca, miados no más parece. Asha ca los indios gorditos son. Rucutushcas toditicos, Ustedes ca, ya van a morir.

Del montón de carne intoxicada, envuelto en el hálito de bocas podridas en fermentos, de vaho de sudor secado en los ponchos, de olor a cotonas enceradas en suciedad, subía como una respuesta:

— Maná... Maná..... Propius..... Longus propius somus, patruncitu. Conciertus.

Dando un paso torpe, como si fuera a vomitar sobre el hacinamiento de carne tumefacta, el mayordomo respondía:

—«Maná ..... Maná» ¡Roscas animales! ¡Ganar plata guañucta. Hay qu'ir cashadito por monte, pendejos. «Maná ..... Maná» ¡Animales!

En protesta y en disculpa se levantaba una cabeza de indio, dejando vagar la mirada torpe sobre las paredes sucias de hollín, sobre el pondo de guarapo, sobre el fogón en el suelo, hasta tropezar con la figura tambaleante del cholo y murmurar entre hipos:

---Patruncitu..... Tuditicus conciertus, pes. Parán quitar huasipungu... Maná... Mañá... Si nu siendo conciertus ga, intuncis par irnus,

— ¡Carajo! Ya les digo, pes: patrón Montoya está consiguiendo eso misma en Quito, ¿Me' ntienden...? Ya no más. conciertos, ¡Ya nó! ¡Ya nó! Talla teniente político ca, hacer respetar la ley, carajo.

--- Ja… Ja… jay…

Cansado el conquistador, repitiendo entre risas y carajos los argumentos torpes de los indios, montaba en la mula amarrada a la puerta de la guarapería y, haciendo proezas de equilibrio sobre la montura, se perdía camino abajo.

UNA mañana, en el cañaveral alto, en minga de limpia, se: hallaban la Consuelo y el Julián, cuando la india sintió, de improviso, un dolor agudo en las entrañas. Apretando los dientes en anhelo de morder el dolor que le atenazaba, fue en busca de su marido.

—¿Mamiticu, nu'as visto al Julián? .....

—Pur ay le vide,

—Pur acá, tan.

—Pur ashá, tan.

Le hacían correr las respuestas de un lado a otro. No pudo más y cayó. al suelo, el guagua que todavía crecía a la espalda, empezó a dar grandes chillidos. Lógicamente acudieron las lamentaciones,

—Dius guarde…

— Dius favurezca.

—Quí' s pes, fora Consuelo.

De pronto declinó la "agudeza del dolor, dando tiempo a la mujer para que pueda reincorporarse, con la pregunta en los labios:

-—¿Nu viste al Julián?

— Vení..... Aquí nu más cro' que stá,

Como sintiera la proximidad de la presencia. del marido, se acobardó tanto que, soltándose de la mano de la india invitadora y limpiándose el sudor frío que le corría por la frente, murmuró:

— Dius su lu pay, mamitica... Diga nu más. Ya sé undi está. cainandu,

— Jisús. Nu quirís quí' acompañe

-— Nú.

Quería quedarse sola.

Los miembros entorpecidos. empezaron a dejar caer. las herramientas. Las piernas un tanto hinchadas y vacilantes no la sostenían ya. Volvió el dolor. Se apretó el. vientre con las manos. Hizo esfuerzos inauditos por continuar la tarea pero cayó exhausta. Dejó escapar un grito quedo, muy quedo y, luego, sin darse cuenta, otro más fuerte, y otro, y otro, conforme iban menudeando los dolores. Vino el marido. Siguiendo la costumbre india, abandonaron el trabajo, internándose en el monte por el lado del río.

—Aguantarís caraju, hasta shegar a. chaparros —repetía el longo a cada lamento de Consuelo.

—Pur Dius, taitica, aquicitu nu más... Ay... AY… AY…

Así, hasta dejarse caer en una Cama de tierra bajo una ronda espesa, en tanto. el marido: con el cachorro en brazos, buscaba una fibra de corteza fuerte, Los gritos ahogaban los rumores de los chaparros: y del río.

---Casharisti nú.

--- Ay… Ay… Ay…

Temblaba como una. hoja el cuerpo de la mujer, le castañeteaban los dientes y los labios vertían sangre de tanto ser mordidos. Se había desenrollado el anaco y entro las desgarraduras de la camisa renegrida se veían las piernas. Un estremecimiento general le hizo agarrarse desesperadamente del poncho del marido, estribó los pies en el colchón de hojas hasta dar con la tierra humedecida, inclinó la cabeza hacia atrás haciendo una profunda respiración para contraer los músculos del vientre. Le centellaron los ojos inyectados. amenazando saltarse de las órbitas. Chorreábale el sudor por la cabeza, por el pecho y por la barriga, hasta que los dolores se le hicieron sordos, estrangulados «de gritos, con

desesperación de retener entrañas que se escurrían fatalmente rasgándole el sexo.

A la conciencia de la india llegó un débil lloriqueo de niño, luego la ayuda del marido que cortaba el cordón umbilical con los dientes y lo amarraba con un pedazo de fibra de corteza. Quiso levantarse, pero el longo le detuvo.

—Estarist' echada, nú... Ispararís un raticu para curarte, caraju —repetía el indio con las manos embarradas, pastosa la boca por un sabor salado de sangre, postrado de rodillas contemplando el cuerpo de la mujer de la cual nunca recibió las primicias sexuales, sintiendo la invasión de grandes oleadas de una cosa inexplicable, corno si quisiera desembuchar todo lo que, desde siempre, llenabale de amargura. Ese crío baboso, rojo como ratón tierno, apuraba más y más todo el despecho sádico; ese crío traído de... Él no sabía de dónde, y si lo sabía subconscientemente, no se atrevía a gritar a pulmón lleno. La india parecía ofrecerse abierta y sangrante, Toda la repugnancia humana se trocó en deseo. Recordó claramente la manera cómo los machos del cuy esperan el parto de la hembra: peleándose, mordiéndose, matándose si es posible, y cuando pare precipitándose el más fuerte para cubrirla, para hacerle suya. Él era ahora el más fuerte, aun cuando no quería creerlo, El silencio le afirmó en un sí de murmullo de follaje. Hasta el monte no vendrán ellos. Había que apurarse, precipitadamente como el cuy. Se acostó sobre la parturienta sangrante. Por fin tendría la seguridad de un hijo suyo. La india Consuelo intentó rehuír pero el longo rogó entre vehemencias de súplicas y órdenes:

—Esperá raticu... Esperá raticu... Bunitica,.. Ricurishca.

Se sació con furia salvaje en ese sexo vivo y palpitante de dolor, repitiendo como un maniático:

— Ricurishca..... ¡Ricurishca !

Al ver al guagua recién nacido que lloraba con furia primeriza, continuó con voz y gesto del que quiere vertir su dulzura como enmienda de grandes remordimientos:

—Jisús, guagua ga hichu: una pushca. Hormigas tan queriendo comer.

Cogiéndole cuidadosamente le limpió con la falda de la cotona, y dirigiéndose a la iudia que aún permanecía inmóvil, concluyó:

-—¿Qui' s pes? ¿Aquí quirís cainar? Echaduta cumu guagra, nu. Vamús al ríu a lavar a guagua... Levantarís breves

—Ari...

Ajustándose las caderas abiertas, con un grito largo se puso de pie la longa. Cogió al crío recién venido y siguió humildemente la marcha de Julián.

Casi a la noche, después de haber remojado al pequeño en las aguas tumultuosas del río, volvieron a la choza. Se escarmenaba el paisaje en la neblina; «el paso monótono de la familia india sonaba como el croar de las ranas que van saltando entre los charcos del camino. Aquellos animalucos llenaron de satisfacción al longo. Había en él una alegría íntima, de esas alegrías que se retuercen en el pecho por haber engañado al enemigo potente, y como no quería que nadie interrumpa aquel cosquilleo agradable

rara vez sentido, se volvió a la mujer que le seguía quejándose y chorreando loquios de desembarazo, para ordenarle:

—Casharís nú, caraju.

La neblina se hizo más espesa, y el paso monótono de la familia volvió a sonar en la orquestación de las ranas.

El mestizaje político escribió en el libro de la Ley la abolición del concertaje, y satisfecho de su talento se contentó con exbibirla en vitrinas de oportunidades, para provecho y usufructo de los que podían comprarla,

Habíanse desgranado los días: por varias -centenas, con los días fueron afianzándose nuevas posibilidades y desmoronándose viejos poderes, En la ciudad había muerto la madre de Braulio Peñafiel, señora de rancio abolengo que necesitaba entierro costoso. Mientras ella agonizaba en una cama rodeada de imágenes sagradas y Crucifijos, nacía un pagaré en la humilde caja de Alberto Montoya.

En el pueblo de San Isidro todo parecía haber permanecido en su sitio: la plaza, la Iglesia, las casitas bajas con corredor abierto al camino, los rapaces jugando a la bomba o a la rayuela en el carretero, los indios llegando bajo el agobio de las cargas, el juego de pelota de guante, las peleas de gallos, Alberto Montoya con sus novedades traídas de la ciudad: palabras desconocidas, el rasgar de las erres, los zapatos de charol, los sombreros de colores chillones, las murmuraciones contra el cura, la especialización continua en modales y ares de gamonal.

También el pueblo tenía sus orgullos: el clima tíbio --cama de convalecencia para el paludismo y la tuberculosis que arrojaba la montaña -—, el pan de la ñora Aleja y el buen aguardiente.

Caía la noche sobre los bajíos. La luna era una cosa borrosa en el firmamento, Sólo el croar impertinente de las ranas, turbaba la vasta paz del campo que parecía acostarse cansado después de una larga jornada de trabaja, La mula de Alberto Montoya iba desprendiendo sus cascos del barro gredoso, con un extraño ruido de descorche que alegraba al propietario. Al ritmo de la silla, Montoya pensaba alegre en futuras plantaciones y gigantescos desinontes.

Como de costumbre entró al pueblo cuando el cholerío se hallaba dormido, Sin que el jinete le obligue, la mula paró trente a la tienda «El Descanso». Desmontose el hombre y a sus golpes se abrió la puerta. l

— Güenas noches niñó —dió la bienvenida una chola que alumbraba con una vela en la diestra.

—¿Qué's de Alejandrina? — interrogó Montoya abriéndose paso en la penumbra.

—Dende temprano se metió en Ja cama. Con el cólico cro' que' stá — informó la mujer alzando la bujía para que el patrón vea mejor y no vaya a

tropezarse en los quintales de harina o las botellas de mayorca regadas por. el suelo.

--- Que metan la mula— ordenó Alberto una vez en' él corredor interior de la casa.

—Güeno patrón,

— Se perdió la chola por una puerta lateral,

Una claridad difusa llegó desde el otro extremo del patio, era el horno que quemaba a esas horas bajo la vigilancia de una sirvienta.

—¿Ya está el horno? — interrogó el hombre.

— Ya mismito patrón.

—No ti' irás a dormir sobre la boca... Ti’ as de chamuscar el pelo como la otra noche.

Sin esperar contestación Montoya entró en el primer cuarto. Tres cholas dobladas sobre enormes artesas hundían las manos en montañas de masa, preparando el famoso pan del pueblo. Al oír los pasos del patrón se enderezaron. Sus caras sudorosas relucen a la luz de un candil prendido en la pared. Se nota que han trabajado mucho.

— Güenas noches niño

—Como va ese pan.

— Malo cro que va a salir el liudo — indica la más joven de las mujeres limpiándose el sudor y los mocos en las manos enguantadas de harina.

Antes de llegar al dormitorio, Alberto pasó por el cuarto de los aguardientes y de las velas. Una vivienda grande y fría como un galpón. En un extremo, sentadas en el suelo, entre botellas y utensilios de cocina, dos cholas preparan el buen mayorca que da fama a la tienda: de Alejandrina. Llenan las botellas de aguardiente puro, agregándole al final pequeñas dosis de permanganato de potasa. Cuando las mujeres han cumplido su tarea, pasan las botellas a un muchacho, cuya ocupación consiste en agitar el líquido coloreado por la solución h Seta que el color desaparezca. Al entrar el patrón advierte a las sirvientas:

— No pondrán mucho, a lo mejor cocinan las tripas a los clientes.

—No patrón aura ya 'stamos futres —responde una de las follonudas, tirándose el cabello trenzado hacia la espalda, es que en la agitación de la faena las trenzas se le han venido hacia el pecho.

—Futres... Futres... Por eso le volvieron loco al pobre Mejía con ese trago cargado.

—A veces así mismo pasa.

—¿Y no se van a dormir ya?

—Uuuu... Lo que la niña ordenó que acabemos los cuatro barriles. Acaso para el domingo hay una chispita... Así hecho mayorquita los chagras pagan el doble.

Al otro extremo de la habitación, dos muchachos y una chola, junto a un fogón donde en eran paila se funde cera, fabrican velas en tubos de lata. Cogen la cera líquida con un male, la vierten por la boca superior de los tubos donde la mecha está amarrada a un alambre, y dejan enfriar los moldes en una batea llena de agua.

Todo este cholerío trabajador. se ha criado en la tienda «El Descanso», al amparo del buen corazón de ñora Miche, la antigua tendera del pueblo que no pudiendo alcanzarse para todo empezó a recoger, a bajo precio, los hijos de los cholos indigentes para educarlos en la santa ley de Cristo y enseñarles a trabajar desde pequeños.

Les amaba con esa clase de cariño con el cual se quiere a los hijos productores de renta, asilo reconocía el pueblo y dábale a la vieja derechos de madre, ro sólo el pueblo, también la ley. Aprovecho «ella esa juventud que había criado hasta la hora de su muerte, pero como les quería tanto, les dejó como aditamento de la tienda en la herencia que cogió la única lija: Alejandrina Carasco.

Se les llamaba güiñachishcas desde siempre. Era el concertaje de la vida económica de la casa de pueblo o ciudad. Pequeños cholitos vendidos desde tiernos y amarrados a la servidumbre en la estaca sentimental de la caridad cristiana, de la misma manera y con iguales agravantes que el indio se halla preso al agro por el huasipungo.

Sobre los hombros de una decena de güiñachishcas floreció la pulpería de ñora: Miche, madre de Aleja, de ña Alejita que heredó el buen corazón de la follonuda y siguió recogiendo güiñachishcas a precios módicos. Al pasar revista del batallón de sirvientes y hacer memoria, se encontraba que la más vieja de les panaderas fue recogida cuando apenas era una mocosilla de dos años, en pago de una deuda de diez pesos que contrajo la madre de la criatura en la tienda de ñora Miche y, como no pudo pagar, la santa tendera se conmovió de la guagua y le adoptó como a hija. Desde entonces se vició a la filantropía. Así empezaron a caer muchos niños en su regazo, Adoptó a la hija de una cocinera que hizo perder la paila de chichar y que cansada de haber desquitado en más de tres años la sexta parte del costo, huyó, nadie sabe a dónde, dejando a la cría en manos de la caritativa tendera. Lo mismo Lola, y Amada, y Juana, todas gentes criadas de caridad, o dadas por papel. Los pequeños pertenecían a la época de ña Alejita. Había que oirle comentar cuando habla de los disgustos pasados en la crianza de sus nuevas güiñachishcas.

—Cuánto mi'a costado encarrilarles a las rosconas. Desde tiernitas les cogí pes yo. Una lidiadera, como si juera mama, como si juera algo para eshas... Y acaso son agradecidas siquiera -— afirmaba la joven madre adoptiva poniéndose en plan de resignación. Exageraba el sinnúmero de dolores de cabeza sufridos para enseñarles a cocinar los buenos cariuchos de los festivos, a planchar los fustanes bien azuleados, a lavar la ropa de toda la familia los sábados a las 5 de la mañana en el río, a refinar con tóxicos eficaces para que el mayorca no sufra difamación, a vender en la tienda, a engordar los cerdos, a cuidar las acémilas dejadas a potreraje, a amasar el pan — orgullo del pueblo—, a servir de cola a la figura pinganilla de Alejandrina los domingos cuando ésta iba a misa a pesar de los insultos del cura desde el púlpito por su corcubinato con el hereje. Entonces era cuando el pueblo exclamaba lleno de orgullo: «Nuestra tendera tiene diez güiñachishcas, más que una señora de la capital».

Al encontrar Montoya a su Alejandrina en la cama, formuló una pregunta que parecía estar llena de preocupación.

— ¿Qué tienes?

— Estoy muriendo. Mi’ atacado un dolor al vientre.

—Pálida, pálida estás.

—-El cólico eso ha de ser, pero ya m'ise frotar una vela y l'ice poner a la Virgen,

-— Pendejada.

—Casharás, no... Ya's de'mpesar a hechar tus blasfemias,

Alberto avanzó a brincos hasta la cama de su concubina. No podía caminar entre los jergones tirados en el suelo donde una docena de muchachos pasaba la noche: unos boca arriba, roncando estrepitosamente, otros boca abajo, casi desnudos, rodando bajo los muebles. El cuadro tenía todas las características del caos revuelto y hediondo.

--- Es de que les hagas dormir a los longos en otro cuarto, ya no se puedo' ni andar por aquí — protestó el hombre cuando se encontró frente a la cama de la hembra.

---¿Onde pes hijitó? Todo mismo tenimos ocupado. Cuando acaben el cuarto de atrás para arrinconarles a toditicas pero con shave, lo que's aura si les dejo en el corredor si'an di'ur eso.

Como eran las reservas que crecían al amparo de los negocios de Alejandrina había que cuidarles,

No tardaron mucho en quedarse dormidos, pero al amanecer, Montoya se encontró perdido en la hora del despertar inquieto, cuando ya la vela del altar de la Virgen de la cabecera de la cama había dado fin y: solo se oía el ruido de las panaderas y el roncar de los longos güiñachishcas.

---Estoy jodido, .el administrador de don Braulio dice que no tiene para pagarme,

—Ve pes, el cuento de todos los días — contestó la hembra con una voz surgida de las tinieblas.

— Para que te conste... No dicen que son tan católicos, Por eso no les puedo ver a estos afrailados.

— Así son pes.... No tengo, no tengo... y vean como gastan la plata.

—Nu’ay que creer en cojera de perro,

—Yo que con esa platita mo 'staba haciendo ilusiones para sembrar toda la rinconada de caña,

— Adiós, no faltaba más. Es de que te vayas a Quito y l’exijas al viejo. Acaso vos sois taifa ni mama dell,

—Ya me'ido no sé cuantas veces,

—¿Y qué dice, pes?

— Nada — terminó el hombre,

La perspectiva de un disgusto directo, cara a car a, producía escalofríos a Montoya, él deseaba todo por las buenas. Algo extraordinario debía tener el viejo de la levita cuando, después de haberse hecho juramento de no volver a fiarle, le seguía prestando. Alberto Montoya llegaba ante don Braulio con la firme resolución de exigir a pago, pero aquella gente le parecía tan noble que él se veía en el caso de portarse digno y caritativo. sobre todo, cuando doña Carlota le solicitaba la prórroga con una sonrisa dulce que se le clavaba en el bajo vientre. Para disimular la emoción de aquel recuerdo, terminó:

—Es que no hay coma precipitar las cosas.

—Cashá, un shunsho mismo sois. Debís pedirle ternejamente. Yo pobre tan, todo lo que tenía te'prestado.

—Cien suúcres me debis del último pagaré que te firmé,

—-Ya les reuní. Cogeras no más cuando te levantes, detrás del cuadro de la Virgen están, y nu 'starás prestando eso también.

---¿Y los intereses?

—Si pagara siquiera.

— Aunque no pague... En los últimos tres años ya tengo un mundo' acumulado. o

—-Pero pasando qué cosas.... Hasta teniéndole muchas veces a nuestra hijita sin zapatos, y a los longos muertos de hambre — pegándose melosamente, en tono de broma, continuó la mujer:

—¿Y a mí mi'as de pagar intereses? Un Mindo te tengo dado ya.

—Todo mismo es de ustedes—tranquilizó el Hombre

El ruido del trabajo de las güiñachishcas había cesado, tan sólo primaba el roncar de los guambras tendidos en el suelo, Hubo una pausa larga, pletórica de insomnio. Una luz difusa se empezó a filtrar por la rendija de la ventana.

---Jesús, ya' stá de madrugada -—anunció la hembra abrazando fuertemente al macho.

—Olor a sebo no más estáis.

— Las hojas de chilca pes que me puse en la cabeza. ¿Acaso he podido dormir?

—Yo tampoco.

— Por qué. no le'scribís al viejo Braulio... De no ca vos no servís para nada, en delante del ti'acis el mudo. Escribile. Cómo si'a de quedar así…

—¿Quedar? Nadie dice que se va a quedar.

— No, sino digo por mal, pero como uno tiene estos buenos sentimientos que Dios li'a dado, no puede pes, no puede. En el papel es otra cosa. Yo tan-soy así, mi' acobardo no más cuando estoy hablando. con los señores. Escribile.

Tenía razón la mujer. Era necesario escribirle, decirle todo cuanto se había. quedado en la caja de los buenos propósitos de Montoya. Decirle fuertemente. Acaso ya otras veces no le había pasado lo- propio con otros caballeros. Siempre se sintió débil: para solicitar así, frente a frente; en cambio por carta era un «gallo de tapada» como él mismo decía. No quiso perder tiempo. Abrió la ventana, se acomodó el calzón y los zapatos, se echó el poncho sobre la camiseta y se puso a buscar la tirita y la pluma, dando saltitos entre aquella cocha de lodo humano amasada con guaguas güiñachishcas.

—Onde está la pluma, ve — gritó desde la cama la mujer.

---Dónde está la tinta, ve — interrogó el hombre.

—Juan, despertate.

— Los longos vagos si se levantan...

—Tirales las orejas — ordenó Alejandrina desde la cama.

La luz del amanecer entraba por la ventana con su cara pálida de asombro. Incorporábanse los. muchachos rascándose los piojos de los sobacos y de la cabeza, bostezando, recogiendo el jergón, levantándose las sarnas de la nuca pelada a mate; los más, entorpecidos por el madrugón, se alejaban dejando. un olor nauseabundo.

Hubo que poner agua en el tintero reseco y acomodar la pluma en un palito para que Montoya pudiera echar toda su indignación en el papel, sobre una mesa cargada de frascos. Efectivamente era un «gallo de tapada», la carta terminó con una amenaza de demanda para Peñafiel. Satisfecho Alberto, dobló cuidadosamente el pliego y al entregarle a la mujer, formuló la recomienda:

—Mandarás con algún. arriero que vaya a Quito.

Se terminó de vestir y antes de marcharse, interrogó:

—- ¿Qué s de los cien sucres?

—Coge no más, atrás del cuadro de mama Virgen están.

Halló los billetes envueltos en un pedazo de tela de uno de sus calzoncillos viejos, junto al amuleto de una piedra imán con arenilla y un extraño trozo de madera.

—¿Qué's esto? — preguntó. con risa burlona el hombre, levantando en alto el pedazo de madera.

—¡Cuidado! Eso ca reliquia del Señor del Árbol es. Guardale no más.

— Y por esta porquería el clérigo te ha de haber sacado lo menos unos veinte sucres.

---Cashá... Vos qué sabís. ---disculpóse la mujer metiéndose entre las cobijas para evitar una discusión.

Echando maldiciones a todos los frailes de la tierra, Montoya envolvió las reliquias, las acomodó en la Cama que formaba la pared y el cuadro de la Virgen, se guardó los billetes y salió silbando.

Solamente al abrigo de esos préstamos ella había podido mantener soldado el concubinato. Era una -rueda endentada en la costumbre, en la vieja costumbre que nos es doloroso romper. Todas las ganancias de la tienda iban a parar, desde hace mucho tiempo, en la red de los negocios de Alberto, desde luego, todo bien arregladito con buenos pagarés,

---No tenimos la vida comprada --decía la tendera al hacerle firmar al hombre los documentos,

Así había venido corriendo la vida desde los primeros momentos románticos de sus amoríos, cuando «el joven Montoya» se sintió locamente apasionado por la tendera de «El Descanso». La gente que tan sólo observaba los desvelos cariñosos del joven, atribuía a embrujo de agua de chaleco la suerte de la chola Alejandrina.

LA misiva asestó un rudo golpe en la tranquilidad de don Braulio. Desde entonces se paseaba muchas horas en actitudes meditativas., Se acostumbró a murmurar maldiciones, a gritar al chiquillo sin motivo y a dar de puntapiés a las indias servicias con más frecuencia. No quiso contar nada. a su mujer, Solo había contraído las deudas y solo tendría que pagar. Además, florecía en él un hondo desprecio hacia la hembra mulata que no entendía de tragedias de honor. Empezó a guardar encierro por las noches buscando la tranquilidad que pueda dar contestación, pero todos los buenos propósitos se liquidaban en una flojera espiritual que llegaba a invadir lo muscular postrándole en un diván o clavándole de codos sobre la mesa para reaccionar después de largos: minutos hundiendo los dedos en la cabellera.

Una noche, Carlota, sin poder frenar su curiosidad, se acercó andando en puntas hasta la puerta cerrada del gabinete y oyó las murmuraciones del marido:

—Me quita este hombre la tranquilidad…! Que se lleve todo!... Comprendo, me quiere arrastrar al deshonor, me quiere obligar a que trabaje como él, como un indio... Me quiere convertir en un simple mayordomo. ¡Cholo! —alzaba las manos y gesticulaba como si estuviera hablando con un amigo íntimo, luego se dirigía a un pequeño altar de la derecha, alzaba la cabeza como un personaje bíblico y suplicaba a gritos:

— ¡Dios mío, tú que todo lo puedes ayúdame! ¡En Vos confío! ¡Sólo Vos puedes salvarme! ¡Sólo a Vos puedo recurrir!

Siempre los. milagros llegan tarde o se manifiestan en formas contradictorias, hay que tener mucho ojo, ser especialista para poder descubrir el hilo y precipitar la realización. Aun cuando don Braulio se sentía doctor. en estos trances, en el caso presente no alcanzaba a distinguir por ningún lado el milagro salvador, hasta que una mañana llegó el mayordomo con la noticia:

— Dios guarde, Dios favorezca, patrón... ¿Cuándo pes los roscas ir a cainar toditica la semana en otras haciendas sin hacer nada onde nosotros? Cogen camino y se van. El domingo como quiera se les ve, el lunes tan hacen un pite de trabajo y di'ay ca ni más. Uno que les va a buscar en la choza,

nadies, Sólo los guaguas y las longas hechas las shoronas. ¡Jesús! ¡Ave María, patrón! Por más que' stoy al aguayte me dan en la cabeza. La serrana del lunes que pasó ca, me levanté oscuro --oscuro para chaparles y les vide lo que se metían por el monte, yo que les sigo, quierdé pes. Humo se hicieron los roscas, Croque' stá cerca el día del juicio. Hecho una lástima la caña, entrando el monte por todos lados. Y' aura, quien pes para que vaya' tumbar árboles. A las longas les shevo amarradas para que siquiera hagan medio día, Nu' avanzan más, El Montoya del «Pegujal» desque les está pagando a cuatro riales. por raya.

— ¡Y tú has sido incapaz de impedir! ¡No sirves para nada! —gritó el amo fuera de sí. Tembló el cholo de miedo al sentir que su corazón se disparaba a galope tendido. Se le hizo la respiración anhelante. Para final sacó su vieja fórmula de apaciguar patrones aprendida entre los indios: la humillación, la alabanza, la risa babosa. Murmuró:

— Pero amito... Un pobre chagra soy, pes. Un indio infeliz. Yo ca nadies para poder eso. Su 'mercé pes, al único que pueden respetarle. Su mercé... A su mercé que los indios le quieren como a taita Dios. Quien pes para resistirse ante nuestro patroncito, ante nuestro taltico,

Don Braulio se sintió próspero. Cosa curiosa, en la misma forma él había rogado a Dios, hace algunos, días para librarse del cholo del «Pegujal». Luego. Dios y el.

—¡Ya! — gritó como poseso, desconcertando al temeroso administrador. Se le iluminaron sus gestos con una luz nueva, es que había encontrado el principio del milagro. Era un aviso del cielo para poner a prueba su Obediencia. Tendría que ir a trabajar. Mezclarse con los hermanos indios. Desde ese instante ya nadie pudo detener su resolución.

La instalación de don Braulio en la hacienda dia amo diferentes comentarios en el pueblo: Nunca! venido.

-—Como no pes; pero a vacaciones no más.

—El que's tan niño.

---Tan noble.

-— Ponerse a trabajar como chagra.

— Como el Montoya.

—Como nosotros los cholos.

-—Como los naturales.

---Qué será pes.

—¡Jesuuus!

Los conciertos, sintiendo en las espaldas la vígilancia del patrón, dejaron de salir de hacienda por unos pocos días, para luego tornar al olfateo de las sendas más ocultas en el monte e irse en bandadas en busca de jornal.

Una mañana que el amo volvía de rodear el trabajo, trayendo el despecho florecido en maldiciones, tropezó en el camino con la india Consuelo y el hijo menor,

—Ave María, patrún. —¡Consuelo!

— Patrún.

En la furia que sentía de verse acosado por la peonada que se había acostumbrado a huír, solo hallaba la necesidad del insulto; más ahora "resultaba absurda la paradoja de tener que reír por quedarse abstraído en la figura de un muchacho pegado al anaco de la madre, que le miraba con el gesto muerto de los retratos. Un muchacho que no era tan prieto como los indios y tenía una bondad amiga en los ojos.

—¿Cuántos años tiene el longo?

—Cinco cro' que tiene, patrún. — afirmó la madre mirando al hijo, en tanto ésto, pegándose más al anaco, observaba las actitudes de ese hombre a caballo con la curiosidad infantil con la cual se mira a un Dios.

---¿Este es el menor?

---Sí, patrún.

---Cinco... — repitió don Braulio hundiéndose en el recuerdo. Para espantar malas imágenes, concluyó -—¿Y qué es del marido?

—Nu se pes patrún.

— Dirasle que si sigue sin venir a trabajar le voy a quitar el huasipungo. Ya no puedo más.

Como lanzó la sentencia mayúscula, aquello de. quitarles el huasipungo, se interesó por disculparse, no por convencer a la india sino por convencerse a si mismo.

-—Me están buscando no más... ¿Qué quieren? Todo he hecho ya: de buenas, de malas, con el palo, con el látigo, taita cura también les ha hablado, les ha ofrecido más tierra para el huasipungo... ¡Todo! Sin embargo, los roscas malagradecidos se van, se van donde mis enemigos. Donde el cholo Montoya.

—Elé, patrún, unde patrún Justo tan, unde mama Miche tan, unde amo Carcelén tan.

— «¿Luis Carcelén?

— Arí, taiticu.

—Qué barbaridad, un hombre cristiano como él robándome los indios, debe llover fuego. Ahora 'comprendo por qué tiene tanta plata: el: robo, el pillaje. ¡Ah! Pero conmigo se equivocan, les quitaré a los runas la tierra.

Aun cuando silbaba una protesta en la mujer tuvo que murmurar. por lo bajo, con el arma de la humillación que era la única arma que los blancos dejaron a los indios:

— Así miso es, patrún.

— Es que no me queda otro medio: ¡Qué más puedo hacer! ---repelía con voz contrita el cristiano propietario, asustando al muchacho. Como si le fueran a quitar algo que se hallara pegado a su cuerpo: la costumbre de tener runas en propiedad tan sólo con el gancho' del huasipungo y los socorros. Sufría profundamente al aquilatar la amenaza extraña de quitarles las parcelas. No le dejaban abierto ningún horizonte. ¿Qué podía hacer? ¿Darles un jornal? Aquello le parecía la más grande de las herejías. ¡Nunca!

Circulaba la protesta en su sangre, Su cerebro no alcanzaba a distinguir otra forma económica que aquella en la ¿cual se amamantó, en la que vivió, la que dió de comer a los padres y le pagó todos sus derroches. Abolirla sería traicionarse. Es por esto que cada vez que anunciaba su determinación extrema sentía el escalofrío de aquellos que han experimentado una ruptura interior. Seguro de que el paso adelante le iba a dejar suspendido en el abismo, viró hacia la novedad del longo.

— Grandote he estado. Ahora que estoy solo quiero que le mandes a casa para que me sirva. ¿Entiendes?

— Yu tan solitica, amitu.

---¿Y el otro longo? El José, el mayor.

— Pero ese ga, con taita va pas.

—Claro, a las andanzas, al saqueo —se puso furioso y concluyó: — Razón de más... Me lo mandas.

—Piru lunguitu ga.

— Nada de peros. Siquiera me han de servir de compañía,

—Arí amitu... —afirmó la madre en respuesta que quería decir: «no me lo quite».

Luego de dar la orden picó el caballo para volverse desde el recodo del sendero e interrogar:

—¿Qué nombre tiene?

— Liupoldo dijo taita cura.

Todas las esperanzas de posibles desobediencias llegaron alegres al regazo de la india, pero ninguna logró mantenerse quieta; huían como el agua entre los dedos.

—Y si nu le shevu ga —se contentó con repetir en voz alta, en diálogo perpetuo con la naturaleza, en ese diálogo que tuvo que levantarlo sobre las llamas del fogón las cuales agitándose y abatiéndose parecían advertirle de todas las contrariedades que le acarrearía la desobediencia: Era fatal, se quedaría sola, el otro longo, como le quiere tanto el Julián, va siempre a las andanzas por la paga.

—¿Y si nu le shevu ga? —interrogaba a solas. En respuesta los piojos del jergón no le dejaron dormir. Ya no tendría quien se quede cuidando la choza cuando ella iba al trabajo.

“Y si nu le shévu ga...

Cantó un gallo en la lejanía con queja de resorte que puso en pie a la india Consuelo, Afuera ya hay luz mañanera, luz: que. lo envuelve todo, que escudriña los rincones más íntimos de las almas temerosas, luz que es espía del patrón.

—Y si no le shevu ga ---repitiendo la frase obsesiva, se encaminó por el sendero que lleva al caserío de hacienda, arriando al hijo por delante.

PASARON los meses, cuando una tarde que volvía la india Consuelo a la choza, al abrir la puerta del cercado oyó un rumor de ramas tronchadas. Algo como un bulto humano corrió por la maleza fue se extiende tras de la vivienda.

—Será shugua — murmuró en alta voz,

Escudriñó por todos: los rincones. Entró en el cuarto. Pasó revista temerosa de todos sus utensilios. No. No era un ladrón. Sin convencerse del resultado de sus pesquisas, sacó la cabeza por la puerta, encontrando, adosado a la pared lateral dela choza, desdibujado por la penumbra de la tarde, (queriendo congraciarse con una sonrisa suplicante, alzando a mirar y luego clavando la vista en el suelo, al hijo. menor, El corazón le dió extraños saltos en. el pecho, dejándole tan sólo murmurar:

—Ve pes, mi lunguitu —pero luego rectificó «sintiendo el temor de una posible escucha —¿Aquí venís pes?

—¡Mama!

—¿A quí vinís, digu?

Asustado el muchacho se puso a llorar. En la garganta de la madre estalló un sentimiento preso en burbujas angustiosas, Tuvo que arrastrar al pequeño. hasta el interior de la choza, suplicándole:

—¡Vení! ¡Vení!

— Mama.

—Juido cro' que venís — dijo la hembra con voz que parecía decir: «Por fin te veo»,

— Sí, mama.

Enmudeció la india quedándose alelada ante las pequeñas llamas que lamían la pared tapizada de hollín. Hubiera querido. sancocharse los ojos en ese fuego. Acabarse como ese lefio que ardía entre las cenizas. Sentía la necesidad de detener, de abrazar a su hijo, pero él debía ser el rescate de las andanzas del Julián, él debía ser la compuerta que sostenga la creciente vidriosa de: don Braulio que amenazaba arrasar con choza y tierra, Quizás todo le pasaba por haber metido en el calor de su existencia a este hijo que le pusieron los blancos en mitad de su vida. Á este hijo intruso que ha venido ahora a amargarle el descanso de las siete. Le odió. Hizo una. pausa dando tiempo al muchacho para que formule la queja ahogada en lágrimas y en hipos:

— Todos días pega amo niño. No pueda mama... Aura ca todo culpando. No quiero, mama. No quiero irme.

—¿Quí dicís?

—¡No quiero irme, mama!

—Intuncis ga,..

—¡No quiero irme!

¿Por qué no se calla? ¿Por qué no se calla? Como dos brazos de tenaza las interrogaciones ajustaban el pecho de la mujer. Con furia agresiva se encaró con el hijo para inventar el pretexto que le salve.

— Algu has di'aber hechu, lungu bandidu.

—No mama. Ni de comer tan dá,

—Casharís nu. Chismusu.

— No quiero irme, mama.

— ¿Cúmu pes...? Andá nu más... El es taita’ mitu. De no ga quien pes... Vus ca lungo vieju, tenís qui trabajar.

Conforme iba hablando, el sudor le chorreaba por la frente como si estuviera tumbando un árbol viejo de monte.

---Yo ca no'de volver donde amo. Yo me'd' ir por onde quiera tan... Me'd’ir.

Con claridad meridiana vio la india que su hijo se adentraría por el camino de la fuga, que era imposible exigirle la resignación de ella, —su madre— que no se desprendería de su lado sino a punte fuete, Entonces, ciega, más que de coraje de desesperación, cogió el acial y amenazó, Al. mismo tiempo que el hijo se abalanzaba a las piernas en un abrazo vehemente, Un galope de escenas contradictorias pasó en tropel por la memoria de la mujer, avivando sus temores ancestrales hasta y la furia física, hasta la furia que ciega y pega con crueldad aliviadora.

—Lungu. rucutushca...... ¡Andati di' aquí!

— No mama, nó.

Envuelto en la furia del fuete se revolcaba El pequeño en el suelo, abrazado a los pies de la madre. ¿Por qué no sale corriendo? ¿Por qué se obstina en enredarse en su vida? Eran las interrogaciones que ' se retorcían en el alma de la india.

— ¡Andate! Sois indiu, tenís qui disquitar trabajandu,

— Ay Ay... Ay… No, mama.

Se llenó de gritos la choza. Golpeaba la mujer, y los golpes, rompiendo la esperanza del longo, repercutían angustiosamente en la madre. Hasta que al fin, cansado de soportar el flagelo, se desprendió el hijo y huyó de la furia arrastrándose a gatas por el suelo, llevando el despecho. colgado de los labios temblorosos en forma de baba y bufidos, hasta ganar la puerta. Claramente sintió Consuelo que la choza, que era toda su vida, se derrumbaba con alarido de animal acosado, y en medio de una soledad de cima, murmuró, temblando de furia:

—Ya cro’ que se jue...

En una contradicción loca de sentimientos se precipitó a la puerta. Afuera la noche se había abierto ya a todas las desesperanzas… Bramaba el monte como creciente de río que arrebatara para siempre al longo. Tuvo que entrar. Al sentirse frente al fuego se llenó de una visión opresora de velorio, tronchándose en una plegaria de lamentaciones,

—Ay... lunguiticu.

—Ya nu ti'di ver más.

---AY... AY... AY…

—Guagüito sha.

—Aura ga a quien, para pegar, pes.

—Ay... AY... AY...

—Aura ga onde cainarás, pes...

—Aura ga qué dirá pes, patrún.

---AY…AY…AY… Buuuuu.

—Mi Lunguito.

---AY… AY... AY... "

—Yu ga vieju..... Rucutushca, Malu cun guagua.

— Buníticu, buuuu.

—Siendu carishina ga, para que pariendu, PES...

—India ruscuna.

— Taita Dius ga castigue tan. Taita Dius ga qui pegue tan...... Taita Dius ga que mato vea pur bruta, pur carishina:

---AY…Ay… AY…

---India vieju. Di butar quibrada..... Qui cuma gashinazus.... Ay guagua sha.

Con el llanto y los reproches se le fue lubrificando la tranquilidad hasta agotarse de cansancio frente al fogón.

AL desprenderse de la madre y barajarse. en la noche, el muchacho sintió que se le había cerrado para siempre la puerta de la choza india, dejándole el mismo sedimento amargo que ya había sentido cuando el látigo le obligó a huír de la casa del patrón. Perdido en la noche y en el cierre de todos los caminos, temblando de miedo ante la procesión de sombras que orlaban el chaquiñán, agigantadas por el recuerdo de todo lo que el mayordomo refería en el corredor de hacienda las noches de luna y por las afirmaciones de taita curita, el pequeño corría llorando a gritos, tal vez para espantar al miedo. Sobre toda esa tragedia infantil, gritábale en lo más recóndito del espíritu la. afirmación de la madre: «Sois un indiu, tenís que disquitar trabajandu». Era algo que le: dolía como un taladro y le angustiaba como un fantasma, Sus gritos hirieron más hondamente a la noche. Como un eco el ladrido de los perros del caserío vinieron a paralizar la algazara que rodaba por las tinieblas.

— Totototototo..... Cashá..... Cashá.

Se limpió las lágrimas con la falda de. la- cotona y tuvo que hacerse conocer de los perros metiéndoles en el hocico la cará, Buscó abrigo en el gallinero sobre un montón de paja y se dejó invadir por el sueño al arrullo de una idea fija: «Sois un indiu, tenís que disquitar trabajandu». ¡No! No quería ser un indio. Enroscado en el sueño y en el dolor que le produjo las palabras de la madre le sorprendió el amanecer. Como un ladrón se deslizó hasta el camino. que, según comentarios, lleva a la hacienda donde dan plata, a la hacienda de patrón Montoya, ilusión de. las indiadas. Tanto había oído hablar de los jornales de aquel patrón que en su esperanza infantil se le presentaba con dulce fisonomía maternal. Y es por esto que con la determinación del viejo conocedor de una ruta se puso en marcha, y a tientas fue guiándose en la brújula de los caminantes.

---Onde será pes hacienda patrón Montoya.

—Ditrás di lumita nu más está — le respondían los indios que devoraban su cucayo a la sombra de los pencos.

— Ya nu más shegáis

— A undi’ rá pes, pubre lungu.

—In casa di'altu, nu más es,

Aun cuando se hallaba empapado en sudor, corría camino: arriba cada vez que una información le llenaba de esperanza. ¡Comer! Pero el campo estaba pelado, fuerte el sol, sólo había agua enredándose entre colchones de berros, Se pasó la mano por el vientre grande y caido como alforja vacía. Tenía que comer.

-—Undi va pes, siñorá — interrogó a una india que exhalaba un apetitoso olor a maíz tostado, pero como ésta no le contestara, se prendió del anaco, así se áblandaba siempre mama Consuelo,

— Señora — insistió con voz de súplica,

—Qui dicís..... lungu shugua sois nu. Shugshi dí aquí.

El desprecio. de aquella mujer que podía alimentarle le avivó un odio profundo. Se vengó insultando:

—¡Indía roscona! Vos ca india sois, tinís qui disquitar trabajandu.

Para evitar las cóleras de la mujer ofendida corrió camino adelante.

Ya muy cansado encontrose con la. casa que sin duda debía ser de la hacienda «del patrón Montoya. Mucha sorpresa le trajo ver una yunta de bueyes uncida al yugo. El estaba acostumbrado a ver en la. hacienda de patrón Braulio, la forma con la cual los indios y las indias ponían en marcha el cilindro del trapiche. Aquí, eran los runas los que martirizaban a los bueyes para que arrastren la pesada molienda.

—Jati..... Jati..... Jati..... — gritaba el director de la. yunta, en tanto una veintena de longos, desnudos hasta la cintura, de piel mantecosa, iban descargándose de grandes atados de caña cortada" junto al hacinamiento de bagazos arrojados por el trapiche. Sin duda debían ser muy perezosos cuando se paraban un momento y dirigían preguntas sin sentido al indio de los bueyes, se limpiaban el sudor de las axilas y la cara con las manos, y se

volvían con paso corto y cansado a hundirse en los cañaverales tendidos al sol.

El pequeño fugitivo se deslizó cautelosamente hasta la casa. El corredor bajo, grande y abierto como galpón, donde solían dormir los peones forasteros, se hallaba lleno de voces. Se puso a espiar allá en un rincón discutían dos hombres, el uno se caracterizaba por sus polainas, su fuete y su hablar recio, al otro se le ubicaba como a un chagra de aquellos que dan consejos ambiguos como si quisieran pisar en el pensamiento de su interlocutor para dar una afirmación o atreverse a negar. Al muchacho le pareció que discutían sobre un indio tendido en el suelo y rodeado de muchos curiosos.

—Son bien brutos — afirmaba el hombre de las polainas.

— Así miso son patrón. La Nati ya ‘stá preparando la cura-- afirmaba el chagra.

Cortó el diálogo la figura de la india curandera, portando en las manos un enorme mate repleto de una cosa fétida. Se agruparon los curiosos en torno del enfermo. El pequeño fugitivo, aprovechó el momento para barajarse entre la muchedumbre.

— Ujalá taita Dius quiera curar. Un machetazu l'an dado.

— Hechu lástima tuditica lá cadera.

---¿Quién li'aría pes?.

---Acaso quiere avisar..... Entre eshos. miso si'an dlaber hechu. : : ¡

— Di undi sirá pes…

— Di tierra'riba cru” ques. .... Ucho días quijánduse sin poder muver.

—Tendrá mujer, guagas..... Due tan será? ¿De onde tan será? — terminó uno de los cholos curiosos: Las. voces de los comentarios morían sobre el lamen: to monótono del enfermo:

---Choza sha..... Mama sha.. . Guarmi sha... Guagua Sha...

La curandera bendijo en nombre de Dios el brebaje, se inclinó ceremoniosamente, y mientras daba de beber la medicina al enfermo, murmuraba:

— Hirviendu está, yá cru'qui l'a cugido el cuichi.

—Ujalá Dios quiera — afirmó el coro de los curiosos, en tanto el indio se agostaba en sus ponchos tendidos en el suelo. Tenía la nariz hinchada y morados los labios. Un hilo de sangre secado en la tierra rubricába el caos del gerjón. Una vez curado el moribundo volvieron los indios y los cholos al trabajo. Al salir del galpón patrón Alberto, tropezó con el rapaz desconocido.

—¿De dónde eres? —le interrogó. El muchacho sin saber que responder, bajó la cabeza.

—¿Qué haces aquí? ¿De dónde eres? Yo no te' visto nunca en la tienda de la Aleja.

-— Di patrún Peñafiel.

—¡Ah! —exclamó el pequeño propietario dando a entender que estaba satistecho, y terminó: —¿Venís huido, no?

El fugitivo bajó la cabeza y se puso a gimotear, entreteniendo sus manos temblorosas en la punta de la cotona.

—El maltrato a las criaturas conduce a esto ---sentenció el buen corazón de Alberto.

—¿Qué nombre tienes? —¿Cómo es tu nombre?

— Liupoldo.

— Leopoido — repitió Montoya y volviéndose al cholo mayordomo, en tono del que ha descubierto ventajas en la mercadería ofrecida, dijo:

—Medio blanquito está. A ver: tenís taitas, hermanos, alguien, porque esto ca...

En la conciencia del muchacho, el hermano siempre fue una persona borrosa, una persona confundida en los malos recuerdos, ¿Y qué decir de los padres? No quería ser un indio. Acababa de oír al hombre de las polainas: «Medio blanquito está». Surgió la idea de engañar, Se tragó la memoria de los padres, de la choza... ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban? «Sois un indiu, tenís qui disquitar trabajandu». Él no era un indio. Se calló.

— Huérfano has de ser... ¿Cómo dijiste que era el nombre?

Su nombre delataría su origen. Se aferró al silencio cuajado de lágrimas. El espectáculo resultaba cruel para la sensibilidad de Montoya, Con voz emocionada ordenó al. mayordomo:

— Ve, dale a éste algo para que llene la barriga. Pobrecito, es guagcho.

—¿Guagcho sois, no tenís taita, ni mama? Como los bishes— indagó para convencerse el cholo sirviente.

—Guagchito — murmuraron las mujeres.

— Guagcho — murmuraron los hombres.

Desde entonces ya no supo de otro nombre. Desde entonces, a fuerza de tragarse el recuerdo infantil fue perdiendo la memoria de los taitas, de todo lo que constituía vértebra de su niñez. El era medio blanquito, el amo dijo muy claro. El no era un: indio. ¡No! No tenía que desquitar trabajando.

A la noche, bajo una garúa continua, los peones, echándose la cotona sobre las espaldas desnudas y bajándose los calzones de liencillo arremangados hasta las ingles, con carrera brincona de pies adoloridos, iban refugiándose en el corredor, de la casa. Se: les distinguía cual manchas de tinta en la plana prieta de una noche prematura, corriendo como ratas en busca de un abrigo para pasar la noche.

— Aquí no más acomodaraste —— ordenó el mayordomo al pequeño prófugo indicándole el galpón dormitorio de los trabajadores. Aun cuando le repugnaba que le dieran la cama de los indios para dormir, se acurrucó en un rincón, tras unos costales, desde donde se puso a observar el sueño de la peonada. Sintió la timidez de cerrar los ojos. Se le contrajo el pecho: con dolor de abandonado. La queja del moribundo. que llegaba desde el otro

extremo, le sacó de aquel sentimiento que ya se le estaba volviendo astixiante:

— Agua sha.

— Guarmi sha.

-— Guagua sha.

— Agua sha.

Queja que iba degenerando en un ronquido extraño, para luego, en una hora perdida de la noche, callarse como si se hubiera parado la cuerda, Y vino el asalto del recuerdo de la choza; del recuerdo de la india, destacándose aislado de todo lo que flotaba vagamente por su pequeño pensamiento. Era tan cómodo huír de aquella memoria que volvió a tragarse sus fantásmas.

A la mañana todo le pareció fresco. Las gentes se dejaban envolver por un vaho dulce que subía desde los campos cortados. Sobre los montones de cogollos y bagazos dos bueyes rumiaban incansables, mirando abstraídos con somnolencia plácida. Sólo en el corredor flotaba un acre olor a mortecina. La curiosidad infantil metió las narices en todos los rincones. El montón de ponchos que abrigaba al indio enfermo le llenó de desconfianza. Se agravó el olor nauseabundo y el muchacho tuvo que hurgar en aquella cama olvidada. Se levantaron espantadas un centenar de moscas. Le inquietaron los ojos de. mirar verdoso y cortado al rape. Allá, en los caminos de la hacienda grande, vió las mortecinas de borricos destripadas por los gallinazos. El indio estaba muerto. Fue con la noticia al mayordomo, esperando ingenuamente que sus palabras armaran un escándalo en la hacienda, pero el chagra se rascó malhumorado la cabeza y ordenó a cuatro peones den sepultura al cadáver. Se cavó un hueco tras de la casa, se arrojó al. muerto envuelto en sus ponchos mugrientos y se echó sobre él la tierra removida. Los indios enterradores, arrimados a sus azadas, quedáronse por unos segundos mirando fijamente a la tierra, más la voz del mayordomo les desprendió de su meditar:

— Eh, indios vagos... ¿Qui’acen pes paradotes? Robando el santo día de Dios.

«Sois un indio y tenís que desquitar trabajandu», se retorció la afirmación en el alma del muchacho, En la hacienda nadie volvió a recordar al muerto, había cosas urgentes en que ocuparse.

A media tarde, el perro dio un gruñido sordo. Asomaron en el patio seis muchachos, todos hermanados por el uniforme de sus cabezas rapadas a mate. El pequeño oyó contar a las cholas que aquellos muchachos llegaban siempre que escaseaban los brazos en la molienda, a: desquitar la baratura con la cual el patrón dejaba los aguardientes y las raspaduras en la tienda de ña Alejita.

—Shugshi, ashco — gritó un: -cholo ayudante que pelaba una caña arrimado a uno de los pilares del corredor' bajo, mientras el patrón desde la ventana de su cuarto interrogaba al indio que venía arreando la pequeña procesión infantil:

— ¿Seis longos mismo me manda?

—Sí, patrún.

— Entonces que preparen las pailas para empezar ahora mismo, a la noche,

— Güeno, patrún.

LOS muchachos y las mujeres prendieron a toda, prisa la candela, envolviéndose en un revuelo de comentarios. Acomodaron de la mejor forma y manera, fantásticas pailas de bronce de trescientas cincuenta. libras sobre los diferentes fogones enfilados a todo lo largo del galpón del trapiche,

—Elé, aura sí, ya quedan bien acomodaditos — anunciaron las cholas ayudadoras dirigiéndose a los, pequeños, mientras miraban los fogones preparados. y. se limpiaban las manos llenas de ceniza en las. ancas.

En las pailas empezó a reír en hervores bullangueros el jugo de la caña hasta la seriedad prieta de la miel para las raspaduras. Cada paila tenía su fogata, su descomunal cuchara de palo, y su longo cuidador incansable en mecer la cuchara y atizar el fuego. Imantados los primeros momentos en la novedad, recogían a su alrededor a todos los curiosos del agro con alelamiento, con recetas, hasta con alegría, pero poco. a poco, el espectáculo se quedaba solo, angustioso en la pesadez de la rutina y del fuego que sancocha aún a la distancia. Para los guambras. cuidadores de las mieles; aquel meneo sobre la paila humeante, con la cuchara que a veces les servía para apuntalar el sueño agudizado, por la serial de malas noches, en definitiva era eso: el cansancio, la rutina, el fuego lento sancochando las piernas, los brazos, la barriga, la cara, el alma. Á veces el rescoldo quemaba los. bordes .de los calzones de los muchachos que se quedaban dormidos cabeceando audazmente sobre la carcajada amenazante del jugo. Era entonces cuando el Guagcho, nombrado vigilante por el experto ojo del mayordomo, hostigaba a los rapaces con sadismo de inconsciencia infantil, Al despertar las Criaturas con el fuerte dolor. propinado por un pequeño capataz, sentían la desesperación de la asfixia sobre la evaporación ardiente de la miel y calladamente daban su. respuesta de lágrimas para seguir meneando el líquido que iba volviéndose pesado y duro por instantes.

Cerca de un mes de esta vida. entorpecía la. conciencia de los muchachos, la sonrisa infantil se trocaba en modorra alelada, la viveza de los ojos en pesadez de los párpados, todo en ellos era sueño, ganas de tenderse sobre el suelo. De día vagaban por el trapiche, por la casa, por los cañaverales, como autómatas, durmiéndose en algún hueco apartado donde no llegue la vigilancia de los grandes o del pequeño capataz,

Una noche, debía ser muy tarde porque todos los meneadores se habían quedado dormidos sobre el puntal de la cuchara y el mayordomo roncaba con la boca abierta cara al tejado, empezó a flotar un tufillo de cosa quemada que burlonamente fue a molestar las narices del Guagcho llevándole a un sueño de incendio que degeneró en angustiosa pesadilla y le despertó. La miel se quemaba en las pailas. Todos los longos estaban dormidos. Rápidamente el Guagcho buscó la forma de vindicarse, de hacer

caer la culpa en alguien. En los guambras que se habían dormido. Cogió un palo olvidado en un rincón y empezó a dar de garrotazos a los dormidos.

—Toma longo bandido... Toma...

En el último, que roncaba más ricamente que los anteriores, el pequeño capataz dejó caer el palo con violencia inusitada. Resbaló la cuchara con un quejido seco. El dormido hizo una pirueta torpe y cayó sentado en la miel hirviente. La paila eruptó un penacho de vapor envuelto en alaridos que desgarraron la paz de la noche, Cuando la gente empezó a llegar, el mayordomo exhibía el espectáculo truculento del longo quemado:

—Se jodió no más. Si no le saco de los cabezones se cocina enteritico,

La piel colgaba en jirones como cotona desgarrada en mil pedazos desde la espalda hasta las nalgas.

—Dios guarde... Esto ca nu’emos visto en vida — gritaban las mujeres.

—Pobrecito.... Pobrecito!

— Ponganlé los rabos verdes de la cebosha..... La tela de la cáscara de güevo.

— Quitale la cotona..... Vos ca nu'estarás viendo a lo mejor el guagua ha de salir así,

A medio vestirse asomó el patrón, traía el “mal humor de un despertar imprevisto.

—¿Qué pasa, carajo?

—Ele patrón, se jodió pes el guambra ce... Se cayó en paila de miel..,.. Como zambo, patrón.

—¿Pero cuál?

—Elé viá.

—Me jodieron... El guambra de Alejandrina, carajo. Y'aura qué le digo, ella que adora a los indios güñachishcas. Me fregué.

El Guagcho olvidado en un rincón se puso a llorar desesperadamente, con esa angustia hipeante con la cual lloran Jos. niños agobiados por un pequeño resentimiento.

—¿Y vos para qué servís, cómo fue? — le interrogó Montoya.

— Por estar durmiendo jue, patrún.

— ¡Por dormilón ha sido! —exclamó la concurrencia, hallando por fin la razón de la tragedia.

—¿Y ahora qué le digo a la Alejandrina...? —gritó el amo sacudiendo violentamente al Guagcho. De improviso se calmó como si hubiera encontrado una respuesta. Examinó cuidadosamente al muchacho que tenía entre sus manos, se quedó pensando y, sin hacer comentarios, ordenó el mayordomo continuara el trabajo.

PASABAN los días, en tanto sobre la enorme llaga de la espalda y las nalgas del chiquillo: quemado se reproducían infinidad de gusanos. Al Guagcho le dolía el espectáculo con dolor compasivo, con dolor que llega al odio de uno mismo. Era una angustia que no nacía de su ser sino de un espíritu extraño introducido en él transitoriamente. ¿Por qué no le castigaban por su mala acción?

Las quejas del pequeño acobardaron al Guagcho hasta fructicar en repugnancia.

— Indio puerco —repetía en alta voz cada vez que pasaba por el galpón donde se consumía el moribundo,

La muerte vino a tranquilizar a todos. Montoya volvió a repetir, observando curiosamente al Guagcho:

— Bueno está el longo... Medio blanco tan está.

Y una tarde, apenas tocó a su fin el trabajo de las raspaduras, Alberto Montoya reunió a todos los muchachos que llegaron desde el pueblo, les hizo dar un pedazo de dulce, montó en su caballo, y con gesto paternal ordenó a los mocosos:

-— Vamos... Vamos... Jati... Jati...

Rieron. los chicos creyéndose bueyes y echaron a caminar camino arriba.

Al presentarse Montoya ante su concubina rodeado de los güiñachishcas, exhibía una sonrisa bonachona.

—Me mandaste seis, seis te devuelvo.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¿Y el indiecito Vidal? Ay... AY... Ay... ¿Qué le pasó a mi longuito... ¿Qué? ¡Hablá!

Incrédula la mujer que lo que veían sus ojos, volvió a pasar revista de su tropa infantil,

—Si, falta mismo el Vidal.

—Pero no estás contando, bruta.

— Pero mi'ndiecito quiero.

— Ya se murió pes, carajo.

---Ay... AY... AY... No digas...No... No… Eso si que no.

—Quemado en la paila de miel.

—AY… AY... Ay... Semejante vivo que'ra. Semejante servicial. Semejante longuito que me costó Dios y ayuda convencer a la india Chilpe... No... No... No... Eso sí que no.

—Callá bruta..... Te traigo éste que's mejor,

A la vista del repuesto la mujer frenó sus exclamaciones -y se puse a observar detenidamente al muchacho nuevo,

—Vele bien, bruta... Medio blanquito es..... Hasta más gordito está. El otro, ñagüi-ñagüi. Este es otra cosa, cogele los brazos, vele la cara. Este vale por dos -- afirmaba el hombre metiendo al muchacho en los ojos de la regateadora.

—Sí, ya l'estoy viendo. Este ca cholito es. ¿Cómo se shama tu mama?

Volvió a surgir la visión de la madre y de la choza en la mente infantil, pero ahora un poco lejana, un poco borrosa. El hermano y el taita eran ya puntos perdidos en el horizonte del recuerdo. Hasta su nombre mismo era una. cosa extraña. Montoya salió en ayuda.

---En la hacienda asomó no más. Dijo que se llamaba Leopoldo, pero 'ya todos en el «Pegujal» le dicen el Guagcho.

— Pero tontico cro'que's, no contesta

El pequeño rió y lanzó un bufido para desvirtuar la creencia de aquella señora.

—¿Entonces no sois indio? — interrogó en tono maternal Alejandrina,

Haciéndose una melcocha de recelos infantiles el fugitivo quiso ganarse las simpatías de aquella casa, y repuso:

---Nooo.

— Nu'a sido mudo. ¿Veremos la cabeza? Uuu, con piojos, con sarnas. ¡Micailá! Ve, pelale no más y untarasle la pomada del soldado. Quitale ro más estos trapos y ponele un calzón y un saco que le alcancen.

La experta güiñachishca le condujo al corral, le dejó la cabeza como una bola, prieta de pomada mercurial, le acondicionó un sacó y un pantalón que le quedaban enormemente grandes — el crecimiento hizo de buen sastre estrechando el vestido — y le ordenó a continuación:

—Andá no más onde la niña para ver qué te. manda, Empezó a correr la vida en su nuevo hogar. Era para él placentero escurrirse de la vigilancia de ña Alejita para quedarse alelado ante los borrachos de la

trastienda, asimilando el vocabulario soez de los -ebrios, y sirviendo de recadero por cinco centavos que a veces le daban los clientes. Le gustaba que le manden a ver la "chicha y los picantes, porque desde que salía de la chichería de la Catota, después de abismarse en el baile de los indios, iba probando la chicha a sorbos y las tortillas a mordiscos. Ayudaba a ña Alejita a. revisar los bolsillos de los cholos o de los latifundistas que se quedaban dormidos sobre la banca. Supo por advertencia y amenaza de su patrona que no había que decir nada a la interrogación curiosa del vecindario, así le den palo, así le maten.

—Si te preguntan si'as visto registrar los bolsishos y sacar plata, dirás: yo ca nu'e visto nada.

—Güeno,

— Bueno niña, se dice, longo malcriado,

— Güeno niñá,

Tal vez por esta circunstancia, un día que se atrevió a efectuar el registro solo y se sustrajo unos pocos centavos, negó rotundamente:

— Nu'e visto nada... Nu 'e visto nada, niña. Gustábale también recoger las copas vacías y tomarse las sobras, imitando la rumbosidad de mayordomos y latifundistas,

Al notar sus buenas aptitudes para los recados, Alejandrina le ordenó se ocupe de recoger del vecindario la comida para los cerdos. Desde entonces se le vió con su tarro de lata sucio y abollado, recorriendo el pueblo en busca de desperdicios o judando en los descampados a los botones,

DESDE la ventana del dormitorio del caserío, don Braulio miraba al campo. El aburrimiento crecía en su alma con la exuberancia que invade el monte.

—Si no fuera por ese cholo — renegaba a: solas el cristiano latifundista.

Cansado de mirar el paisaje se tendía boca arriba en la cama. Evocaba irremediablemente las delicias de su mujer, las gracias de su hijo y la comodidad de la casa gamonal. Era entonces cuando desesperado de soledad, levantaba sus decaídas resoluciones en la botella de aguardiente. Aun cuando por principio de moral había odiado a los borrachos, le empezaron a gustar las borracheras, por aquello de que junto al fuego la leña arde o para matar el gusano de la pena. Además, ese olor que emanaba del trapiche, ese espectáculo de la destilación: el alcohol tibio fluyendo gota a gota y dejando burbujas cristalinas en el borde del recipiente, era algo apetitoso, invitaba a probrar a emborracharse.

En las crisis de los chuchaquis, Peñafiel ordenaba le preparen el caballo a toda prisa y huía al galope hacia la capital. Viajes que en vez de curar su postrada situación económica la agravaban más. Surgía la tregua para la intoxicación y el propósito de la enmienda se afianzaba en las repetidas comuniones, Se sentía un caballero- digno. Cumpliría el mandato de Dios trabajando para sostener el honor de su familia, y tornaba al latifundio llevando bríos y Planes atrevidos de trabajo y organización.

Al encontrarse de nuevo en sus propiedades, reunía a los cholos administradores y mayordomos con el fin de planear sus grandes programas, para luego ir. cediendo terreno a la costumbre y dejar todo como antes. Era cuando se le oía gritar:

—¿Por qué no mandaron más puro?

-— Es que patrón, el monte ca ha ganado pes a los cañaverales,

— El monte... Siempre el monte... Ni que fuera taita Dios.

— Así mismo es patrón... Su mercé está viendo como la maleza ha entrado no más por todas partes,

—Una linda cosa hubiera sido, a diez y ocho centavos se han puesto las raspaduras en Quito,

---Ele como no pes... Onde las Maclovias désque ha salido la’melcochada a veintidos. Pero aura ca nosotros qué para hacer pes. Para moler tan

solamente con las indias ‘mos quedado. Los caris siempre tenían más juerza para dar la vuelta el trapiche. Con cinco guarmis tenimos que moler, eso tan remudando, a medio día ya nu’avanzan. Si'acen las pícaras, las que les duele la barriga. Y'aura ca con lo que la Consuelo dicen a muerto de'so.

—Pobre india... ¿Y qué será del longo Leopoldo? No apareció más.

— No, patrón,

— Pobre india, morirse tan joven.

— Sí pes, como vaca degoshada se jue no más en sangre.

---Pero no por eso vamos a dejar de obligar a las demás que cumplan con su deber.

— Adefesio, con boyero damos patrón, pero qué pes, nada. Curtidas lo que son. Si'ubiera yunta siquiera.

— ¡Ah! ¿Ya están queriendo sacarme la plata, no? Que les de la plata para la yunta, eso no han de oler. Ya querrán que las indias se tiren panza arriba a dormir. Que gaste los últimos cuatro reales que me quedan. ¡Plata! Trabajo es lo que se necesita, sacrificio para poder ganar hasta el cielo.

— Así miso es, patrón, ¡Ah!, y'aura que mi'acuerdo, la semana de lunes vinieron pes unos señores de cian que querían hablar con su mercé, Desque van abrir un camino por el monte para salir derechito a la ciudad.

— ¿Qué?

— Un camino.

—¿Un camino para que se me vaya el resto de “indios que "me queda? Cuando “sin camino ni: nada también los desgraciados se me van —se encendió en santa cólera. Se puso rojo y continuó: —No quiero ni pensar ... ¡Me opondré con todas mis fuerzas!-—- Era él paso hacia adelante que se había vuelto en su conciencia un tabú, por no saber a dónde le llevaría, Creía “en la petrificación-como en Dios,

—¡Jamás! —volvió a repetir.

---Así miso les dijimos, patrón.

---Terminaban las conversaciones cuando los chagras le sentían un poco calmado. Al alejarse al trabajo, acomodándose el sombrero y haciéndose guiños, los cholos administradores y mayordomos se preguntaban:

---¿Nu'estará borracho?

Muy por la mañana, los domingos, don Braulio galopaba en dirección a San Isidro llevando deseos irresistibles de conversar con alguien. De ordinario, al pueblo entraba con la: madrugada, apenas el sol sorteaba.los altos eucaliptos y se ponía a dorar las piedras del camino; cuando las carretas zigzageaban por los chaquiñanes salvando baches al menótono andar de los bueyes. Era su costumbre dejar amarrado su caballo en la pesebrera del curato, tanta confianza había con el señor cura. Esa mañana, don Braulio sintió a la capilla húmeda y resonante. Unas pocas bujías parpadeaban en el altar mayor orlando a una Virgen tallada en piedra y vestida con gusto y color exagerado de chagra, entre pilares salomónicos que rezuman áureos.

racimos de vid evangélica. En los laterales, cubiertos de suciedad cristiana, santos y vírgenes muestran su cara compungida, Flota un airecillo fétido a ropa sucia, a bayeta de guagua tierno, todo mezclado con el tufillo de las pavesas de los cirios. Verdaderamente don Braulio se sentía mal, le mantenía sólo la esperanza del sermón. El señor cura Cáceres, con su pico de oro, no dejaba en sus prédicas de exhortar a los indios para que siguieran el buen camino de la obediencia a sus antiguos amos, la sumisión a los designios de la Divina Providencia. Don “Braulio creía. cumplir un deber asistiendo a la enumeración de los insultos del fraile. El cura sabía jugar tan bien con aquellas frases: «Si no tienen recompensa en este mundo mejor... la tendrán en el cielo. ¡Sufrid! No cambiéis el sufrimiento, capital inagotable y de subidos kilates que tenemos los pobres y humil des, por Cuatro monedas de soldada, de paga, de jornal como le llaman los herejes. Los que así proceden, no entrarán nunca en el reino de los cielos». Ningún placer comparable al recuerdo de los sermones del santo cura, en favor de los diezmos, Fueron por aquellos tiempos, cuando el cholo Montoya levantó el gallo “contra la religión, y con algunos latifundistas cholos renegados como él, se negó a pagar, se negó a contribuir al engrandecimiento de la. iglesia. Fue por. ese - entonces también, cuando el párroco «desde: el púlpito, «gritaba: «Sí, amados fieles. míos. Esa tienda situada frente a la casa de Dios—se refería al establecimiento de Alejandrina —es la boca del infierno, de «allí vienen todos los males que caen sobre este pobre pueblo. Por “las noches aquel lugar maldito arde en llamas...... Yo... ¡Yo he visto!»

Desde ese entonces, como un. estribillo; saltaba de la boca del fraile, en lo mejor .de la plática, la frase lapidaria contra la tienda de ña Aleja, donde. hacían parada todos los agricultores de la catadura de Montoya. Es por esta razón, sin contar con su fe. cristiana, que don Braulio se resignaba a soportar todos los malos olores de los indios y de los cholos que. atestaban la. iglesia.

En aquella mañana, después de dar la misa, el santo clérigo disertó sobre la fiesta que se avecinaba, con largueza que puso nervioso e impaciente a don Braulio, quien sólo vivía esperanzado en los ataques del Clérigo. Mas en aquella ocasión no había trazas-de que los insultos lleguen. ¿Dirá? ¿No dirá? ¡Nada! El párroco seguía impacible la plática:

— Mirad en el altar mayor, he tenido que hacer sacrificios para poder poner estos cuatro cirios... El «charol de la fe popular donde antes se -quemaban cien ceras, símbolo del fuego sagrado en «el cual ardía este pueblo, ahora... medio vacío... ¡Vacío! —señalaba -el charol con gesto patético,

En efecto, en la gran mesa redonda de latón, con un centenar de bocas de candelero. adheridas, como cultivo de hongos, que alcanzaba a distinguir don Braulio, no se consumía ni siquiera un proletario cabo. Hubo una pausa abierta intencionalmente por el señor curita. Algunas indias enternecidas al ver el charol vacío, las escasas luces del altar mayor y los gestos resueltos del clérigo, se levantaron apresuradamente buscándose las monedas en la faja del anaco, y salieron de la iglesia para volver con una buena vela de a diez centavos. Antes de terminar el sermón, el charol se hallaba lleno, La voz del fraile tornábase paternal, «Ahora es cuando», pensó don Braulio. «Ahora se irá con más fuerza que nunca contra la madriguera del cholo

Montoya». Mas nada anunciaba tempestad de anatemas, por. el contrario, con gesto seráfico el buen sacerdote bendijo a su pueblo. ¿Desde cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Se olvidó tal vez? Eran las urgencias de Peñafiel durante ese caos de contradicciones.

La iglesia se había quedado sola. El sacristán se inclinaba apresuradamente para apagar las bujías del charol y luego meterlas en un canasto. La lámpara empezó a oscilar ante los ojos absortos del latifundista cristiano, todo le daba vueltas, Si no fuera por su caballo, amarrado en el curato, se regresaría en ese mismo instante a la hacienda sin saludar siquiera cón el clérigo.

Mientras charlaban en el amplio diván del cuarto del cura sobre el programa para pasar entretenidos la tarde, don Braulio estuvo. varias veces a punto de soltar la interrogación,

— Le noto preocupado —afirmó el párroco.

—No, no es nada.

Ante la última llamada de la torre, el sacerdote tuvo que anunciar a su visita:

—Espérese un ratito, voy a despachar er último oro.

Desde aquel sitio junto a la iglesia, en donde los minutos pasaban largos y nerviosos, comprendió mejor su desplazamiento don Braulio, aún cuando también la paz del lugar le engendraba Una esperanza: estar equivocado, Las-voces del sermón llegaban nítidas. Sí, ya empezaba a hablar de lo mismo: el alumbrado, el charol, la pobreza... ¿Para qué querrá el cura tantas velas? ¡Para venderlas, clara está! ¿Eh? ¿Qué dice? No... No se atreve a hablar contra su enemigo, sigue hablando del charol, de la te popular, de la bendición, de las ceras... ¡Malditas ceras! Ante don Braulio se erigió claramente la forma de su derrota, Sintió cómo la única fuerza que le amarraba al puerto de la autoridad se. le escapaba, se le escurría entre los dedos.

Antes de irse a los gallos refrescaron el gafñiote “con abundante aguardiente puro.

—Cruzan malos tiempos — afirmó el latifundista. — Muy malos, don Braulio. Tenemos que hacérle que no hemos hecho nunca. ¡Salud! Bueno está el purito, Pero vamós breve, tengo ahora un pollo colorado, brutal... Medio triste le noto.

---Y yo por el contrario, le noto a usted alegre.

— Cuestión de temperamento — afirmó el. cura señalando la botella— ¿Nos pegamos otra?

— Muy bien...

----¡Salud!

En la gallera, no hubo tiempo para saciar la curiosidad, ni para hacer aclaraciones. En el juego de baraja de la tarde ya se pudo adivinar algo tal vez todo. Mientras arreglaban la mesa para el juego, alguien llamó a la puerta. Automáticamente se levantó el sacristán para atender a la llamada.

— Dejá, iré yo mismo — ordenó el cura, Cruzó un pequeño corredor enladrillado y al abrir la puerta, se dio con la sorpresa de un pequeño güiñachishca de Alejandrina.

— ¿De dónde eres hijito?

—Onde ña Alejita, pes.

—¡Ah!, ¿vos eres el guagcho?

— Sí, taiticó.

—Extrañoso estaba de que no se asomen. Ven..... Vení— le condujo a la sacristía y le entregó dos canastos repletos de velas,

—Tomá..... ¿No mandó nada?

— Sí, taita curita. Tome —le alargó dos sucres en sueltos.

— Bueno está — murmuro el párroco contando el dinero,

—Dijo la ña Alejandrinita que le'stá mandando escasas las canastas.

Miró de reojo la mercadería el clérigo y con un regateo de cabeza se dió por vencido.

—Tíenes razón, este sacristáín ya me tiene: hasta las cejas. Espérate, voy a yaparte bien. Así dirás: taita curita yapó vastante.

Con pericia extraordinaria fue arrancando algunas velas que alumbraban el altar del Cristo. de la sacristía y mientras las arrojaba al canasto, iba murmurando:

---Toma la yapa... Verás como va rebosando. Y decile a tu patrona que es mi señora Alejita, que «si podrá mañana reunirme unos cinco sucrecitos. Mañana lunes como salen unos tantos chagras arrieros «para tierra arriba le he de mandar más compradores de velas, Que ya he mandado a hacer otro charol, que ahora sí va a ser. fuerte la cosa. No te irás a olvidar. ¿A ver, cómo vas a decir?

Después. de un ligero titubeo y entre hipos de respiración contenida, el pequeño rezó el recado.

-— Te olvidaste de lo principal. «Que es mi señora Alejandrinita».

—Güeno, taita curita,

—Si eres. bueno y me traes la plata te he de dar hostias.

—Dios su lo pai taita curita. Agobiado por las cargas de cera salió el muchacho, en tanto el cura, haciendo sonar las monedas en el bolsillo, volvió a sus amigos más alegre que de ordinario.

—No le dejan descansar ni los domingos —comentó don Braulio.

—Unos indios impertinentes — disculpóse el párroco. Sin más comentarios comenzó la partida de baraja:

—Dos de caida... Dos de limpia…

— Cuatro. con falla.

— Le vamos a dar cuero a don Braulio... Malo ha venido.

—Pero tomen...

—Salud...

—¡Salud!

De improviso la conversación se situó en el tema necesario para el latifundista cristiano. Como don Braulio no pudiera quedarse callado' empezó a desgranar una serie de insultos contra Montoya y su concubina, a lo cual el clérigo afirmó con cara y gesto de Ministro de Dios:

— Es. necesario perdonar a: nuestros enemigos, Así lo mandan las sagradas escrituras. Hay que ser un buen cumplidor de la Doctrina. de Nuestro Divino Redentor.

Declaración definitiva, ya nada tenía que. hacer el latifundista cristiano. Ante los ojos se le abrió el cuadro de su abandono y traición. Se quedó mudo, contemplando a sus amigos con un gesto de desprecio... ¡Las paces con los infieles! Bebió aguardiente hasta olvidar.

A la noche se desprendió de. la reunión, montó en su caballo y se perdió por el camino de la hacienda.

Había feria de estrellas en el cielo. Cruzó por su" mente la heroica locura de entrar en guerra con toda esa avalancha de cosas impersonificadas que le iban sumergiendo cada vez más al fondo de una desesperación inactiva.

Para probar su poder quiso rasgar con las espuelas al caballo. La lacitud de las piernas borrachas troncharon definitivamente el propósito. Se agobió sobre la montura como una carga qué iba completamente floja. Creía ahogarse en un último crepúsculo. Será. mejor dejarse llevar a la ventura. Sólo a las palabras del fraile las sentía prendidas en la nuca.

—¡Cambiarme con el cholo Montoya! -— gritó como un poseso.

Tuvo la impresión de palpar cómo se le escapaba por las manos cerradas todo lo que había sido su existencia. Echó un carajo al cielo, a ese cielo con el cual tuvo en su vida largas pláticas espirituales. La fuerza del gesto le desequilibró en la silla obligándole, para no caerse, a agobiarse sobre la clin del caballo. Rió en la noche porque recordó claramente que. era don Braulio Peñafiel, La borrachera le tornaba a, veces grande a veces insignificante.

—¡Amo niño, carajoooo! —se puso a gritar entono de arriero. El estampido de la exclamación fue devorado por la hambruna de la noche.

-—No he cometido ningún pecado para que me castigues así. He sido bueno: He sido buen padre, buen esposo, buen hijo. ¿Por qué, taitiquito mío?

Sin hallar culpabilidad por ningún rincón, siguió lamentándose:

—¿Qué?... ¿Qué?

Sólo una brisa tibia y húmeda le pasó la mano por la cara.

—Solo... Abandonado... ¿De quién? —se interrogó.

Era un blasfemo y tenía que llorar de arrepentimiento. En la revista de su vida y de los suyos, lo encontraba sino una cosa inmóvil, una cosa plagada: de comodidades, de frailes, de rezos, de prejuicios. Ahora sufría

desesperadamente sólo por querer seguir siendo lo que había sido. El fracaso de la obstinación de quedarse le llenó con angustia de eclesiastés,

Dos indios que esperaban el regreso le desmontaron del caballo. Subió las escaleras a gatas. Le pareció tan agradable andar en cuatro. Cruzó el corredor y entró en la pieza andando así, se sentía tan cómodamente feliz,

---Ja… Ja… Ja… Un animal... Un animalito de... Dios… Ja… Ja... Ja... Soy un animalito de Dios — repitió dando las vueltas al rededor de la mesa, Con obstinación de querer sentirse humillado, de querer sentirse animal que sabe clavar las cuatro extremidades en el-suelo, siguió andando a gatas.

—Ja... Ja... Ja... Qué felicidad poder andar así siempre... Ja... Ja... Ja... Un animalito de Dios.

Quiso ladrar, rebuznar, cacarear, maullar, hacer algo que le infantilice hasta la ternura universal por los seres insignificantes. Las sombras del alcohol no le dejaron recordar esos gritos de súplica a la naturaleza. Le dolió tanto su inutilidad que se puso a llorar, con llanto que fue amartiguándole en un sueño profundo.

AMANECIO la hacienda con un latido extraño de pulsación calenturienta. En lo gris de la neblina era imposible orientarse para localizar el sonido. Parecía estar en el monte, parecía estar en la casa, salir de las chozas, emanar del río, estar en los despertares, O ser una emanación de la tierra.

—Taa... ta... taaata... tá… — cantaba el tambor indio, con voz hueca de instrumento constipado de primitivismo.

—Fuii... fuii... fuiii… fuifuii... fui… —acompañaba el silbo del pingullo, en tiple de carrizo hueco, en llanto de longa borracha que corea los carajos del marido. Musiquilla de yunta uncida al yugo de la borrachera de los lunes, cuando la pareja india vuelve al trabajo por los intrincados chaquiñanes de la sierra. Musiquilla de macho y hembra que abre el surco de protesta taimada. Musiquilla que ahora pedía desde el monte, desde el río, desde las chozas y desde todos los rincones del campo, llorando y cantando, el descanso anual de los carnavales, Musiquilla que al despertar al mayordomo le hizo saltar de inquietud, de deleite angustioso de recuerdos.

Hace más de una semana que el patrón había negado rotundamente los cuatro barriles de trago anuales que recibía la peonada como propina para amortiguar sus cansancios. En los buenos tiempos del niño grande, no solamente fueron cuatro barriles, la generosidad de aquel amo obsequiaba hasta diez. Era salvaje y pintoresco ver, por aquellas fechas, a los runas ataviados con raras sonajeras hechas de estribos viejos de bronce y pintarajeados la cara en gestos demoniacos. Así llegaban al patio de hacienda, en súplica de mímica, en súplica de musiquilla y en súplica de atavíos; entonces se asomaba al corredor el niño grande, alargaba la pausa espectacular y gritaba;

— Mayordomo, dales cinco barriles de aguardiente.

—¡Dales diez! Para eso Dios ha dado buena molienda.

— ¡Dales ocho!

Desbordaba la alegría en un círculo que cercando a la casa la dejaba llena del embrujo de la gratitud y de la musiquilla, en tanto en el corredor alto el patrón despuntaba las primicias del obsequio bebiéndose medio mate de aguardiente. Muchas veces le acompañaba el señor cura que ya se había inventado la fiesta de un santo o de una virgen para acoplarla a la celebración india. Así se consagraba al amo, sólo así le podía reconocer la indiada, sólo así se podía propalar por el monte, el valle, la choza, en larga duración de diez o más días, el nombre del señor más generoso y bueno de la comarca. A los runas era imposible quitarles sus fiestas de una plumada. Ellas saltaban por encima de «prohibiciones y amenazas. Y por la época de los carnavales la indiada iba, año tras año, en busca del aguardiente que de derecho a la consagración del amo único, consentidor y generoso

El mayordomo del latifundio confirmó sus temores al oír la musiquilla. La negación del obsequio por parte: de Don Braulio había traído el desbande de la indiada. El cholo mayordomo creyó de indispensable necesidad poner en conocimiento del amo todo lo que estaba ocurriendo. Era el Dios de la comarca, podía ser el salvador.

— Sí, patrón.

—¿Qué “me dices? Tengo un malestar horrible, Soy yo o es el monte — murmuró por lo bajo Peñafiel cogiéndose con ambas manos las sienes, La sangre le galopaba en los pulsos,

—Tan... tan... tan...

—Que desesperación. ¿Qué quieres? —interrogó don Braulio levantándose del suelo donde había pasado la noche.

— Nada, patrón... Que los runas ca. Como no se les dió el trago y la chicha para la fiesta, aura ca están huyendo por el monte en busca de otro patrón que les dé. ¿No les oye? Con el pingusho y el bambo si'an metido por todos los caminos y'an dentrar no más en todas las haciendas, hasta que algún chagra como yo, qui'aura hay tantos, aproveche, saga el generaso y juera pes. Yo ca les oí que'staban buscando a quien hacer patrón, y como aura están medio ni se qué layas, han de recibir el trago, han de pedir huasipungo y nu'an de volver más. Aura siquiera se les ve la cara un de repente.

—¡Buscar otro patrón! — mascullό Peñafiel. Su rostro se infló como vejia sintiendo que alguien le había: quitado el piso. Para desinflarse, gritó:

—Prepárame el caballo, carajo.

Sacó su famoso «Colt» cargado con cinco balas que dormía bajo la almahada. Se apeltrechó de unos Cuentos cartuchos que sonaron en el bolsillo de la americana. con risa de tostado. Se sintió mucho más hombre que todos los Montoyas de la tierra.

—¡Les haré ver quién es Braulio Peñafiel! Si logro matar a un runa los demás regresarán volando. Los indios ven sangre y no saben dónde meterse. Es necesario. hacerles ver sangre. ¡Ah! Mi querido amigo Montoya, vamos a ver quién vence —terminó presentando. la figura de un presidenciable en días de elecciones.

—Ya'stá, patrón — anunció el mayordomo desde abajo.

Montó casi de un salto don Braulio. Se sentía ágil, Rasgó al caballo con las espuelas, le pesaba el revólver y sonaban las balas con tintineo alegre, tal vez riéndosé, en tono menor, del petulante griterío. as los Cascos sobre la tierra.

—Taa... ta... taata... tá…

—Fuii..... fuii..... fuiii..... fuifuii... fui… — seguía la musiquilla de los indios que huían.

Inquietose el mayordomo al comprender, por: la dirección que llevaba don Braulio, él propósito que le animaba. Rascándose la cabeza, murmuró:

---Ele carajo, ya se frego..... Aura'de querer seguir eso a los runas. ¿Aura qué desque conoce él? Es quién pes para decirle nada, en esas iras que' 'stá... Uuuuu, chumadito eso ha de'star.

No obstante, su deber era seguirle. Agárrado a la rapidez de su mula fue en busca de unos indios conocedores de los secretos, de las trochas y señales, para poder vigilar la aventura descabellada del amo,

Al acercarse el viejo latifundista a la alambrada vegetal, su ofuscación se encontró con la gran plasticidad de los primeros planos, envuelto en la musiquilla india que Je hacía cosquillas por todos los poros del cuerpo. Hubo en ese momento en él, la sensación de oreja puesta en. un pecho afiebrado, en el pecho gigantesco de la tierra donde se podía percibir el latido caotico del enmarañado monte, La visión de soledad que apareció de improviso fue muy fuerte en el corazón de Peñafiel: había en el gran paisaje hálito tibio. de transpiración humana que le obligó a sacar el revólver, a vigilar nerviosamente las supuestas amenazas prendidas en las hojas, en los troncos, en la soledad, en el aire. ¿Y dónde estaba la musiquilla india? Como un oleaje llegaba de todos los rincones.

—Por aquí, por aquí están ---murmuró en voz baja y se desmontó del caballo para avanzar mejor entre los chaparros espesos. Continuó penetrando en el silencio salvaje, arrastrado por el espejismo de la musiquilla, sin preocuparse de que, de un momento a otro, su desesperación de búsqueda podía transformarse en un verdadero miedo ante la obscuridad creciente que le iba envolviendo. Ese afán le hizo que se esforzara secretamente en perder incluso el sentido de la orientación. ¿Por dónde se podía volver a la casa? Aferrado a la puntería del revólver se dejó llevar por el rastro culebreante de la musiquilla:

—Taa... ta... taata... tá...

—Fuii..... fuii.... fuiii..... fuifuii..... fuí,..

La intoxicación de la víspera le pesaba en el cráneo y se le partía de sed en los labios. Todo era suave, todo era húmedo, cubierto de musgo chorreante, verdoso y olor a madera podrida. Pensar en la vuelta hubiera sido delatar su desorientación, siguió adelante, retando a la musiquilla que le acosaba por todas direcciones, Tenía la conciencia de no haber andado mucho, pero se hallaba cansado. Se sentó sobre un árbol caído y se puso a fumar un cigarrillo, con el alma un poco oprimida, angustiado por el silencio demasiado profundo y por el chuchaqui que atormentaba todos sus miembros. La música había desaparecido como por encanto. Recorrió esa

soledad de la mano del sanjuanito, y ahora que súbitamente le dejaba abandonado se aterró como un niño. Todo había quedado atrás, algo incubaba secretamente en su pecho. Sintió miedo hasta la timidez. «¿Es posible que me quede solo? Sería para enloquecer de espanto», pensó. El rostro se le helaba, el corazón le latía a toda fuerza. Desde el seno mismo de un matorral espeso y enmarañado cual monstruo vegetal, sintió la llamada leve de un palpitar continuo, como víscera enferma:

—Tan... ta... ta...

Latía la tierra como un reloj o era un animal travieso oculto entre las ramas. ¡No! Volvía la llamada más fuerte. La llamada que le iba desesperando no obstante ser su única esperanza de guía:

—Tan... ta... taata...

---Fuiii… Fuiii…

Son ellos. Se burlaban de él. Rápido erguiose don Braulio, revólver en la diestra, Una detonación fueteó la soledad. Había matado a alguien. La música se calló volviendo a dejarle abandonado. El remordimiento de un crimen alumbró su conciencia: ¡no matarás!

Nadie había muerto. La música Novia a prenderse muy cerca de él:

—Fui... fuii... fuiii... fuifui...

Era extraordinario, oía las pisadas de los indios sobre el ramaje-seco, También al sanjuanito se le oía ahora con timidez, con humildad, con súplica de indiada que clama perdón, con cabeza baja de esclavo que se aproxima al señor, inflando la autoridad y el poderío de Peñafiel hasta hacer le exclamar:

— Ajajá, ahora sí que no se me escapan. ¡Desgraciados! ¿Buscando otro patrón, no?

Tras un árbol con el revólver preparado. se puso en petrificación de espera. Todo parecía muerto en torno. Asi, uno, dos, cinco minutos, dejando venir a la victima hasta la trampa, saboreando el espectáculo del primer indio que caería atravesado por su puntería de plomo. ¡Ya! La música estalló en sus oídos, pero no asomaba nadie. Había que estarse calladito para que aparezcan. No debían descubrirle, Se ocultó mejor, Con la mano libre se aseguró de las balas del bolsillo, eran bastantes. Si la muerte de uno no era suficiente, mataría dos... De pronto la música se despeñó por una lejanía imperceptible... ¿Dónde estaba? ¿Qué- se había hecho? Miró en todas direcciones, con la obstinación maniática del que se busca un objeto perdido entre sus bolsillos.

—¡Carajo! ¿Qué pasa? — maldijo en voz alta,

Salió a saltos del escondite. ¡Nadie! Sólo la borrachera de una vegetación exuberante, Su corazón se detuvo en un hipo angustioso al pensar: es para siempre. ¿Para siempre qué?

---¡Eh! — gritó haciendo corneta las mános.

---Ta… ta... taata... tá…

¿Cómo? ¿Otra vez? Tal vez sea el eco en la lejanía. Para convencerse volvió a llamar más fuerte:

—¡Eh!

---Ta… taata… ta…

—Fuii... fuii... fuuuuiiii...

—Son ellos — gritó Peñafiel apuntando la espesura insondable con ambos brazos.

— Sí, allí están — murmuró por lo bajo y siguió abriéndose paso entre la maleza.

Al cabo de unos instantes ya sólo sabía dar vueltas, señalar en diferentes direcciones, esconderse, retroceder, correr de un lado para otro. Olfatear en el aire la musiquilla que huía entre los dedos como una culebra que huye por el monte dejándonos absortos...

— Allí están.

Ahora no solamente creía oír. sus - pisadas. Vela indios 'acercándose humildes Hasta él, en el corredor de la casa de hacienda, a pedirle huasipungo. Llegaban todos con la cabeza descubierta, olor a suciedad.

— Huele a runa — murmuró mientras se olía las manos.

Como el se hallaba cansado, ordenaba al mayordomo repartir los huasipungos. Todos recibían un pedazo de tierra. Al volver a la realidad rió de sus visiones, pero no obstante cuando el sanjuanito tornaba a aparecer el respondía:

— Que más quieren, huasipungo les ha dado, malagradecidos.

—Taa.... ta... taata..... tá…

—Fui.... fuuiii... fuiii... fuifuii... fui..

—Mal agradecidos… NO... No puedo más aun cuando se mueran,

— Tar... ta... taata..... tá…

—NO... No puedo más.

La fila de indios seguía alejándose, rumorosa al arroyo bajo la hojarasca, Derrotado don Braulio empezó a gritar:

— ¡Que se vayan a la mierda! No merecen que yo les siga. Mal agradecidos, infames. Debía hacer lo que hacía mi padre: seguirles con los perros —su voz apaciguaba su espíritu, le enternecía. El monólogo tornábase prometedor, humillante.

—Qué más quieren... No puedo... No puedo…

La sed del chuchaqui se había vuelto una cosa pegajosa en la boca. Se hallaba muy fatigado. Quería aclarar la confusión de sus percepciones, pero la insistencia de la música seguía inquietante. Iba por la pista de tinos matorrales espesos, haciéndose pedazos las manos. Comenzaba a serle indiferente el seguir o no. Había una penumbra asfixiante en el ambiente que invitaba a tumbarse a descansar. Oía con nitidez extraordinaria el silbar del pingullo.

—Indios borra...

Alguien le tiró de los pies. Rodó veinte metros “cómo una pelota, sin saber a dónde iba. Mientras al otro lado del monte era alegría, satisfacción, risa y victoria, para Montoya aquella musiquilla de tambor y pingullo que oyó nacer en su parcela, en su monte antes adusto y enigmático como un telón de fondo. Entre los indios corrió la interrogación de ojos abiertos, «Habrá borrachera», pensaron. Entonces Montoya, fingiendo ignorar la significación de aquella música y queriendo que una voz autorizada asegure sus sospechas, interrogó al mayordomo desde el corredor alto:

—-¿Qué es eso? '

-— Elé, los indios que vienen en busca del patrón.

—¿Acá?

—Onde su mercé, pes. Aura nadies da no más el trago.

Los comentarios fueron eclipsados por la visión de un gusano vertebrado de runas que salía de la tierra, Brillan al sol de medio día sonajeras y adornos en la cabeza y en el pecho de los visitantes. La música de pingullo y tambor redobla alegre sus lamentos. La gran procesión india logra: enroscarse en el caserío del «Pegujal», amenazando inyectarle de orgullo. Era una corona de cuerpos pedigüeños, adobados en trapos y disfraces mugrientos. Caras sudorosas-descascaradas de caretas de alambre. Penden de los pechos: conchas, pedazos de espejo, viejos estribos de bronce, y mil cosas más de imposible identificación, Algunos llevan chonta en la diestra con cabellera de cintas; pero todos danzan en círculo, haciendo sonar el laterío de sus pectorales o dejando, al compás del sanjuanito machacón, un reguero de hilachas de mugre,

—¿Qué quieren? — interrogó Montoya desde el corredor, simulando sonrisa de satisfacción.

Inmediatamente todo se paralizó. Avanza hacia el centro el más viejo de los indios, el cual, sacándose el sombrero, suplica:

— Amitú... Dandu pes, un pite tragu para carnavalitu... Amitu di nusotrus, su mercé,

A reglón seguido el coro vertió la angustia de su vieja costumbre con gritos, saltos histéricos, vivas y alaridos.

— ¡Arí, patruncitu .....! ¡Vus nuestru patruncitú!

Aun cuando escaseaba el aguardiente, con gesto rumboso y emocionado, Alberto ordenó a su mayordomo:

— ¡Dales tres barriles, carajo!

Un griterío ensordecedor volvió a cerrar el círculo,

Enloqueció la música y el baile.

---¡Viva taita amitu!

-— ¡Este ga nu michuso!.

—¡Nu.michuso!

---¡Viva!

—¡Este nuestru amitu!

Frente a los barriles colocados junto al trapiche, Montoya se bebió el gran mate de las primicias saboreando el triunfo que olía a runa recién importado. Constantemente Alberto sostenía la opinión de que los indios se humillaban muy bien. Era pues la: ocasión de comprobar. Tal vez por eso dejaba que al desfilar los. solicitantes le besen en las manos y en los pies con grandes muestras de babosería y humillación que le hicieron murmurar:

—Carajo, tengo indios para toda la vida.

Menesterosos extendían el mate para narcotizar la angustia. El mate lleno de aguardiente que circula .de jeta en jeta, que va bañando de satisfacción calida los agotados músculos de la peonada. Al terminar, se limpiaban con los ponchos las bocas abultadas, y eructaban satisfacciones alcohólicas. Así, hasta el nuevo baile en descomposición borracha, alzando los brazos y dejando al descubierto cotonas hecho jirones por donde se descubren carnes renegridas. Toda esta algazara epiléptica cayó con la noche, al descongestionarse el patio de la hacienda del nuevo amo, y deshilarse por los caminos y las carreteras, para amanecer al nuevo día, tendidos por los baches, por las cunetas, por los surcos de las sementeras del «Pegujal», tapados la cara con el sombrero de lana, como si el alcohol de la víspera les: hubiera sembrado entre, los cultivos de una nueva tierra,

La noticia de la desgracia de don Braulio corrió de boca en boca.

---Patrún Peñafiel ha rudado in quibrada,

---Hecho shapi quedando, ;

---Heridu.

—Sin piernas.

—Muerticu.

—Mayurdumu la encontrado in quibrada,

—Lian shevado a Quitu.

— Acabú patrún Peñafiel.

-— Don Alberto desqui'a dadó el trago a los indios,

—Elé, él también hecho el patrón grande,

— Generoso es.

— Los indios ca ‘stan de quedar con el Montoya pes.

Al llegar la noticia de la desgracia de Peñafiel, Alberto exclamó:

—Nosotros los cholos también tenemos que vencer aquí en las haciendas, en los montes, no solamente en el campo de batalla —y como si hablara consigo mismo se atrevió a confirmar:

— Así mismo es la vida, para vencer unos, tienen que joderse otros.

A postración de don Braulio aligeró la ruina de su casa — agrietada por todos los costados desde hace muchos años—con carrera menos veloz que aquella con la cual hubiera ido si el honorable padre de familia tenía el acierto de caer más hondo en la brecha del monte.

Aun cuando el deseo de la muerte del viejo se clavó en el subconsciente de la familia, todos daban gracias a Dios por el milagro de conservar esa vida arrinconada en un diván. En tanto Montoya lanzaba carajos y maldiciones por la serie de molestias que le ocasionan sus continuos viajes a Quito: arreglo de escrituras, legalización de firmas, abogados, escribanías, toda una tela de araña para rematar, por la deuda, el latifundio de Peñafiel. Esa nueva forma de obrar le trajo nuevas necesidades y costumbres, también molestias y dolores.

El día que se puso un vestido de ciudad y tuvo que dejar las polainas en casa, fue para él, el día. más ruboroso. Antes de aventurarse por las calles, se volvió del zaguán varias veces. Le entraba mucho frío por los calzones flojos dándole la sensación de desnudez. Como cáscaras inútiles las polainas se enroscaban bajo la cama. Eran tan calientitas, pero al mismo tiempo la gente en la ciudad, al verle con ellas, no le tornaba muy a lo serio

Un día oyó decir: «sólo los indios y los cholos tienen bigotes ralos de chino». Corrió a la casa a mirarse en el espejo. En efecto, los suyos eran caídos, delataban algo que constituyó. el dolor de su vida. No podría ser un caballero. Con resolución heroica llegó a una peluquería y gritó:

— Vuéleme los bigotes,

Surgió en el espejo una cara más aceptable. ¿Qué podían decir ahora? No era muy moreno. El peinado partido a la izquierda y con copete le sentaba muy bien. Desde entonces se apasionó por aquella forma de arreglo.

También sustituyó el cuarto bajo por dos piezas amplias; y de vez en vez pagó las borracheras de las autoridades que: tenían que mediar en los remates. Se le agravó la costumbre de rasgar las erres y las elles. Debía dar la impresión de gente importante.

Menudearon tanto sus viajes a la capital que burlonamente devinieron en motivo de expansión y regocijo para su espíritu y su cuerpo cansados, Constituía también un síntoma extraño su cansancio.

Las amistades empezaron a crecer de una manera alarmante. Su abogado le presentó al señor juez, éste a su pariente el señor jefe de sección de un Ministerio, éste a su primo el señor subsecretario, y por fin. éste a su suegro el señor Ministro,

Sólo Alejandrina protestaba por las continuas ausencias:

—Que te pague ese's el todo. Aura quitas de'star hecho el futre sólo brindándoles. Que pensáis pes sacar con tanto amigote.

—Callá no más, la obra irá mandando.

El hombre acumulaba plata y volvía a sus ocupaciones de la ciudad, es decir, volvía a presentar comprobantes, á esperar términos de prueba, a beber en alguna trastienda con un doctorcito de campanillas, a calentarse en la plaza grande, a terciar en las conversaciones políticas de los amigos. Para matar el aburrimiento que le causaban aquellas charlas empezó a referir anécdotas picantes de los cholos de su pueblo. Fue grande el éxito, todos lanzaron grandes carcajadas, y sin más comentarios adquirió fama de ingenioso, primer escalón para llegar a la certidumbre de: «tiene talento».

—¡Oh, un gran talento! — le. llegaron a decir en Su cara el día que remató el latifundio de los Peñafiel.

Cuando volvió aquella vez a San Isidro, todo el viaje se entretuvo con la novedad de su talento. ¿Cómo era posible aquello? Pero no podía dudar tampoco. En la «ciudad cien bocas letradas le descubrieron, y otras cien doctoradas le reconocieron. Le acometió un temor: su frente estrecha no patentizaba su nueva cualidad, en la primera: oportunidad se haría rapar aquella invasión de la cabellera... pero ¡nol, se: dañaría el copete. Hasta entonces. sólo se había sentido orgulloso por su corazón sensible. Nada supo. de su. cerebro, había sido necesario ir al remate, volarse el bigote, no usar polainas en la ciudad, rasgar las erres, pescar al vuelo palabras melosas, repetir chistes. de trastienda, para volver a San Isidro con ese nuevo tras bajito: el talento.

Como siempre que experimentaba una alegría, le acometió la esperanza de tener un hijo varón. Deseo que en otras ocasiones se mostró nebuloso, pero que al fin había llegado a su conciencia: con razonamientos nobles para perpetuar su nombre. Un hijo que aproveche de sus desvelos, ¡Ah!, y si el hijo sale rubio como un gringo, — para él señal de nobleza — tal vez no podría soportar tal felicidad.

A su llegada a «El Descanso», entre bromas picantes y palabras tiernas, solicitó de la: hembra:

— Sí, un hijo.

La más grande estupefacción se pintó en los ojos de Alejandrina que se comportó como si Alberto Montoya hubiese pronunciado. palabras de la más grosera inconveniencia, y después de un silencio penoso se desprendió de aquella exigencia pronunciando frases destinadas a poner fin a la. situación embarazosa. No "obstante, la mujer se entregó a la superstición, al remedio casero, a todos los medios imaginables para satisfacer el pedido del marido. Fue infaltable los viernes en la casa de la samba Dolores, alias la Bruja, donde fumaba y se hacía jugar la baraja.

— Vendrá el guagua... ¿Vendrá? —interrogaba abriendo desmesuradamente los ojos sobre -las- cartas mugrientes que la mulata colocaba en el suelo,

—El sota, el dos de oros, el cinco, el rey. Uuuu, lejos está usté...

Otro de los recursos era frotarse el bajo vientre con la piedra imán o con. una cera que le mandaba a la Virgen, aun cuando estaba segura de que la ofrenda volvería a su poder como mercadería al peso.

También puso en práctica los consejos de: una india que traía desde la hacienda las cargas de raspaduras, la cual tenía fama de saber curar los espantos de los guaguas tiernos y el embrujo.

— Elé cumu no pes, ama niña. Cumu manu de taita Dius es. Un' pite de chaguarmis hque calentado y el locru de. cui tierno,

Para evitar toda equivocación, la misma curandera fue en busca de los pencos más viejos, hizo una cavidad en el centro blando del tronco y tapá con una enorme piedra para impedir la caída de lagartijas. Al cabo de algunos días extrajo un líquido lechoso y almibarado que dió de beber a la paciente después de una buena comilona de locro de cuy tierno. Pero todo fue inútil, el hijo varón no llegó por ninguna vía. Montoya empezó a sentir vagas supersticiones.

Desde el primer día que Alberto Montoya recorrió sus nuevas propiedades tropezó con una serie de pequeñas molestias, de pequeñas contradicciones, de problemas de fácil solución cuando era propietario del «Pegujal» y que ahora tomaban proporciones gigantescas.

En una de sus visitas al latifundio, encontró en . el camino a una veintena de indiecitos.

—Ave María, taiticu —salmodearon todos a la vez,

— Por siempre alabado — respondió Alberto tomando aires de patrón grande.

Todos los muchachos llevaban bajo el brazo o a la espalda pequeñas ofrendas que cubrieron de sorpresa a Montoya. Puede que sean unos ladrones o que huyan de la hacienda.

—¿A dónde van? — inquirió furioso,

Acorralados por el miedo, se miraron asombrados los pequeños.

---¿A undi amitu taita curita, vamus patruncito? —respondió el más grande descubriéndose.

—¿Para qué? — insistió Montoya.

— Para ductrina.

Recordando la costumbre en los grandes latifundios, y queriendo hacer ver que nada le cogía de nuevo, respondió:

—Y vos ya grandote vais: con los guaguas, que pendejada. Indio rucutushca que ya debe estar desquitando. ¿Cómo te llamas?

— Yu ga patrún... Jusé Chango. — ¿Cuántos años tienes?

---Yu....

---¿Y tus taitas?

— Nu’ay.

— Muertos son.

-— Arí, taiticú.

— Bueno... Bueno... Regresen a la hacienda.

Mansamente los longos siguieron al patrón. En el patio de la hacienda, la parsimonia del trabajo, el canto tejano. del trapiche movido por. indios, el monte entrándose por las puertas con desperezamiento voluptuoso, el

saludo humilde de decenas de trabajadores, la enorme casa un tanto deshabitada, inyectaron a Montoya una placidez de autoridad que desde. ese momento empezó a circularle en la sangre. Se sentía sembrando en su victoria sin perspectivas de conquista, perdido en la inmensidad de un latifundio, agobiado por él, petrificado hasta la angustia. Se puso a inquirir del mayordomo la marcha de los longos.

— Así miso es. Los longos ca van para que taita cura haga hacer primera comunión,

—¿Tantos? ¿Hasta estos grandotes? — insistió señalando a José Chango.

—SÍ, en guango mismo saben ir todos los años, para prepararse a la fiesta de la Virgen.

---¿Cómo? Eso es en octubre, faltan todavía muchos meses.

— Ele patrón, y qui'oras han di aprender pes. Taita cura les enseña a leir tan, a rezar tan, a todo pes, Y los longos ca le pagan con el agradito y cuidándole la chacra.

— No faltaría otra cosa. ¿Qué derecho tiene el cura sobre mis indios? — exclamó colérico el flamante latifundista, clavando al chagra una pausa fúnebre.

— Responde. ¿No son míos?

-— Así miso es, patrón. Pero es costumbre, los lonsos nu'an de querer.

—¡Yo sí! — respondió: Montoya con rapidez autoritaria, para luego recapacitar corí cálculo de negociante, pesando beneficios y desventajas que podían traerle su resolución. En tono conciliador, ordenó:

— Irán solamente las lóngas.

---Los caris tienen que trabajar en los desmontes.

Para desvanecer las inquietudes del mayordomo, se dirigió al grupo de muchachos:

—¡A ver, runas! ¿Qué prefieren: irse donde el cura o ganar diez centavos diarios? Nunca oyeron esa pregunta, ni nunca supieron tampoco que ningún amo consultase a los indios. Tanto les cogió de sorpresa, que el coro de longos respondió a un tiempo:

— Ja... Ja... jay… riál ha dichu.

—Sí, longos brutos. Les pagaré lo mismo que si fueran indios viejos, rucutushcas: un real; en lugar de estar yendo a. pasar el tiempo donde el cura, aprendiendo pendejadas. Todos los caris se quedarán aquí en el trabajo, a ganar plata desde chiquitos para que se hagan hombres de provecho — y continuó como si hablara para sí -—¿Qué necesidad tienen los indios de aprender a rezar?— En la frase iba implícita, el de aprender a leer, Para él, le daba lo mismo que sus peones sepan o no de cosas de mayores.

---Que vayan solo las guarmis, para ellas es necesario. ¿Dónde se ha visto querer instruir a los indios? ¿Para qué les sirve? Hacerles pasar tiempo lo que estuvieran ganando la plata.

Solo Alejandrina podía hacer de mediadora con el sotanudo. Ella enraizada en la iglesia con sus pequeños negocios podía conseguir del fraile que no exigiera la instrucción a los varones,

—Hablarasle al sotanudo, ya no quiero tener dificultades con nadie. Quiere que le mande los longos a la doctrina y yo les necesito en el fundo.

—¿De qué decis?— interrogó la hembra fingiendo no haber entendido.

— Lo de los longos que te estoy contando. Dirasle que le puedo mandar las hembritas para que le den haciendo el cultivo, pero que no me inquiete a los guambras. No quiero tener disgustos con él. Basta de pleitos. Quiero vivir tranquilo.

Puso tanto fervor en las frases que fue una sorpresa grata para la mujer oírle hablar de esa manera. Tal vez la misericordia infinita de Dios empezaba a tocar en ese corazón. descarriado.

—Yo le'di'ablar no más. Aura'lo menos que tengo que suplicarle para que llaga'acer la primera comunión a la guagua. No vis que todo este tiempo ha estado enseñando a leer, a escribir.

No se atrevió a objetar nada el hombre, era demasiado pronto para una reconciliación completa. Pera por. raro anacronismo se sintió generoso y tirándose para atrás, ordenó a la mujer:

—Y dile que para esa fecha haga fiesta. Yo pago todo

—El longo Guagcho también va pes a'cer la primera comunión. Ojalá se componga el guambra. Lo que'stá con el diablo ha de ser lo que's tan mentiroso, tan shugua.

Montoya calló, no le importaba nada la educación de los pequeños. La mujer era libre para orientar a los güiñachishcas como a ella mejor le parezca.

Cumpliendo el mandato de Alberto, Alejandrina fue al curato. Encontró al fraile preparando su viaje de recolecta a los anejos. Era su nueva forma de ganarse la vida ir con los oficios cristianos a los lugares más apartados de la comarca y cobrar por: ellos precios módicos en plata o en especies. Al oír la súplica de Alejandrina, el clérigo murmuró, agarrándose las sotanas que las tenía recogidas hasta el ombligo, dejando al descubierto un semi jinete latifundista:

— Todos ponen algún pretexto por no mandarme los. indios, como si me los fuera a comer. Por lo menos usted tiene que conseguir que me deje ir a la hacienda a dar misa los domingos a esas pobres almas. Si no obramos así, no tendremos perdón en el cielo, nuestros pecados no serán perdonados. Es tan difícil mi señora Alejandrinita ganarse la Bienaventuranza.

— Eso como no, pes.

— Bueno, entonces quedamos en eso — mientras montaba terminó —Ahora me voy, me esperan en Caritambo para las misas.

Antes de ponerse en marcha interrogó al sacristán:

--- Pusiste todo en las alforjas.

— Sí, señor curita.

— Adiós, mi señora doña Aleja,

Los dos jinetes se perdieron por la calle real.

2

TORNAN AL NIDO

LA fisonomía del curato de entrecejo ceñudo y grave se ha vuelto hogareña para la chiquiliería de San Isidro.

Hay en el corredor ancho y enladrillado algunas decenas de muchachos abstraídos en la sabia palabra del clérigo, el cual, breviario en mano, explica los misterios de la santa madre iglesia.

El alumnado en su mayor parte está compuesto de hijos de cholos Arrieros mayordomos o pequeños comerciantes.

El mundo infantil de San Isidro sentado en altos y largos bancos se entretiene moviendo en péndulo los pies descalzos o aprendiendo a contar en los dedos partidos, mientras la voz del sacerdote se pierde en la obscura perspectiva de los misterios.

Desde que empezaron las clases el curato se puso, olor a hornada infantil, con su panorama de pequeños y calzones de casinete parchados el culo, con camisas “sucias, con juegos de botones, con trastienda de galgón

donde se amontonan los indiecitos — hembras y machos — llegados de las haciendas.

Sólo la niña Blanquita tiene derecho a llevar zapatos, a sentarse en un pequeño pupitre, apartada de los chiquillos y junto al cura,

El «Raposa», hijo de un arriero, era el más rico en botonos, en retazos de lápices de pizarra y en bolas de cristal. Un día llegó reluciente, extraordinario, como un grito de novedad. Llegó con zapatos cuyo rechín sonaba como bofetadas en los carrillos: de los rapaces. Esos Zapatos venían a ultrajar la dignidad del mundo infantil de San Isidro. Subconscientemente pasó un revuelo de odio por el alumnado. El hijo de un arriero, longo como todos ellos, usando prendas que sólo son patrimonio de los señores de las haciendas, del cura, de ña Blanquita, Nunca se agitó tanto la muchachada como en aquel día. A la salida de la clase se desbordó la indignación:

— ¡Longo con zapatos! ¡Raposa con botines! —gritaba la bandada de pequeños en los oídos del muchacho enzapatado.

— Bien'echo, cojudos — se atrevió a responder el «Raposa» con gesto taimado de llanto.

Cruzó por el alma del Guagcho una indignación suprema, Ese longo había imitado a ña Blanquita, a los patrones, quería ser niño, quería que se le respete. ¡Desgraciado! Se acercó violentamente al «Raposa» y aplastó. con los pies descalzos aquellos zapatos atrevidos. Quería que desaparezcan.

---AY... AY.... Ay... carajo. Dejarás, no... ¡Jua puta!

Al Guagcho no le hirió el insulto, le desesperaban aquellos zapatos que no querían desaparecer. El entretenimiento de pisar era por demás narcotizante y las carcajadas del círculo de muchachos animaba la tarea.

—¡Longo! ¡Indio!

— Vos, Raposa... ¡Toma!... ¡Toma!

Ciego de dolor el agredido recurrió al insulto que podía herir al Guagcho:

— Envidia... No vis como tan la longa de tu patrona se pone botines,

— Mi niña no se mete en tu boca sucia.

Todos callaron. Corrió una pausa de tragedia. Se había hurgado en el punto neurálgico del güiñachishca. Tenía que defender a los señores. De improviso se sintió más macho que de ordinario, Sacó el pecho, y con esa liturgia que vuelve-a lo infantil tragedia de grandes, propuso:

—¿Querís darte?

— Y asta, cojudo.

—¡Vámos!

Tomaron el camino del descampado donde se armaban los desafíos de los muchachos. Los peleadores iban adelante, mirándose de reojo, mientras el resto de la chiquillería comentaba alegre los posibles resultados:

---A lo mejor le pega el «Raposa».

— No creas cholito.

— Tiesos son ambos.

---Todo está en el primero que saque chocolate,

A medida que iban llegando al sitio de la pelea, dejaban atrás lo. curioso del vecindario y se llenaban de seriedad al influjo del recuerdo de los cien encuentros donde fueron actores y jueces. Sólo se oía la marcha del pequeño pelotón, cuando de improviso se abrió el paisaje tras una tapia derruida; entonces el recuerdo mudo durante todo el trayecto se hizo comentarios:

— Aquí jue lo que le pegó la patada el «Estera » al «Gashina», y casi le mata no más.

-—Cro'que le mató miso, porque dende entonces jue que ¡el pobre «Gashina» empezó a morir no más.

—Yo juí pes el que le saqué aquí chocolate al «Tusa». Así que se daba de matón.

---El Audón tan le sacó pes.

— Aquí se trompiaron los Chamicos,

—Siendo hermanos. ¡Qui'orror!

Estaba plagado el lugar de recuerdos viriles que surgían como hongos. Las simpatías no podían estarse quietas e iban mostrándose en forma de gritos:

—El Guagcho le gana.

— Cashate, qué sabís vos. No l'as visto: pelear al «Raposa ».

—Más macho es el otro, cholito,

—Cashate, pendejo.

—Claro’pes, longo rucutushca.

—A la primera le saca chocolate.

---Aquí no más— gritó la masa de rapaces al Me: gar a una calva del potrero. La muchachada encerró en un círculo el lugar de la lucha y puso en el centro a los contrincantes. Como en gallos de domingo los chiquillos conversaban entre ellos:

---Cotejas son.

—Qué carajo, que se quite los zapatos.

---Si ¡Que se quite!

— Claro, quitate los botines -—- ordenó el guagcho con voz que exigía condición indispensable...

Bajo la avidez de las caras infantiles, el «Raposa» se libertó del martirio de los pies. Encargó sus lujos al amigo más íntimo y saltó a tierra haciendo puños sobre el pecho,

—¡Mírate, carajo!

Abriose una pausa de expectativa que duró segundos, Atacó el «Raposa», perdiendo agresividad en con revuelo de cabeza, brazos: y manos.

—Que rico borneado — exclamó la concurrencia,

—Verás no más...

---Onde le meta otro de'stos le jode. — Dale en el ojo,

— Dale otro guaracazo.

— Onde saque la zurda el Guagcho tan «verán lo que va'pasar.

Después de unos pases de simple amenaza, atacó el «Raposa», logrando colocar un golpe seco en el pecho,

---Uuuu..... Le iregó no más— gritó la rapacería,

—Y él primero estaba hecho el gasho.

La defensiva del Guagcho se afianzó en una actitud serena, lista y rápida para acometer en 'el momento que el adversario, ciego de furia, metía cara y pecho entre los puños enemigos.

—¡Dale! ¡Dale! — exclamaron entusiasmados los mirones, saboreando una pelea en toda forma,

Ágil y casual el puño del Guagcho se estrelló contra la cara suave del compañero.

—¡Ya! —gritaron los espectadores quitándose el. sombrero para estrujarlo entre las manos nerviosas,

El dolor que mordía en el cachete obligó al «Raposa» a meter la cara bajo el arca del adversario,

— ¡Ya le jodió! ¡Ya le jodió!

—No le jode nada... Que sabís vos...

Entre tanto, en el centro de la calva del potrero, los luchadores se habían hecho un nudo del que logró salir el Guagcho medio atontado,

—¡Dale! ¡Dale!

La voz llegó hasta la semi-inconsciencia de furia que ofuscaba el güiñachishca. Como, no veía nada, daba puñetazos en el aire. En esa furia suelta se estrelló la nariz del «Raposa» con sonido seco. Los expertos vieron sangre y se pusieron a gritar:

---¡Ya le sacó chocolate!

Como todas las peleas auténticas ésta había rebosado con la primera sangre.

—Gasho te portaste cholito-—- felicitaba uno

— Aura sí, ni más botines el pendejo — comentaba el de más allá.

—Si'a sido maricón — decían todos despreciando al vencido. Al mirar el Guagcho al «Raposa» se entristeció. El vencido se limpiaba la sangre con la falda de la camisa pringosa, mientras recogía los zapatos que el amigo los dejó rellenos de arena, Sin decir una palabra y entre las burlas de los compañeros el derrotado se alejó camino abajo.

Hay una amargura en esa clase de victorias que, a veces muerden con angustia de derrota. El Guagcho no pudo resistir a esa reacción extraña y rompiendo el cerco de las alabanzas de los amigos se perdió a la Carrera por el camino que lleva a la plaza.

Entró a la casa con prisa del que va huyendo de la furia de un perro que muerde en los talones. Cogió violentamente el tarro vacío y salió a la carrera sin decir nada.

—Ve, indio mal criado. Un milagro juera si taita cura lograra qui'aga la primera comunión este longo bruto. Ni saluda siquiera a la patrona al entrar. Como perro, coge el tarro y sale corriendo, Loco cro' que'stá. Hecho el agencioso. Ya’de tener algún recado de algún borracho. ¡Ve, cuánto te dieron! —vociferaba Alejandrina desde la tienda al ver que si Guagcho salía corriendo con el tarro.

Era la obligación cuotidiana del muchacho llenar aquel recipiente de lata con los desperdicios del vecindario: agua sucia, cáscaras de fruta, cosas descornpuestas. Comida de cerdos recogida entre el cholerío por pocos centavos mensuales.

—Si no ca, nu'adi'aver los dos reales de pan que da ñora Alejita — repetían las madres en. advertencia terminante a los guaguas cuando la inexperiencia de estos en el lavado de las cazuelas de barro regaba el líquido grasiento en el suelo.

Como de costumbre el. Guagcho empezó por. la casa de la «Pelada».

—Ya vengo señora.

—Cogé no más —exclamó una voz entre el humo.

—Pite está — refunfuñó el muchacho al ver en el rincón de costumbre el montoncito. de desperdicios, y en la batea, junto a la cama, el agua sucia.

—¿Qué más querís, pes? Recogerás bien — afirmó una chola desenvolviéndose de la cortina de humo y limpiándose las lágrimas de los ojos sancochados.

— Sólo que saque la tierra del suelo.

—Cashá no más, Apenas venga el Víctor del monte te'dar un platanito.

Seguía en. su recolecta de casa en casa el Guagcho: el tarro sobre el hombro aplastándole el crecimiento, enanchándole las espaldas y obligándole a fabricar figuras absurdas de equilibrio, mientras al ritmo del paso zangoloteaba el agua, escurriéndose sobre la cara del pequeño. Al llegar a la última estación, se descargaba del peso y se quedaba con el hombro alzado en actitud de «no me importa ».

Esa tarde después de dar de comer a los cerdos llegaron hasta él las voces de Alejandrina y de una mujer que parecía reclamar algo.

— Bien’echo. El guambra tiene razón de defender a sus patrones. Mi'ja no se mete en la boca sucia de los longos, esha ca niñita es.

—Así miso es ñor'Alejita, Pero como ha de ser justo, si le viera a mi'jo hecho una lástima. Lo pior es la camisa nuevecita pes. Tres puestas no más tiene y aura hecho una porquería de sangre. Cómo nu’e de decir, Cómo no me'de

lamentar pes. Cómo nu'a de ser cosa de shorar a pilches. Con. qué para que vaya mañana a recibir la clase de taita cura. Me duele pes. Me duele.

—Para que's atrevido. Para que sepa que otra vez no tiene que nombrar a mi’ja. Si toditico me vinieron a contarme los mismos guambras. Usté tan mumiya, a de educar a los hijos.

— Asi miso hago pes ñora Alejita.

---Que sean respetosos. ¿Acaso nosotros somos perros? Es de castigarle.

— Aura de noche pienso cogerle dormido... Oye, ñora Alejitá, por suplicarle pes qui’aga la caridad de fiarme un calecito de jabón negro. Hasta que venga el marido no más ha de ser... Ya ve, aquí miso dejamos las bestias a potreraje, de aquí miso shevamos. las cargas de aguardiente, todo pes... Para lavar la camisa del perro éste.

— Pero bien desque'stán, cuando tienen para comprarle botines al guambra. Nu' es bueno ser vanidosos, Nu’ay que'nseñar a los hijos a los lujos. Cuando se's pobre hay que conformarse con lo qui'ay

— Elé, al marido li'an regalado en Quito ese parcito viejo por unos encarguitos, Nadies sabe lo de nadies, mumiya. Yo ca iba'botar al basurero, y el longo novelero se puso... pero aura chupa..... Dé pes oyé.

— Verá, con esto ya son tres riales, —Así miso es.

ALZO el clérigo la mano regordeta y dio la señal de partida. Salió disparado el canto monótono:

—Los mandamientos de la ley de Dios son diez: el primero...

--- …el primero, amar a Dios sobre todas las cosas; el segundo, no tomar el santo nombre de Dios en vano; el tercero, santificar las fiestas; el cuarto, honrar padre y madre; el quinto, no matar; el sexto, no fornicar; el séptimo, no hurtar; el octavo, no levantar falso testimonio ni mentir; el noveno, no desear la mujer de tu prójimo; el décimo, no codiciar los bienes ajenos. Estos diez mandamientos se encierran en dos: amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo —repetían los muchachos con sonsonete de escuela antigua, hasta adormecer la atención.

Talvez la profundidad filosófica de los mandamientos volvía al coro una cosa narcotizante. Pesaba en la cabeza, en los párpados, en los labios, en la nuca de los chiquillos, pero ellos sabían evadirse en el entretenimiento proporcionado por los muchachos indios que trabajaban en el potrero. del curato, que alcanza á divisarse desde el corredor. Así un día y otro día: cantando canciones, cantando mandamientos, cantando sílabas, oyendo historias maravillosas de antepasados héroes, a los cuales hay que imitar a toda costa,

Llegó el día de la primera comunión. Una semana antes de la fiesta, el cura empezó a recibir las recompensas por haber cristianizado a los diablillos del

pueblo. Aceptaba cosas de comer, con satisfacción y hasta con verdadero agradecimiento... Daba gusto. No podía caer en el pecado de soberbia. ¿Qué remedio le quedaba ante la costumbre de todos esos cholos? Pobrecitos, hubiera sido inhumano contrariarles.

En el debate de obsequios verificado antes de la fiesta de la comunión, sólo el regalo de Alejandrina tuvo la doble significación, del materialismo grasiento en forma de un hermoso chancho inglés y la pureza mística en forma de un par de palomas llegadas de la Capital. Con aquel presente la hija y el güiñachishca se hallaron aptos ante la conciencia del cura para recibir a taita Diosito. También el cholerío buscó desesperadamente presentar a sus hijos en iguales condiciones ante los favores del señor cura, y fue por todas partes. en busca del agrado que satisfaga la conciencia cristiana,

—Aura qué mandaré, pes.

— Ni onde para fiar.

— Tendremos que desprendernos de la gashinita.

— Del puerquito.

—De los cuicitos.

— Tres sucres estaban dando.

—¿Querrá fiar ñora Alejita?

— Pedí suplidó…

—Que ti'adelanten por unos meses no más,

—Lo de la fiesta grande tan, ya'cabamos.

— Esto ca es más sagrado por ser sacrificio de taita.

—Y los longos ni agradecen siquiera:

—El mal pago han de dar apenas puedan levantar el vuelo,

Todo sacrificio era pequeño comparado con la satisfacción orgullosa de hacer brillar por mitad de la plaza el mayor regalo para el señor curita. Era entonces cuando se armaba un torneo de murmuraciones al paso de los obsequios adornados con banderines vistosos: cabezas de puerco hornado claveteadas con cebollas y lechugas; charoles cargados de montañas de fruta; gallinas encintadas, etc., etc. Las cholas pinganillas o los guambras portadores de los obsequios se encargaban de hacer el escándalo en voz baja, sin que nadie les: averigüe iban murmurando al curioso vecindario:

---Para taita curita es...

— Para el señor curita shevo...

El cerdo de Alejandrina. se hizo solo la propaganda. Al sentirse suelto en la plaza se puso a correr ensortijando como viruta el rabo, Todo el cholerío salió a la novelería y metió mano en la carrera «desenfrenada del cochino.

—Cogele por ese lado.

— Chapale…

— ¡Para el. señor curita es! >

---Con razón corre, el diablo eso ha de ser…

Pasaba el animal dejando cerdas y sensación de dureza de manteca entre las manos de las cholas, Entre comentario y comentario asomó la cara la envidia:

—Ve la cerda que me dejó, con manteca parece,

— Parece no más.

— Puerco tusa ha de ser, por eso regala

—Cómo has de crer pes,

— Adefesio.

—Par’eso tiene la tienda.

— Par'eso nos cobra tan caro.

El santo varón anotó prolijamente, hizo un cotejo con el personal de alumnos, valoró cuidadosamente los obsequios y se puso a formular la lista de los predestinados por la mano de Dios para recibir la comunión, Como era natural, muchos no pudieron acercarse al banquete evangélico, quedaron para el año venidero, junto con el rebaño de indiecitas llegadas de todos los latifundios, y que iban retrasándose de año en año por no dar el regalo encintado y costoso, no obstante haber sacrificado su virginidad.

—Son muy brutas —se disculpaba el fraile,

La fiesta dio principio cuando el sonido ronco del bombo golpeó en las cuatro esquinas de la plaza despertando a la banda del pueblo.

—Pon... pon... pon…

Magicamente se plasmó en el fondo obscuro de aquella hora la silueta soñolienta de los músicos. Iban llegando los cholos, emponchados, con él instrumento bajo el arca, El longo Torcuato del bombo maldiciendo del frío. se arrimó a la pared blanca de la iglesia, quedándose adherido cual primera figura de un retablo, Apareció tras de una esquina de la plaza la silueta encorvada del frutero José Ampudia con su cornetín,

—Qui'ay pes, cholito — murmuró por saludo.

— Aquí pes, con frío,

—De'veras no. — Y se situó como segunda figura junto al muro.

Por la calle larga asomó el longo retroncho del pistón; en seguida. cayó el zapatero del contrabajo y, por- último, a completar las figuras del bajo relieve, llegaron el del. tambor y el del bajo.

Con la aurora estalló el albazo fiestero pespunteado de calderones anhelantes y de desentonos que hacían rebullir al chagrerío en sus camas. Las pausas eran utilizadas por los músicos para menesteres particulares: al del cornetín le servía para escupir y acomodarse el mocora que tenazmente le caía sobre las cejas, al del contrabajo le daba tiempo para hurgarse ricamente la nariz, al cholo del bombo para rascarse los piojos del sobaco, al del pistón para espiar a sus vecinos con el único ojo que le quedaba.

Cuando la música calló tuvo su resonancia en el campanario de la iglesia con voz alharaquienta de. chola” follonuda.

—El primer repique —anunció el del bajo.

—¿Va'stará despierto el cura?

— Acaso nos ha de dar nada.

—Vamos onde el señor Alberto —propuso el del cornetín.

—Y cierto, ojalá dé las mañanas —afirmó el resto de la banda,

— Ele'ay ca, como no pes -- confirmó el longo del bombo.

—¡Onde don Montoya...! ¡Onde don Montoya! — gritaron alocadamente todos.

Los tiempos del patrón Peñafiel habían pasado, y era: lógico que nadie se opusiera a la propuesta. Les pareció a todos tan natural ir a solicitar una gracia al hombre que podía concederla, que en coro exclamaron:

---¡A onde él, somos de los mesmos!

El grito sonó a blasfemia, avergonzando la audacia de los músicos.

Frente a la tienda de Alejandrina la banda tocó un sanjuanito, de aquellos sanjuanitos con letra alusiva a la generosidad de los amos: En la casa notose movimientos apenas perceptibles, alegrando a los cholos filarmónicos que se codearon hasta desequilibrar atrozmente los acordes del sanjuán. Alguien se asomó a la puerta de la tienda, alguien que estiró una mano generosa con botella de alcohol. Era la rumbosidad de Montoya que apenas se sintió halagado por el honor que le concedían los músicos, ordenó a. una de las güiñachishcas propinar a los fiesteros con un litro del mejor aguardiente. de la tienda,

Cohetes y camaretas empezaron a bombardear la impasibilidad del cielo intimándole a un pronto amanecer.

—Jesús, hay que arreglarle a la guagua ---afirmó Alejandrina, saltando en camisa de la cama, y pateando al Guagcho que tenía costumbre de dormir bajo un sofá, hasta despertarle.

---Ve, andá breve a traer la comida de los puercos para que alcances a la comunión. Si no ca nua d'aber ni alpargatas, ni saco nuevo, ni nada.

Luego de dejar al muchacho en pie, la madre puso a luchar con. la cabellera rebelde de la hija, fabricando rizos a imitación de aquellos que había. visto llevar a los angelotes esculpidos en la iglesia. Su niña dentro de pocos minutos sería un angelito; los rizos, aun cuando sean chorreados, eran indispensables.

— Ve Alberto cómo le'stoy dejando churriada a la guagua —anunció al hombre que roncaba entre sábanas. Montoya se despertó de improviso y mal humorado repuso:

— Apúrate, mejor.

—Que's pes, y vos ca no tirás a levantar .....

—¿Yo? —dijo anodado el hombre. No esperaba tal pregunta y sin embargo la deseaba como una de invitación a ir, a ser el rey de la fiesta, pero sus alto ideales le obligaban a quedarse entre las trazadas calientitas,

—Ele claro, pes. ¿Qué pensáis que la guagua va' ir solitica como hija sin taita? ¡Jesús, no vendrás a decir tonterías! Ya mucho he aguantado desprecios... Aura ca, ¿por qué pes? Hasta el más indio va con sus taitas.

---Pero mujer protestó el hombre,

—Diós mío, eso sí. que no. Prefiero que nu’aga la primera comunión la guagua, Tenís qu'ir acompañandole a la iglesia.

—No... No... No, carajo.

No obstante, las protestas, la discusión se prolongó hasta la furia del macho, el cual haciéndose el dormido dejó que la mujer se desangre en una serie de improperios.

La presentación de Alejandrina, entallada en su manta de seda con pechera bordada, fue una verdadera novedad para los fieles amontonados en la iglesia.

Iba tras de la hija. La chiquilla destilaba elegancia por sus rizos aguados, por su vestido de raso manteca y por su enorme cera adornada como banderilla de lujo. ¡Qué espectáculo tan solemne para la concurrencia!

— No viene Montoya.

— Púchica, el Guagcho. con alpargatas

Aun cuando el cholerío murmuraba envidioso, dio paso con toda clase de manifestaciones de cortesía a la familia: las indias retiraron el quipe de cucayo apresuradamente, las cholas recogieron sus guaguas del suelo donde gateaban como en su casa y les metieron apresuradamente bajo el pañolón encubridor de miserias, los chagras espantaron los perros, y hasta el sacristán, todo agitado por el trajín, brindó los reclinatorios preparados bajo el púlpito:

— La niñita que venga para acá, aladito del altar. ¡Angelito de Dios! Vos tan Guagcho vení no más.

Rodó la misa acarreando una cola de murmuraciones. En el momento de la comunión la indiada se deshizo en llanto y lamentaciones:

—¡Mamiticos los angelitos… Ay… ay… ay…

— Buniticos... Taita Diusitu vo... Buuuul... Ujalá Dius quiera...

La liturgia cristiana se convirtió en barullo de feria, así hasta el final.

Fue a la tarde, entre tapujos y mimos, cuando Alejandrina solicitó al amante:

—Ois Albertitó, va pes a venir...

—¿Quién? —gritó el hombre con fijo presentimiento.

Se calló la mujer. El silencio se alargó como un resorte, En dos, en tres, en cuatro minutos. Como no pudo crecer más, surgió la voz pedigüeña de la tendera:

— Hasta el más indio le invita una copita al señor cura, No te ya'quitar nada.

Se abrió una nueva pausa... Síntoma inequívoco. Nunca se había: quedado callado ante una oferta de esa naturaleza, por el contrario, la protesta, la cara encendida en furia y los puños crispados habían sido la afirmación de sus ideales rojos. Entonces creyó la mujer prudente suplicar con lágrimas en los ojos, con hipos de. dolor inmenso. El llanto femenino ablandaba todas las energías de Montoya. Sintió flojera en los músculos, malestar en el pecho, remordió un carajo y gritó:

— ¡Bueno, que venga! ¡Ah, pero eso sí, debes arreglar bien el cuarto, no quiero que el fraile diga que' nosotros vivimos como chanchos! Mientras esté el sotanudo aquí yo tendré que irme.

— Para qué pes, con tal de que te'ncierres un ratito en el cuarto del horno. Una. copita de vino y un picantito no más le voy «a brindar.

—¿Eh?... Voy a estar encerrado como un muchacho. No faltaría otra cosa.

— Es por tu bien, hijo. Así la gente ha de decir que ya nu’ay pleito. Y, claro, nos han de tratar bien.

— ¡No!

Automáticamente volvieron las lágrimas y las zalamerías de la mujer. Montoya empezó cediendo interiormente para luego dejarse llevar por los caprichos. de la hembra. Larga fue la discusión para adecuar el sitio en donde debía recibírsele al ilustre visitante: Al final acordaron arreglar la trastienda. Entonces empezó el derroche de ostentación: colgaron festones de papel, recubrieron los bancos de madera con ponchos y frazadas de colores chillones, se adornó las paredes con cromos obsequiados en las farmacias, se acomodaron en las mesas las flores doradas del altar, se amontonó brillos y peñachos, hasta dejar a la trastienda como altar de pueblo.

En la visita del sacerdote. sólo hubo: de extraordinario las miradas comprensivas y cómplices —para convertir al hereje— entre el agasajado y la tendera.

Montoya rabiaba en el escondite del cuarto del horno, preso entre esteras, herramientas y costales. Pero después de todo tenía razón la mujer, ya no le: tratarían como a un simple cholo corrompido. Ji... Ji… Ji… El engaño. Todo estaba en aparentar.

— Les estoy haciendo pendejos. Ellos van a creer que me he hecho de buenas con el clérigo. Ji... Ji… Ji...—Se encontró: hablando solo y eso le entretuvo sobre manera,

La visita hizo su efecto. El cholerío de San Isidro murmuraba por la calle mayor, de corredor a corredor, de tienda a tienda, a gritos, entre risas:

— Taita cura en casa de l'Aleja. ¿Nu’era pes la boca del infierno?

—Taita cura. con ál hereje... Ja... ja... Jay…

— Pero no desqui'a'stado en la casa don Montoya, en l’acienda desque li'an visto,

-— Pendejada... Yo le vide salir después de que ' taita cura salió. de la tienda de la tendera,

—Yo tan le vide.

— Elé, aura ca todo es posible.

— Pero así todos mos de'star en paz.

— Aura claro pes, el buen corazón de don Montoya.

— Milagro de taita cura desque's.

—Cashe mumiya, la plata es todo.

—Cashe no blasfeme... Ha de tener que morir con la lengua ajuera.

— Entonces milagro será pes.

EMPEZARON a caer los amigos de Quito en el latifundio de Montoya. La plácida vida del campo les detenía a veces ocho y más días. Como era justo, Alberto se esmeraba en atender generosamente a sus visitas paseos a los desmontes, al río, borracheras con aguardiente recién ordeñado en el trapiche,

En los pechos ciudadanos se alargaba el abandono como una interminable pista de carreras. Lejos quedaban las urgencias de la ciudad. Se sentían los visitantes sueltos de sus amarras, ansiando llegar a un primitivismo despellejado de recuerdos y que no desentone con el paisaje: girar, bailar, echarse sobre la hierba cara al cielo, agotarse en los largos paseos, entrar en las chozas miserables de los indios y comer cuyes con las manos, sentados en el suelo en esteras mugrientas, apagando la sed de la boca abrasada de ají con grandes mates de chicha de jora, manejar el hacha hasta las ampollas en las manos. En aquel retazo de vida sentían placer inusitado, ignorando las causas que alegraban ese primitivismo. Sentirse arrastrados por un deseo de saborearse indio en todas las manifestaciones, pero allí, donde nadie les veía, donde nadie podía saber que su satisfacción máxima le han. encontrado junto a la tierra y en la libertad dada a su ancestro indio. Esa alegría no era otra cosa que el orgullo melancólico del desterrado que vivió fingiendo y ha vuelto a. su sustancia aun cuando le encuentra amarga. de salvajismo. Montoya aprovechaba de esta plenitud desbordante y daba de beber a sus amigos hasta el embrutecimiento. Traía mujeres de vida alegre, pagaba músicos de arpa y rondador. Se bailaba sanjuanito imitando a los runas, Era entonces cuando Alberto sentía nacer en él la audacia rumbosa de los viejos cholos y sacaba. el revólver, disparando sobre los pies de las hembras hasta volarles el taco. El pánico de la concurrencia era su apoteosis. Nunca más feliz qué en esos momentos. Las mujeres acurrucadas en los rincones suplicaban a. gritos. Los hombres fingían valor de una forma zalamera. Todo era terror mientras él reía y guardaba el arma. Así encontró en él una nueva virtud: el valor. No

obstante, el héroe, al llegar la noche, cobardémente se escurría por la puerta de atrás del caserío, dejando a sus amigos. dormidos. Es que ocultaba algo que para él constituía la más grande de las ignominias: vivir con la tendera sin que esa unión haya sido legalizada por la iglesia y por la ley,

Una noche que las visitas se quedaron dormidas más temprano que de ordinario, tuvo la ocasión de huir a su querencia cuando todavía en la plaza del pueblo los muchachos jugaban a las escondidas, al matantirun, a los pollitos. Al entrar por la puerta del potrero, divisó, a la luz difusa de una luna velada, saliendo de los matorrales que se enmarañan en la cerca, la silueta de la hija con los vestidos en desorden, seguida por la del Guagcho que parecía solicitar algo monstruoso. Como una descarga eléctrica cayó la sospecha. Vió negro. Sin darse cuenta, con voz angustiosa, ordenó a los chiquillos entraran a la casa.

Una vez en presencia de Alejandrina, escandalizada por la noticia, se hicieron las: declaraciones en. medio de frases entrecortadas. Los negros ojos de la muchacha se orlaron de lágrimas tornándose más redondos. El Guagcho, en un «rincón, fingía temblores de terror.

—¿Qué fizo bruta? —indagó la tendera metiendo la cara en el miedo de la hija.

-— Nada, mamita,

-— ¿Qué liciste a la niñita, longo corrompido?

—Nada.

—Aura sí, si no me decís toditico te mato no más, longo bandido. —exclamó la mujer enarbolando una correa que extrajo de un cajón y la dobló en cuatro.

A la vista del látigo, las caras de los muchachos se pusieron pálidas de terror. El temblor fíngido del Guagcho se hizo verdadero.

— ¡No.mamitica, nue d’acer más!

Ña Blanquita. en su dolor en su angustia, y llena de lágrimas suplicando a la madre, conmovió hondamente al Guagcho que se juró por lo bajo no decir nada aun cuando le maten. Pero la débil muchacha no pudo sostener el heroísmo del silencio. Al primer fuetazo traicionó su secreto gritando:

—Él tuvo la culpa... El me metió la mano; yó no quería. El me...

Rápido cayó la sanción sobré el cholo, enfureciéndole de dolor contra la muchacha. ¿Por qué no se calló? Era «una traición. Loco de furia desbarató la mojigatería de la chiquilla, gritando:

— Esha mismo me vive diciendo que le coja. Esha mismo no'me dejaba tranquilo.

DESPUES de largas meditaciones para resolver el problema, la familia ordenó al Guagcho:

---Tenís quíir a la'cienda.

—Girandote sois, hay que darte algún oficio

Un día se despidió: el muchacho de las güiñachishcas, recibió el pan que la tendera tenía por costumbre dar a los pequeños que iban a los trabajos de la molienda y salió de la casa con un grito estrangulado en la garganta. No habría andado una cuadra, cuando en el recodo del camino, tras de la cerca apareció ña Blanquita, mostrando una cara reilona de reconciliación. El viento le desordenaba la cabellera y le obligaba a parpadear continuamente dándole un aspecto de bondad que alelo al Guagcho,

—¿Ya te váis? — interrogó ella dulcemente.

—Si... — murmuró él, bajando la cabeza.

Se deshizo el enojo en un largo silencio. La brisa seguía jugando con la cabellera. de la muchacha, con las hojas de la cerca, con el polvo del camino, filtrándose por las desgarraduras del vestido del güiñachishca. Sintieron frío, Ella rompió el silencio:

—¿Cuándo volverás, ah?

— Nunca, pes.

Sin más comentarios el Guagcho siguió andando. Era la primera vez que sentía ganas de llorar sin que le doliese nada. Se volvió para mirar. Erguida entre los pencos la figura de ña Blanquita parecía llamarle. Los dos muchachos se quedaron. prendidos en una larga mirada,

—Me voy no. más — afirmó el muchacho haciendo esfuerzo por reírse.

—Vendrás los domingos, no,

—¿Para qué, pes?

— Para. —fue la muchacha quien desapareció ruborosa. tras de la tapia.

Apenas llegó el Guagcho al latifundio le dieron unos cajones donde: debía acomodarse para dormir, en la casa del mayordomo situada junto al caserío de la hacienda. En su primera mañana de trabajo se encontró con un centenar de mulas en el patio. Todo olía a majada, había un ruído de cascos y de voces, Desde un rincón inencontrable, un arriero le gritó:

—¿Que'stáis haciendo? —mientras otro, de cara cuadrada y gestos agresivos le arrojó un poncho y un acial, al tiempo de ordenarle:

---Vení conocerás cuales son las diez mulas di'acienda, Chúcaras son, Tirales el poncho a la cara para cargarles.

Obediente el muchacho, enarboló el poncho como había visto hacer en la plaza del pueblo a los chagras que llegaban con ventas a la feria. Pera la mula salió disparada y la recua se puso nerviosamente alerta.

— Ya le'spantaste. Despacito no más, ¡Aura ca seguile y cogele de la jáquima, pendejo! — gritó un arriero indignado.

No eran los chagras los que iban, con sus gritos altaneros, a acobardar las resoluciones del Guagcho. Furioso, emprendió una carrera tendida-tras la bestia, hasta que, cuando estuvo cerca a ella, se tiró violentamente a la cuerda que colgaba de la jáquima.

—Duro... Trincale bien…

— No le sueltes...

—¡Aunque t'arrastreee! — ordenaban los cholos mayores,

Indomable el animal siguió corriendo mientras daba cabezazos hacia arriba para librarse de la tenaza del muchacho prendido a la jeta. La lucha se hizo inquietante porque ni la mula cedía ni el muchacho soltaba. Hasta que el peso del Guagcho humilló la cabeza de la bestia.

Los arrieros felicitaron la hazaña con pequeños golpes en la espalda y con remedios y consejos para las manos quemadas del güiñachishca.

— Güeno ha sido el longo.

— Retobado ha sido el longo.

— Pero aura trai no más la Carga... Ese costal que 'stá encima de los barriles,

— Ajustá la cincha.

-—Pasá el acial.

— Atajá la mula.

—Verasle las mataduras

— Esa ca es mañosa.

A pesar del dolor quemante en las manos, el Guagcho se sintió contento cuando salieron de viaje tras la recua de mulas cargadas dé aguardiente. Treparon por la falda de la montaña. A lo primero que tuvo que habituarse fue a los gritos, a los silbos y a las advertencias:

— Verás que no se vengan las cargas para el precipicio.

— Uuuuuif... Uuuuuuif... Uuuuuuif... Fila... Fila… Fila…

— Mula puta,

— Atajá. por ese lado, ve. .... Onde s'irá pes a meter... ¡Ve pes la mula, carajo!

—¡Guambra pendejo, no li’as ajustado bien la cincha —reprendía a menudo el más viejo de los arrieros poniendo una cara de energúmeno, y escurriéndose por los desfiladeros volados al abismo llegaba a la carga que para él iba en desequilibrio y le acomodaba convenientemente,

—Eso ca nuliciera —murmuraba por lo bajo el Guagcho, aun cuando después se vió obligado a correr como equilibrista por las pendientes más escalofriantes.

Lo más sugerente de los viajes fueron los descansos de medio día en las chicherías sentadas a la orlla de los caminos.

—Dé pes la chicha ñoraaa...

—Venga pes caserito.

—Pusún tan dará pes.

—Cada uno saque su medio.

-— Harán probar al guambra, ha de reventar la hiel,

—Ve Tomás, da'lcanzando el atado de cucayo que'stá en la mula tordisha.

— Mandale al guambra pes.

— Está jodido con las patas.

---Que se ponga babas en los talones para que le pasen los ardores.

— Cierto, no... Hace un esfuercito longo y pasa el cucayo para que te ganes el almuerzo.

Se sucedían en procesión picachos y elevaciones, cual oleaje ciclópeo y petrificado. El Guagcho, desde el anca de una mula, oteaba la visión de una aldea hasta cansarse la vista.

A la noche llegaban a los tambos, sedientos unas veces, empapados hasta los huesos otras. Soñando en la ilusión de un abrigo o de un descanso. Con dolor en todo el cuerpo, el pequeño buscaba instintivamente un rincón para tenderse, pero siempre una voz le sacaba de su deseo:

— Hay que descargar, pendejo.

— Tira el poncho despacito a la cara de la mula,

—Más... Por ese lado.

—Verás le soga...

— Enseña las espaldas para que pues los quintales.

—Vení... Vení... No ti’agas el mudo.

— Hacete el shorón longo vago,

— Temprano es todavía para dormir.

—Quien pensáis pes que debe hacer lodo,

— El tan hecho el futre,

— Meterás contando en el potrero las mulas.

— Cuidado se'scape una.

---Trai los sudaderos han de'star calienticos para dormir.

—Verás si'an crecido las mataduras de los machos.

Sólo cuando todo estaba arreglado y seguro, los hombres empezaban a caer pesadamente junto a las cargas, rascándose la barriga y la cabeza.

—Oyé, don Melchor, tengo hambre pes —insinuaba por lo bajo el Guagcho presentando una cara de anemia que daba pena. El arriero sorprendido ante tal requerimiento no acostumbrado entre ellos, respondía:

—Ele que's pes... Tenís que acostumbrarte a comer una sóla vez... Pero tomá un pite de tostado —alargaba un puñado de maíz que extraía de uno de los bolsillos del pantalón, para luego concluir:

---Aquí ca onde para conseguir comida. En las chozas de los indios sólo locro de papacara y cusos asados. Dormí breve, hay que levantarse de mañanitica para salir oscuro, oscuro

Con el dueño era imposible terminar los pocos tostados. Como una bestia, con indiferencia tiraba el poncho, y junto al montón de los hombres se echaba sin sentir ninguna necesidad, narcotizado de cansancio, quizás al caer de barriga en la tierra sentía apenas, vagamente, un deseo de llorar.

Al despertarse, abrasado por el ardor de las plantas de los pies y los talones partidos que manan sangre, sus compañeros no tenían otro consuelo que una risa de indiferencia y una receta casera dada al vuelo:

—Echate babas y ponete las alpargatas.

---Levantate breve y nu'estés haciendo pucheros. Tenimos que avanzar como quiera.

— Consolate no más, en el páramo te'mos di'acer montar,

En medio del barullo de las mulas, de los aperos, de los hombres, de las órdenes, el pregón de una chola que vendía tazas de agua caliente de raspadura, junto a un fogón improvisado en mitad del carretero, alegraba las mañanas.

—¡Vaya tomando agüita caliente, caseritooó!

—¡Hágame el gasto Caliente las tripas!

---Via, tome pes una tacita, pero harame pes un bien de dar entregando esta cartita a mi guagua de la loma; ya ni sé cuánto tiempo que no le veo.

— Bueno.

---Dios so lo pay.

El vaho de la respiración de los hombres, mezclándose. con la evaporación tibia de las tazas, hacía un vapor sutil, blanco en los helados amaneceres,

—¡Vaya tomando agüita caliente, caseritó!

—¡Hágame el gasto Caliente las tripas!

En todos los tambos y los pueblos por donde iban pasando eran infaltables los encargos del. cholerío que, saliendo a las puertas. de las viviendas, gritaba en la misma forma suplicante:

—Yo le'de pagar, de pes shevando esta gashinita,

---Amarrelé no más en el anca.

—Por vida suya, tome pes una pesetica, entregará a mi mama este costalito... Este papelito tan... Este puerquito tan... Y dirale no que me'scriba, que mande a decir cómo está, que…

— Pero no se olvidará pes, nu’e de ser su mal'agradecida,

---¡Acordarase!

—Elé, haga pes un plan... Sheve pes al guambra hasta Quito. Va'ganar como sirviente,

---A la vuelta ledar un rialito, no sia malo.

Aun ya lejana la recua de mulas, las voces de las recomendaciones llegaban hasta los arrieros como: una despedida, como un pañuelo que vibra alegre en la distancia, teniendo siempre el eco prolongado y silbante de los arrieros:

—Uuuuiiif... Uuuuijif... Uuuuiiiif... Fila... Fila... Fila... Mula bruta.

—Púchica, cayendo papacara está en el páramo. Ve longo, abrigaraste bien, a lo mejor vais a quedar riéndote con soroche ---anunciaba el arriero más viejo, señalando en la lejanía de la ladera las cortinas espesas de la lluvia, en las cuales se iban hundiendo lentamente con resignación cristiana, Á veces después de hallarse por más. de una hora sumergidos en esa cosa espesamente fría, pisando lodo hasta los tobillos, una voz compasiva. gritaba desde el fondo de aquel paisaje que amenaza tragarse al pequeño aprendiz:

—¡Delen un pite trago al guambra, no vaya morir!

Llegaba la botella hasta la boca del muchacho, él no sabía cómo. Sólo le causaba extrañeza que aquel líquido quemante de otras ocasiones, cuando Se bebía las sobras que dejaban los chagras en la tienda de ña Alejandrinita, se encontrara tan insípido, sin calor y sin vida.

—Si no querís quedarte aquí, corré, correee si no querís que te dé con el acial.

— Achachay... Ya voy pes... Achachay…

Así, saltando sobre el barro como un muñeco de cuerda, llegaba a la pendiente en donde las mulas hábiles olfateaban la senda y nerviosamente unían sus cuatro patas para dejarse resbalar hasta el fondo.

---Por fin salimos, jodido ha'stado el páramo.

---Veralen al guambra.

—Aquí le shevo, casi chumado viene... Demás cro’que li'an dado el trago.

El Guagcho se fue haciendo hombre bajo el agobio de las montañas que le enseñaron a trepar los arrieros por las noches y por las mañanas. Se habituó a la nueva alegría de los amaneceres estrellados, de los amaneceres de las cumbres desde. donde se ve al sol salir humillado allá en la profundidad de los valles. Experimentó dentro de su pecho simpatía hacia los elementos, y esa simpatía tal vez fue debida a la nueva consciencia que había adquirido de hombre arriero, Le parecía conveniente y deseable una soledad profunda y grande, la soledad de los páramos envueltos en neblina; donde ningún camino es visible, donde tenía que marchar sobre una nada brumosa, e ir arreando a las mulas que no se las distingue. Ese silencio blanco le apartaba de todo, le obligaba a emocionarse con el sonido de sus pies en el barro:

—Chol... Chol… Chol... —como una pregunta, como un enigma.

En cambio, odiaba las tempestades que le dejaban prendido en el lodo, sin poder luchar, recibiendo el chubasco cortante en la cara, con la falda caída de su viejo sombrero y el poncho de aguas hasta. las rodillas, entretenido en mirar a los animales que aguardan junto a él, con la cola entre las piernas, la cabeza gacha, la piel lustrosa donde se evapora la tempestad. Hacía una

figura. pequeña, agobiada, insignificante, en reverso de aquella otra arrogante, de espaldas anchas, de sombrero con la. falda levantada hacia arriba y poncho doblado al hombro. Figura muy conocida en el juego de pelota, en la gallera, en las riñas a puñetazos.

Considerando las necesidades del cholo, Montoya ordenó se le pague dos sucres semanales. Cantidad insignificante para cubrir los gastos de pelota, copita en los tambos, apuestas de gallos, etc. Pero él se empezó a ganar como correo a lo largo de las carreteras.

—Por un rialito sheve pes un encargo.

— Dos riales le pago porque de shevando un longo al anca,

EN la ciudad Jos amigos de Montoya se habían apoderado de los altos cargos públicos. Como era lógico empezó a funcionar la memoria y la gratitud en favor del compañero que fue próspero con ellos. Todos se afanaban con interrogaciones y comentarios:

— ¿Qué le hacemos?

—¿Qué podemos hacerle?

— Es valiente.

— Generoso.

— Inteligente.

—Sabe montar a caballo.

— ¡Inteligente! —repetían los amigos recordando los chistes de Plaza Grande. Todos creían que eso era suficiente para manejar los destinos de la Nación, y cuando alguien se atrevió a interrogar: «¿Pero, qué ha hecho? ¿Dónde están los frutos de su grandeza? ¿Dónde los bienes a la cultura, al país, a la humanidad, a la ciencia, a la política, a...?, los encopetados cholos que habían comido y bebido en el latifundio de Montoya, se enfurecieron y gritaron a una sola voz: «¡Envidia!..... Por su talento. y valor le haremos Intendente».

Y es así como, una buena mañana, fue nombrado autoridad mayor de la ciudad. Al aceptar lo hizo con la resignación del sacrificado que pierde todo por el cumplimiento del deber. No sabía nada de la que iba a hacer, pero la gratitud de los amigos le aconsejó:

— No seas pendejo... No se necesita nada,

-—No ves el fulanito de ministro.

—No ves el otro con…

---No ves…

Llora Alejandrina, lloró la guagua, lloraron las guiñachishcas.

Entró de lleno en una vida nueva, áspera y nebulosa al principio, pero que se hizo interesante cuando le cogió el gusto a aquello de ser honrado ciudadano. Sin embargo, hubo una cosa que le vino a amargar la existencia: el sueldo y sus rentas no le alcanzaban para ser lo suficientemente noble, para ser lo suficientemente querido, y digno de pertenecer a los más aristocráticos nucleos sociales. Buscar el camino, de buena o mala forma, fue desde entonces el ansia que corría tumultuosa en su subconsciente. No obstante, hubiera dado su vida sinceramente antes de cometer un pequeño robo en su despacho a defraudar a sus amigos. ¡Eso no era de caballeros!

Una tarde, por asuntos de su cargo, llegó a una de las mejores haciendas productoras de aguardiente, Allí vio, con tamaños ojos, mover trapiches con caídas de agua. Algo se conmovió en sus entrañas como un grito de esperanza. No dijo nada. Desde hace mucho tiempo conocía él sistema, pero sólo ahora se le ocurría ponerlo en práctica. Al mes siguiente, cincuenta indios trabajaban a toda máquina el cauce de una acequia desde el río, en las propiedades de Alberto Montoya Todo se afiebró en la hacienda se sucedieron las mingas en los días de fiesta, se duplicó el trabajo. Para tener contenta a la gente se dio refrescos a medio día. Era de ver al longo encomendado de traer la chicha llegaba a caballo, entre nubes de polvo, con la cara mantecosa de sudor, el pecho húmedo, descubierto por la camisa rasgada hasta el ombligo, agobiado por el balde de chicha que venía taponado con una gran cazuela de barro repleta de treintayuno adobado de ají.

Todas las tardes, los peones con los labios partidos y las manos sucias de tierra, devoraban el picante y apaciguaban la sed en la chicha,

Al cabo de algunas semanas de trabajo el cauce entró en los chaparros. El mayordomo que dirigía el trazo, al ojo y al pulso, se encontró de lleno con un obstáculo de más de veintiocho metros de altura.

Alejandrina comunicó la noticia a su Intendente y éste llegó destilando maldiciones. Recorrió los trabajos, y empezó el interrogatorio al mayordomo:

—¿Por qué no seguiste por este lado, pendejo?

— Aura yo pobre...

— ¿Por qué no me preguntaste?

—Por mejor hacer pes, patrón. Para que su mercé encuentre toditico hecho.

—Ahora no tenemos otro remedio que probar con el agua, para ver si cae bien o mal. Hubiera que cavar en la peña con indios colgados, y eso sería cuento de nunca terminar.

— Eso miso dije yo, patrón.

—Pero la cosa era fregarme.

Abrieron la compuerta. Llenóse el nuevo lecho de una agua lodosa y tranquila, que al desgalgarse por los veintiocho metros se estrechó en un chorro prieto, escarmenándose, con la caída, en pequeñas partículas, en neblina evaporable, huidiza con el viento, Montoya, que observaba la experiencia desde el fondo, lanza un remordido carajo y ordenó a los runas:

—Vayan a cerrar la compuerta, esto es una pendejada. Como no era fácil cumplir en pocos minutos la orden, el agua siguió saltando por más de media hora. Desde luego al saltar cantaba tan alegre que logró dormir la excitada paciencia de Montoya.

—Que lindo juera si se pudiera traer el trapiche hasta'quí, para aprovechar esta chorrera tan güena. Porque aunque compongamos tan todavía falta un mundo, y'a lo mejor encontramos otra caida —se atrevió a opinar el mayordomo.

Como en el despecho del latifundista no era todavía hora de esperanzas, Alberto lanzó un insulto contra el cholo mientras se limpiaba la cara humedecida, y buscaba refugio tras un viejo tronco para librarse de la impertinencia de la garúa artificial, ¿Dónde podía encontrar la solución? En su vacío cerebro las palabras del mayordomo giraban con tenacidad de mariposas, en tanto la carcajada del agua iba narcotizando la integridad de la conciencia. «Que lindo juera si se pudiera trair el trapiche hasta'quí». Sonaron precisas las palabras, no había absurdo. Sonaron en su ser, junto a sus oídos y a sus ojos. Era él quien había repetido aquello. No podía ser otra persona desde luego que el viejo chagra, mirándole de soslayo y moviendo: nerviosamente las manos no había vuelto a despegar los labios.

El agua seguía repitiendo la excelencia de su energía que se llevaba el viento. ¿Podría tener un trapiche en esa soledad, oculto entre la maleza? ¿Por esto no dejaría de ser un hombre honrado? «¿Y qué?», se repuso el mismo. No le vería nadie. No lo sabrían los señores de la ciudad y eso basta. No le, descubrirían los cholos guardas que a veces se vuelven impertinentes. y groseros. Sonrió lleno de sorpresa por lo fácil que ahora se le presentaba la solución. Era una maniobra que vendría a afianzar la fama de su talento.

«Que lindo juera que se pudiera trair el trapiche hasta'quí». Era la victoria, el dominio de la frase sobre la inmaculada conciencia de Montoya. Ya no hubo en su cerebro más pensamiento que ése, más solución que ésa. Veia con alegría la casita pegada a la peña, disimulada entre los troncos y las ramas, con mimetismo. maravilloso de insecto inofensivo, con la gran rueda girando bajo la chorrera, tragando: montones incalculables de caña. Sólo un pensamiento le inquietó: hacia dónde desaguaría la caída.

— Y si hacemos aquí el trapiche, hacia donde llevaremos el agua — inquirió al mayordomo.

—¿Eh? — repuso sorprendido el chagra. No pensó nunca que su idea hubiera tenido tanta aceptación en el amo,

-— Sí, ¿dónde llevamos el agua? —ahora era la voz cómplice la que interrogaba.

—Lo más fácil, pes. Con el declive y las aguas shuvias esha mismo a de buscar camino,

Tenía razón el cholo, además no era obstáculo para desistir de semejante proyecto. Alejandrina se encargaría de despachar el contrabando entre sus conocidos y parientes. Los escrúpulos de conciencia se desterraron misteriosamente. Es que en el campo Montoya veía claro toda clase de complicaciones, por difíciles que aparezcan, y las desbarataba fácilmente. En cambio, en la ciudad todo le era obscuro, enmarañado, todo lo sentía listo en preparación de trampa para pillar su inocencia; tal vez por esto

desechó muchas ofertas de negocios dudosos, era necesario mostrarse honrado, y esa fama le tenía muy bien adquirida.

Volviéndose al mayordomo le ordenó:

—Muy bien... Que venga el trapiche a este lugar, Pero ya que tu estupidez nos ha traído acá, tú. serás responsable de las consecuencias, No quiero hacerte. cargó del desperdicio de dinero que: esto me significa...

— Dios so lo pay — cortó el chagra enternecido hasta las lágrimas.

Aprovechando la emoción de su interlocutor; Montoya fue hasta lo teatral para convencer de la veracidad de su sacrificio:

— Habrá que empezar los trabajos por otro lado. Gastar dinero a montones, Ir a la quiebra —gritó levantando los brazos en forma exagerada. Se diría que se complace en atormentar al chagra, se diría que desea verle llorar, quizás en justificación de sus escrúlos de conciencia, tal vez en transferencia de remordimientos. Que sufra el otro lo que él tenía que sufrir.

—Es necesario instalar aquí el trapiche sin que nadie se entere. Así por lo menos podré reintegrarme de toda lo que me has hecho derrochar inútilmente,

—Sí, patrón... El señor Teófilo tan tiene así —afirmó el chagra con la sinceridad del que está acostumbrado a ver a diario esa clase de negocios. Un contrabando para él no era nada Taita Dios por boca del señor cura, no anatematizó jamás aquella forma de ganarse la vida. Su inquietud solamente se radicó en la posibilidad de la pérdida del empleo, en la posible perspectiva del hambre para sus hijos, Instintivamente buscó la forma de salvar todos los obstáculos que podía tener el amo:

— Hasta la caña pes, patrón le haremos trair a los: indios,

Y sólo se ocuparían de eso, abandonando cosas más importantes como los desmontes, las siembras, el trabajo de la nueva acequia, que tienes que empezar por otro lado para despistar a los chagras que vienen a la hacienda:

—Ele claro. Lo ques de los runas yo'di' 'arreglar no más. Aura ca nue's como tiempos del patrón Braulio que si'ban para todos lados. Aura ya nu'ay quien dé más jornal del que damos aquí. Antes ca, cuando era necesario se les hacía hacer la faina y la chishipa. Quien creyera eso ca estrañan los indios, porque siempre en las fainas y en las chishipas se daba su copita, su algo con tal de ofrecerles un trago en la faina, los runas encantados si’an de despertar a las cinco de la mañana o antes para pasar caña; con eso ca, con nuestro mismo trago hacen las. mañanas, y con otra copita que se les dé a la tarde allevantarse del trabajo hacen la chishipa hasta la noche.

El agua empezó a filtrarse por todos los declives del monte, mientras febrilmente se construía. un galpón y se instalaba, un trapiche.

Al despedirse Montoya de ña Alejita para volver a Quito a sus obligaciones, le anunció que para el próximo viaje llevaría a Blanquita a la Ciudad. Había crecido mucho y era necesario darle una educación esmerada, hacerle buena gente, no una chola vulgar. Aprovechó la oportunidad la tendera y entre lágrimas y súplicas objetó:

— Jamás podré separarme de mi’jita, Seria cruel, Vos nu'arás eso...

—Ya se verá —consoló el hombre.

A LAS cuatro de la madrugada, los indios anunciados desde la víspera, se congregaron alrededor de la caña cortada, cargaron una buena porción, y en fila interminable entraron en el monte. En el galpón disimulado en la maleza, esperaba el mayordomo trente a un barril de aguardiente bien bautizado con buenos baldes de agua. Se ponía locuaz y generoso apenas sentía llegar a la procesión de cargadores.

—Uuuu... Este pite qui’as traido, yo tan pile voy a dar —y al reconvenir extendía un poco de aguardiente en el fondo de un mate.

—Dius sulu pay — agradecían los indios saboreando desilusionados el aguardiente raquítico de fuego.

Después de las seis de la tarde, aun cuando la peonada necesitaba descansar, el mayordomo recorría los campos, anunciando:

— Irán a la chashipa, copa mos de dar.

En el invierno aquellos trabajos suplementarios se hicieron más pesados, especialmente la chishipa.

El agua de la caída, libre en el monte, tuvo por algunos meses para saciar la sed de las filtraciones, más la tierra cansada de beber, empezó a reventar sus tumores de agua en enormes llagas de lodo que se fueron agravando con el invierno.

A las seis de la tarde, prematura la noche, nacida entre neblina, envolvía a los peores dejándoles con torpeza de gentes vendadas los ojos. Cargaban la caña y haciendo una larga fila, entraban en el monte, es decir en el lodo. Sumida en la obscuridad, luchando con el barro y aguantando el flagelo de la lluvia serpeaba la procesión de indios entre la maleza. Impregnada de un silencio pesado como las cargas, doloroso como el lodo que allaga los pies, arrastrábase para enterrarse en las tinieblas que parecen un mar de fango y en. el barro que es una noche que muerde, Algunos longos avanzaban dando enormes zancadas con la esperanza de dominar el suelo que tortura y desespera, otros se limpian la cara o esprimen las puntas de los ponchos.

En esa procesión está el longo José Chango, indio joven, casi un guambra. Su silueta pequeña va agobiada bajo el peso de la caña y en marcha bamboleante de pies que se hunden. Mecánicamente va siguiendo las huellas de una longa joven, cuyos vestidos empapados trascienden a suciedad que se baña. El adolescente que hay en el longo, a pesar de no ver, de estar su cuerpo amortiguado por el cansancio, la lluvia y el barro, a pesar de sentir sólo un amargor seco en la boca, busca tenazmente, con el sentido que le han dejado libre, que éste sea el que le conecte con la hembra que camina a pocos pasos de él; Desesperado se ha ida interiorizando hasta situar su zona erógena de excitación en el olfato, como los animales, como los perros. Es tal vez por esto que siente ahora que su nariz le cuelga como una cosa grande y deliciosa pero que al mismo tiempo

exige hasta el dolor la satisfacción de sus ansias de macho. Iba olfateando con placer a la hembra impalpable.

Al llegar la indiada al galpón, se desembarazaba de las cargas, se sacudía los ponchos, se limpiaba las manos enlodadas en las paredes secas, se hurgaba la carne rajada de los dedos, se bebía la paga en. el mate de aguardiente, y por el mismo camino volvía en busca del jergón de la choza.

Una noche, al volver, el longo José. Chango no resistiendo más el excitante de la hembra: y el peso de su nariz deliciosa, entre juegos. y revolcones en los charcos, arrastró hasta su humilde vivienda a la india olor a mujer. No se vieron si sus facciones eran bellas, con olerse era suficiente; no se saborearon en un beso, con dejar que entre. por la nariz el perfume de suciedad, de tierra, de indio, era basta. Oliéndose sin mirarse, oliéndose sin palparse, oliéndose sin probarse, oliéndose sin oírse siquiera, se unieron sexualmente, con lujuria primitiva que amortiguó los dolores del cansancio y las llagas.

UCHO ha cambiado la ciudad: se han borrado las fuentes talladas en piedra del centro de las plazas, y han surgido los grifos de agua potable. De los basureros, y de los tejados de las casas han huído los fantasmas y las cajás roncas a la aparición de la luz eléctrica. La vida arrastrada-se ha hecho mulle. sobre llantas de automóvil. El fonógrafo con corneta en forma de floripondio surge en los salones para terminar en las cantinas de los barrios bajos con voz constipada. Se romantiza el amor en las serenatas a media noche bajo el balcón de la guambrita, Aun cuando la hegemonía intelectual sigue en manos de la clerigalla, se da beligerancia a unos pocos herejes. Aparece un nuevo tipo de casa, más alegre y abierta a la calle, dejando en ridículo a las viejas casonas que se obstinan en conservar sus paredes anchas, su balcón apoltronado. sobre la saliente de la esquina, su pozo de agua en el traspatio y su penumbra propicia a encubrir fantasmas. Viejas viviendas han fruncido el ceño y han pronunciado sus arrugas al sentirse. junto a. la ofensa de las casas construidas al gusto: bastardo de cualquier cholo comerciante. Entre las moradas que se consumen de furia está la de don Braulio; no ha habido suficiente plata para repararla y se va deshaciendo de vieja. En el gabinete del segundo patio ya no se puede vivir, las goteras descascararon el tumbado, dejando los carrizos al descubierto, y entre las tejas rotas se alcanza a mirar el cielo. La familia va arrinconándose en las piezas que quedan buenas después de cada invierno. Sólo don Braulio, postrado en su sillón, con las piernas muertas desde la caída en el barranco, ama la casa como el parásito ama el árbol que le da la vida. Esperaba la reconstrucción en forma milagrosa, pensando en las herencias de los parientes ricos o en el porvenir del hijo cuando se case con una mujer de dinero. ¡Ah! para ese entonces se vengaría cruelmente de las prosas de las casas de los cholos. Para ello era necesario conservar la dignidad del linaje, la pureza de las costumbres. A sus espaldas, Carlota alquilaba las piezas bajas y ayudaba a los gastos de hogar que, poco a poco, los tuvo que cubrir íntegramente. Cuando «se vino al suelo: la pared del gabinete, Carlota propuso al marido ir a trabajar en el taller de costura de una de sus amigas «que ya en ocasiones pasadas le había invitado insistentemente, El

postrado experimentó un ataque repentino de cólera. Se puso pálido y dirigiéndose a la esposa que se hallaba de pie cerca de él, aulló:

—¡No! ¡Imposible! Tú mi esposa, la madre de mi hijo, ir a servir a una chola costurera. ¡Jamás! Primero muerto. ¿Qué dirían nuestras amistades?

Comenzó a dar palmadas en los brazos del sillón haciendo retemblar la lámpara de tubo, en. el centro de la gran mesa redonda ya bastante apolillada.

— Quiero conservar la dignidad de mi casa. No quiero que mi mujer sea una chola que trabaja. Una mujer vulgar. ¡No! Tú no comprendes eso.

Su voz era chillona, hacía gestos como si quisiera morder, revolviéndose furioso cual perro atado a la cadena. En su yo se habían soldado tan fuertemente los conceptos de trabaja y esclavitud de indio que eran una misma y sola cosa. Desde siempre estuvo acostumbrado a exigir del runa y del cholo tareas productoras para sus manos finas y blancas a fuerza de ociosas. En el momento más patético alzaba los puños y enseñaba los dientes, para luego gritar:

— ¡No! ¡Jamás!

Conciliadora la mujer proponía:

— Pero hijito, así no podemos vivir, Muchos días no tenemos ni para la cocina.

—La comida... La panza... —murmuraba irónico el hombre.

—Pero...

—Tendremos... Aun puedo trabajar.

Se refería a que era capaz de firmar pagarés sobre la casa o fiar a los amigos más íntimos. Carlota tuvo que ceder, si le contrariaba. el pobre maridito se hubiera puesto muy enfermo, además ella comprendía perfectamente que esa actitud en él era el orgullo de su vida. El hombre estaba tan delicado físicamente, su familia se moría de hambre, pero se sentía gran señor y eso para él era una cosa positiva.

El más desinteresado en hacer préstamos a la familia había sido siempre Antonio Mena, un hombrecillo de mirada miope y recelosa a quien culpaban el asesinato de un general. La falsa ¡acusación convirtióse en él en manía persecutoria, que procuraba curársela con misas, devociones y, buenas obras de caridad. Quizás debido a esta expiación daba dinero con desinterés a don Braulio. No era noble ni mucho menos, pero a veces Dios pone sus ojos en las criaturas más humildes y las colma de bienes terrenales,

A medida que iban pasando los meses y menudeaban los pequeños préstamos, Carlota comenzó a sentir predilección confidencial por aquel hombre siempre tan callado, tan. comprensivo y sobre todo próspero. En tanto Antonio Mena procuraba esquivar aquellas confidencias creyendo que se trataba de otra. de las jugadas del demonio. Con la curiosidad del que no tiene más preocupación que su manía, fue probando, haciendo experiencias, hasta que una vez notó con espanto que iba cediendo, que se dejaba arrastrar por un deseo loco de verla, de sentirla, de... no, eso no… Mas la gente le veía andar mucho con la mujer de Peñafiel, Sin darse cuenta, un día, cumplió ampliamente su deseo de macho. Lleno de emoción por el

sacrificio de la mujer no cobro la deuda a don Bra1ulío, el cual gratamente murmuró:

— Tendrá el cielo por ser un buen cristiano.

Desde entonces disminuyeron las urgencias, Carlota ya podía conseguir dinero fácilmente, ya podía trabajar como su marido, Desapareció Mena y surgió otro. Don Braulio callaba aun cuando ya a sus oídos muchas veces llegaron voces masculinas a horas desacostumbradas de la noche. No por esto quebró sus viejas exigencias, por el contrario, parece que la duda y el ridículo le infantilizaron, volviendo a sus peticiones irrevocables, por la fuerza testaruda de sus gritos casi inconscientes O por la compasión que despertaba su llanto,

A veces la mujer se atrevía a objetar:

— Es imposible...

— Debe ser — insistía el hombre.

---Pero…

---Debe ser…

—Se hará.

Cuando el motivo de discusión era más trascendental, variaba el tono y la expresión se hacía más patética. Por ejemplo, cuando se trataba de la educación de Luquitas, el hijo.

—No tenemos para sostener una educación tan cara —murmuraba Carlota.

— Yo sé lo que hago. Luquitas seguirá en el Colegio de los Jesuitas. Sólo en ese colegio puede relacionarse con la buena gente, No me nombres colegios de cholos

Desesperada la mujer ante la incomprensión del marido, insistía en alta voz:

—Debes entender que no tenemos... ¡Qué...!

Entonces era cuando la cara del enfermo se tornaba amarilla y arrugada. Contraía las mandíbulas furiosamente, gotas de sudor se le escurrían por la frente, se ponía tembloroso, y con un grito subrayaba el cuadro dramático:

—¡Dios mío...! Antes de pasar esa vergüenza dadme la muerte.

—No seas malo.

Como si no hubiera oído la súplica de la mujer, Peñafiel entornaba los ojos hacia el altar de la Virgen, alzaba las manos y pedía a grandes voces:

— ¡Virgen Santísima! ¡Llévame!

— Por caridad, no te pongas así,

— Llévame…. AY… AY… AY...

Temblando de compasión Carlota consolaba al enfermo. Su vida había cobrado un incontenible impulso maternal ante aquel ser infantilizado por la enfermedad y los prejuicios.

Por insignificantes motivos sucedíanse escenas análogas. Convirtiéndose la máxima aspiración de la mujer en tener contento al marido postrado.

Por su parte los amigos exigían cada vez más y armaban pequeñas fiestas en la casa de la amiga. Carlota, para estas necesidades, arregló un cuarto en el primer patio, prudentemente alejado del enfermo.

Por entonces los negocios de Montoya marchaban a las mil maravillas, y el flamante hombre público afianzaba su prestigio social en farras de buen gusto

En las conexiones de aquel mundillo llegó un día Alberto Montoya a hacer buena amistad con Carlota. Siempre había sido su ideal una mujer así. Mas… ya la tenía. Pero cómo, Dios mío, cómo.

Una tarde llegó Montoya a la casa de don Braulio más alegre que de ordinario. En el cuarto donde recibía Carlota, el ambiente se hallaba saturado de humo de tabaco, Fue presentado a un general de modales campechanos y que parecía patentizar su pericia militar gritando a voz en cuello:

—¿Para qué hacer nada? De los hombres de mi tiempo ya no hay ahora.

También hizo amistad con un señor latifundista legado de París que sabía cruzar las piernas con elegancia, mirar adoptando actitudes indolentes, y que lucía una cabellera domada a fuerza de cosméticos. Tres alegres amigas completaban el cuadro. No podía faltar, desde luego, la figura exageradamente embutida en carnes de un hombre que iba llenando. las pausas de la conversación con el recital de viejos versos, y con palabras de admiración y adulo para el latifundista llegado de París y el heroico general. Para. librarse del embarazo que produjo la llegada de Montoya, la concurrencia propuso:

—¿Una copita?

— Sí, delen una copita.

— Gracias.

No obstante, la reunión se puso con cara de etiqueta: el general quería poner de relieve su heroísmo haciendo saber a todo el mundo que era un auténtico general, el latifundista llegado de París exageraba sus modales elegantes, las amigas se aniñaban ' en gestos ruborosos de doncellas. Montoya habla de su buen corazón, de su labor- administrativa y de su. honradez a toda prueba, El alcohol. fue poco «a poco quitando el barniz pedante y dejando a los concurrentes en cueros. Cada uno empezó a ser lo que verdaderamente era: hombres taimados y rumbosos, buenos en la sencillez ruda de hombres del campo, un poco tímidos y bastante sensibleros, a veces generosos y hospitalarios, también crueles, con la crueldad del que se siente inferiorizado.

Fue rodando la confianza hasta cristalizarse en una auténtica farra con todos sus agravantes

Una de las amigas de Carlota, cuando los hombres reían o hablaban muy fuerte, poniendo el índice entre los labios, ordenaba:

—Chiss... No tan duro,

— ¿Por qué?

La amiga hacía un gesto con los ojos indicando las habitaciones interiores, Se pintaba en su rostro el temor con el cual se espanta a los niños. Se refería a lo más grande, a lo más sagrado: el tabú del hogar, conocido por todos como el ser al cual había que respetarle por su tragedia,

Se amortiguaban los gritos de la concurrencia para luego surgir incontenibles. El general gritaba con tono de ofensa:

—Ha huido la alegría. Eso no me gusta, Manden a ver al tocador de guitarra.

Aquel «manden a ver al tocador de. guitarra», dicho así, en tono confidencial, se refería siempre a Carlota. Quizás un complejo de inferioridad dictaba a los amigos de la mujer de Peñafiel esa forma de mandarla. Así, diluida la orden en el grupo, ella la cogía al vuelo. Carlota sin decir nada salió de la habitación, iba por el músico. El zapatero de la esquina con el instrumento bajo el brazo fue recibido con un estruendoso aplauso.

— Algo que alegre —gritó el general.

Se desgranaron de la guitarra, sanjuanes, pasillos y cachullapis. Todos se animaron, Menudearon las copas.

— ¡En guacho! — gritó una mujer cogiendo una botella y una copa para ir repartiendo a cada uno su ración en el mismo recipiente.

—Me paga...

---Como no pes.

— Salud.

—¡Salud!

— Caray, que hubiera con qué picarse para tomar esta: rica cerveza — sugirió el hombre de los recitales. Montoya sintiéndose generoso sacó un fajo de billetes y llevando misteriosamente hasta la puerta a Carlota le dió unos. pocos sucres, al tiempo de murmurar:

—Sería Bueno que se mande a ver algo para picarse.

Caía la tarde mientras los concurrentes devoraban patas de cerdo, puerco hornado, tortillas con abundante ají, sirviendo de pretexto a la dipsomanía para ingerir grandes cantidades de cerveza y aguardiente,

Al influjo de la música las parejas empezaron a dar vueltas de baile, apretándose en figuras voluptuosas.

— Otro tonito,

—Viá maistrito, ¿Sabe el Aguacate?

---Dejarse de aguacates — gritó el general

—¿Le han visto bailar a Carlota un suelto? Eso es cosa buena.

---¡Que baile!

—¡Que baile!

Pensando librarse del compromiso, Carlota s se atrevió a responder con coquetería excitante:

—¿Quién es mi pareja?

— Aun cuando sea mi humilde persona —afirmó el general que se hallaba eufórico.

La mujer se resistió todo lo que pudo, pero, la insistencia de los amigos determinaron el baile. El zapatero entusiasmado tocó lo mejor de su repertorio:

Huasipungo te'de dar

con vaquitas y terneros.

Riqui mana charingui, longa

Riqui mana churay.

Al empezar la danza la pareja se miró los pies con detención de gallo que mira a su adversario antes de pelear. Con gesto acometedor y el pañuelo enarbolado la danza se enredó en la música:

Taita Dios ca que castigue

y nos quite el huasipungo.

Riqui mana charingui, longa.

Riqui mana churay,

En cada «Riqui maná» el zapatero subía el tono de voz en un hipo, en un lamento, en una queja, y terminaba agobiando la cabeza sobre la guitarra con resignación dolorosa. Como en contagio emotivo, la pareja taconeaba el suelo con el pie derecho, inclinando el cuerpo hasta que el pañuelo tope a la tierra, y desde allí se erguía con voluptuosidad ofreciente. Lo humillante del sanjuanito indio con pañuelo agobiado y gesto llorón, ahora. tenía la audacia de una rebelión mulata, flexible, sensual. Mezcla de alegría llorona y carajeadora. Mezcla de paso machacón y ardores de jota.

— ¡Vivaaaa!

—¡Al que no alienta copa!

—¡Con hincadas!

— ¡Con refistoleos!

Entusiasmada la concurrencia aplaudía y cantaba a coro:

Señorá deme una mucha.

Señorá deme una mucha.

Cuando al cholo tan le diste

Cuanto más al general.

Desfallecido el general se arrodilló. y tendiendo el pañuelo en el suelo dejó que la hembra lo pisara en un revuelo garboso. Estalló el delirio de los gritos histéricos de las mujeres y la carcajada libidinosa de los hombres, Había vencido la hembra.

—¡Voy a él! —chillaron galantemente las mujeres.

—¡Voy a ella! ---gritaron los hombres.

Excitado Montoya metía las manos entre las piernas y exclamaba:

—¡Eso es hembra, carajo!

Al callarse la música, Carlota sudorosa hundió su cansancio en un sillón de alto espaldar, coronada pol los gritos de la concurrencia que ofrecía:

—¡A la cantina!... ¡A la cantina!... Esto hay que asentar... También el general se ha ganado su traguito,

Frente a una mesa cargada de botellas, de vasos y copas vacías se bebió sin medida, se bebió hasta la discusión.

—¡No, usted qué sabe! —gritó, dominando la algazara, el hombre recitador de versos.

—¡Yo sé más que usted, carajo! — replicó Montoya sintiéndose ultrajado,

Las mujeres trataron de calmar la disputa, peto ya la furia se encontraba suelta, las palabras se sentían en libertad, y empezaron los dos hombres a decir todo lo que pensaban:

—¡Este pendejo me ha insultado!, ¡Este estúpido que bebe a nuestra costa! —gritó Montoya señalando con las manos crispadas al recitador de versos, el cual, herido en su dignidad de literato de fama, exclamó: en tono despreciativo:

---¡Cholo bruto! ¡Todos ustedes son cholos, carajo! Burros con plata, nada más. Quitándoles la plata no queda nada... Yo que los conozco, digo. ¡Cholos!

La afirmación hirió en lo más profundo de Alberto Montoya. La ofensa era para todos. No podían soportar semejante insulto. Se habían pasado toda una vida luchando para no aparecer cholos, y, ahora, un parásito que siempre se mostró adulón y baboso se rebelaba. Era inaudito. En un arranque de desesperación el coro de concurrentes exclamó:

— ¡Hay que castigarle! ¡Es un atrevido! ¡Un grosero! ¡Mal hablado! ¡Llamarnos cholos, es el colmo!

Mientras hablaban se enardecían los ánimos, hasta que al final se lanzaron contra la presa, le agarraron del cuello, le estropearon todo lo mejor posible, le arrastraron hasta la puerta como a un saco lleno de grasa, y con una decena de «certeras patadas en el culo le arrojaron escaleras abajo.

—Pom... Pom,.. Pom... —se estremeció la casa.

—Atrevido, se le trae para que nos divierta y ve. con lo que sale, Ese es el pago que nos da — comentaron los tres hombres y limpiándose las manos y la. ropa se volvieron en busca de la fiesta interrumpida.

Sin saber lo que. le pasaba y lleno de temor, el de los recitales se levantó del suelo, se palpó las piernas, la cara, los brazos. Todo: le dolía, todo temblaba en él, pero sintiéndose con vida se consoló.

—¡Cholos! -— repitió por lo bajo, con temor de que le ojgan, y a tientas salió de la casa. Mientras arriba, el general, el latifundista venido de París y Montoya, hacían esfuerzos inauditos por renacer la alegría rota.

El escándalo había descompuesto a la esposa de Peñafiel. Los gritos resonaron en sus oídos crispándole los nervios. Libre un mechón de pelo le caía sobre el ojo. Un gesto de furia reprimida desfiguraba los labios carnosos de la hembra. ¿Qué diría Braulio? ¿Qué diría la gente? Alzaba las manos al cielo, se cogía la cabeza y se paseaba por la habitación a grandes pasos cual fiera enjaulada,

—No ha sido mayor cosa —le afirmaban sus amigos, tratando de convencerla, pero ella, como si se encontrara sorda a las súplicas del exterior, seguía su obstinado paseo, irritando el gusto estético de sus visitas con el espectáculo desagradable de una mujer enfurecida que desfigura hasta la repugnancia sus facciones bondadosas, dulces e inquietantes. Cansado de este juego, el general se le acercó y cogiéndola suavemente de los brazos, le dijo:

— Basta ya Carlotita, por qué vamos a dañar tan tontamente nuestra fiesta.

—Yo no admito eso en mi casa — gritó la mujer.

— No hagas caso... Es una tontería... No vale... Mejor que toque otro sanjuanito...

Soltándose de los brazos del general y con gesto agresivo, Carlota gritó:

—Yo no sé con qué derecho hacen escándalo en mi casa.

---Tontería.

—¡No!... ¡No! —vociferaba zapateando en mitad de Ja habitación y tirándose los pelos. Todos se acercaron para calmarla:

— No es justo...

— Una copita.

— Fue una violencia.

— No haremos más.

—Se acabó — gritó el general alzando las manos, Pero en: realidad no se terminó nada. La hembra seguía lanzando gritos, insultos, maldiciones, como si gozara al sentirse soportada, con la misma paciencia. que ella soportaba al postrado marido.

Montoya que había seguido el incidente sin decir nada, en un arranque de furia campesina afirmó como si hiciera un chiste —tal vez recordando el éxito. de sus viejos chistes de plaza grande—:

—¡Ah, carajo... Ya nos amargó la fiesta esta puta!

Un silencio escalofriante llenó la estancia, El paseo de Carlota se petrificó en una mujer de rostro lívido. y manos temblorosas. Sintió dentro de ella brotar ímpetus bestiales, Con movimiento rápido llegó hasta la mesa cargada de botellas vacías, cogió una por el cuello, y gritó:

— ¡Cholo atrevido, repita lo que dijo!

Se estremeció la concurrencia. Como si nada hubiera oído, Montoya se acomodó en su asiento con gesto displicente.

— ¡Repita o le abro la cara! -— afirmó Carlota con más fuerza, Se había puesto más pálida, blandió la botella por encima dé su cabeza y en el momento de lanzarla, él general se interpuso desviando la puntería. La botella se hizo pedazos contra la pared.

---¡Repita! —siguió aullando la mujer encerrada en el círculo de amigos que trataba de impedir el escándalo. La indiferencia de Montoya, la: sonrisita despreciativa la exasperaban.

— Fuera de aquí, ladrón. Sí, ladrón que nos robó todo lo que ere nuestro, y ahora se hace el bueno, el honrado. ¡Ladrón! Al fin, cholo, ¡Indio!

Sintiéndose herido en lo más puro de su dignidad, el señor Intendente replicó, elevando por su parte la voz:

— ¡Sí, puta…! ¡Puta! —como si volviera a caer un cuerpo por la escalera el grito retumbó en la casa;

—Pum… Pun... Pum...

Chillaba tan fuerte el hombre que era imposible. hacerle callar. La mujer quiso lanzarse llevando. buena gana de acabar con él a mordiscos, pero no le dejaron. Aquella impotencia le postró de: improviso en un ataque mudo, pálido. Tuvo que troncharse en un diván con lasitud hipeante que movía a compasión.

Evitando mayores consecuencias el latifundista venido de París, el general y las mujeres salieron de la pieza llevándosele a. Montoya. Carlota les miraba partir como quien observa a la distancia. Quería levantarse para acabar con toda esa gente. Quería insultar. Quería gritar, ¿Pero, dónde estaban las palabras que puedan desbaratar a esos hombres? ¿Dónde las verdades que ella conocía de la miseria humana? ¡Nada!... Se puso temblorosa. Hizo una mueca horrible y ahogó un llanto histérico entre las manos, mientras repetía sin cesar la misma queja:

—Puta... puta... puta…

Cuando se sintió un poco calmada, se limpió los ojos nublados de lágrimas. El desorden de los muebles le sobrecogió de miedo. Todos se habían ido. La habitación saturada de humo de tabaco le asfixiaba; huyó de ella con paso pesado que hizo temblar la mesa cargada de botellas vacías.

El rumor de los cantos y de la fiesta legó, durante toda la tarde, hasta el gabinete donde se consumía don Braulio, agravando el dolor de la llaga incurable que atormentaba a la familia desde hace mucho tiempo:

La criada dió de comer al viejo Peñafiel y a Luquitas a las seis de la tarde, en el gabinete, acercando la mesa redonda junto al diván del enfermo.

Tanto el viejo como el muchacho devoraron la sopa de pan, el arroz seco con carne asada y el chocolate, sin querer. darse cuenta de la falta de Carlota.

Todos sabían dónde estaba. Además, no era la primera ocasión.

A la noche, a la luz de la lámpara de tubo, el viejo procuró matar la angustia producida por aquel rumor de farra que se filtraba por todas las rendijas de la vivienda, contando al hijo, aventuras y derroches de su juventud, todo audacia, honor, galanura. Cuando de improviso, en mitad de aquella exuberancia feliz, sonó la aridez de una sola palabra: ¡puta! Lucas, hecho todo un colegial dé los jesuitas: media larga negra, calzón corto, americana de cuatro botones, mirar solapado, risa despreciativa y burlona para todo aquello que no estaba. garantizado como verdad por los sabios padres de la Compañía, se estremeció de vergüenza, dejó de atender al relato del viejo, miró a la puerta y tosió fuerte para dominar el insulto que llegaba nítido. El viejo no debía saber nada, debía seguir ignorando o fingiendo ignorar. Pero la palabra volvió con martilleo continuo como si se hubiera quedado prendida en el eco. El muchacho con bravuconería inocente se encaró con la puerta que le traía tanta vergüenza. Los gritos llegaron atronadores, Eran hombres, hombres fuertes, altos, de voces ásperas como la de los gigantes de los cuentos, tal vez estaban en un batallón contra su madre. Sintió miedo y vergüenza y se refugió en la mirada del viejo.

—Papacito... — murmuró con la angustia del muchacho que interroga por primera vez a la vida: ¿Qué es esto?

— Braulio, herido en lo más íntimo de su ser meneó la cabeza como si recorriera todas las etapas. del fastidio, como si deseara desembarazarse de aquel chiquillo inoportuno, se agarró a los brazos del diván. Había una debilidad extraña en sus miembros, debilidad qué le invadió hasta el último rincón del espíritu, infantilizándole, llevándole al arrepentimiento del viejo delincuente. Murmuró como un niño:

—¡Hijo... Yo no, no..!

¿Cómo explicar? ¿Cómo decir…? En la incomprensión renació su fatuidad teatral. El solo castigaría a los atrevidos. Con una mirada podría fulminarles. Debía ir en defensa de una mujer, de una madre. Se olvidó de su postración, agarrándose como pudo trató de levantarse y dar un paso, pero se vino al suelo, y se quedó tirado hacia adelante, inmóvil, en la/ estaca de su enfermedad.

— Papá — clamó el hijo,

— Déjame... Déjame

BIEN pronto para Lucas, toda lo que le fuera querido llegó a exasperarle: los frailes, las gentes honorables, los amigos.

Cuando se sentía en la calle, en vez de ir direetamente al colegio, volvía la espalda ante el tráfico bullanguero de la Capital, y se marchaba derecho hacia el campo: el Ichimbía, Panecillo, las faldas del Pichincha. Tenía necesidad. de un momento de recogimiento, de. soledad. Ya no quedaba

nada en él de aquel orgullo de alumno distinguido por los frailes. Sentimientos más poderosos se agitaban en su interior, Soñaba con las obras de aventuras que se dió a leer cuando «hechaba hoja» al colegio y se tumbaba en un potrero de las colinas cercanas a la ciudad, cara al cielo.

En una de esas «hojas» se entretuvo por primera vez masturbándose. Fue en esos momentos de re tiro campestre, mirando la ciudad desde la distancia, que aprendió a formularse preguntas y darse respuestas. Sintió en forma compasiva la situación del padre, mientras subrayaba su risa burlona con un suspiro,

Las cosas sé complicaron por los días en los cuales el alumnado de los jesuitas preparaba un concurso. lírico para honrar a la patrona del plantel: la Dolorosa del Colegio. ¡Versos!

No se vaya a creer que el triunfo en esos certámenes era flor de un día. Casi todos los muchachos laureados habían pasado a la historia con el título de poetas, aun cuando la totalidad de ellos no se volvió a preocupar de la poesía. El espaldarazo dado por un jurado de sabios jesuítas era suficiente para llevar por el resto de la vida fama de. tal, como también para darle otros usos, por ejemplo: servir de platatorma en la administración pública, etc.

Lucas Peñafiel gozaba de buena reputación de poeta entre los compañeros. Sabía fabricar sonetos a los corsarios, y los recitaba entre la admiración y temor de los amigos. Aquello les parecía prohibido, tenía sabor a pecado.

Cuando llegaron los preparativos del concurso, los muchachos le acosaron a preguntas:

—¿Cuál te gusta más?

—¿Les mandaré?

— Decime con franqueza, cholito.

—¿Me sacaré el premio?

— Carajo, con eso en mi casa me dieran plata.

Con las preguntas venían las murmuraciones y los pronósticos:

— Pero el cura bandido del Egas está en el jurado.

— No me puede ver, cholito.

—Le ha de dar el premio al caucho del Ramírez,

-—Cierto... Al caucho del Ramírez.

—Se cauchean En el gabinete de física.

—¡El cura Egas!

— El Ramírez.

Después de las murmuraciones venía la confidencia de una lectura: larga, temblorosa, entrecortada, en un rincón del patio. La Patrona del Colegio era el centro de la inspiración. Exigíanle cosas inauditas: que baje del cielo a vivir en la tierra, en casa del poeta, con la familia, que se trague el mundo como una píldora y lo lleve en el corazón, etc., etc.

Por costumbre Lucas consolaba a sus amigos:

— Bonitos están.

Una tarde el caucho Ramírez llegó con la consulta. Muchacho paliducho, de manos delicadas que se movían temblorosamente, se reía. bajando la cabeza y tenía la virtud de comulgar casi todos los días. Era interno.

—Quisiera que usted oyera mis versos — invitó a Luquitas poniéndose rojo:

—Veamos... Veamos. —respondió el. pequeño Peñafiel lleno de curiosidad. Iba a conocer las armas del rival más poderoso.

—No, aquí no... Subamos al dormitorio de los internos, los tengo en mi baúl,

El dormitorio está situado en lo más discreto del convento, en el tercer piso. Un largo salón de ventanas altas y enrejadas. Dos filas de pequeños cuartos hechos de madera pintada dejan un pasillo central, por donde corre una brisa cargada de extraños olores. Es la primera vez que Lucas entraba en Aquel recinto

---Venga, venga usted.

— Gracias —murmuró Peñafiel mientras olfateaba con curiosidad el ambiente ---Huele a engrudo —. dijo mirando al interno.

—Si —respondió Ramírez poniéndose intensamente rojo como si se avergonzara de aquel olor.

«No sólo son cauchos», pensó Luquitas, mientras contemplaba un enorme crucifijo.

—Venga... Venga...

Entraron en uno de los pequeños cuartos. Ramírez extrajo de un baúl un rollo de papeles y se los pasó a Luquitas, murmurando:

— Mire, son estos.

El pequeño Peñafiel devoró los versos. Era algo meloso, quedaba pegado en las manos y en el paladar. Al final de la lectura un asco amargo llenábale la boca, no obstante murmuró:

—Bonitos están... Usted se sacará el premio, le aseguro.

— No diga, cholito... No me tome el pelo...

— Ya verá.

—¿Por qué dice, ah?

—Yo sé,

—Diga... —inquirió el muchacho, temeroso de que su compañero sepa algo.

— Usted es muy amigo del padre Egas.

Avergonzado Ramírez quiso desviar la conversación, pero Lucas le acosó:

--- …todo será, pero usted se saca el premio, yo sé lo que digo.

Al despedirse el muchacho paliducho, sin poder sostener más la mirada-indagatoria del compañero, casi con lágrimas declaró:

— No crea. usted en eso... No crea usted en el padre Egas... YO... — y poniéndose exageradamente rojo concluyó casi en un susurro:

---Estamos enojados... Yo no.

Parece que no tuvo valor suficiente para la confidencia, y se alejó con la cabeza baja. La perplejidad de Lucas Peñafiel crecía por segundos. El olor a semen del dormitorio colgaba aún de su olfato. Los versos zumbábanle en el cerebro. El sabía todo aquello. Muchas veces entre los compañeros lo comentó entre bromas y risas, pero había sido demasiado duro, demasiado cruel llegar a una evidencia clara, al asco de una comprobación melosa y sentimental, casi trágica, cuando en su conciencia solamente se le presentaros como casos para reír e insultar.

Rara coincidencia, sus versos sonaban ahora como los de Ramírez. Repitió mentalmente y confirmó sus temores. Sí, eran iguales. De pronto un vértigo de angustia se desató en su interior, algo se desmoronaba sin ruido. La crisis de asco fructificó en ojos, ojos prendidos en la cara como cuerpos recién paridos.

Al releer su poema todo sonaba tan distinto. La enumeración de ángeles, mandolinas, estrellas, nubes, tenía sabor extraño de cosa distante. Ramírez ensalzaba la pureza de los adolescentes, a pesar de su amistad íntima con el cura Egas. El, Lucas Peñafiel, se complacía desgranando escenas de opulencia, cuajadas de piedras preciosas, no obstante, la miseria en que vivía. Creyó sinceramente que traicionaba al dolor de su madre,

Su poema no era otra cosa que un altar de la Virgen, engalanado infantilmente y con exuberancia mestiza — con la misma ingenuidad de sus altarcitos de niño bajo las mesas del salón desaparecido — A ese altar. llegaban en alas diamantinas de devoción, hermosas doncellas ataviadas con joyas y flores exóticas, ancianos de barba profética luciendo capas de armiño y regias caronas, niños rubios con alitas célicas. La procesión se postraba ante el altar y en forma simbólica depositaba la ofrenda de la vida. Decía el verso «Un diminuto querubín descargose de mandrágoras y «madréporas en buquet». Todos dejaban algo grande, reluciente, que chille de colorines para que sea mejor.

—¡Oh! aclaro el muchacho lleno de despecho. Acomodó las cuartillas las iba a despedazar, pero se detuvo sintiendo las cosquillas de una burla a todo aquello que eran sus versos y los de los compañeros, Si le cambiara el final tal vez saborearía una venganza de hombre. Tachó febrilmente la última estrofa. Escribió, después de que todos habían pasado arrastrándose a los pies del altar:

«También el sarnoso perro del mendio

se acercó al altar de la Virgen Purísima,

alzó una pata y depositó una lágrima».

Así corregido remitió el poema al concurso,

La víspera misma de la fiesta regose la noticia del premio sobre el patio en recreo del colegio.

—¡El premio! — dijo alguien en voz baja, pero entre la muchachada retumbó como campana de alarma.

— Le han dado el primer premio a Ramírez.

---¡Al Ramírez!

---Es inteligente,

— Inteligente!

—Es lindo el poema,

— ¡Lindo!

---A mí me leyó en el dormitorio,

—A mí también,

—El mejor poeta.

— ¡Poeta!

—Qué dirá el Lucas Peñafiel... El que se creía tanto.

— Pendejada...

— Fama no más es,

Á pesar del goce experimentado cuando mandó sus versos, Luquitas había reaccionado en una forma melancólica, Era la primera vez que se había atrevido y se hallaba angustiado como en día de examen. Apenas llegó la noticia hasta él se desató un temblor extraño en su interior — ¿qué podían hacerle los curas? —, no obstante tuvo una risa burlona para comentar el premio.

—¡Todo es la plata, cholito!

—Y por caucho — terminó un muchacho que, de pie, frente a Luquitas, se entretenía en patear el suelo enladrillado hasta hacer hueco,

— La plata... donde el cura Borja era lo mismo. En ese instante tocó la campana de la torre y el patio se quedó silencioso y limpio. El alumnado se congregó en dos filas llenando los corredores. El fraile Prefecto del Colegio se paseaba entre la avenida formada por los alumnos con ruído autoritario de sotanas, meneaba la cabeza nerviosamente como si tuviera un castigo preparado.

El silencio se hizo más profundo. Luquitas y su amigo se acomodaron maquinalmente en las filas pero siguieron comentando la novedad del día,

---Versos que parecen chiles por lo dulces...

---Ji… Ji… Ji…

— ¡Silencio Peñafiel! — gritó el fraile estremeciendo el convento.

— Padre yo. — quiso disculparse Luquitas, pero el fraile gritó furioso:

—¡He dicho que silencio!

---Peroo...

—Atrevido... Salga inmediatamente de nuestra casa. ¡Queda expulsado! Niños como usted son una vergüenza para los colegios cristianos.

Aquella falta no era para una expulsión. El alumnado comprendió en el acto que se trataba de una falta más gorda y queriendo darse una explicación, buceó en la vida de Luquitas. Hace mucho tiempo que habían oído en los respectivos hogares, a las honradas madres de familia, el comentario sobre el honor de la casa de Peñafiel, habían oído cómo los intachables padres también apocaban a aquel hogar en quiebra y cómo la abuela bendecía en forma grata la misericordia infinita de Dios por no permitir que cayeran semejantes manchas en su descendencia.

El fraile insistió:

—¡He dicho que salga!

Los muchachos contentos de sala en el secreto, Empezaron a murmurar por lo bajo:

—¿Qué será?

—¿Qué?

— Yo sé,

-— Yo también.

—Contame.

---Eso ya lo sabía.

Lucas salió par el camino que daban las dos filas de compañeros. Se hallaba pálido, con la cabeza baja, queriendo reír a fin de no perder el contacto con el odio común del colegio al fraile. El bisbisár de los compañeros le inquietó. ¿Qué podían decir? ¿Tal vez estaban a su favor? ¡Fraile desgraciado! Puso atención. Quería adivinar:

—Es por uf... uf... uuuf...

—Yo también sé,

¿Qué podían saber ellos? Lo de... ¡No! Imposible. Desde aquella noche del escándalo, aquel insulto era su idea persecutoria.

— Ya me contaron.

—La madre.

—Sí…

— Es por eso.

— Así dicen,

— Jesús.

— Padre...

—Mujer mala.

— Puta.

La palabra llegó suavemente como un puñal filudo, hundiéndosele en los ojos hasta dejarle ciego, atravesándole los oídos hasta dejarle sordo, clavándosele en el pecho hasta ahogarle de vergüenza, Sintió deseos de caer pero la portería le llamaba como una liberación. Avanzó. Un extraño odio le obligó a volverse a mirar desde la puerta. Cuántos muchachos paliduchos de mirar hipócrita, temblorosos ante las sotanas olor a rapé. No pudo contenerse y gritó:

— Cauchos.

El odio para esos compañeros floreció por largo tiempo, hasta que un día tropezó con una estadística de adulterios, El porcentaje era crecidísimo, Luego ellos. Rió a carcajadas de las prosas de honor, y su odio devino en compasión.

Como un bombazo cayó la noticia de la expulsión en la casa de los Peñafiel.

—¡Este golpe me matará! ¡No puedo más... ¡No puedo más! —se lamentaba el viejo, en tanto Carlota movía influencias para tratar de calmar la indignación: jesuita. Los santos padres son de una sola palabra y Luquitas quedó para toda su vida con el estigma de expulsado.

Por varias semanas el «viejo mantuvo latente el estado de tragedia: con gritos, lágrimas, maldiciones.

—Este muchacho ha echado 'una mancha en la familia—anunciaba don Braulio aprovechando las ocasiones que Carlota y Luquitas se encontraban presentes. El muchacho ante la repetición continua de aquella afirmación dió en bajar la cabeza con disimulo para ocultar una maligna risita mientras metía el dedo en el acolchonado roto de su sillón. También la madre, un día, se atrevió a opinar:

-— Que te parece Braulio... Así no puede quedar Luquitas... Sería necesario ver si se le pone…

---¿Eh? ¿Qué insinúas?

---En el Colegio Mejía.

Era entonces cuando el viejo, retorciendo sus crispados dedos a riesgo de clavarse en las palmas de las manos, entraba en una crisis nerviosa.

—¡Donde los masones! ¡No! ¡Para denota para degenerarle! Y tú una madre cristiana propone semejante cosa. Estás corrompida como mis enemigos... Nada se puede esperar de ti... ¡Dios mío, entre quienes vivo! Qué se puede esperar de una mujer que...—se callaba, aun cuando por el gesto despreciativo que hacía con la mano se podía adivinar el insulto.

Para la mujer ya le era imposible formular objeciones, caía en una postración cargada de recuerdos. Le dolía su juventud agostada. Haberse casado con un hombre maduro cuando apenas contaba diez y seis años, por dar gusto a un par de viejos con delirio de grandeza. Sus treinta y dos años eran aceptables por lo que ella decía, su rostro que empezaba a arrugarse y sus gestos cansados rememoraban una edad mayor o un pasado vergonzoso.

Carlota se levantaba para irse. Prefería huir, ¡Ah!, pero el padre de familia no consentía que le dejen con su tragedia trunca y detenía a la mujer con lamentaciones:

—¡No me maten así! ¡Nunca! Dios mío, a ti te ofrezco este dolor. Yo no he sido malo... Porqué me castigas con un hijo desnaturalizado y una madre.

Volvía el gesto despreciativo con la mano que era el insulto más cruel para la hembra y el hijo. El muchacho que durante esas discusiones permanecía atontado, con los ojos muy abiertos, mirando vagamente sin ver o riendo disimuladamente sin son ni ton, cuando llegaba el gesto hiriente retorcía una maldición calada, hasta que un día, sin poder frenar su indignación, salió del cuarto gritando:

— ¡Basta papa... No ves que nos matas a todos...! ¡Es una infamia, carajo!

Sólo un terremoto hubiera dejado. dato sopor en torno. Fue como si todos se hubieran quedado muertos. Es que frente a esa cosa caótica se erguía un adolescente de rostro ceñuda.

Don Braulio sólo se atrevió a murmurar en tono profético dirigiéndose a la esposa:

— Tu mismo carácter... Es tu sangre de mulata que grita en él.

Desde entonces se agriaron las relaciones entre el padre y el hijo. Ya no se hablaron más. Cuando comían juntos reinaba un silencio de muerte y se miraban de reojo. Para Lucas no fue muy desesperante aquel alejamiento, pasaba leyendo en su cuarto todo el día y gran. parte de la noche cuanto caía en sus manos.

El silencio se rompió cuando el muchacho bajó el pantalón. La tacha de hombre que llevaba Lucas consternó al viejo, el cual, con lágrimas en los ojos, regaló al hijo único el bastón con puño de plata, recuerdo de sus antepasados y que milagrosamente se había salvado de las casas de empeño.

EL Santuario de la Virgen del Quinche cuesta muchos miles a los romeriantes, es una, basílica para gran ciudad, y sirve de orgullo a los moradores de un pueblo raquítico. Mas: en la fiesta de la milagrosa; allá por el mes de noviembre, iglesia y pueblo no son suficientes para dar cabida a los romeriantes. El negocio de aguardiente para aquella fiesta no resultaba del toda malo. Los cholos dicen: «es socorrido, la Virgen' ca ayuda a los pobres», y cuando ellos dicen es porque algo habrá. Montoya quiso, aprovechar la ocasión y ordenó al mayordomo procure vender buena parte del aguardiente de contrabando y una pequeña cosa por la vía legal para guardar las apariencias, Así se hizo, y dos días antes de la. fiesta, el Guagcho se internó por los chaquiñanes con algunos arrieros de confianza, arreando cien mulas bien cargadas, en tanto por el carretero con alarde de silbos y palabrotas iban apenas veinte mulas cargadas con aguardiente del «Pegujal».

También entre los romeriantes había enfermos de llagas vergonzosas que se aventuraban por los chaquiñanes, y gentes devotas con males bien tapados que iban por los caminos reales.

Para ese año, el señor Intendente, casi de una manera intempestiva, recibió la orden de ir hasta el pueblo de costumbres nada civilizadas y prohibir la procesión. Es que en la ciudad se cruzaba una época anti procesionista. Se obligó a las procesiones de viático ir en coche, y las pobrecitas tuvieron que resignarse, En estos casos tenía Montoya que portarse a la altura de su ateísmo, y a la cabeza de un piquete de policía montada fue al pueblo enfiestado.

Los arrieros que iban por los caminos reales querían ganarse alguna cosilla y ofrecían a gritos sus servicios a la infinidad de caminantes:

—Vení Melchora... Te shevo en el anca di'una mula, dos riales no más he de cobrar.

—Dios guarde con semejante bandido.

— Acaso muerdo, ja... ja... jay…

— Nu'es por eso,

— Por qué pes entonces.

— No vis que voy a la romería, tengo que shegar a pata.

— Entonces ca güeno.

Luego intervenía otro a gritos:

—¿A onde van?

—A la romería,

— A onde va pes, viejito tan despiado.

—A la romería.

---Barato le'de cobrar, suba a la mula.

— No

— Va'morir pes.

—Con ayuda de la Virgen de shegar nomás.

— Va'dejar aquí el cuero taita Julián.

— Así de shegar.

— Con las aguas se le van a joder los pinganillos, joven Rosa.

— Así de shegar.

—Juera sombrero y botines joven Gabriel.

— Así de shegar

-— Pobre guagua, ya nu'avanza con las patas. Traigale para shevar en la mula.

— Deje no más entrometido.

— Las niguas.

—Así mos de llegar

—Venga…

— No.

También cayó sobre el pueblo el cordón de gendarmes. Los sables sonaban más alegres, los caballos parecían más briosos. Corrió la multitud espantada por los cascos, murmurando:

—¡Jesús!.

— No desque van a dejar salir a la Virgen,

—Ya querrán morir,

— Ni diga comadre.

—Onde ha. sido de venir a dejar el peshejo.

— Los chapas puercos.

— Los chapas vendidos, mala muerte hán de tener.

---Con mama Virgen ca nu’ay vuelva luegos

—Corrompidos.

—Afilarás el cuchisho de cocina aunque sea

—Sangre ha de correr, carajo.

—No nos conocen... Nosotros ca tiesos somos,

— Nuestra Virgen.

— Nuestra.

Así fue creciendo el clamor hasta asustar a los guardias, ya instalados en el corredor de la Tenencia Política, Ellos también, aprovechando el viaje, habían traído su petición a la Virgen, y, ahora, sin saber cómo, se encontraban en el campa enemigo.

—Nosotros ca no sabinos nada —murmuraban temerosos sintiéndose, por una jugada estúpida del demonito, enemigos de Dios. ¡Herejes!

—Cumplimos las órdenes superiores.

— No sabimos nada.

— El que sabe es el señor Intendente.

Se ha puesto el sol. En la lejanía se levanta el ladrido de los perros. No hay luna, pero hay estrellas. El Guagcho y los arrieros de confianza llevan las mulas sigilosamente por un sendero oculto, dejando atrás una Caravana de mendigos que se arrastra a lo largo del camino como un cordón de fantasmas: hay ciegos que avanzan tamborileando el suelo con rústico bastón, hombres de piernas muertas que gatean con las manos, muchachos que caminan como monstruosas arañas, Un. viejo ha metido en un costal al. nieto paralítico y lo lleva como un fardo. Una mujer va murmurando cariños a un crío de cabeza deforme hasta la repugnancia. La penumbra piadosa no deja ver el resto de aquella caravana que va en pos de un milagro para sus males,

El eco de las vísperas llega desde el confín del pueblo agitándose ingrávido en el aire de aquella noche diáfana. Los caminantes esperanzados aligeran su marcha. El Guagcho, como un buen jefe de contrabandos, ordena la inmediata división de su «ejército de mulas, Deben caer sobre el pueblo por todos los Caminos para no causar sorpresa.

— Vos con unas diez metete po'l chaquiñán y cais derechito al estanco del Calvachi... Vos andá no más por ese lado y descargá en el potrero de ñora Lucrecia... Vos guambra metete con unas ocho mulas por el carretero y si te preguntan los guardas, dirás: «atrás vienen las guías». Los arrieros que traen a otro trago ya saben sien un por sí hay algo... Vos…

Ya se distingue luces. El ruido se encrespa como una Ola, Parece que la gente se multiplica al final de los caminos, Nadie se preocupa de nada. Hay una sola aspiración: llegar. Arrastrado por la corriente se introdujo el contrabando; llenó los depósitos vacíos de los estancos, las botellas de las chinganas. Y la gente devota hizo su devoción eufórica bebiendo di des dosis de alcohol barato.

—Deme a mí, yo'stado esperando,

-—Quila di'acer patrón, di'un medio litrito,

— Siquiera una limetica,

—Sólo por boteshas vendo.

—Entonces dé pes la botesha.

— Del barato dará.

— Barato y güeno.

— Una copita pal frío.

— Otras...

—Pongale shena.

—¿Qué gentío, no?

—¡Vivan las vísperas!

---Tome otra.

— Le damos a la chiquisha tan...

Entre la multitud que llenaba la plaza se encrespó como una fiera la alegría alcohólica, Avanzaba airosa, entraba en las chinganas de estera, despertando el alarido de las guitarras, hurgaba en las tiendas con voces rumorosas, se dilataba en las calles con lamentos angustiosos de indios, se daba contra los muros de las casas y la iglesia, estallaba en peleas, :se congestionaba en discusiones, hablaba a gritos rumbosos por las cien bocas del cholerío, presentaba chagras botella en mano arremangándose el poncho sobre el hombro y vociferando contra enemigos ausentes, presentaba bestias y hombres defecando donde les cogía la gana, presentaba indios ebrios dando de puntapiés a sus mujeres o llorando abrazados entre ellos, lanzaba aires quejumbrosos por la banda del pueblo, y exaltaba su locura fiestera subrayando el cielo negro con las luminosas rúbricas de los cohetes.

Apenas el Guagcho se enteró de que Alberto. Montoya andaba por el pueblo se puso a buscarle, Le encontró en el único hotelito de la localidad, recostado sobre una. cama rústica de madera, entretenido en mirar las telarañas que se extendían percudidas en las esquinas del techo. Apenas sintió al criado saltó de la cama interrogando con inquietud:

— ¿Llegaron todas?

—Sí, patrón.

—¿Cuántas?

—Cien mulas, doscientos zurrones.

Como si el número le hubiera contraridas, Montoya mordió un carajo rascándose la cabeza. El asombro del Guagcho fue inusitado. La noticia no era para que el patrón. se ponga así. ¿Estará loco?

—Qué mayordomo tan pendejo... ¿Cómo ha de mandar tanto? Fuera de las. que ya llegaron temprano... Tres mil sucres... La ruina... imposible poder volver el aguardiente... Las cholas tenderas le echan agua... Los guardas ya no estarán despreocupados... ¿Dónde para vender? ..... Carajo, me jodió el cholo bruto... —monologaba Alberto midiendo a largos pasos la diminuta habitación.

—¿Y vos, carajo... No podías decir?

--- ¿Yo?

---¿Ahora qué hago? — interrogó el señor Latón dente desesperado. Nadie se: atrevió a responderle, además era imposible ¡pensar. Por la pequeña: ventana entraba el clamor de las vísperas, con ayes, carajos, risotadas, vivas, todo envuelto en un tufillo repugnante de alcohol. En desperezamiento de un sueño interrumpido, el Guagcho se atrevió a aconsejar:

— Esperemos. hasta la procesión... Toditico si’a de vender,

— Que procesión ni que pendejada... Antes de la fiesta debe estar vendido todo el aguardiente... ¿me entiendes?

— Difícil ha de ser patrón.

— Es necesario.

Con el peso del cholo arriero crujió la escalera apolillada del hotelito. «Cierto cro'que's que no va’dejar salir a la Virgen. Siempre miso ha sido enemigo de los taita curitas», iba pensando el Guagcho. con miedo supersticioso. Afuera en la calle respiró a pulmón lleno. El bullicio narcolizó sus temores, La gente se agrupaba en las esquinas, bajo los aleros, en los corredores de las casas. La noche estrellada. sólo' dejaba ver aglomeración de sombras congestionando el tráfico. Al sentirse el Guagcho estrujado por el cholerío ebrio, le nació un orgullo, una necesidad de. ser hombre con gestos rumbosos. Automáticamente, queriendo completar su hombría, se alzó la delantera de la falda del sombrero y se arremangó el poncho hacia los hombros. Así preparado sentía más acometividad en sus músculos y más lujuria a flor de piel, Avanzaba separando a codazos a los indios y a los cholos que le interceptaban el camino y manoseando a las cholas que le salían al paso. Se sentía gallo. de fiesta, pisando duro con sus alpargatas de

trabajo. Como era de noche no podían verle los pies, de lo contrario se hubiera calzado el par de zapatos viejos de patrón que le regaló ña Alejita.. Al desembocar en la plaza perdió el placer de su orgullo íntimo en la contemplación de la basílica iluminada. En las puertas, en las hornacinas, en las ventanas, en el campanario, la iglesia se había echado collares y aretes de luces; parecía chola endomingada con recargo de cuentas de vidrio. para herir las pupilas de los admiradores, Abajo en el pretil, las llamas de unas hogueras se agigantaban y se abatían cual brazos apocalípticos que adoraran la fachada del templo.

Los muchachos calientan su alegría al rededor del fuego y gritan entusiasmados:

---¡Chamiza!

---¡Viva!

-—¡Vivan las luminarias!

—¡Vivan las vísperas!

Uno, el más audaz, desafía a su compañero:

—¿A que no te saltáis por las shamas?

—Saltate vos maricón.

—Vos pendejo que no podís,

— Apostemos medio que me salto,

— Ido, carajo.

Y por los quiméricos cinco centavos el rapaz, de un salto, se clavó en las llamas. Se le vió perderse negro como un leño y salir por el lado contrario con la risa del que quiere borrar un susto, olor a pelos y harapos chamuscados. Buscando con sus ojillos inquietos la ganancia, pero el deudor ha desaparecido.

—¡Ve longo, váis a quemar la ropita! —grita una mujer acurrucada al amor de la hoguera: es la madre,

—Dejá no más, ojalá mueran los piojos ---consuela un cholo parado junto a la hembra,

El desbordarse de las pasiones, en la plaza repleta de gente, excitó al Guagcho. Resonaban las risas de la multitud en mitad del corazón. El contagio de la borrachera. La gana de gritar como un gañán, de alzar los brazos, de levantar las piernas, de echar carajos en la cara de cualquier tipo, le cosquilleaba en el vientre con urgencia de función vital.

Buscó a los arrieros. Sí, allí había uno, en la penumbra de una calle que desemboca en la plaza, orinando junto a una tapia.

--¿Quieres pegarte un trago, cholito?

— Patruncitu yu ga.... Yu ga...

Se estremeció el Guagcho ante su equivocación, con ese estremecimiento desagradable del hombre que ha metido la mano en una llaga leprosa. Se

aleja mascando maldiciones en un susurro secreto. ¿Cómo beber con un indio? La gente podía creerle un runa de hacienda. Él es medio blanquito.

Al llegar a la chingana donde se emborrachaban los arrieros, el Guagcho se portó generoso:

—A ver pes señora, di'un medio litrito de puro, Pondrá yapando.

Los arrieros sentados en el suelo murmuraron un «Dios solo pay», unos con voz triste, otros con gestos jocundos. El Guagcho se sentó entre sus compañeros y todos empezaron a emborracharse a la luz de un candil agarrado a la pared de estera de la chingana. Sintiéndose con la cabeza que le daba vueltas, allá por la media noche, y dejando al resto de arrieros dormidos en el suelo, el Guagcho salió sin saber a donde iba. Con el frío y los gritos de los romeriantes la embriaguez se le hizo más pesada. Quiso volverse a la chingana para tenderse a dormir, pero ya no supo cenas se había quedado. Empezó a vagar por todos los rincones del pueblo en busca de abrigo para su sueño.

—Aquí nu’ay ondé —le gritó alguien sin protestar fue hacia otro lado.

---Iraste'char por otra parte. Por once los burros de la Virgen ti’an de dar posada sólo cobrándote sucre.

Volvió a seguir su bamboleo entre la multitud. -Entró en unos galpones atestados de gente.

— Nay onde cholo borracho — le gritó una voz entre las tinieblas.

Sabía que él era un cholo, un guagcho. Pero la palabra, así, dicha con desprecio, le hirió más duro que una bofetada. El no quería que le tomen por un cholo, algún día sería señor de zapatos, para eso era blanquito. ¿Quién le había dicho aquel insulto? La sangre se le agolpó en los puños. ¿Dónde estaban las voces? Dió unos pasos y tropezó con la gente que dormía tendida en el suelo. Al levantarse gritó:

—¿Onde están esos jua putas para beberles la sangre? Yo no soy cholo, véanme, carajo. Aura les mato... ¿Dónde están?

Y palpando las tinieblas iba dando pasos torpes, Los romeriantes despiertos por el escándalo - empezaron a protestar:

—¡Sáquenle!

—¡Sáquenle!

—¡A mí no me saca nadie, carajo! Aura les mato... — gritó levantando los puños. Estaba dispuesto a castigar a toda esa gente atrevida, cobarde,

— Jesús, hereje, En día de la Virgen —afirmó una voz:

— ¡Hereje!

— ¡Hereje!

Gritaron cien bocas como un clamor de anatema. Tembló el Guagcho. Le aterraron las voces que le acusaban de herejía. Era algo superior a la fuerza de sus músculos. Se vió en los infiernos y toda su indignación se trocó en miedo. Parecía un niño huyendo del ladrido de viejas lunáticas. El no era para apaciguarse de improviso. Le habían dicho cholo. Cansado de correr se arrimó a una pared. enjalbegada y empezó a dar fuertes puñetazos al muro

hasta desconchar el blanqueado. De los nudillos le vertieron sangre. Aquello no era suficiente. Soltó contra sí mismo. la furia que le oprimía en el pecho. No tenía contra quien irse ni a quien hacer la confidencia de su desgracia, Avanzó unos pasos y levantando el puño bien apretado, gritó:

—Conmigo no se ponen, a cualquirita que me joda, le pego un puñetazo así —y antes de terminar la frase se dió un gentil golpe con el puño en la boca. Un sabor a sangre le calmó un tanto. El sueño era cada vez más pesado.

—Nu'ay onde... Todo está sheno,

— Ándate de aquí,

---Todo estaba ocupado. Quería doblar sus rodillas, dormir.

—Nu'ay onde.

En todas partes el mismo rechazo:

—Nu'ay onde.

No obstante, era indispensable dormir, ¿Pero dónde? Se encontró en el interior de la iglesia. A la débil luz del altar mayor, haciendo un tapiz, los romeriantes se habían quedado dormidos. Roncaban de una manera estrepitosa. Se aniñaban con sus harapos y con: sus hijos en la confianza que' da una. cama generosa. El señor cura, compasivo ante el sueño de gran parte de la muchedumbre que no tenía donde dormir, había abierto las puertas de la basílica, y ella como buena beata se indigestó de devotos enfermos, cansados y hediondos. Hasta el púlpito estaba lleno. De pronto la voz:

---Andate di'aquí. Vendrás hacerte el pendejo... Ladrón eso has de ser…

En su temor se creyó un ratero de aquellos que van por las joyas de la Virgen y huyó hasta la plaza. Se quedó frente a una chingana donde una chola freía tortillas. ¡Oh! que dulce debe ser tenderse en el suelo blando donde se le hundían sus pies. Cayó con pesadez de muerte y se quedó dormido. Al despertarse, allá por la madrugada, sintió la angustia de una pesadilla, contemplando, sin memoria, el cuadro extraño tendido sobre la plaza montones de carne envuelta en trapos revolviéndose en lodo y basura cual paila de tamales, chinganas con su ojo de luz mortecina y la quejumbrosa melodía de una guitarra borracha, cholos intoxicados hasta la bestialidad arrastrándose como ratas, y el fragor del viento en los bosques vecinos apagando los ruidos de una fiesta que se iba adormeciendo de cansancio. Tanta gente a su lado, tanta gente en su misma cama, y sin embargo en el amargor de su borrachera semi extinguida, el Guagcho sintió miedo de soledad. Se arremolinó el viento en la plaza. Una puerta lejana chilló sobre goznes herrumbrosos. De pronto todo se calló, el pueblo parecía un sepulcro. Aterrado el Guagcho pensando en los demonios se acuesta de bruces, su corazón aterido golpea en la tierra como en una gran puerta cerrada, Ya, ya pasó. Se vuelve a escuchar con nitidez el roncar tranquilo de la multitud. La tierra huele a sudor, a lodo, a hembra. Huye el cholo del miedo deleitándose en esos olores. Espía de reojo. Cholas echadas cara al cielo respiran con la boca abierta. Esas bocas abiertas. Esas hembras tendidas. Ese olor a cama. Ese miedo que pide refugio. Ese recuerdo vivo de las güiñachishcas que se sabían acostar con los arrieros en las cunetas. Él era un arriero. Se arrastró hasta un pedazo de estera que se desflacaba de una chingana donde dormía una chola, Se quedó quieto en los primeros

instantes. Sintió que su mano aleteaba entre las piernas de la hembra. Ella no dijo nada. Había que atreverse, se atrevió. La chola parecía no querer protestar aun cuando se quejaba débilmente. El vértigo hizo más negra la noche. Después sólo sintió cansancio, asco, arrepentimiento pensando en ña Blanquita. Era el recuerdo balsámico para sus desilusiones. Desde que se separaron constituyó el lastre que arrastraba su vida. Ella era todo. La marcha de su lívido se regía bajo la tiranía de esa carita inocente de ojos negros, labios carnosos, Se prometió no volverse a preocupar de ella, pero siempre que iba en busca de. hembra, compañera O amante, el recuerdo de ña Blanquita estropeaba su satisfacción sexual, su gusto, su vida.

Sonó la mañana en la torre. Las misas empezaron a sucederse. Toda la gente estaba en pie, la limosna cayó sobre los charoles de la iglesia. Una decena de clérigos rezaban responsos por veinte centavos y un sucre. Casi todos los romeriantes tenían sus muertos queridos, y el negocio fue redondo para la clerigalla:

— Por el alma del Jacinto, taita curita.

—¿De a cómo?

— Di'a sucre ha de ser taita curita para que salga pronto.

— Por el alma del Ricardo.

—De mi mama, tan.

—De mi hijita, tan.

Los clérigos, ataviados con casullas bordadas de seda y oro, despachaban a los fieles con un rezongo y una bendición, cogían la plata y se guardaban tranquilos en la faltriquera.

Los cholos pudientes no se conforman con la: esperanza de: los muertos y pagan misas para calmar los males de la tierra:

— Para que mija tenga buen marido.

— Pará que’l guagua salga bermejo.

— Para que’l guagua salga blanco como un gringo.

—Para que se cure el Adrián la cojora y pueda volver al trabajo.

—Para que deje de beber el taijta.

---Para que se convierta el Juan.

Mientras caían los billetes en los charoles, en las faltriqueras y en la sacristía, la muchedumbre iba desgranando todos sus dolores. Después, esa misma gente que había llorado sintiéndose desgraciada, salía a la. plaza y se sentía rumbosa ante sus compañeros pobres enseñando las reliquias compradas a la Virgen.

—Yo ca le limosnié pes esta estampita.

—Yo este rosario con quinientos días de indulgencia.

—Caro tia de'aber costado.

—Veinte sucres no más.

—Barato, no...

—Y yo este pedazo de manto que me costó guañugta.

—Ni vale tan…

—Jesús mumiya, no dirá blasfemias.

—Dos súcres me cobraron por esta estampita,

—Ni vale tan.

—Aun qué pes si'es limosniada.

—¿Aura desque le sacan a la verdadera?

—La milagrosa que tiene la carita de piedra,

— Parece de plata.

—Juera mejor.

—Cashé, así de piedra es más bonito,

—Lo que da la tierra,

—A la del diario, a la de palo no más, l'an de dejar en el convento, pes.

—¿La cuajutorita?

—Pero tan es milagrosa.

— Nu'ay como la verdadera,

—¡Mamitica!

— ¡Zambitica!

— ¡Bonitica!

Entre el tumulto de gente devota apareció la escolta llegada de Quito. La plaza estalló en ayes, gritos, maldiciones. Los caballos asustaban a la gente, Fue un desacato, pero ya la escolla se había situado en el pretil.

—Sayones.

— Judios.

—Van a crucificar a taita Diosito.

—A mama Virgen

— Infames.

Para la muchedumbre exáltada, los ojos inocentes y temerosos de los policías echaban fuego del infierno, las-caras cholas eran gestos del demonio y los sables flagelos para Dios. Pero los sables infunden respeto y la multitud se arremolinó taimada, murmurando por lo bajo:

— Aura verán no más.

— Aura ha de shover fuego eso.

— Dios guarde.

—Dios favorezca.

— Dios mío los bandidos,

—Dios mío los herejes.

Crecía el clamor en olas que se estrellaban haciéndose pedazos en el tintineo de los sables, en el ruido de las espuelas y en las pisadas de los cascos. Cuando los gritos crecían los caballos se encabritaban, el cholerío callaba espantado, y el silencio apaciguaba a las bestias. Montoya paseaba su caballo fingiendo indiferencia, no obstante, llevaba grandes temores. Se sentía infantilizado por el miedo. Una pobre criatura de la tierra. Recordó cuando el cura Jaramillo le aniñaba entre sotanas. De improviso sintió a un cholo pegado a su pierna. ¡Le iban a matar, le iban a desmontar del caballo! Recogió las riendas instintivamente, y la bestia dio un brinco.

—¡Carajo, qué quieres! — gritó reconociendo al Guagcho.

— Faltan ciento cincuenta zurrones de vender patrón. Como la gente está preocupada por la escolta, ni bebe siquiera.

— Maldición. Que den más barato.

El criado desapareció entre el gentío.

Desde la víspera, al párroco se le notificó. con la prohibición. El cura había recibido la noticia con humildad cristiana. Pero Montoya se. inquietaba pensando: «a lo mejor el clérigo desgraciado tiene en perspectiva algo gordo. Un ataque por la espalda. Un toque de arrebato. en el campanario para exaltar más a la gente».

—Conozco sus mañas — afirmó por lo bajo.

Por otro lado, flotaba una tristeza vaga en su interior con la noticia que le había dado el Guagcho: «Faltan ciento cincuenta zurrones de vender». ¿Qué podía hacer él con tanto aguardiente empantanado? Joderse. A lo mejor podía ser un castigo de Dios, Un castigo fuerte, Más de mil sucres de pérdida, exponiéndose a que le cojan. Algo así como unos ocho meses de sueldo. Volvía una. y mil veces a realizar el cálculo mental, y terminaba:

— Los números no mienten.

Entre la tropa, la comisión pesaba más que los sables. Montoya lo adivinaba en los gestos, en las miradas. No podía encontrarse libre de una traición. «Estos cholos son más fanáticos que el Papa». Basta verlos cómo se levantan sobre los estribos buscando sin duda complicidad, como se rascan la cabeza de impaciencia, como le miran con odio. Y la muchedumbre tomando coraje, apiñándose amenazadora:

— ¡Por qué no sale mama Virgen!

—¡Por qué!

---¡Bor qué!

—¡Queremos que salga!

—¡Salga!

Lamento de cien bocas. Exclamación del cholerío entre lágrimas y mocos. Alarido de la masa de romeriantes que procura hacer de su despecho súplica y de su furia lágrimas.

— Que salga...

—¿Por qué no sale?

— ¡Por queeeee!

Como un destello de esperanza sonó en. el pretil la voz del párroco:

—¡Hijos queridos...!

La gente se amotinó entre gritos hacia esa dirección sin dejar oír el resto. El fraile tuvo que empezar de nuevo:

— ¡Hijos queridos, ahora no puede salir la Santísima Virgen... Os doy la bendición en nombre de nuestra Madre!

Se alzó una mano regordeta y blanca, la multitud no esperó más, se hizo el caos, en masa compacta se arremolinó contra el pretil. Chillaron las mujeres, los niños. Fue cual huracán que enloqueciera a la gente. Sobre el oleaje de ayes y cabezas navegaban palabras precisas:

— ¡No!

---¡Mamitica!

—¡Bonitica!

— ¡Zambitica!

El tintineo de los sables y los caballos encabritados, precipitándose sobre el alarido de cien caras, calmó un tanto el desorden y la furia sueltos. La multitud se calló. Abierta una pausa anhelante no se podía anunciar hacia dónde llegaría la furia reprimida. Un temblor febril se crispó en aquel lago humano. Podía estallar en gritos o desbordarse arrasando todos los obstáculos. Era tan inquietante aquel silencio que exacerbó a Montoya y a su tropa. Alguien se puso a llorar y aquel llanto enterneció todas las pupilas. Las lágrimas hicieron el grito de confraternidad. Descorcharon el subconsciente hacia el lado místico. Una opresión en todos los corazones y una angustia en todas las gargantas terminó engendrando el espectáculo más enternecedor de la historia el llanto de la multitud contrariada. Lloraban los cholos en lágrimas de hombre, lloraban los indios en tono de sanjuán, lloraban los niños asustados, lloraban las mujeres en ternura de tragedias irreparables. El llanto creció, se fue enredando por las patas de los caballos por las piernas de los gendarmes:

—¡No, AY… Ay… Ay…!

—¡Mamitica!

—¡Taita Diosito!

--Que salga la Bonitica.

Montoya pensaba en la. mejor forma de resistir. Nerviosamente se incorporó en la silla para ver mejor la amenaza asfixiante de la muchedumbre. Si en vez de lágrimas solamente fueran puños y piedras estaría perdido, Desde todas las calles, desde una distancia que a Montoya le parecía incalculable

llegaba el. oleaje cálido del. fanatismo suplicante. Su deber le imponía sacrificarse... En ese momento se le acercó el Guagcho para ponerle al corriente del negocio de los aguardientes:

—Patrón, oyé..... Falta más de cien zurrones de trago que vender. Sólo shorando la gente sin tomar ni’una copita siquiera. Y si se van. ca tendremos que volver con el trago bien aguado a l’acienda. Aura como para volver con…

-—Déjame, carajo —gritó con furia Montoya sintiendo que se debilitaba su energía de honrado funcionario público. Debía desbaratar con su guardia aquel lloriqueo torpe. «Si se van ca tendremos que volver», «Faltan más de cien zurrones». Huyó la fuerza de sus manos. Con las riendas flojas, el caballo empezó a moverse a su gusto. Era necesario dominarse. Todas las miradas estaban prendidas en él. Si la gente le ve flaquear estaría perdido.

Los más audaces que habían formado un grupo junto a la guardia fueron separando al criado del amo. El Guagcho quería detenerse, pero la fuerza de la masa le arrastró. Montoya le oyó desde lejos, con las manos en el aire como un ahogado:

— Más de cien... Más de cien Zurrones...

Una fuerte embestida del tumulto hizo desaparecer definitivamente la voz del cholo.

—¡La Mamitica!

—¡La Zambitica!

—¡La Bonitica!

—¿Cómo nu’a de salir pes?

—Que salga.

Entre las lágrimas la amenaza. se des haciendo clava, «Faltan más de cien zurrones». ¡Faltan más de cien! En lo íntimo del señor Intendente surgieron visiones contradictorias. Se vió pisoteado por los pies callosos de los cholos, soportando la venganza de una furia desorientada, hecho un pingajo. El miedo le creció en los poros. Le sudaba la cara. En los oídos los ¡insultos se hicieron más crueles. ¿Cómo amordazar a toda esa plebe? Se empezó a sentir débil como un niño, no tenía fuerzas ni para dominar al caballo. El animal caracoleaba a su antojo agravando el vértigo de Montoya. El miedo interno se le hizo temblor físico. Quiso gritar a toda esa gente, en tono de disculpa: «Yo no soy... Yo no doy motivo... Yo cumplo las órdenes superiores... las órdenes de esos señores que como ustedes bien lo dicen, son unos imbéciles... Ustedes tienen justicia». Por extraño juego de su espíritu iba dando la razón a la muchedumbre fanática. El historial de sus heroísmos parecía un juego de niños ante el dulce recuerdo de los consejos del santo cura Jaramillo. Todas sus victorias ganadas a los revoltosos de la ciudad, todos los triunfos sobre el pueblo gritón, toda su valentía experta en hacer sangre las espaldas de los hombres libres, iban a tener un juez de cara llorona y moqueante, pero qué traía bajo el poncho la garra que estrangula. Se retorció en su interior la desesperación del criminal acosado. Instintivamente buscó refugio. Un cómplice que justifique todos sus pecados. Allá en el jondo de su esperanza divisó la figura consejera del cura Jaramillo, Era el único que le hablaba de los milagros de la Virgen. ¡Un

cómplice! ¿Quién? ¿Quién pudiera ser? De Improviso como una clarinada, llegó hasta su conciencia el alarido de la muchedumbre, Era la única respuesta salvadora:

— ¡La Virgen!

---¡La Virgen!

---¡La Mamitica!

—¡La Zambitica!

— ¡La Bonitica!

Fue un aviso del cielo. Tenían razón. «La Virgen». Bajo esa bandera han encontrado justificación la mayor parte de los crímenes que han florecido. en la tierra. Él nunca había matado niños por centenares, él nunca había robado un metro de terreno a nadie, él nunca violó a las mujeres, él nunca incendió ciudades. Era lun pecador vulgar, insignificante. Para salvarse no sólo tenía que pensar en su arrepentimiento, tenía que convencer a esa masa que pedía a gritos:

—¡Saquen a la Bonitica!

—¡A la Mamitica!

—¡A la Zambitica!

Miró corro un idiota en todas direcciones. Pesábanle las ideas contradictorias en su cerebro, Los soldados parecían. cansados, muertos. Es bueno ser prudente. «Más de cien zurrones». Bocas que gritan, que amenazan, que pueden beber todo el aguardiente de la tierra. Y las lágrimas, las lágrimas extrañas que siempre congestionaron su hombría. ¡Ah, qué dolor le clavaron esas, lágrimas! Las veía claras sobre las mejillas de los niños, asquerosas al colgarse de los párpados caídos y supurantes: de los ancianos, irisadas de coquetería en las pestañas de las cholas. No podía más. Su tierno corazón iba a estallar. Miles de seres lloraban. El, alelado cono un muerto. Los ojos le ardieron volviéndole a la vida. ¡Le ardieron! ¡Le ardieron! No más problemas. Su modo de ser habitual le salvaba escurriéndosele por los ojos con ardores. De sinapismo. El contagio de lágrimas. El maldito contagio. Era una cosa irresistible, Lloró, exhibiendo con orgullo sus lágrimas, Con un alarido de triunfo respondió la multitud, se hinchó de alegría en bronco aplauso, se estrelló contra los muros de las casas, contra las piedras del pretil, contra el cordón de los sables caídos, se crispó en manos, se cristalizó en gritos:

—¡Milagro! .

—¡Milagro!

—¡El hereje shorando!

—¡Shorando por la Zambita!

—¡Que salga!

—¡Querimos verle!

—¡Que salga!

---¡La Bonitica!

—¡La Mamitica!

—¡La Zambitica!

Lloró de alegría todo el mundo. Dicen que hasta tas acémilas se pusieron cabizbajas. Se sentían mimados, libres. Podían atreverse y se atrevieron. Impulsada por la mano de Dios la muchedumbre, sin hacer averiguaciones, ni llenar formularios, se precipitó a la iglesia y en un remolino de vítores sacó a la Virgen.

— ¡La Bonitica!

—¡La Zambitica!

—¡La Mamitica!

---AY... AY… AY…!

Se organizó la procesión en el pretil. Ante los ojos velados por las lágrimas del arrepentido hereje empezaron a. desfilar todos los romeriantes con velas encendidas en la diestra y cantando: «Dios te salve María». Un enjambre de cholitos vestidos de ángeles avivaron la ternura con el tintineo de sus alas de lata, con sus rizos chorreados, sus tules sucios y claveteados con adornos de papel de oro. Luego iban las cholas mozas portando en tazas o cazuelas viejas, el fogón donde quemaba el incienso. Dos bandas de pueblo se disputaban la primacía de sus aires nacionales. Para que la algazara sea completa se lanzaba voladores que iban a aplaudir la fiesta desde el cielo. Sobre un centenar de cabezas avanzaba "La Zambitica" bamboleándose como barquichuela engalanada: manto aurora guarnecido de plata y estrellado de billetes sucios de banco. Cada billete implicaba un milagro en solicitud. Al paso de la Virgen, la gente que hacía el cauce de la procesión se santiguaba, ponía las manos. O se postraba dando gritos. Tras las andas seguía una cola de frailes, exhibiendo charoles donde la devoción del romeriante había depositado sus ahorros. En lo más íntimo del subconsciente de Montoya, al ver las montañas de dinero, surgió el deseo de dividirse aquellas utilidades. Es una buena cosa ser arrepentido. Grandes cantidades de cholos e indios cerraban el desfile. Duró más de una hora el recorrido de la Virgen por el pueblo. Cuando finalizó la procesión las andas descansaron en el pretil. Entonces, el más anciano de los clérigos, cogió a la Virgen para dar con ella la bendición al pueblo que esperaba frenético llenando calles y plaza. Brillaron al sol las joyas de la Milagrosa. Se desbordaron las súplicas de los romeriantes. Era la última vez que le iban a mirar al aire libre, la última vez en el año que podía conceder gracias, la última vez que se le podía gritar en: la cara los IA y las enfermedades del cholerío.

— ¡A mi!

—¡A mí veme Zambitica!

—¡A mí tan!

—¡A mí tan, qui'as di'acer pes!

—¡Bonitica curame!

— ¡Poderosita, hacé pes que vuelva el Antuco!

—¡Qué muera ¡pes la adúltera, la rogadora!

—¡Curame la shaga!

—¡Curame la tos!

—¡Curame las piernas!

---¡Curame los brazos!

—¡Curame la cabeza!

---¡Cro que'stoy brujiada por la vieja Matilde!

— ¡Ve pes como supura! —gritaba una mujer sacándose un seno hinchado y cristalino del que extraía gotas de pus.

---¡Ay... Ay… Ay…!

En el momento en el cual el clérigo levantó la Virgen en alto, los fieles creyeron enloquecer. El segundo máximo. Desde esa altura «La Bonitica» podía mirar a todos. Y los dolores podían ser vistos por la Virgen. Se retorció la muchedumbre en desesperación de parturienta o de posesa, pidiendo las cosas más absurdas, los milagros más estúpidos, enseñando las enfermedades. más repugnantes, sin pudor ni recelo. Había verdadera urgencia por exhibir llagas y tumores. Como los instantes eran preciosos al cholerío .no le importaba rasgarse las vestiduras en una epilepsia mística para que «La Zambitica» vea con sus propios ojos los cuerpos atormentados por viejos males o incurables llagas. El gesto dislocado del gentío subía de temperatura por segundos, logrando soldar todas las angustias individuales en una gran llaga que llenaba la plaza, asfixiándose con hemotisis, cayendo con vértigos cardíacos. En escenas sucesivas pasaban miembros horrorosamente deformes, llagas asquerosas, miembros desnudos, gritos, rezos, temblores, todo envuelto en centros, ponchos, ropa interior sucia.

La esperanza de las madres cholas flamea en las manos. Son los hijos tiernos que sin saber lo que les pasa gritan hasta enronquecer, mientras las mujeres suplican a «La Milagrosa»:

—¡A Vos te’ntriego, Mamitica!

—¡Curale pes!

— ¡Hacele qui'ande!

— ¡Vele, tan bonito que's!

Se retuercen entre las manos de las mujeres los guaguas, dejando flamear piernas fofas como jirones de vida.

No contentos con la exhibición, muchos enfermos situados junto al pretil —por influencia comprada a los burros de la Virgen—, mientras el fraile da la bendición al pueblo, sirviéndose para tal acto del busto de la patrona del Quinche, se precipitan a las andas.

Anhelantes, eufóricos, empiezan a sobar con sus llagas la armazón de palo de las andas: muñones sanguinolentos, tumores, hinchazones, niños anémicos, todo envuelto en una promiscuidad supurante que deja' las maderas melosamente sucias.

Corno día de milagro, devino en día de fiesta, El cholerío no volvió pronto a sus hogares, se quedó festejando en los estancos del Quinche el portento de la Virgen.

A la vuelta, todo fue sorpresas para Alberto Montoya; Disimuladamente le obligaron a separarse de su cargo público. Disimuladamente aquella historia le acarreó amigos nobles, de aquellos que creen en milagros y tienen dinero, de aquellos que saben despreciar a los cholos pero que son útiles para dar fama de corrección y nobleza. «Ya está de amigo del fulanito... No sólo puede ser Intendente, hay que buscarle un cargo mejor».

Si grande fue su sorpresa, su dicha fue mayor. No más luchas. No más inquietudes.

Se acomodaba por las tardes en un sillón de su dormitorio con movimientos de ave que ha tornado al nido.

AL cabo de un mes, de vuelta de unas ventas, tuvo él Guagcho que pasar con sus mulas por El Quinche. Aun cuando traía muchas ganas de revivir recuerdos, una realidad completamente cambiada le entristeció. A la orilla de los caminos las mortecinas eran el espectáculo corriente. Levantábanse alharaquientos los gallinazos al paso de la recua. En las calles antes alegres se amontonaba la basura. En los poyos que en la fiesta sirvieron de mesa para la exhibición de potajes y reliquias, ahora se velaban los cadáveres que iba diezmando la tifoidea. Las cholas comentaban en voz baja:

— El compadre Julio tan desque si’a muerto.

—La Miche tan.

— Elé, ya mi guagua no cayó pes con la fiebre

—Castigo de la Virgen por nu'aber hecho bien la fiesta desque's, dice taita cura.

—Aura claro pes..... Vienen los bandidos herejes a querer impedir la procesión, aura claro pes que si'a de'nojar la Milagrosa,

—Pero ya debe pes compadecerse con uno pobre.

— No vamos a quedar ni'unos.

—Hasta el señor López, el curandero, hecho una lástima, tendido en mitad del cuarto, con los guaguas rodiados.

— Sí, pes bonitica, si gente que no si’a muerto nunca está pes clavando el pico.

—Ave María.

—La tifoidea dicen que's.

—Castigo de Dios, es más,

— La tifoidea.

— Castigo.

Tan desorientadas como al principio se despedían las comadres.

El Guagcho pasó el día andando por las calles entristecidas, agobiado por el monótono doblar de las campanas. Á la noche, contrariando la costumbre, se sentó en el corredor del tambo entre una veintena. de arrieros, El viento de tormenta próxima silbaba en el tejado quitando el sueño. Además la campana quejosa era una pesadilla en las almas bonachonas de esas gentes de caminos y chaquiñanes. Ellos fingían reír rumbosamente, hablar recio, hasta maldecir del cura, no obstante, en su interior acogotaba el miedo.

Han prendido un fogón y le hacen círculo, Se entretienen echando hojas secas de eucalipto a lá. lumbre. De pronto alguien dice:

—Taita cura ca, no si’a di’alcanzar con tantos muertos.

—Güena plata ha de coger,

— Este taita: cura ca, más agarrado… Cuando murió la que le shamaban la Mula.

-—¿La Mula?

Se animó la gente agrupándose al amor de la candela.

—¿Cuál, pes?

—La que’l decía mi sobrina... Acaso hizo caso... Y por eso desque's que toditicas las noches se asoma haciendo ruidos.

El resplandor de un relámpago descubrió las caras temerosas de los arrieros. Se santiguaron todos.

—Púchica, cro'que va shover. ¿Y di'ay ca qui 'acía, pes.el cura?

—Nada pes, qui’una noche el cura armándose de coraje desque si'atrevió pes a preguntarle: «¿Que querís alma bendita?» El fantasma con el dedo li'abía señalado para la sacristía. Ele, santamente el señor cura si’abía ido siguiéndole. Entonces el alma desque le dice: «Ve, quitá los ladrishos de ese cuchito, cavá ashí has de'ncontrar una osha de barro con plata», Taita cura que no quería obedecer en un principio, para nu’arruinar el enladrishado nuevecito, al oír lo de la plata brevito desque se puso a cavar. Y saca pes la osha... ¡Un gustazo!

---Ricurishca, no.

—Claro, pes.

—Entonces el alma desque le dice: «En esa osha está la plata para que vos des diciendo tres misitas y yo pueda salvarme... Con lo que sobra y lo que vos has de poner, sacarás a nuestra guagua de San Carlos y educarasle bien». Mientras tanto ca, el cura ya'bía sacado la plata de l’osha, y..., caliente sólo encontrando un triste rial y medio en el fondo, desque se regresa y le dice al fantasma: «ay, come mierda alma bendita».

---Ja... Ja… ja... ¡Jesús!

— De'sos es el cura.

— Buena.

Indigestos de leyendas los arrieros fueron tronchándose de sueño.

Al amanecer cuando el Guagcho arreaba su recua por las calles del pueblo, tuvo que quedarse alelado ante las escenas que le salían al paso. Sobre el suelo de tierra, de las viviendas, los. muertos yacían bocarriba con las manos sobre el pecho. Se huele a mortecina y las moscas, de los muladares que se amontonan en las calles, rondan poniendo coronas maniáticas sobre las caras de los cadáveres. Por la penumbra de los rincones de las viviendas en velorio, borrachos los cholos discuten con frases incomprensibles.

Los moradores intuyen que toda esa desgracia viene de la fiesta, pero la tierra árida de la comarca no les ha dado otra cosa que una Virgen con buena fama. Por lo cual es necesario soportar sus castigos y su mal genio. Si por desgracia los romeriantes dejaban de llegar a gastarse el dinero y a depositar la suciedad de sus llagas, los moradores que no eran indios para ir a trabajar de gañanes en las haciendas vecinas, se hubieran muerto de hambre. Callaban ante el flagelo de la fiebre. Que no se enteren los forasteros, puede que abandonen las visitas al pueblo. Tal vez era por esta razón que no había chagra que, después de venir enterrando a sus muertos más queridos, no se arremangue el poncho y declare rumboso:

—Sano, sano es nuestro pueblo... Es clima de convalecencia. De repente, muere uno que otro. y eso tan brujiado.

Y allí se dejaban morir como murieron los chagras taitas.

El señor cura nunca se ocupó de los muladares dejados por los fiesteros. La naturaleza compasiva tenía que barrer toda esa inmundicia: con esas tempestades que sólo ella tiene. Entonces el santo clérigo empezaba a quejarse de pobrezas y de los enojos del Señor.

En la tienda “El Descanso” pasaba algo extraño. El Guagcho que tenía ya una hora de llegado, no podía darse razón de tantos preparativos. Ña Alejita corría de un lado: para otro luciendo un vestido nuevo de seda brillante. La trastienda adornada: como chola endomingada. En el corredor la mesa grande de amasar se ocultaba bajo un mantel bien azuleado. En la cocina había. revuelo inusitado de olores apetitosos.

—¿Qué's pes ois? —interrogó el cholo.

—Se casó pes ña Alejita con ño Albertico.

—¿Se casaron?

---Ele como no pes, en la iglesia, bien elegantes, y aura va'venir el señor cura a comer aquí.

—¡A bruto!

Después de la fiesta del Quinche, las lágrimas de Montoya le arrastraron hacia un flamante modo de pensar. Sus nuevos amigos eran casi todos honrados padres de familia con mujer legítima, hijos legítimos. Casados como manda la Santa Madre iglesia, Con casa bien puesta que, de seriedad y prestigio de formalidad, Hubiera podido casarse en la capital con una mujer de campanillas, pero Alejandrina, la hija, los pagarés, el posible escándalo, la costumbre, impidieron tal paso. Él quería ser ante todo un hombre sin mancha, Un hombre al cual la gente llame «Don Alberto». En fin, necesitaba todas. las circunstancias que le llenen de una responsabilidad integral, molestosa en extremo, pero necesaria para hacerse un hombre probo.

Sólo el Guagcho andaba como atontado en la fiesta del matrimonio de sus patrones, Tal vez no le caían bien los chistes picantes del cura, que aun cuando viejo, seguía libidinoso, o la cantidad de terratenientes nobles que llegaron para la comida, Entre ellos había muchos jóvenes y solteros que galanteaban a ña Blanquita, Quiso hablarle varias veces, ella hábilmente se desprendía con un despreciativo:

—¡Qui'ay pes Guagcho!

Frase que le obligó a encogerse en un gran dolor: Ya no podrían jugar más a los casados. ¡Nunca! Estaba tan distante, había crecido, menes que él desde luego, pero los senos se le habían desarrollado de una manera inquietante. Esa tarde llevaba vestido blanco, zapatos de medio taco, el cabello trenzado con cinta aurora, sus ojos parecían más redondos y negros.

—Qui’ay pes Guagcho —murmuró el cholo, mientras ayudaba a una de las güiñachishcas a partir leña en el patio. Se echó saliva en las manos callosas, sujetó el leño con el pie calzado en vieja alpargata. Esos pequeños detalles le hicieron verse como si se mirara en un espejo con la falda del seboso sombrero levantada por delante, con su cara de facciones imprecisas. Era un pobre cholo.

Cuando a la noche fue a dejar las mulas en la hacienda pasó pensando en ña Blanquita.

LA honorable familia Montoya preparaba su viaje a la capital. Alejandrina hacía el inventario para entregar la tienda a. su comadre Julia Calvachi. Alberto iba de un lado para otro ordenando el equipaje:

— No, esto no... Resulta un vestido demasiado claro. ¿Qué dirían mis Amigos?

— Pero...

—Hijita, es chagra a primera vista.

—¿Y este sombrerito, papá?

—¡Oh!

Una vez arreglada la casa, Montoya se dirigió a la hacienda, Era necesario poner todo en orden. Liquidar el contrabando. Circulaba en sus venas una desesperación de honradez. No era por lo imposible que se volvía aquel negocio: anegada la casa oculta en el monte, el camino borrado por el lodo, los indios sin querer ir a la faina y la chishipa; era por su nueva forma de obrar, y por qué no decirlo, era también porque el trabajo para el gran trapiche con caída de agua que se instalaría a vista y paciencia de todo el mundo en el patio de hacienda estaba al terminarse. Mientras ordenaba al mayordomo el abandono de aquel enlodado negocio, se juraba interiormente. nunca. más. obrar en esa forma. Contrabando que sería estigma y vergüenza de su juventud.

— Haces traer todos los fierros que se puedan utilizar en la nueva obra.

---Así haremos…

— Y que el galpón ese que hicimos quede abandonado.

— Es que los runas también.

-— No se les obliga más la faina y la chishipa.

—Acaso sólo es eso... Un sucre diario. están pidiendo, y que de no ca si'an dir no más,

—En ninguna parte les han de pagar sucre

---Ele como no pes. Aura desque hay salario mínimo.

— Pendejada.

— Algunos ya se'stán yendo, patrón.

—Carajo, eso está malo... ¡Ah!, pero en otra parte no les han de dar el huasipungo. .

—Eso digo yo, pero los roscas oyen el sucre y son capaces de lo quequiera. Y aura lo menos que si’ashan despechados.

Montoya se tornó meditativo, No reaccionó como otras. veces en furia de carajos o compasión de lágrimas. Ahora se sentía un hombre pesadamente honrado; recto, íntegro. Luego de pasarse la mano por el mentón afirmó:

—Buscaremos una nueva forma... —e interrumpiendo al chagra que iba a dar sus recetas, concluyó:

—Hasta cierto punto tienen razón los roscas. La vida está cara. .... Sí, desde la próxima semana les pagas el sucre diario. Además: esto. del sucre es ya una Ley. ¡Ley de la República!

---¡Oh, ya! — exclamó abismado el chagra.

—Sí…

— Entonces con razón pes los roscas.

— Tenemos que pagarles.

Hubo una pausa larga. De pronto Montoya, con fuego de codicia en la mirada, con brillo de ambición en lo profundo de sus ojos negros, destello oculto del que siente próximo el triunfo que se lo consigue sin protestas, por las buenas, honradamente, dijo:

— ¡Ah!, pero no estaría por demás cobrarles un pequeño arriendo por el huasipungo.

—Eso ca difícil ha de ser patrón con estos roscas amayorados.

—Es justo por lo menos eso... ¡Es justo!

Así charlando, amo y mayordomo, para no perder tiempo, se internaron a buen paso de las mulas por desmontes y sembrados. El cholo, alzando la voz para dominar el ruido de los cascos, dijo, poniendo gesto de víctima:

—Hasta yo pes patrón he salido con chaucha. Como a los indios tengo que castigarles para que no se vayan; ele, en desquite han entrado anoche a mi huasipungo y'an acabado no más con todo. Matarme la yegua linda que tenía pes.

Al oír la exageración de «linda», el amo interrogó burlón:

—¿La cashcorva?

— Así tan me'staban dando veinte sucres... La sementerica que mis guaguas habían sembrado con tanto amor, toditico dejar hecho una lástima.

—¿No sospechas quién pueda ser?

— Como no pes, patrón... El longo José Chiango.

— ¿José Chango? — interrogó Montoya sin: saber de quién se trataba.

— Ele, el güerfano del Julián y de la Consuelo, pes.

—No, no les conozco por los nombres —se disculpó el amo. Todos los indios para él eran iguales. Aprovechando aquella ignorancia el mayordomo: empezó a informar:

— Estos Changos mismo son familia. de bandidos. Y este longo José les hace cabecisha a todiíticos los indios.

Temiendo ser injusto. Montoya insistió.

— ¿Estás seguro que es él?

—Sí, patrón.

—Entonces debe pagar —concluyó Alberto maquinalmente, Se hallaba preocupado por las exigencias de los peones. ¡Un sucre! ¡El éxodo hacia otras haciendas! Cosa curiosa, hace muchos años él aprovechó la misma fuga. Sintió un vago remordimiento. Quizás se trataba de un castigo del Altísimo.

—¿Cuándo pes para cobrar? Más mejor que su mercé ordene que me reponga con el cabasho que tiene el longo —se lamentó el mayordomo.

—Ya veremos.

Se abrió ante los jinetes una vasta ladera sembrada de indios. El patrón paró el trabajo. Latió una esperanza en todos los pechos. Con pasos recelosos fueron acercándose los trabajadores. Montoya empezó a gritar, a exigir, a lanzar amenazas:

---...ya se lo mal que se portan, do obstante se les dará el sucre diario.

—Dius sulu pay amitú ---cantaron los indios desde todos los rincones, levantando las manos, las palas, los machetes, las picas. Montoya calmó la alegria primitiva de la peonada:

—Yo soy así, todo lo que me piden les doy. ¡Ah!, pero tienen que pagar un pequeño arriendo por el huasipungo que cada cual ocupa.

Instantáneamente se agobió el último machete paralizado en alto.

—Cualesquiera de los roscas como ya van a ganar un sucre diario, no sólo me pueden arrendar un huasipungo, me pueden arrendar dos, tres, a lo mejor toda la hacienda.

Pensó que su ocurrencia hubiera despertado hilaridad, pero la peonada permaneció silenciosa. Alberto les habló de todas las ventajas, hizo esfuerzos inauditos por presentarles un panorama risueño hacia el futuro, más la desconfianza india se atrincheró en cien cabezas caídas, en cien bocas mudas, Desesperado ante el silencio exclamó Montoya:

—¡Bueno carajo! ¿Qué dicen? Se les hace el bien y todavía se atreven a quedarse calladotes, Hasta taita Dios ha de castigar por semejante comportamiento.

Las duras palabras del hombre resonaron en el campo como en una cueva vacía. Tales se hicieron los gritos que al fin hallaron respuesta de susurro colérico y humilde, arrastrado sobre la. faz lodosa de la ladera, cual gesto adusto de la tierra -

— Así misu is amituuu.

—Bueno... ¿Están contentos?

— Arí patruncituuu.

Montoya comprendió perfectamente que la indiada no se quedaba contenta. Por un extraño orgullo nacido en él a última hora, se tranquilizó. Era el amo y tendrían que obedecerle. Ya no eran los tiempos en los cuales tenía que rogarles que vengan. Eran indios propios, comprados junto con la tierra, con el monte, con el río. En su ceguera de flamante gamonal ya no pensaba como don Braulio: «Dios me lo dio por mi sangre noble». Su pensamiento se afianzaba en el reverso de una misma moneda latifundista: «El trabajo honrado me lo dio por mis músculos fuertes». Para convencerse a sí mismo del derecho de propiedad, iba sembrando el paisaje de flagelo apocalíptico. Podía volverse la tierra estéril pero los indios quedarían de su propiedad. Podía incendiarse el monte y del rescoldo surgirían los runas para él. Podía secarse el río y entre las piedras del cauce seco escogería peones. Iba a retirarse de la indiada, cuando el mayordomo que había permanecido a su lado en silencio cómplice, recordó:

—¿Y lo de mi yegua ca, patrón?

—¿Cómo se llama el longo?

— José Chango.

—A ver que se presente el José Chango —llamó levantándose sobre la silla. Desde el otro extremo avanzó dando brincos un indio; como todos los indios jóvenes: bronceado el cutis, los pómulos prominentes, el cabello negro, las piernas musculosas cubiertas de barro hasta más arriba de la rodilla, sin vellos en la cara, con los dedos de las manos callosos, y con mirada indefinida en sus ojos negros y pequeños Aun cuando no podía correr por los talones florecidos en grietas, llegó dando brincos:

— Amitú.

—¿Con que vos eres el indio pícaro, no?

Aterrado por la acusación el longo bajó la cabeza. Montoya tomando la vergüenza por gesto afirmativo, chilló:

—¡Y todavía tienes el descaro de afirmar!

Desde ese instante el acusado perdió el control de su existencia. Se dejó llevar por su ignorancia, ella le aconsejó sacar a. flote una sonrisa de idiota: y mirar al amo de soslayo.

—Ele vía patrón, no se atreve a negar —dijo alegre el mayordomo.

— ¡Contesta!

—Cómo ha de tesón si él mismo es, patrón.

—¿Longo ladrón, con que matando a los animales «el pobre mayordomo, no? ¡Criminal! Después de que se les da todo lo necesario, después de que me porto como un padre, ¡Ladrones!

El longo lleno de terror: no sabía lo que le pasaba. En lo más recóndito de su ser había una protesta, un débil alarido de reacción ante la injusticia. ¡Mentira!, era la sola palabra que se agrandaba en él, sin conseguir la ruptura de un hermetismo enraizado en el ancestro.

Bajo esa acusación injusta nadie se alivió en una queja, cada peón autorizó con su silencio la crueldad de una esclavitud muda que es de todos y recae sobre todos. Y la protesta estaba latente en las cien bocas. Cómo no decir que la: yegua había muerto atorzonada, cómo no decir que el mayordomo les robaba el: mísero jornal. Tal vez la experiencia les enseñó que la verdad en su boca era crimen, y es entonces cuando ya nadie quiere remediar nada, y los labios se quedan mudos, y las caras terrosas inexpresivas, y las pupilas se prenden en la angustia propia. Fue el orgullo de la fuerza, el que gritó:

—Ya que le has robado su mejor yegua, tienes que darle tu caballo. ¡Indio ladrón, así te he de castigar! —y dirigiéndose al mayordomo, le ordenó;

—También quitarasle no más una semana de jornal para que te hagas pago de los daños en el huasipungo.

— Dios solo pay, patrón.

En respuesta, el silencio del longo acusado miró sus enormes manos callosas que podían ser potentes pero ahora resultaban inútiles,

—Y ni siquiera, tiene una palabra de arrepentimiento.

El corazón del Chango latió aceleradamente ¡Le quitaban su caballo! ¡No le darían jornal una semanal! Se dejó llevar por el fluir emocionado de sus disculpas interiores, Miró perplejo a todas partes mientras se limpiaba el sudor con las manos.

—¡No me haces caso! ---gritó histérico Montoya-Luego confiesas, luego mi proceder es justo. ¡Son unos animales! Ha matado una yegua, ha destrozado una sementera y ni siquiera llora de arrepentimiento.

En el estado de alma de José Chango se fijó la figura clara del animalito muerto. Le dolía hasta en los huesos aquella visión como si fuera él mismo. la mortecina. ¡Pobre yegua! No se daba cuenta cómo pudo matar, ser capaz de semejante canallada. Quizás estuvo borracho.

Antes de retirarse el dueño de la tierra pasó una rápida mirada al coro de indios esparcidos por la ladera. Quemaba el sol. El sudor corría más abundante por la nuca de los hombres bronceados. El chapoteo de los cascos. se fue alejando cuesta abajo. Cuando ya las palabras del amo entraron en el recuerdo, los peones destaparon su represión:

—Lungu brutu, pur qui nu dijiste: mentira is

Todos se fueron «contra el “silencio de Chango, con furia que trataba de enmendar el silencio cómplice de todos.

— ¡Mentira!, se dice,

— Mentira de mayurdumu.

— Cashadito quedandu, bruta,

—Shunsho a

—¿Pur quí nu dijiste?

—¿Y pur quí nu dijiste vus, ga?

—¿Pur quí nu dijiste así?

—Al ser yu ga, caraju...

— Al ser yu, cusa gúena.

Cada cual sacaba esperanzas, cada cual fue olvidando el dolor de la injusticia en la dura faena.

Al pasar por el huasipungo del mayordomo, el amo observó de reojo la sementera intacta y la mortecina de la yegua en mitad del cercado con la barriga enormemente hinchada delatando torzón.

«Luego todo es mentira, y los runas son capaces de quedarse callados ante tamaña injusticia», se dijo Montoya lleno de furia. Tras ese pensamiento vino otro a dulcificar la revuelta bilis del primero: «yo pudiera... Sí, no consentiré que un cholo criado siga explotando a los pobres indios… ¿Por qué no aprovechar el silencio y la ignorancia de esa gente? Se ría la mejor forma de sustituir el fenecido. negocio del contrabando». Esas ideas parecían de un hombre sin escrúpulos, no de un Montoya que trataba por todos los medios dignificar su nidal de conceptos. morales. Eran las mismas palabras que acudían a su espíritu cuando se hallaba profundamente dueño de una libertad campesina. Ahora se pertenecía a la ciudad, a una familia honrada, a unos amigos... Interrumpió bruscamente sus buenos deseos para volver a escuchar al mal consejero de otras épocas: «aprovechar el silencio... El silencio se encierra en sí mismo» Avergonzado, huyó de aquellas pretensiones innobles, pero ellas tornaron a atacar, martirizándole como a un creyente la incomprensión de las injusticias de su Dios.

De pronto afirmó al mayordomo como si se sintiera arrastrado por una cuerda que tirase de lo más hondo del ser:

—Como ya te he dicho, tienes que cobrarles un arriendo prudencial por la choza, y... al mismo tiempo, tienes que cobrarles el valor de las herramientas que hagan perder, ¿Comprendes?

— Güeno, patrón.

—Todo consiste en que, aun cuando se les pague el sucre, tú no dejes de mandarme el dinero que hasta aquí me has estado mandando. ¿Entiendes?

El mayordomo se quedó por unos. instantes sin saber hacia dónde iba su amo, hasta que al fin dijo:

— ¿Pero cómo pes paracer con los indios?

— Ahora te haces el inocente... Nada más lógico si rompen una herramienta por vieja que sea, pues se les hace corgo... Además, tenemos los arriendos de los huasipungos.

---Pero los indios de su mercé lo que son mañosos, mal acostumbrados, no s'an de dejar así qui'así.

Con marcada ironía Montoya insistió:

— ¿Crees que no se podrá convencerles?

— Sí, patrón.

—¿Crees que se rebelarán?

—Sí, patrón.

—¿Entonces cómo explicas lo de la yegua?

Aquella interrogación desconcertó. al chagra. El patrón había descubierto su mentira. Se ponía a favor de los roscas. Podía mandarle sacando, Se hizo preciso jugar la carta infallable: el adulo.

—Patroncito, cuanto no le'dicho: nu’ay qui'adular mucho a los roscas, se vuelven amayorados. Aura esto d'acerles cargo todo lo que pierden o se roban, justo misó es, hasta Dios ha de ver con bien. Mis patrones que me criaron, almas benditas, así no más hacián cuando ya los roscas se acostumbraron a tener plata.

Tanto habló el chagra que llegó a convencer a Montoya. Sus palabras. pletóricas de realidad y experiencia dieron con la insobornable conciencia de Alberto, se hicieron escuchar y ella tuvo que ceder, Así, todo quedó arreglado en la hacienda.

LA víspera de la marcha, Montoya y Alejandrina, encerrándose misteriosamente con el Guagcho en el dormitorio, le hablaron de su misión de vigilante de las propiedades de los amos:

—Quien más que vos pes, Guagchito... Tenís mismo que dolerte de todo lo que dejamos en manos extrañas... Vos, nuestro hijo.

—Lo que yo quiero es que vigiles al mayordomo, es un. cholo ladrón. No le cambio porque es are tico y conoce a la indiada.

—Así haremos, patrón.

—Semejante vivo que's —murmuro la mujer mirando al marido con ojos pícaramente satisfechos...

Una vez la familia sobre los caballos las recomendaciones se hicieron gritos:

—Ve Rosaura, cuidarás los puercos.

—Sí, niñita.

— Lucila, cuidarás el pan.

—Guagcho, portaraste vivo como te recomendamos.

—Descuide patrona.

También la clientela que se babia congregado ante. la tienda daba la despedida a. la familia en un murmullo confuso.

—¿Quién nos fiará pes, aura?

Aquel grito fue el principio. de un desgranarse | continuo de todas las lamentaciones:

—Por qué desque nos deja...

—Qué mal modo ha visto.

— Aura quién pes para qui'aga ese rico pan.

— Ese güen mayorca,

—Cashen no más, ya les dejo advertidas a mis cholas que sean buenas y caritativas como yo he sido —consolaba Alejandrina.

—¡Ay, Dios solo pay!

Cruzaron la plaza. La mula de Montoya ganó el sendero que lleva a la ciudad. La caravana se alejó por el carretero. En mitad del camino se quedó clavado el Guagcho, esperando en secreto que alguna tragedia caiga sobre esa cabalgata que se iba desprendiendo de sus pupilas, para correr en su ayuda, para hacerles ver que era capaz de sacrificarse. Ágil y achicándose por instantes se perdía la silueta de los Montoya, derritiendo amargamente en el corazón del cholo la esperanza,

Acontecimiento sin relieve ni importancia Tue en la capital la llegada de la familia. Un hogar más en la ciudad de fisonomía semi bullanguera y de alma provinciana, donde tantas familias nacen, viven y mueren sin destacarse apenas, no podía constituir escándalo.

Alejandrina sufría por falta de respeto de parte de toda la gente, En el pueblo era otra cosa: los chagras le saludaban sacándose el sombrero, las mujeres le trataban en diminutivo, los rapaces le sonreían al paso y sus vestidos eran la admiración del cholerío. Ahora le causaba fea impresión que no le saluden, que no le respete la gente indiferente de las calles, Herida, buscó en su juego psicológico la forma de notoriedad, En lo que ella llamaba su espíritu tan sólo encontró sus devociones. Las exageró todo lo que pudo, practicando aquellas caridades que saben sacar las narices al otro día en los periódicos, pasándose horas enteras en las iglesias y trabando amistad con los clérigos, En lo paramental hizo gala de lujo chillón, se recargó de joyas imitando al altar mayor de la capilla de su pueblo donde le supieron cegar de veneración flores y festones dorados y plateados. El

más grande de sus entretenimientos consistía en pasarse horas enteras tras una ventana que daba a la calle, escuchando la vida y milagros del vecindario. Blanquita sólo sabía seguir los consejos ge su madre, mientras papá Montoya frecuentaba los círculos de buena sociedad.

Una noche que el padre de familia se emborrachó en el club, dijo cosas que las había tenido guardadas durante toda su vida. La música era alegre, la luz brillaba demasiado, a los licores les sentía extraños a su paladar, los amigotes pasaban despreocupados ante él. Se creyó solo, tirado bajo la suela de los demás. Cuánto hubiera dado por blasfemar a gritos como en la tienda de Alejandrina. Era demasiado grande el salón para ello. Los mestizos adinerados de la ciudad saben reír cruelmente. Debía discutir con ellos. En una mesa contigua, unos señores medio ebrios hablaban en voz alta de la nobleza de las familias capitalinas:

—La mía.

—¡La mía!

Gritaban todos sin pudor.

—Soy nieto del General Pareja de la Independencia —decía uno metiendo la cara sobre la mesa.

En reacción inmediata, Montoya se interrogó: «¿Y yo quién soy, carajo?»

—Ja... ja... ja...

—Dicen que en nuestros antepasados hito un marqués —afirmó otro de cara cuadrada, pelo ensortijado hasta la exhibición mulata.

—Soy Gómez,

—Soy Ponce,

—Soy Velasco.

Los nombres iban desgranándose pletóricos de orgullo, Brillaban más que las luces para él estado deprimido de Alberto Montoya. La conversación llegó clara, se diría hecha para él, para despreciarle, Sintiéndose herido se puso de pie. Nadie tomó en cuenta su actitud, nadie se calló:

—Soy noble por los cuatro costados.

—Mi abuelo fue presidente de la República,

—Mi tío arzobispo.

— Pero los más nobles son los Arteta, cholito.

— Tal vez.

— Sí, cholito,

— Pero mi tío era arzobispo.

«Ya que de clérigos hablan... ¿Quién tue mi padre?» ¿Qué podía afirmar? Se vio que avanzaba tambaleándose hacia la mesa donde parecía haberse dado cita la nobleza de la vieja Europa. Se encaró con el grupo de caballeros semi borrachos. Los miró con mirada idiota. Él no era nadie. ¡Nadie!, repitió -su borrachera, estrellándose la palabra como una piedra en. el lago tranquilo del subconsciente. El oleaje en círculos del estrellón de la palabra

le interiorizó, se le atoró en la garganta, le oprimió el corazón, se le humedeció en los ojos, le abrió la boca en un grito que dijo:

— ¡Yo soy Montoya...

Su nombre le angustió más, se le clavó en su pequeñez íntima. Con gesto doloroso y esperanzado, terminó:

--- …pero diera mi vida por ser Arteta!

Las carcajadas, los comentarios y el buen licor narcotizaron el resto de la noche.

3

AMANECER

CANTABA en el pueblo como gallo en gallinero propio el desarrollo muscular del Guagcho. Crecía la fama de su fuerza en los juegos de pelota de guante o al son de los comentarios del cholerío en los coros borrachos de las trastiendas:

—El Guagcho volverse tan rucutushca.

—GÜeno ha salido.

—Le voló los dientes al longo Cumba, pes,

—¿Y lo que li'zo al Mariano, ca?

— Pero un jodido con los misimos cholos. Un chismoso.

-— Así me dice el mayordomo de l'acienda que li'ametido en enredos con los patrones.

—Todo desque va'visar…

—Caliente está el Angel, dijo qui'agarrando al longo con los sobrinos soldados li'a di'acer dar una pisa que no vuelva por otra.

—Carajo, de darle duro sería.

—Claro pes — afirmaba uno alzándose el poncho y el ala del sombrero.

—- Longo pendejo.

—Yo sí le derramara los dientes.

A veces caía en estas conversaciones de figura cuadrada del Guagcho, y era entonces cuando los cho“los disimulaban cantando a una sola voz:

Amanece y anochece

Y acaba de amanecer.

Que triste cantan los gashos

De ver mi cruel padecer,

El invierno era crudo. Se hallaban los caminos disueltos en el lodo. Grandes bloques de piedra desprendíanse desde los cerros obstruyendo el paso de las carretas, Los arroyos tomaron la bravura de los ríos, y los ríos se enseñorearon sobre sus márgenes. Fue la época en la cual los arrieros centuplicaron sus maldiciones, renegaron contra el lodo que aprisionaba a las bestias, carajearon a las tempestades que borraban las perspectivas, e injuriaron a la suerte que les Obligaba a dormir en los corredores de los tambos con la ropa, empapada.

—Tenís quir al sur con carga de raspaduras —comunicó el mayordomo al Guagcho sin disimular su alegría.

—¿En estas aguas?

—Y qué querís qui'aga, orden del patrón es.

— Bueno, carajo

Los. caminos, antes amigos, se burlaban de las pretensiones del cholo mozo hundiéndole en las sorpresas de los pantanos o en la comicidad trágica de las pendientes.

—Mula sucia... Mula puerca... Fila... Fila... Fuuuiiii…

Llovía desesperadamente. El Guagcho avanzaba agobiado, mirando las gotas que se escurrían de las alas caídas de su sombrero, y siguiendo el camino a la cola de las bestias. De súbito se encontró encaramado en el filo de un barranco, al fondo del cual bramaba un río. Se asustó hasta dejar de oír el ruido del torrente en las entrañas de la brecha, y empezó a gritar:

—¡Shó, mula... Shooo... Shiiii!

Al tiempo de irse prendiendo con las manos en la peña. pelada. Trepaba como un gato por el borde del sendero volado al abismo, los ojos fijos en la primera carga, cuya mula, después de dar un salto sobre un trozo de camino deshecho, dejaba resbalar paulatinamente sus patas traseras por la pendiente del barro.

— Aguanta mula, carajo... Aguanta mula, puta. Verás si no mi’acís caso, mula puercaaa…

Se escurría la carga por la grupa, deslizando hacia abajo a la bestia,

—Mulita no si as bruta, te vais a matar. ¡No..!

El animal hacía esfuerzos inauditos para zafarse del lastre de la carga que le acarreaba al precipicio

— Bonitica, esperá un ratico.

Dobló las patas delanteras la bestia, la carga, en el último esfuerzo del animal. bajó más, aligerando la tragedia. Todo le pareció un sueño: Allá iba un gran bulto rodando en la pendiente, saltando en fragmentos. De improviso estalló un ruido de latigazo que se amortiguó al trenzarse en la corriente del río.

Desde aquella desgracia, el mayordomo gozaba martirizando al Guagcho con la amenaza de poner al corriente de lo sucedido al patrón, hasta que un día que llegó Alberto Montoya a la hacienda, el cholo mayordomo queriendo libertarse de toda vigilancia, indispuso al cholo arriero:

---Elé aura qué quiere pes, patrón, No ve que su mismo Guagcho hizo rodar la mejor mula con una, carga enteritica de raspaduras. Yo que tengo buen corazón, como le vide casi shorando, le vi cómo hacerle pasar pes.

—¿Cómo dices? Carajo, ya empiezan de nuevo, los pleitos.

—A la juerza tengo que avisarle pes, patrón.

— Bueno, llámale al Guagcho.

---Sí, patrón podemos hacer el careo.

Y vino el careo. Como juez de gallos, Montoya se situó entre los dos cholos que se miraban por lo bajo, midiéndose las posibilidades. En el primer revuelo de acusación lanzado por el mayordomo, con algazara de brazos que agitaban su poncho gris, el Guagcho quedó mal parado, defendiéndose tan sólo, como había visto hacer a los gallos que buscan humildemente el punto vulnerable entre las alas palpitantes del enemigo:

—Esa es la desgracia, patrón. Yo ca no. tuve la culpa: el aguacero, el lodo y la mula que se cayó pes. Su mercé mismo me conoce dende tiernito. Yo.ca cuido como si juera mío lo de los patrones. Viendo la carga: me daba una pena capaz de shorar y tirarme a la. quebrada.

Era oportuno el momento para atacar. Acomodándose el sombrero el Guagcho afirmó:

— Mientras lo qui'acen otros ca...

— ¿Crees que con tus chismes me vas a convencer?

—Si el patrón quiere vamos un ratico al soberado pala que vea su mercé mismo,

— ¡Mentira!

—-Vamos, patrón.

Se calentó la pelea al fuego de las acusaciones. Los cholos se hallaban a punto de irse a las manos. Gritos, aleteos de ponchos, puños amenazantes. La revelación del Guagcho no constituía novedad para Montoya. Disimuló su complicidad ordenando:

— Veremos de qué se trata, vamos.

Subieron, por una escalera que palpitaba al unísono del corazón de los hombres que la trepaban. Separando un montón de paja, el güiñachishca empezó a sacar herramientas de labranza :

—Elé viá.

Una pala nueva, dos machetes, cinco barras,

—Qué disparate, Eso lo he ordenado yo mismo —comentó el dueño. El Guagcho no se amedrentó y siguió la acusación:

—Pero lo que su mercé no sabe, es que estas mismas herramientas que li’ace creer a usté que'stán viejas, son las que vende en el pueblo más caro de lo que le dice,

Sintiéndose defraudado el juez perdió su imparcialidad —como todo juez—, y empezó a interrogar:

— De esto yo no he sabido.

-—Como no patrón.

—¡No!

—No si’acuerda su mercé quí'cimos paso en mi sueldo, y.....

Antes que termine, el Guagcho siguió acusando:

-— Elé viá la barra del Julián. Dijo que'staba vieja y sólo li'zo paso a su mercé de lo que le cobró al longo. Esto mismo vende en el pueblo y se cobra un doble.

—Pero...

— Así es patrón.

El juez miraba a los dos cholos en sus acusaciones y en sus defensas.

Como orgullo siente el dueño de gallos finos al ver pelear a los suyos, así Montoya se complacía viéndole discutir al güiñachishca. «Criado en el gallinero de Alejandrina», pensó.

Dio la sentencia, lleno de cólera, con la voz. ronca y amenazante:

— ¡Entonces me roba!

—Si, patrón —cantó el Guagcho, poniendo la mirada triunfal sobre el enemigo que arrinconado tenía el aspecto auténtico de un gallo vencido: la mirada baja, moviéndose “avergonzado, queriendo despertar compasión.

—Y yo que fuí siempre su segundo padre, su protector... Yo que le he dado mayor confianza que el viejo Peñafiel... ¡Ah!, si' tratar bien a estos cholos es para que se agarren del codo... Antes no era así. ¿Quién habrá podido enseñarle? ¡Imposible sostenerle más, me dejará en la calle!

El acusado lleno de temor quiso pronunciar una súplica, palabras de perdón, pero el amo enfurecido, siguió gritando:

—¡No! ¡Fuera de mi hacienda, ladrón!

— Su mercé...

Las malditas bilis agitadas oscureciéronle la vista, la compasión, la justicia. Montoya se hallaba en estado. de ceguera integral. No podía soportar un ladrón como colaborador en su trabajo.

—¡Ratero! No quiero verle — gritó dirigiéndose al Guagcho como si le pidiera ayuda.

— Patroncito...

—¡No! ¡Sácale! No quiero verle más. Y se va hoy mismo.

El güiñachishca sacó al mayordomo a empellones. Cuando el cholo expulsado se dió cuenta de su realidad, sólo recordó que eran años de trabajo. En su ser no había memoria del principio. Vida clavada en el agro que no supo de otra cosa, que. no tenía más fortuna que cinco hijos y una chola vieja de mujer.

Cargada de lamentaciones, la familia del exmayordomo dejó la casa prestada. Con voz queda la mujer empezó a repetir:

— Onde iremos... ¿Onde iremos, Dios mío? ¿Onde iremos a cainar?

Ansioso el cholo quiso dar un consuelo, y. cuando vió que los pobres ojos esquivos de la mujer estaban fijos en la tierra, en el camino sin fin, afirmó:

—Iremos onde tío Luchito, Voy'adelantarme. Ojalá le trinquemos antes de que cierre el chagro.

La mujer asintió con la cabeza y casi llorando, dijo:

—Corre... Corre...

Perdiendo el aliento huyó el cholo como perseguido de una mala sombra. Siempre fue el verdugo que empujó a latigazos a los indios a la explotación. ¿Para qué? ¿Para quién? Para que ahora en su angustia salieran todos de las chozas a mirarle fríamente, quizás con placer, con burlas:

---Jisús... ¿Quí pasará pes, patrun Angil?

— Luecu cru que'stá,

—Shurandu. pareci.

—Ja... ja... jay... Curriendu cumu perru cun lata,

—Ja... ja... jay…curriendu cumu diablo

— Bien hechitu.

—Bien hechitu, ja... jar... jay...

Cuando llegó la noticia al pueblo, el cura comentó riendo a carcajadas:

— Bien hecho... Así paga el diablo a sus devotos.

ENTRE la circulación de las calles de la ciudad, sorteando impertinencias de acreedores, iba Luquitas Peñafiel. Está hecho un hombre joven, de perfiles bondadosos, cabellos obscuros y ondeados como: los de: su madre, ojos pequeños que miran con ironía. humillada, boca de labios gruesos, cutis de palidez morena, espaldas estrechas. Viste con descuido de pobreza. Inconscientemente va topando, con el reverso de la mano, las paredes de las casas, su alegría se. traduce en aquel tic nervioso que pretende apartar muros del camino. Después de. larga cesantía como empleado público ha logrado conseguir el nombramiento de maestro de escuela de un pueblo, del pueblo de San Isidro, del que tanto hablaba su familia. El sueldo era miserable, pero la urgencia del hambre y la necesidad de huir de los acreedores, no daban tiempo para regateos.

Se filtró por el zaguán de la casa donde vivía. Espió cautelosamente. No había nadie. Subió las escaleras en puntillas, evitando el olfato de la vieja casera. Murmuró un carajo por el quejido herrumbroso de los goznes de la puerta al abrirse. Una penumbra húmeda envolvía a la vivienda. Saltó sobre un montón de papeles y se puso a arreglar febrilmente la. maleta, Tenía que salir al otro día para su trabajo. Apartando zapatos viejos, periódicos y cosas: inútiles, murmuró feliz:

—Le dejaré todo este caudal a la vieja por el arriendo.

Como si hubiera tropezado con algo sorprendente, Olvidó su tarea de arreglo, cogió un grueso legajo de cuartillas y se puso a revisarlas con cuidado y amor poco acostumbrado en él. En grandes letras, escritas con lápiz azul se leía: «Apuntes para una novela». Un enjambre de recuerdos punzadores le entristecieron, con la angustia que despiertan novelas o dramas amarillados en el fondo del baúl de ropa sucia. Muertos incorruptibles que nos embarazan como un tumor canceroso. Lo que pudo ser y no es, Se tendió en la cama y se puso a leer:

«Contar la muerte del viejo, Flores, luces, terciopelos negros, caras desconocidas, murmuraciones sospechosas, sobre el cadáver fétido. Relatar las angustias y los bochornos pasados por mamá en la búsqueda del dinero. Las exigencias de los parientes lejanos, de aquellos que nunca se habían acordado de nosotros, gestos hinchados de indignación pidiendo lujo para enterrar a Peñafiel. Miradas de odio para la vieja por no haber contratado una carroza super extra. Lágrimas de indignación porque papá moría en la miseria y su mujer había sido siempre una loca que no le dio honor y festones finos en el sepelio. Referir de una manera cómica, evitando dolor de melodrama pasado de moda, el desfile de los muebles a las casas de empeño. Dar a comprender veladamente, cómo mamá ya no podía ganarse el entierro del marido con la venta de su cuerpo. Subrayar aquello de vejez, de cara arrugada, de depreciación en-el mercado...»

—¡Qué bruto! ¿Cómo pude escribir esto? —se interrogó el mozo llenándose de vergüenza. Al fin y al cabo, ahora se sentía un hombre con grandes aspiraciones. Un ser que quería entrar en el concierto de la humanidad alharaquientamente honrada, después de haber sido un descarriado, quizás un rebelde como. le repitió muchas veces su padre.

Pasó unas cuantas carillas de esas que podían ruborizarle.

“Las calles me atraían... Cada vez la vida se nos hacía más difícil. Muchas. veces mamá se quedaba en casa de alguna amiga y a la noche me traía poco de pan envuelto en un periódico. Su disculpa ante mi hambre me dolía más que el hambre misma, Por primera vez envidié a los hombres que podían trabajar; no, no era que podían, era a los que les daban trabajo. Es que yo ya lo había buscado y no me lo daban ¡Ganar dinero con lo que yo sabía, con lo que me habían enseñado! ¿Qué era lo que yo sabía? ¡Nada! Me condenaron...”

Saltó unas cuantas líneas que creyó no entenderlas. Dió gusto subconscientemente a las pulcritudes de los hombres nacidos a última hora en sus aspiraciones.

«Referir las conversaciones que teníamos con mi madre, Ella proponiéndome las formas más atrevidas».

«—¿Qué nos importa el resto? ¿Acaso ellos vieron alguna vez por nosotros? ¿Acaso ellós me tuvieron consideración? ¿Acaso ellos no fueron los que me... — No podía seguir más, Se le llenaban los ojos de lágrimas, se le dilataban las ventanas de la nariz, Su dolor aún no le había dignificado, por el contrario, afianzó el resurgimiento de un espíritu feudal, egoísta; era una resentida».

«Detallar en forma de diario los largos meses empleados en la búsqueda de trabajo. Hacer resaltar, con realidad vivida por las generaciones jóvenes, el enorme fracaso de un contingente humano que llega pletórico de energía a estrellarse en una sociedad egoísta y plagada de contradicciones morales y humanas».

«Cerca de un año de vivir enredados en recomendaciones, en ofertas que no llegaban nunca, buscando la. amiga o la pariente hermosa que pueda ser influjo en la lívido: del cholerío jefe burocrático, Y un día, fatalmente, llegó el empleo»

Las páginas que seguían le parecieron muy cansadas a Luquitas. Su nueva vida de amanuense, un verdadero retablo de anarquía, de humillación, de caras babosas, cabezas agobiadas, disculpas lloronas, manos con ofrendas en especies, y en mujeres —las hijas, las esposas, las madres, las amantes —. Almas moldeadas en la hoguera de la fuerza del palanqueo, gentes sin una ley justiciera que las proteja, como en un barco de piratería, se les echa al mar al arbitrio caprichoso del más audaz. La defensa se hace subasta de dignidad, de espíritu, hasta de alegría de vivir. Todo éxito se radica en moldearse para el gran desfile, donde el agobio de la tuberculosis o la afección hepática tienen. que pedir disculpas, donde el hombre de la ciudad hecho jefe deja a flote su alma de mayordomo de latifundio, y reparte su administración como el cholo raciona su cucayo entre los más íntimos de su familia, donde mestizos llegados a mayores, cubren su imbecilidad a fuerza de carajos, donde la vida amanece en la oficina y cuelga a la noche su vestimenta de cacique en la cornamenta de los esposos cabrones, donde el hombre ha perdido al hombre y lo busca bajo los corchos de las botellas de aguardiente, donde el provincianismo se repantiga en su aspiración de teniente político mayor».

Sinceramente, todo esto daba asco a Luquitas, asco del cual necesita, al que por fin ha vuelto a conseguir. Para no rememorar aquellas escenas, las

acusó de cansadas, pero al llegar al final, algunas páginas se libraron de la censura.

“...Me causó extrañeza la figura. de un viejecito de lentes que trabajaba frente a mí. Se había quedado miope de tanto meter los. ojos en los números, unas veces por necesidad, otras por fingir ardua labor. Cuando nos hicimos de confianza me contó con orgullo el sin número de jefes que pasaron sobre sus espaldas, fecundándole una obsesión persecutoria que le hacía ver superiores en todas las gentes. Quizás. por eso, sólo en las largas borracheras lograba exaltar su abolida personalidad, Sabía afirmar cuando me veía trepado a los estantes del archivo donde trabajábamos: «Parece una rata que busca hacer su nido», En las tardes, cuando me dedicaba a sacar copia de una serie de documentos que creía importantes para mi gloria de desenmascarador de infamias, el viejo, luego de hacer un gesto despreciativo con la boca, murmuraba: «Pero cholito, es malo aprender leyes, eso se hizo para los doctores, nosotros debemos contentarnos con el catarro crónico que nos ha dejado su vejez». Yo respondía parándome en mitad del recinto penumbroso: «No está lejano el día en el cual escribiré.todo. Toda nuestra historia sacada de aquí». . Molesto el viejo objetaba: «¡Historia... Historia...! Con la de los próceres que nos enseñaron en la escuela tenemos bastante». Sin sentirme vencido gritaba: «Usted ha visto cuantos oficios, cuantos documentos, cuantas leyes he copiado. Su indignación se ha hermanado con la mía cuando le he leído los apuntes, ¿Entonces viejo, dónde están los hombres? ¿Entonces para qué las generaciones han acumulado toda esta infamia?» Excitado recogía: las cuartillas, buscando lo más fuerte, lo que más pueda herir su sentimiento de padre: «Fíjese como cae este gran patriota. ¡Ah!, no le interesa... Entonces aquí tenemos otra cosa mejor. La venta de hombres...» El, que ya me había oído otras veces, se ponía. nervioso, y alzando los brazos gritaba: “No quiero oír. ¡No! Está loco el muchacho. ¡Loco!” Dejándome con las cuartillas palpitantes en las manos se agazapaba en su rincón calientito».

Por todo comentario Luquitas se atrevió a decir en voz alta:

— Pobre viejo,

«...como en un espejo que me hiciera muecas me' miré con pena en aquel hombre, Cruzó por lo más profundo de mi ser la idea de matar aquella sombra, Me vería libre de la rutina burocrática. Cambiaría los estantes llenos de catarro y bronquitis por la cárcel...»

Dejó de leer para revisar minuciosamente las copias: de. los documentos prohibidos. Hacían un grueso. montón. Títulos escalofriantes.

«Venta del territorio nacional...»

«Traiciones...»

«Crímenes...»

«Ventas...»

«Cuartelazos...»

«Contra cuartelazos...»

«Volteos...»

«Revolteos.,..>

«Recontrarevolteos...»

Extraña contradicción, aquellos papeluchos que en otra época eran su tesoro, su esperanza de gloria, ahora los sentía como candela en las manos. Como traición a. su vida de desocupado, a su hambre. ¿Qué hacer con ellos? Se petrificó en una pausa. Tal vez le cojan con el cuerpo del delito, ahora que a fuerza de palanqueos y humillaciones había conseguido un empleo. Quizás la vieja casera le esté espiando por la rendija de la puerta; y vaya con la denuncia para vengarse de él. Saltó de la cama y se puso a mirar por el ojo. de la cerradura. No había nadie en el corredor ¿Qué hacer con esos papelotes? Tragárselos, «con. la misma vergüenza que llevaba el dolor de su madre, Rompió febrilmente un centenar de páginas. No tenía derecho a saber. No tenía derecho a razonar sobre. toda una infamia. No tenía derecho a ser hombre. ¡No! Ya en ocasión pasada, cuando lleno de esperanza publicó un capítulo de su proyectada novela, le condenaron a la desocupación por atrevido, por cholo grosero. Ahora sólo quería salvarse, borrar de su memoria esa verdad que en sus manos sinceras devino en crimen. El crimen de saber. Había que liquidarlo por el crimen de comer, de vivir. Es por esto que la sinvergüencería de los adinerados mestizos, la ignorancia de los grandes figurones, el cinismo de los clérigos, las traiciones, los robos, los fraudes, nevaban en pedacitos pequeños de papel sobre el bacín y los zapatos rotos de Luquitas. Mas, al arrepentido burócrata le asaltó el temor de que los pedazos podían volarse por la ventana a la calle, llegar en alas de la casualidad hasta las manos de la Policía Secreta. Todo era posible para su imaginación afiebrada en el miedo. Cual burla inquietante un vientecillo se 1iltró por la rendija de la puerta, carcajeándose a ras del suelo. Sus temores eran exactos, ya los papeluchos revoloteaban alegres hasta el barandal de la ventana. Vio claro su nueva desocupación. Se puso a recoger los papeles, pisándolos, a gatas, husmeando por debajo de la cama, entre los zapatos viejos y las colillas. Ya no quedaba ninguno. Los hizo un montón en el centro de la pieza y los prendió fuego. Satisfecho se calentó las manos al rescoldo.

Siguió la lectura a saltos. Con el anhelo de revisar íntegramente su vida:

“...Con el sueldo se hacía necesario presentarse bien. Haciendo ahorros, préstamos, sea como sea, aun cuando era notorio que mi madre andaba «por las casas de las amigas sirviendo de costurera, de lavandera, y hasta de alcahueta”.

“...Cayó en mi vida como una amarga sorpresa el amor. La satisfacción amorosa parecía haberse colmado: un cutis fresco y moreno, unos senos abultados, unos ojos negros y redondos, una cabellera ligeramente ondulada. Tenía amigas como vestidos, se depilaba las cejas, gastaba mucho dinero en frivolidades. Alguien me dijo: «tiene mucha plata». Desde el fondo de mi subconsciente surgió la voz de mi padre: «es la salvación». Y sin darme cuenta, a pesar de lo imposible, le quise más. También su nombre fue una contradicción: Blanquita Montoya. El recuerdo de los malos días llevados por mi hogar, en vez de alejarme de ella, sembraron en mí un afán de victoria. Mis noches aburridas se llenaron rondando su casa, Empecé a gastarme el sueldo en serenatas y en trajes caros para patentizar una

opulencia postiza. Una tarde me presentó una de sus amigas en el cine. Me puse torpe. Tal vez en mi conversación podía descubrir la tragedia de mi vida. Me pesaban las extremidades, Supe de la película porque puse atención en las primeras escenas. Que felicidad hubiera sido poder hablar de cosas que ella debía ignorar el porcentaje de hombres ciegos que arroja la fabricación de la película virgen, la esclavitud y miseria de los dobles, Era linda para poder hablarle de esas cosas. Torpemente dije algo sobre las intrigas amorosas de las. estrellas, Ella rió subiendo los hombros y escondiendo su risa bajo la mano. Al abrigo de la penumbra de la sala surgió un atrevimiento: rozaba con su pierna la mía. Como si hubiera roto el nudo de una pesadilla, mis dedos se posaron en su falda. Quizás esperando un nuevo atrevimiento ella se quedó inmóvil, clavada en una espera que para mí era un atrevimiento. Su carne tibia me contrajo en una voluptuosidad tormentosa, estrangulada. Se iluminó la sala. Automáticamente mi ángel de amor volvió a su postura virginal. Todo fue atropellado por la precipitación del público a la salida. Quise hablarle, pero los mil ojos de los espectadores le tornaron indiferente. Se despidió con la prisa del que no quiere poner a subasta su secreto. Empecé a fluctuar entre días alegres y grises. Convergían en la muchacha dos negaciones: la de buscar en el amor la Superación de su clase y la desconformidad de un sexo que quiere ser satisfecho. Todo esto yo no lo razonaba, creía aún en la fatalidad, en la mala estrella. Lo he sabido cuando lo he escrito. Su falta de personalidad me exasperaba. En el olvido de su medio era ardiente, mientras en la presencia de sus amistades se portaba conmigo. perversa. Como si tuviera en potencia todas las aberraciones para humillar, gozaba despreciándome ante los demás. Supe que un día su familia se había reunido en consejo y desde entonces ya no me dio ocasión de estar con ella. Comprendiendo el desprecio, fingía estar equivocado. Las rondas a la casa no sólo fueron nocturnas, se sucedieron a toda hora. El vecindario, los transeúntes, se dieron cuenta, me conocían como al poste de la esquina. La familia debía hallarse abochornada, cuando las manifestaciones de hostilidad contra mi presencia se hicieron continuas: ventanazos, agua por la noche, muñecas despreciativas. Pero yo seguía frecuentando la calle, prendido en la esperanza del refrán: “la constancia hace lo que la dicha no alcanza” Y veamos lo que hizo la constancia. Cansado de plantón en la esquina, «una mañana me puse a silbarla. La gente pasaba mirando a los balcones y riéndose de mis silbos. Era un escándalo. De pronto ví salir de la casa un cholo rollizo. Blanca me había dicho que le llamaban el guagcho y que era el mayordomo de la hacienda. Se dirigió hacia donde yo estaba con machismo bamboleante. Adiviné la intención y me pareció más agresivo, más anchas sus espaldas, más cuadrada su cara más largos sus brazos y más potentes sus manos. Su aspecto fiero daba para pensar en lo fatal de una escena desagradable. Yo no le había hecho nada a ese hombre, debía sentirme tranquilo. Así debía ser, pero mi obstinado amor me tenía preso en una constante angustia de culpabilidad. La figura grande y olor a sudadera del cholo, eclipsó la visión de la casa, de la calle, de todo. Pudiera afirmar: la sentí sobre mis narices. Oí un grito:

«—¿Qué quiere aquí?»

«Tuve audacia para responder:»

«— Nada... »

«Como si hubiera sido orientado por un destino fatal, el cholo tenía ganas de pelear, se le veía en los ojos, en las manos hechas puños, en los labios

secos de furia. Traía la consigna sagrada de defender algo que lo sentía suyo».

«— Chusha desgraciado, váyase ya mismito. Mi niña nues para un chusha vago como usté, Que no le vea más por esta cashe».

«Como surgiera «entre nosotros la figura de la hembra, me creí con el derecho de pelear, de ganármela, tantas películas norteamericanas habían pesado sobre mí».

«—Me da la gana, cholo de m…

«La última palabra la dije con fuerza, y. sin embargo no me he atrevido a escribirla. No por cobardía, por experiencia. La vez que escribí mierda en un cuento, el escándalo del beaterío ecuatoriano fue monstruoso, y no sólo del. beaterío, también los señores literatos se retorcieron con rubores de caramelo. «¿Cómo se ha mentado la palabra tabú?». No pudieron soportarla. Era. un atrevimiento mío nombrar, como a todo tabú, lo que se encontraba enraizado en lo sexual de esas gentes, en el espíritu mismo de ellas».

«El cholo no soportó el insulto, Sus puños me cegaron. Algo tibio y viscoso me llenó la boca. El tráfico se había aglomerado en la esquina, con la curiosidad que despierta el desplante de un poste»,

«—Que le sheven a la policía»,

«— Que le sheven.»

«— Usté chapita, viá pes…»

«— Ele aura lo que se metió corriendo en es casa,

«—Pero que si'a de pegar pes al cristiano en plena cashe, Por qué no le saca avisando al dueño de casa».

«—Ele no ve lo que los mismos patrones son los dueños. ¿Quién se pone pes con el señor Montoya...? Aura uno pobre ca...»

«Todas las compasiones cambiaron de parecer al oír aquel nombre».

«— Dios guarde...»

«— Dios favorezca ...»

«— Límpiese no más la sangre chushita y váyase...»

«Es mejor evitar...»

«Mi obstinación no cedió del todo. Gasté más plata en serenatas, en mil cosas de aquellas que podían conquistar a la muchacha directamente, pero todo fue inútil. Con el tiempo fue amortiguándose aquel cariño, pero no se ha cerrado del todo».

Le enternecieron aquellos recuerdos y buscó presuroso, como el dipsómano el licor fuerte para la total. embriaguez, las. cuartillas. donde estaban trazadas, las últimas escenas con su madre.

“…le encontré acostada. Debía tener algo grave… Hace dos días que yo no había ido a la casa, al cuarto donde vivíamos; y hace varios meses que me había desatendido, como papá, de cubrir los gastos de nuestro pequeño

hogar. No le pregunté la razón de su palidez. No me sonrió como, otras veces. Tranquilamente siguió devorando un poco de sopa de un plato que sostenía en la: mano abierta. Muchas veces hemos llevado ese enojo de silencio, pero aquella ocasión me cayó como un frío sobre la nuca, Por los dedos me destilaba la vergüenza. Me odié sin darme cuenta del motivo. Era un extraño que llegaba a hurtar la miseria de aquella vieja tendida en un camastro, canosa y amarilla, que no se atrevía a decirme nada, que temblaba de indignación. Como no despegara los labios me acerqué al tarro de lata que nos servía de fogón. No me había guardado la comida. Caí en uno de esos momentos en los cuales no. se piensa lo que se tiene que hacer y se siente sin timón dando las vueltas a la deriva. Ella seguía en la misma postura: los ojos bajos, entretenidos en mirar la cuchara, inmóvil sobre la cama, mascando despacio. Yo le miraba de reojo. Con egoísmo inusitado me die: ron ganas de reprocharle porque devoraba sola su comida. ¿Quién le habrá quitado su vieja bondad? Era la interrogación clavada en mi interior. ¿Quién nos habrá vuelto tan egoístas? ¿Quién?, estuve a punto de gritar. Hui cobardemente de aquel silencio que amenazaba ahogarnos. Al cerrar la puerta me pareció que ella lloraba».

Desde ese. momento Dudas perdió su espíritu cri. tico y la lectura se hizo a saltos:

“...Como supe que se hallaba enferma de gravedad volví a la casa. Hace muchos meses que no había ido por allí...”

“...Su palidez era miedosa. Sus ojos no miraban fijamente. Una contracción de los labios dejaba al descubierto su dentadura amarillenta. Desprendía un olor especial. No me atreví a mirar bajo las cobijas. El reloj de la angustia anunciaba el paso de los minutos con prolongadas quejas”.

«...al acercarme al lecho mi madre me suplicó:

«—Hijito, busca la mejor forma de matarme, no puedo soportar más este dolor..... Parece que me despedazan todo el cuerpo. ¡No puedo más! ¡No pudo más! —era la primera vez que me hablaba: desde aquella que rompimos en silencio»

—Ya. pasará...»

«—Son muchos días de este martirio, mátame.

“...Salí en busca de un médico. La calle, perspectiva de posibilidades, se me presentó con un fondo amargo de disculpas. Se encendieron en todos los “consultorios las luces de escape: «No está el doctor», «No está».

“…La súplica de mamá: ¡Mátame!, fue oída por un médico. El narcótico se filtró silenciosamente en mi espera angustiosa. Las noches en vela se desgranaban pesadas. Desde mi cara observaba a la enferma. El cuchillo de las quejas iba cortando mi sueño en pedazos, dándome en las pausas la fotografía repetida de un lecho revuelto, de una mesilla de noche cargada de frascos, de cajas de obleas, de un plato Heno de agua donde flotaban trocitos de hielo, todo alumbrado por una vela que se consumía clavada en una botella champanera, Cada despertar se me iba haciendo menos vivo, cada visión repetida se alargaba en borrosidades de inconsciencia. La vela, transformada en tea, amenazaba con incendiar la vivienda; los frascos se apretaban en un ejército de fantasmas; la botella se convertía en mujer sumergida en un lago de hielo; la queja. constante de mamá golpeaba en mis sienes como el clamor de una muchedumbre, se agrandaba en círculos

sobre mi yo, me abría a la fuerza los párpados para clavarme el puñal de una pesadilla en los ojos, la pesadilla de estar siempre despierto ante el dolor. Y velaba el sueño de la enferma sacrificando mi cansancio, dándome, procurando martirizar la plenitud de vivir en beneficio de aquel ser que se consumía...»

“…Solía acercarme en puntillas hasta el lecho dé la enferma. A la penumbra de la vela, entre desorden de sábanas y cobijas, la figura antes alegre y hermosa de mi madre era un puñado de repugnancias. Era la muerte misma en su embriaguez de realizarse. El cáncer y el narcótico habían dado a su rostro un tinte gris, se le había aflojado la mandíbula inferior en lasitud babosa. El dolor de inencontrable postura, con mano traviesa, dejó revuelta la cabellera. Un olor a carne en descomposición y una flacura amarillenta de manos y brazos, dábanme la amarga impresión de «estar frente a una desconocida. Le llamé por lo bajo. Se despertó de pronto. Con intuición ultraterrena leyó en mis ojos la repugnancia que había en mí. Fue entonces cuando en el último pudor de mujer cubrió aterráda su espectáculo fétido con las sábanas, y suplico llorando:»

«— Por Dios, no me mires... hijito... ¿Por qué te gozas con mi descomposición? ¡No me veas! ¡No me veas más!»

«Su voz tenía el ritmo excitante de una mujer. Bajo las sábanas me pareció un absurdo que se clavaba en mi vientre como llamada de amor. Era el dulce deleite de venganza hacia la muerte triunfadora, Siempre tendré grabado en mí el terror que me produjo el deseo tenaz de besarla como a una mujer, al oír aquella voz suplicante. No pude más y salí a la noche abierta a todas las negruras...»

«…los ronquidos aquella noche fueron más sordos».

«—Mamá...

«En respuesta la queja fue larga. La luz de la bujía sombreaba sus ojos llenándoles de oscuridad».

«—Mamá...»

«El estertor ahogado se estiró con crujir de huesos. Todo yo era un grito estrangulado: ¿Cómo es posible que la vida se aferre tanto?»

«—Mamá...».

«El silencio que se produjo en ese momento lo sentí como a un personaje largamente esperado. Se movieron sus labios como los labios de una muda como los labios de una sombra».

«—¿Qué dices, mamá? — grité. La voz, en la soledad que nos habían dejado, me llenó de vergüenza. Ella respondió con sus labios mudos, con sus mejillas muertas».

«—¿Qué dices, mamá?»

«Era el mismo deseo joven, de vida, olvidado. en la aridez de esa boca agonizante. Sí, me suplicaba lo mismo, pero ahora: ya no tenía. fuerza para cubrirse con las cobijas: «Por Dios no me mires, hijito... Por qué te complaces en mi descomposición». Volvió a atornillarse el deseo en mis

entrañas, con más vehemencia, Excitado a la visión de la mujer cariñosa, abono fecundante de una vida espiritual, se desgarró por el dolor de la muerte la coraza de mi conciencia hasta rezumar un deleite erótico de vida, una ansía infinita de darse, de entregarse a todos los seres, con amor, con sacrificio. Era una fatalidad el deseo de besarla... Su beso me olió mal: a tierra podrida apta para simiente... Arrodillado a la cabecera del le: cho fue mío el amor pleno hasta el límite del placer y del dolor».

«Volvieron los estertores largos, volvieron las frases mudas.

“…Murió…

Ahora Lucas leía palabras sueltas al través de los papeluchos irisados de sus lágrimas»,

“Esa ansia nacida aquella noche fructificó en versos de nuevo cuño, en realidades...

“Hay versos que disgustan a los señores jefes; la cancelación no se hizo esperar. Me había vuelto peligroso: sin saberlo, sólo por el afán de dar cuanto tenía. en mí...”

“...¿Después?...

—Todo —respondió Lucas como si hubiera otra persona en el cuarto, mientras se limpiaba la cara humedecida. Luego cayó en una especie de postración, había sido demasiado próspero... ¿Por qué?... No pudo responderse. Sólo sabía que sus manos se hallaban como muertas, que estaba tendido en su cama, que los oídos se le habían llenado de rumores internos. Poco a poco fue desapareciendo el nudo que le apretaba pecho y garganta. Á veces hace bien la sangría de lágrimas. Anochecía en la ventana. No tenía luz eléctrica desde. hace algunas semanas, le habían cortado por falta de pago. Encendió una bujía para seguir la lectura…

“CON el fin de certificar la autenticidad de la copia de mis documentos, me dí a revisar Historia. Devoré cuantos volúmenes llegaron a mis manos. Adelanté una sola cosa: cada cual lleva su verdad a cuestas. Quise tener la mía, sin dármela nunca exacta. “Hasta que una noche tuve un sueño:»

«Me hallaba en un teatro. En las butacas de mis dos lados, tenía un niño a la izquierda y un anciano a la derecha, Alá en el palco escénico: al fondo un cielo azul oscuro, con la línea del horizonte clara como si por ese lado. hubiera caído el sol. En primer término, la silueta parda de una serie infinita de montañas que iban pasando en tropel de cordilleras, de vagones siempre en marcha, en tanto el telón de fondo seguía quieto. Las montañas se disponían en granerías de cultivos de maíz, de quinua, dé ollocos. Todo retáceado en parcelas con su respectiva choza. Coronando. la cúspide de cada montaña, se alcanzaba a divisar la silueta de un hombre ataviado como un rey».

«Pasó la primera montaña ante mis ojos absortos. Tenía de peculiar, todo el trabajo. de una siembra a lo largo de la gradería, por unos hombres de color ronceado, semidesnudos. — Unos indios dé los nuestros con pequeñas

diferencias en el vestido. —Se agrupaban en hormiguero en los primeros planos constructores de la base de las montañas divididas. Todos se disponían a sembrar, a regar la simiente, pero antes de dar principio, alzaron la cabeza y cantaron al hombre de la cúspide, con voz que dijo súplica:»

«—Taita... Taita... taita…

«Entonces el hombre ataviado de rey, levantándose con ruido de contestación, abrió una gigante compuerta por donde se escapó un chorro cristalino de agua en cascada, se bifurcó en torrentes, se retorció en ríos, y se centuplicó en arroyos que fueron a filtrarse hasta los rincones más apartados del monte. Inclináronse los sembradores y palparon la tierra humedecida con devoción de adolescentes que palpan el sexo de la amada. Dio comienzo la siembra saturada por el ronco redoblar de un tamborcito y el lamento agudo de una flauta. Al embrujo. de la música los campesinos se sintieron animados y la siembra tomó aspecto de canto, de canto de la semilla. que caía, de la. tierra que iba recibiendo y de las voces humanas que, repetían incesantemente:»

«—Taita... Taita... Taita...»

«Corrió aquella montaña y apareció otra. La disposición era la misma, los personajes parecían semejantes. La diferencia estribaba en la madurez del paisaje, en las manos que iban arrancando: a la tierra sus frutos, en la chicha dorada que caía sobre bacas cansadas, Cuando las parvas estuvieron altas, los hombres bronceados, al tiempo de ir haciendo tres partes el producto recogido, con voz expresaba dádiva exclamaron:»

«—Taita.,... Taita..... Taita.....»

«Hábilmente, de mano en mano, pasaron las dos partes de la cosecha desde las gradas inferiores hasta .la cumbre, donde fueron guardadas cuidadosamente, después de que el hombre ataviado de rey expuso los frutos, con gestos apasionados y reverentes, hacia el lado de la montaña por donde debió haber caído el sol. La última parte fue guardada en las chozas de cada campesino».

«Pasó lentamente una montaña tétrica, plasmando un cuadro de desolación arideces echando polvo y pidiendo agua, esqueletos de árboles en largas avenidas, ramajes alicaídos de hojas mustias y quemadas. Caras en exhibición de hambre, brazos esqueléticos elevados al cielo haciendo trigal infecundo, todo envuelto en la angustia del lamento de la flauta hecha en hueso humano y el canto:»

«—Taita... Taita... Taita…

«El viejo espectador de mi derecha, murmuró sobrecogido de espanto:»

«---Castigo de Dios.....»

«En la cúspide, el hombre/ataviado de rey, sin esperar más, abrió las trojes, cogió grandes cestas de maíz y las fue vertiendo como un duchazo sobre la montaña hambrienta. La lluvia de granos dorados al caer sobre los brazos

enflaquecidos y sobre el paisaje seco, brilló como una bendición y calmó la angustia como un plato repleto».

«De improviso, más allá de los montes, estalló un ruido ensordecedor de cornetas y galope de caballerías. Fue creciendo el alarido hasta plasmarse en voces que afirmaban:»

— Dios y el cielo pelea con nosotros».

«Quienes eran aquellos que venían a interrumpir el desarrollo de una comedia tan plácida, se preguntaron todos los espectadores. Era una «invasión de salmodias de clérigos, de galopar constante de cascos, de gritos de hombres y cornetas. Por la cima de las montañas, recortando su silueta en el cielo azul, hizo su aparición una caballería cargada de arcabuces, de lanzas, de cañones, de espadas, que lucían con orgullo unos desconocidos de barbas y piel blanca».

«El hombre ataviado de rey y los hombres bronceados de todos los planos, ante el ruido se quedaron. paralizados, con la boca abierta que requiere la aparición súbita de los dioses».

«Altaneramente los hombres extraños solicitaban».

«Un coro de soldados, luciendo armaduras, penachos y espadas:»

«—Por el Reyno Por el Rey... Por el Rey...»

«Un coro de clérigos a la jineta, alzando cruces de madera que llevaban en la diestra:»

«— Por Cristo Nuestro Señor... Por Cristo Nuestro Señor... Por Cristo Nuestro Señor... «Uniéndose los coros de frailes y soldados:» «—Por el Oro... Por el Oro... Por el Oro...»

«Nadie respondía, La admiración era suprema. El hombre de la cima se quedó impasible ante el relampaguear de las espadas, y ante el piafar de los caballos que tascaban con nerviosidad los frenos. Rompieron el silencio los clérigos, alzando las cruces de madera que llevaban en la diestra y gritando altaneros:»

«—Esta es la insignia santa donde murió el Hijo del Hombre. A el pertenecen todos los reinos de la tierra... Nosotros somos sus ministros»

«El hombre ataviado de rey, comprendiendo por la altanería y modales hacia donde iban los invasores, lanzó un rugido de negación, Mientras el coro de hombres bronceados se puso a suplicar:

«—Taita… Taita... Taita…»

«Los clérigos insistieron:»

«—Sí, el Santo Padre, representante de Dios en la tierra, ha cedido todos estos campos a nuestro Rey»,

«El hombre ataviado de rey, burlándose:

“Ja... ja… ja…

«Frailes y soldados»

«— Sí, Dios nos lo dio».

«El hombre de la cumbre»

«—Ja... Ja... Ja...»

«Los hombres bronceados dé todos los planos:

«—Taita... Taita... Taita...

«Los frailes, dirigiéndose. a los. soldados:»

«—¿Qué esperáis? Matad a los infieles en nombre de Dios»,

«La sugerencia parecía desbordarse, ante lo cual los hombres bronceados de todos los planos, se agruparon, apresuradamente en defensa del hombre. de Ja cima, cantando su eterna canción:

«—Taita... Taita… Taita…

«Todo fue inútil. El drama siguió. rodando a nuestra vista. Gritó el cañón hiriendo de muerte la tranquilidad de los barrancos y las montañas salvajes. El espanto fue pespunteado por la algazara de los arcabuces sobre la carne morena. Se lanzaron rápidos los ballesteros desbaratando el apiñamiento humano, soldado en un nudo de pánico. La valerosa espada de los capitanes ejercitó su destreza sobre las desnudeces indefensas. Se troncharon cuerpos por centenares. Surgió una carnicería caótica que, aun cuando no llegaba al refinamiento de las matanzas tecnificadas, tenía el horror que huele a sangre de injusticias. Los sables abrían los vientres para, enredarse en él serpentín de los intestinos; las lanzas prendían a los hombres contra los muros; la caballería arrasaba con su aplanadora de cascos. Crujían los huesos, se reventaban los tórax, se esparcían los sesos, se desgarraban las bocas, saltaba la sangre, se asfixiaba la vida. Alarido de dominio».

«Cayó el hombre de la Sube sembrando el desconcierto en la masa de campesinos, la que optó por rodar pendiente abajo, seguida muy de cerca por los conquistadores a caballo».

«En una serie de escenas superpuestas se sucedieron incendios, crímenes de todas clases, bajo la carcajada de los cascos»

«Cuando la tragedia se planeó en el valle, como única resistencia, los nativos opusieron a la caballería una muralla humana, entrelazando miles de piernas musculosas, de pechos jadeantes, de brazos desnudos. Toneladas de carne humana, toneladas de carne quieta, de carne impasible sembrada en la tierra»,

«— Si tuvieran caballos huirían o atacarían —me afirmó al oído el niño de mi izquierda».

«Y es así cómo en la escena los hombres bronceados se apiñaron como. árboles en selva, haciendo sobre sus hombres un tapiz de cabezas, una superficie arisca, que esperó la muerte ten masa, cerrando los ojos».

«El machismo orgulloso de los hombres blancos, no quiso fundirse entre las filas apretadas, no quiso echar pie a tierra para hermanarse con los seres de la masa bronceada, no quiso matar a la muchedumbre que esperaba la muerte, le pareció más prudente y cómodo saltar sobre esa superficie: de cabezas, con sus espadas, sus cañones, sus clérigos, sus cruces, sus costumbres, sus penachos, sus caballos, haciendo un suelo sobre millones de hombres, sobre toneladas de carne viva. El hierro de los cascos hirió las

cabezas y las espaldas, dejando a los nativos en pie, pero bajo el agobio de una enorme llaga que se fue secando al sol hasta formar una cicatriz dura a manera de plataforma, de tablado de teatro, sobre la cual empezaron a transitar los hombres blancos».

«— Donde está Dios está la victoria —murmuró el viejo de mi derecha».

«—¿Y el caballo no cuenta? —respondió el niño de mi izquierda. El viejo se puso furioso con la pregunta. Se encerró en un mutismo. El muchacho sintiéndose desairado, me interrogó: >

«—¿Por qué no verán el caballo?;

«Me desperté sobresaltado. Al cabo de unos minutos volví a soñar en el mismo teatro».

«La misma representación».

«La idea obsesiva repitiéndose a saltos».

«Sobre la plataforma había discusiones de hombres blancos.»

«La voz de un caballero:»

«—Soy el enviado del Rey, esto es mío...»

«Las voces de los coros de clérigos, entre rumor de salmos»

—Somos los enviados de Dios, esto es nuestro»,

¿La voz de un capitán:»

«— Esto es mío. Se ha hecho con la sangre de mis soldados y sólo yo soy el enviado del Rey».

«Las voces de los clérigos en tono de intriga, excitado al capitán:»

—Mátale... Nos dividiremos entre los dos».

«El relámpago de una puñalada hirió los ojos. Cayó un noble. Momentos cansados en los cuales el giraron como en vértigo las mismas escenas».

«Bajo la plataforma, haciendo un subsuelo, se encontraba la carne de los hombres vencidos, clavada en un paisaje que se desplaza de derecha a-izquierda, como siese paisaje agobiado fuese un carro sobre rieles que al correr exhibiera la: miseria que soportan los nativos que quedaron bajo el tablado. Fue pasando el retablo de cuerpos deformes, de. manos que sangran, de pies que se hinchan de rostros que se contraen por sostener el andamiaje donde han empezado a nacer casas, monasterios, monumentos»,

«Se iluminaron los traspatios, las sacristías, los dormitorios de los frailes y de los nobles, los conventos de monjas, con vivísimas luces rojas olor a sexo, amparando la aparición de unos hombres pálidos, de cabellos negros, pómulos salientes, labios abultados y que los hombres blancos les llamaban cholitos».

«Me di cuenta de unas ventosas que torturaban a los nativos y escupían monedas hacia la superficie».

«Apenas aparecidos los hombres pálidos, fueron bajando de nivel a la voz de:»

«—¡Bajen a cuidar! ¡Bajen a traernos la plata!

«Surgieron coros de clérigos, coros de propietarios, coros de capitanes:»

«— Oro necesita Dios, oro necesita el Rey, oro necesitamos nosotros».

«Y como un eco de sueño, retumbando bajo la bóveda de mi cráneo:»

«— Oro… Oro…Oro...

«Aterrados por los gritos, los hombres pálidos que ya se habían instalado en el subsuelo, creyeron defenderse flagelando a la carne bronceada, le arrastraron hasta despellejarla, hasta descuartizarla. Llenaron los pantanos con cadáveres, patearon vientres en cinta, encendieron el fogón de los amos haciendo de las cabezas esclavas teas».

«Los hombres bronceados se pararon en su labor con protesta primeriza de brazos caídos. Se tornó la atmósfera pesada. De todos los ámbitos llegaron los gritos. Crujió la plataforma, amenazando hundirse»,

«El coro de clérigos:»

«—El fuego eterno para los infieles, para los perezosos».

«El coro de propietarios:

«—El instinto criminal de los ignorantes quiere hundirnos»

«Todas las gentes de las casas, de las calles, de las iglesias, de las plazas.»

«— Nos roban... Nos roban... A trabajar… A trabajar, vagos».

«Los hombres del subsuelo, con los ojos desorbitados, con las manos crispadas con los cabellos erizados, gritaron:»

NO... No... NO...

«La gente que iba sobre la plataforma echó gran cantidad de cholitos al subsuelo, advirtiendo entre zalamerías y adulos:»

«—Vosotros tenéis que salvarnos. Es necesario mover la pereza indígena para no perecer todos. Seréis ricos, nobles, poderosos, como nosotros... Vuestras manos no se enfangarán más en el trabajo denigrante...»

«Al caer el contingente humano en los sótanos todas las recomendaciones se volvieron torturas que se estrellaron contra los hombres bronceados. En su dolor los nativos empezaron a cantar con voz cavernosa de ancestro:»

«—Taita... Taita... Taita...»

«Enfurecidos los cholitos hicieron. Montañas de hambre con la carne bronceada. Levantaron avenidas de hombres colgados de los pulgares, desnudos, alargados sus miembros cual grito agudo. A un lado hombres bronceados desnudos, al otro lado mujeres bronceadas desnudas, en el centro hombres pálidos con enormes látigos, flagelando a hombres y mujeres colgados:»

«—Muévanse verdugos...»

«Las mujeres y los hombres colgados, quejándose:»

«—Taiticus... AY… AY… AY...»

«Sólo las voces de las mujeres colgadas:»

«—Cumu pis pegandu, nusutras ga mamas de vustedes.....>»

«Sólo las voces de los hombres colgados:

«— Nusutrus tan taitas de vustedes»

«Aquellas voces desesperaron a los hombres pálidos, hasta el salvajismo, hasta la impiedad. Silbaron los aciales con silbido de acero sobre las espaldas. Se enrojeció de sangre el paisaje, se asfixió el ambiente de dolor. Los gritos de los hombres pálidos fueron gritos de odio:»

«—Si fuéramos hijos de ustedes ca, no pudiéramos ser nobles, fuertes, ricos, como nos han ofrecido»,

«El flagelo se hizo largo. Crujió el paisaje con queja de goznes herrumbrosos, desplazándose lentamente al empuje del oleaje de los cuerpos colgados que empezaron a oscilar al soplo tajante de los látigos».

«De nuevo la plataforma se halló segura, y con ella los hombres de las casas, de los conventos de los palacios, de los cuarteles. Una vez todo tranquilo, los hombres pálidos reclamaron su parte, pero nadie les hizo caso, por el contrario, les pidieron impuestos para poder vivir en la ciudad como mercaderes».

«—¿De onde pes... ? Nosotros no somos los indios — gritaron los cholos defraudados».

«—Cholos atrevidos, tendrán que pagar —ordenaron los dueños de la plataforma»

«Se encendió la furia en los rostros mestizos como bombillo de luz. Sonaron tiros. De las bocas cholas surgió una palabra: libertad. Salieron los hombres pálidos desde el subsuelo dejando a los esclavos en el olvido. Se congestionaron las calles de protestas. Como no supieron a quien había que matar, al amanecer las ventanas lucían aretes de hombres pálidos ahorcados».

«El dolor de la derrota me dejó despierto en mitad de las tinieblas de mi cuarto. ¿Por qué había despertado? ¿Dónde estaba el final de mi sueño? Se me oprimió el corazón. Hice esfuerzos inauditos por dormirme para ver si volvía a soñar. Las tinieblas, el sobresalto de la pesadilla, la sensación de soledad, agravaron la tragedia de mi pérdida. Me creí desgraciado, inútil. Creía ingenuamente que aquel sueño hubiera sido una revelación para poder brindar a los hombres, para poder satisfacer aquella necesidad de darme, nacida en la boca agonizante de mi madre. Cerré los ojos con gran pena».

«La obscuridad tiene sus pulsos que le dan vida. La obscuridad estaba en mis poros. De pronto un punto luminoso en la obscuridad, un punto que fue creciendo en círculos concéntricos. En mí una escena luminosa, sombreada por dos grandes siluetas. La silueta de un clérigo y la silueta de un latifundista, entretenidas en arrancar hojas de un calendario exfoliador donde hay retratos de presidentes de la Audiencia, de Oidores, de Capitanes. El punto se abre en círculos, estalla, y al estallar me deja la claridad de una visión; bandas de jesuitas compran esclavos negros y los van arrojando amarrados por decenas al sótano donde siguen viviendo los hombres bronceados. Los negros caen como esos atados de cangrejos que

nos llegan de la costa, entumecidos, revueltos, dislocados los miembros. has dos siluetas de la visión anterior se van duplicando, pero traen facciones y aspecto. puramente mes: tizos. A la aparición de estas siluetas recién paridas, las siluetas madres empezaron a enflaquecer.

«Y todo fue como en el sueño»,

«Los hombres pálidos se abismaron ante las siluetas recién aparecidas, se dejaron guiar por ellas. La tierra floreció en banderas y cantos. Los cholitos conspiraron en las trastiendas y se vistieron de soldados. Las viejas sombras del fraile y del propietario se fueron derrumbando entre estampidos de cañón, y alaridos de clarines, y gritos de libertad. De nuevo el estallido del puntito luminoso en mi frente. Las siluetas del fraile y del propietario mestizos se han hinchado después de la victoria, y ha nacido una nueva silueta en el firmamento tranquilo de la escena, tan gorda y petulante como las anteriores, viste de militar. En el momento de aplausos y vítores los cholitos no se fijaron en la tragedia que siguió soportando la carne bronceada en el sótano».

«Las tres siluetas se entretenían desde lo alto jugando a las marionetas. Debía ser el juego muy: entretenido porque las siluetas se disputaban el manejo de los hilos de los muñecos que entraban y salían a palacio. Primero le tocó a la silueta del fraile, luego a la del militar y por último a la del propietario. Se unieron por parejas. La pareja fraile propietario exhibía muñecos que buscaban imitar actitudes señoriales, gestos inquisidores. Iban maquillados de oropel para ocultar su pobre armazón de trapo. Daba risa. Se mostraban junto a los altares cristianos. Negaban a sus hijos ilegítimos. Escamoteaban el dinero con habilidad y limpieza de genios célicos».

«Gran cantidad de cholitos fueron arrojados a los sótanos de los hombres bronceados, una vez que la plataforma se volvía pesada por instantes. al soportar el volumen de las tres siluetas que crecía de forma y manera inauditas. Los hombres del subsuelo avanzaban entre llantos de mujeres, doblados la cabeza»

Los hilos de los títeres fueron arrancados con violencia de manos del bloque clérigo propietario por el grupo militar propietario. Es que el descenso de nivel de la plataforma les puso nerviosos».

«Los muñecos se volvieron díscolos, se comían curas, negaban sus comuniones ocultas, seguían casándose en las iglesias, seguían bautizando a sus hijos seguían cediendo el espíritu de sus mujeres en los confesonarios. Para los juegos de manos parecían muy diestros»,

«Oí claramente escenas de títeres»

«—Correligionarios... Mirad... No se arriará el pendón rojo del capitolio.... Vedlo aquí en mi diestra — era un muñeco que gesticulaba con las manos, zarandeando una bandera, hasta exprimir de sus pliegues: una casa, una hacienda, etc....»

«Otro muñeco:»

«— Las huestes retrógradas no pondrán un pie en las gradas del capitolio. ¡Mirad!»

«Se alzaba las mangas de la americana, enseñaba las manos limpias, y repetía:»

«—¡Mirad! Nada por aquí, nada por acá... ¡Tas! ¿«...Una monedita, dos, tres, ciento, mil...»

«Estalló el último punto luminoso. Ya tenía la luz mañanera que se filtraba por la ventana, casi sobre mis narices, y ví con los ojos abiertos:»

«La plataforma había descendido de nivel en una forma alarmante, el sótano era una rendija por donde los hombres bronceados y los cholitos avanzaban de rodillas»

«La inquietud de las hinchadas siluetas al sentir próximo su hundimiento definitivo, planeó conversaciones:»

«La silueta del propietario. — En estos casos no importa nuestra vieja enemistad».

«La silueta del clérigo. — Hasta Dios dijo, es necesario perdonar a nuestros enemigos».

«La silueta del militar. — Esos son los sentimientos que nos animan para defender nuestra querida plataforma.

«Unidas las tres sombras. — Nuestra plataforma se hunde. Todo por estos cholos canallas que no la aman... ¡Cholos infelices! Es necesario que nos sostengan, nosotros les haremos poderosos, les salvaremos de la miseria en que viven».

«Para salvarse del naufragio las sombras echaron en los sótanos, en viejo truco colonial, grandes cantidades de hombres pálidos».

«Los cholitos al caer al subsuelo, ya no se erigieron en verdugos de los hombres bronceados, como en el sueño, ahora sostuvieron el peso del andamiaje en hermandad común»

«Sentí la angustia de las pesadillas despierto. Los hombres de los sótanos para no morir del peso del tablado que crujía, avanzaban arrastrándose y. estereotipando gestos de ahorcados. ¡Ya no podían más con su vida, con sus huesos!»

«Vi tan claro que grité en la mañana que llegaba muda:»

«—Son hombres, van a morir como ratas... ¡Arriba cholos, arriba. indios!»

«Se desbarató ante mis ojos el andamiaje de la vieja escena al influjo de los hombres esclavos. Ellos se pusieron de pie, despedazaron las sombras y la torturadora plataforma. En las manos de los cholos floreció luz de libertad, luz que inundó mi cuarto. Había salido el sol»,

«Amanecí alegre. Por fin tenía algo útil para dar, para ser. Esa era mi creencia, Un orgullo de hombre nació desde entonces en mí»

Como la. noche liquidó ya sus últimas esperanzas de luz, Luquitas se levantó de su lecho donde le postraran sus viejos anhelos de hombre. Ahora se hallaba en vísperas del empleo público. Le habían recomendado en el Ministerio no se vuelva a meter en aquellos trabajos literarios que le dejaron cesante por varios meses. Era necesario cancelar. su aspiración. Cogió los manuscritos y los hizo pedazos. Se sacudió de ellos hasta el último pedacito que se había quedado prendido en un botón del chaleco.

—Se acabó — dijo con marcado despecho.

Era necesario tranquilizarse. Arregló su maleta. Como no tenía para pagar en la fonda, se acostó sin merendar. Cuando ya la suavidad del lecho parecía haber narcotizado las tragedias de su tierra, sonó el radio de la vieja casera a todo pecho, armando escándalo, ante la gente que no poseía aquel aparato caro, con sus noticias absurdas invasiones, asesinatos en masa, las gentes endiosando a los hombres que destilan sangre de crimen, aviones para casar niños con su respectiva recompensa de bendición papal, ríos de inocencia estrangulada, los cascos de la ignorancia calentándose al amor de las piras que se ha hecho con la cultura. En Europa la infamia erigida en poder político,

—¡Carajo! —exclamó Peñafiel como sintiera un fuerte dolor, y metió su cabeza dentro de las cobijas para no oír. Se tapó con los pulgares los huecos de los oídos. Así vendría el sueño más pronto. Las yemas de los dedos libres empezaron a divagar sobre la piel, abismándose en la dureza de los huesos que parecía lo único real: los frontales salientes, los malar es pronunciados, el cerco duro que abre el vacío negro de los ojos, los cartílagos de la nariz, los vómer. Era tan entretenido adivinar, su esqueleto que se quedó dormido.

LOS habitantes de San Isidro se sentían orgullosos por los progresos de su pueblo: escuela propia, automóvil hasta la plaza, iglesia reconstruida y curato de dos pisos majestuosos.

— Este ha de ser el nuevo maístro de'scuela —comenta un chagra emponchado, al notar que Lucas pretende orientarse interrogando a un rapaz que juega botones en la plaza:

— ¿Dónde encontraré alojamiento ?

—Posada...

—Sií, para. vivir...

---Entonces, ca, onde ñora Miche preparan comidas...

—¿Dónde es eso?

—Vamos le'nseño.

Forastero y muchacho echaron a andar. El pequeño iba enseñando las maravillas del. pueblo:

— Esta es la escuela...la iglesia... la tienda... aquí ordeñan leche de mañanita. Y cuando llegaron «al final de la calle mayor, el muchacho, parándose ante una casa baja con corredor al camino y ventanas laterales, anunció:

— Ela'qui... Ñora Micheee... Aquí está un señor: que quiere que le dé de comer.

Apareció en el corredor una gruesa chola que al mirar al forastero hizo una mueca coqueta,

— Buenas. tardes, señora.

—Una güena comida quiere que le prepare.

—Quiero que me arriende. un cuarto para vivir. He sido. nombrado maestro de escuela de este pueblo.

Se animó la mujer y arreglándose el cabello tras las orejas, invitó a Luquitas:

— Entre pes... Estico tengo... Un amor es... Y viá lo que son las coincidencias, don Sarmiento; el maistro que le sacaron, vivía aquí miso..... Enseñado vivía, yo. miso le cuidaba la ropa, la comida, todo pes.

-—Menos mal —embromó Lucas mirando a un crío: que gateaba por el suelo,

—Jesús que mal pensado el señor — disculpose la chola.

Para el ciudadano la vida del pueblo corría monótona. Sólo las horas de clase, cuando estaba con los chicos, le eran alegres y entretenidas.

Entre los conocidos de Luquitas fueron surgiendo los habitantes de San Isidro, dentro de un marco triste, casi ruín: Pachecos, Menas, Silvas, Calvachis, él cura setentón y empedernido jugador de gallos y baraja, el teniente político. Unidos todos en el cordón dominical del aguardiente de los estancos que, con el progreso que había entrado en el pueblo, se encontraban centuplicados.

A Peñafiel le molestaban algunas figuras: como la del Guagcho. En San Isidro, era cosa seria por sus escándalos de borracho. No dejaba de fastidiarle el recuerdo de las bofetadas en plena calle. No dejaba de producirle asco el esbirrismo del cholo para con los amos. Lucas se informaba de las virtudes de su enemigo en la crónica dada por la chola. casera, todas las mañanas al desayunarse con leche recién ordeñada. En su afán de limpiarse de inquietudes, el maestro de escuela creía no hacer emoción con las pequeñas cosas de la vida y procuraba dejar que la charla de la vecina se escurra a flor de piel,

Como los habitantes de San Isidro observaron que «don Lucas» no oía misa los domingos, le fueron inventando cuentos de aparecidos junto a su morada. El clérigo volvió a su acción bélica contra los nuevos herejes. Sin contemplaciones le maldijo desde el púlpito, llámándole aborto del infierno. No había por qué tenerle consideración, se trataba de un pobre chullita de Quito. Es así como, poco a poco, la permanencia en el pueblo se le fue volviendo inaguantable. Las mujeres no querían mandar a sus hijos a la escuela. Cuando los hombres se emborrachaban sentían placer al insultarle. Hasta la chola que le. cuidaba la ropa empezó a mirarle con recelo. Era el demonio que había caído en el pueblo para castigo de los grandes pecados con los cuales se venían atormentando los moradores de la comarca:

— ¿Quién le habrá shamado?

---¡Guayrapamushca!

—Que se vaya saliendo.

Lucas se hacía el sordo, cobrando cariño a los chicos donde vaciaba parte de sus aspiraciones, aun cuando él las creía muertas.

Corrían malos tiempos en el pueblo. La indiada del latifundio de Montoya, cansada de soportar pérdidas misteriosas que las pagaba. en varios. años

de trabajo, dió en pesquisar por las noches las huellas de los ladrones. Desde luego esto no impidió a los indios que, de vez en vez, aprovechando las tinieblas desvalijaran a cualquier vecino descuidado, o se dieran de narices contra la resistencia de algún chagra atrincherado tras de las tapias y que sabía escalofriar las noches tétricas de los bajíos con voces lastimeras de socorro. Entonces asomaba el Guagcho con su ametralladora .de palabrotas:

—Indios carajos...

—¡Patrún!

---Indios puercós... Aura les mato.

—¡Nu, patrún!

—Me bebo la sangre, carajooooo,

La furia de las voces, envuelta en el chasquido del acial y el respirar fogoso del caballo, llenaba de terror a los indios. Huían rodando por las pendientes, en loca carrera por los chaquiñanes, o esperaban sortear el peligro entre los pliegues de las quebradas… Temblando murmuraban en forma maquinal:

— ¡Jisús, patrún mayurdumu!

—Mayurdumu...

—¡Guagchu!

—Curré, pindeju.

—Curré, caraju. Ya viene ladrandu... Undi ti muerda ca, juera.

—Curré, caraju.

Sin importarle la oscuridad, el Guagcho olfateaba como perro la fuga, guiándose por los ruídos, por las sombras, dando caza a los longos a lo largo de los caminos, Partía el acial al silencio con un silbo. Un bulto rodaba por el suelo. Desde su caballo el Guagcho ejercitaba destreza de flagelador.

—AY... AY... AY... Taiticú —gritaban los longos huyendo en cuatro.

—Jisús, vais a matar, patruncitu —se lamentaba un hombre.

—Nu más carajuuuuu —suplicaba la voz india desde el fondo de la noche, naciendo desde la tierra,

— Toma por ladrón, por shugua..... —chillaba la voz chola dominando todos los lamentos.

Cuando los indios lograban esconderse entre las matas que orillaban los caminos, el mayordomo despedazaba el obstáculo a fuetazos, hasta extraer al prófugo del vientre enmarañado de las matas como quien saca un renacuajo del lodó,

—Ja... Ja… Ja… Pensaste que ni'ibas'acer pendejo, no... Toma, bandido.

Cuando la búsqueda se tornaba difícil para el Guagcho, éste, ciego de furia, iba gritando pe todos los caminos:

—¡Indios perros!

No podía quedar su cólera burlada. Pesquisaba hasta el último rincón. Muchas veces hacía presa de un infeliz longo que dormía la borrachera en una cuneta, o de una india que tras una tapia vaciaba sus intestinos.

El longo Chango, propuso un día a sus compañeros entre rodeos y temores:

—Carajo, me da shungu que patrún mayurdumu ga tan está shuguándonos.

En vez de reproche la queja halló aprobación unánime:

— Arí.

—¡Arí!

—¡Arí!

— Aura oscuro, oscuro para seguir nu más —continuó proponiendo el longo Chango.

-—¿Y si ojea ga?

—Di lejus pis, caraju.

El cielo empezó a vaciarse con todas sus claridades tras la negra silueta de la cordillera. Los runas comprometidos se miraron soldándose en complicidad de pesquisas. La noche se hizo apta en alcahuetería. El José Chango y unos cuantos compañeros se deslizaron por las cunetas, atentos al menor ruido que les traía la brisa, oliendo el aire que lograba pasar junto a sus narices alerta, ansiosos de una pista segura, pegando la oreja al suelo, suelo que ha sido con ellos verídico,

— Pur ladera cru que'stá bajandu —anunció uno de ellos que tenía la cabeza clavada en la tierra. Todos se precipitan a la probada de la noticia, Segundos de silencio.

—Arí.

— Arí pur ladera viene.

— A cabashu.

---Clarito está,

—Pur ladera.

—Pur ladera.

Hablaban entre respiraciones fogosas, moviéndose en nerviosidad infantil. Perdiendo unos instantes se encaminaron a la ladera. Surgían las órdenes: sin saber quién las daba:

— Meteriste en chaparru,

—Dende aquí li’aguaytamos.

—Chaparisle bien.

La tierra parecía áspera, el paisaje se extendía dormido. En la inmensidad oscura de la noche, los indios avanzaban con el alma en un puño, mientras sus miradas iban chocando por todas partes contra el vacío negro que les quitaba los ojos. Agitados por el más pequeño ruido latíales el corazón, ese órgano que en ellos sirve de avisador de peligro próximo. Algunas veces se

daban contra una tapia o caían en una zanja. Esto les divertía. Abajo una luz en la bruma de la noche. Se volvieron para tener un objetivo de esperanza. Vino la sorpresa al olfatear las: chozas. Habían vuelto de donde salieron. La aparición súbita de la sombra del cholo cortó inmediatamente la respiración de los runas. Cuando cobraron aliento, con los miembros paralizados y las manos sobre el pecho para no ser delatados por el corazón, consiguieron ver, a pesar de las tinieblas, cómo la sombra corpulenta del Guagcho entraba sigilosamente hasta los corredores de las chozas, hasta los corrales, hasta los potreros; y cómo salía arreando animales y cargando herramientas. Los retazos de escenas que alcanzaban a distinguir golpeaban sobre los rostros indios y se fundían en el pecho con un sabor amargo, obligándoles a mover. los párpados hasta cerrarlos convulsivamente en un ansia de noche total que no deje ver nada. No obstante, la cercanía y la evidencia, los indios no se atrevieron a llegar hasta el Guagcho.

Constituyó un entretenimiento sádico para la indiada convencerse, todas las noches, de la injusticia que fabricaba el mayordomo; hasta. que una vez, en un encuentro aislado, de aquellos que parecen no tener antecedentes, ni motivos que justifiquen el acto de violencia, y que dan para aseverar del instinto criminal congénito en el indio, en mitad de un camino borrado sus contornos por la noche, una veintena de runas borrachos vieron levantarse ante sus ojos, surgiendo de las tinieblas, la figura del hombre cholo, del que les ataba los pies y las manos para satisfacer las necesidades del amo. Para la borrachera, la presencia del Guagcho a caballo no fue una cosa muy pavorosa, hubo algo propulsor en el espíritu de esos hombres ebrios. No hubo comentarios ni se dejó oír el murmullo de los planes. Surgió de improviso el odio guardado. “¡Venganza de indio!”, que dicen horrorizados los blancos.

«Hay que matarle», fue la intención potencial. Cada cual, tomando bríos en maldiciones y carajos, sacó su machete, enarboló su acial, levantó sus puños. El cholo, cogido de improviso, hizo retroceder al caballo, y gritó como en sus mejores correrías nocturnas:

---¡Indios perros...! ¡Indios carajos!

Ninguno de los atacantes escuchó la exclamación. Había sordera de furia en sus oídos,

—¡Shugua!

—¡Carajuuu!

—¡Aura sí!

—¡Bandiduuuuu!

—¡Ladruuun di cumarcaaaaa!

Al cholo le parecía una mala pesadilla. No... Era una realidad. Las voces. Las sombras que le atacaban. El brillar de las hojas aceradas de los machetes. La furia de las pupilas que se acercaban hasta la montura. Todo le dió la autenticidad del peligro. Tratando de salvarse gritó de nuevo con voz de mayordomo:

—¡Indios perros, carajo! ¿No me oyen? ¡Soy el Guagcho!

Parece que aquello enardeció más a la indiada. El círculo que amenazaba matar se cerró entre maldiciones, carajos y gritos. Lleno de miedo, el cholo olfateó la huida gritando:

— ¡Carajo, no mi’an de matar así no más!

Se buscó el machete, no estaba en el cinto, Con mano febril palpó la huasca de la grupa, había desaparecido. Planeó la huida en el dosel acolchado del ramaje de unos árboles que crecían a la vera del recodo y que diluyeron más la sombra de los atacantes, mientras los indios tropezaban en la furia de pegar primero, El Guagcho, librándose del caballo, trepó. a una rama, desde donde saltó ágilmente fuera del círculo de los atacantes. El odio que cegaba a los indios, las tinieblas que envolvían la escena hicieron el resto. El cholo corrió desesperado cuesta abajo, arrastrándose, rodando por la pendiente. Allá, la indiada furiosa, vertía todo su odio sobre el caballo del Guagcho que se defendía a coces. Hundía el machete sin saber dónde daba. Había que cobrarse por lo menos una mínima parte de toda la injusticia soportada durante siglos:

—Dale caraju...

— Undi'stá pes el machete,

— Dale...

—Ácasu veu.

—Jisús, casi duy a cumpadre.

---Ay… Ay… Ay… caraju…

—Cabasho bandidu.

—¿Te trincamus, nu?

—Tuma, caraju.

—¡Jisus, ni’ay nadies!

—Ya eru qui saliú curriendo.

— Buscale, vi.

— Nu’ay nadie en muntura.

— Jisús María.

Apaciguados los atacantes al ver que la mayor parte de ellos había caído fulminada por las coces, los pocos que quedaban en pie se miraron para. interrogarse llenos de una superstición que desconcertó él valor de los primeros impulsos:

—Caraju, undi se metió pes.

— Jisús, el diablu cru que's.

—Caraju, quien le dijú ir.

---Pur mi ladu ga no jui.

—Pur mi ladu ga no jui.

-—Chapali por abaju.

—Guaytale pur arriba.

—Nu guay.

— Nu guay.

---Cusa di diablu cru'qui's.

— Jisús, vamus nu más.

Llevando el corazón tembloroso bajo el poncho, los valientes runas se desparramaron por. todos los caminos.

Al siguiente día, junto con el sol, salió la noticia de boca de todos los cholos:

—Los indios bandidos han querido matar al pobre Guagcho.

— Los roscas eviminates:

— Pobrecito el mayordomo,

---Debe hacerse un escarmiento.

— Es una infamia, estos bandidos ca, pueden no más matarnos.

— Desque li'an estado aucdands dema tempráno miso con cuchishos, con piedras, con máchetes.

—Lo qui’an querido hacer en el cristiano, desqui'an hecho en el cabasho.

— Ele como no pes, desque li’án capado al pobre animal.

— Así me contó el Carlos qui’ha visto. Sacados los ojos tan desque' stá la mortecina.

— Cómo pes; si sólo desqui'an dejado un montón ñuto,

— Un milagro parece, taita Dios salvarle al Guagcho.

—Patrón Montoya tan desque va venir a castigar a los roscas.

— Ele claro pes, si le mataban al cholo mayordomo ca, era lo mismito que quitarle los brazos.

—Güiñachishca dende chiquito,

---Por eso cuida la'cienda como si juera cosa pr opia,

—Fiel como perro salir el longo no...

EN la misma tarde que llegó a la hacienda Alberto Montoya, fueron llamados los indios, después de alzarse del trabajo de la seis.

Se llenó de peones el patio frente a la casa. Todos los hombres murmuraron, quitándose el barro endurecido de las grietas sangrantes de los talones o hurgándose las niguas de los dedos hinchados como patatas:

— Aura quedariste cashadu, nu...

— Ele caraju, tuditicu miso hay quí cuntar, pes.

— Lu di la pala tan.

— Lu di la vaca tan.

—Cashaditus si'an de quidar.

— Caraju, verán cun migo ga... Yu ga dende antes trabajandu cun patrún — afirmó un viejo desde el rincón donde había agazapado su espera. Era el suegro del José Chango.

—Ja... Ja... Jay... Himus di ver.

—Himus di ver…

—Caraju... Cun migo ga siquigüeyca —gritó el viejo incorporándose para dar más fuerza a su protesta.

—¿Y quí’a di'acer pis, taita Juan? —interrogó en tono burlón un coro de longos jóvenes que ya conocía el resultado nulo de aquellas bravatas.

En la cara apergaminada del anciano no se contrajo ni una sola arruga. Los párpados caídos, en exhibición de carne viva, enrojecieron hasta la irritación.

Hicieron su aparición en el patio las mujeres, con murmullo angustioso. Todas querían hablar a tiempo, aturdidas por el griterío de los guaguas. El recuerdo del amo bondadoso de otras épocas les hacía afirmar:

—El ca, güeno es,

— Patruncitu dirás: tuditicu hichu una pena, una pushca, rubandu animalitus de taita Dius.

— Es. mi patroncitu, es mi buniticu, dirás...

— Nu’estarás cumu pac timblandu...

— Dirás claru, claru ,

— Dirás.

Se presentó en el patio Montoya. El vestido que llevaba de ciudad abrió una enorme desconfianza en el alma de los indios. Se acabaron los rumores, las bravatas. Tan extraño era aquel tipo que hasta los críos se prendieron temerosos del anaco de las hembras, Aquel hombre que se puso a gritar sin motivo:

---¡Ya no puedo con ustedes! ¡Haré un duro escarmiento!

La amenaza cayó en mitad de mil ojos taimados, de mil bocas hinchadas de furia.

—¡Ya saben que al Guagcho le quiero como si fuera mi hijo, indios perros! Y a éste, mi hijo trabajador y honrado le han querido matar alevosamente en un camino. ¡No quedará sin castigo este crimen! ¿Cuáles fueron los que le asaltaron?

Tras un silencio espeso y árido se amuralló la peonada. Tras un silencio que parecía gritar injurias contra la injusticia. Tras un silencio que desequilibró la cordura del buen patrón, del hombre que creía tener los secretos del indio

en sus manos. ¿Cómo era posible que su rectitud de juez no pudiera encontrar al criminal? Realmente parecía una burla a su omnipotencia.

—¿Cuáles, carajo? —clamó, cogiendo al primer longo por el poncho y sacudiéndole como si buscara en el interior de ese cuerpo bronceado una moneda perdida.

—¿Y no dices nada, indio imbécil?

La cara del longo bailaba frente a las pupilas de Montoya, con hermetismo que encendía más y más la cólera del amo, el cual, convencido de la inutilidad de su intento, tuvo que arrojar al suelo, como a una cosa inútil, al hombre que con tanto empeño se puso a zarandear. No por eso declinó en su intento investigador.

Buscó en todos los rostros. Fue de un lado para otro como un loco. Hurgó bajo todos los ponchos:

— ¿Quién fue?

—¿Quiénes fueron, carajo?

Era inaudito, no le respondían sus indios. Suyos con propiedad de cosa a la cual se le puede moldear al antojo del poseedor o arrojarla a la calle si hay gana de hacerlo.

—¿No me quieren decir, ladrones, criminales? ¡Está bien! Les haré dar látigo a todos hasta que declaren. A las mujeres, a los guaguas, a los viejos, a todos, carajo.

—¡Nu taiticú! as la indiada con voz de, resurrección.

---Ajajá, hablaron, no...

—A guaguas ga, cumu pis... Eshus ga nuan hichu nada.

Se agitaron las mujeres escondiendo entre los anacos y los rebozos a los hijos. Para ellas era proverbial que cuando el amo hacía una amenaza de esa naturaleza, la ponía en ¡práctica sin lugar a duda, tal vez por ello, ante los ojos de las madres surgió tangible la escena del flagelo a los cachorros.

—¡Nu, patrún! — gritó la peonada con voz salida de una gran boca. Hasta los machos no dieron crédito a sus oídos. De la gran masa consternada se desprendió la figura sarmentosa de taita Juan. “¿Qué irá a decir? Luego eran ciertas sus bravatas... Tal vez se atreva a algo...”

El viejo llegó hasta Montoya, con el sombrero entre las manos, con los párpados de carne viva chorreando lágrimas, y en actitud del que se va a postrar ante una divinidad formuló su súplica:

—Patruncitu ga...

—¡Patrón! Para sacrificarme como me están sacrificando no hay patrón que valga... ¿Fuiste tú?

—Nu, sumercé... Peru nusutrus quirimus dar queja pes, patrún.

—¡Silencio! Ya me han oído, me avisan primero o les hago dar látigo... No crean que-esto se va a quedar así. ¡Ah, y si resisten al látigo, y no declaran, todos me pagarán lo que me deben y se irán saliendo de mi hacienda! ¡Indios ladrones y criminales no necesito!

Se sintieron de nuevo desolados, vagando sin hogar, muriéndose de hambre en una cárcel.

— Nu patruncitu... —gritó el coro de hombres.

—Nu patruncitu, .pur amitu taita Dius hacé... —suplicó el coro de mujeres.

—Entonces carajo, a decirme quiénes fueron.

Creyéndole un poco apaciguado, los indios empezaron a descorchar todas sus quejas, solicitando del viejo Juan las trasmita a la conciencia del patrón:

—Dicili taiticu lu di la guagua.

—Dicili lu di la simentera...

—Dicili lu di la vaca.

—Dicili lu shugua qui's.

Tembloroso el viejo empezó de nuevo:

—Eli patruncitu, tuditicu es mintira.

---Mintirusu... Mintirusu —gritó da multitud animándose por instantes.

—¡Silencio! ¿Quién miente? —interrogó el amo con toda su autoridad. Un olor a sudadero y a boca de borracho le empezó a enajenar, haciendo renacer en él, el hombre del campo, el hombre de las palabras bruscas, de los modales exagerados, de las violencias y de los atropellos contra el indio,

—¡Carajo, como si no les conociera indios perros!

No obstante, la gente fue entrando. en calor de. confianza. Solicitaban cosas que en el primer momento no se hubieran atrevido a decirlas. Se hablaba en forma de palabras sueltas, de quejas, de ultrajes, de solicitudes, presentando contornos de actitud infantil agresiva, en muralla humana que avanzaba, pidiendo, sin personalidad, reclamo de justicia, por boca de una multitud que chillaba en diferentes tonos y con diferentes palabras.

—¡Retírense, carajo! —exclamó Montoya sintiendo ahogarse en ese lago nauseabundo. Era desesperante, le pareció que nadie oía su orden, por cuarito el clamor se hizo más confuso. Aquello era una desobediencia palpable, una rebelión. Los indios se han vuelto inauditos. Les desconocía.

---¡Patrún!

— Cuando pes...

---Su mercé ga, nunca viniendo.

— Nusutrus ga, nu ladrones. Guagcho ladrun…

---Guagcho.

—¡Guagcho ladrun!

—Yu vide.

—Yu tan,

---Ari taiticu

— Patruncitu...

—Tuditicus vimus.

—Nusutrus chapandu istábamos, acasu sumus pindijus.

— Tuditicas las nuchis ruba el Guagchu,

— El Guagcho miso.

—¡El Guagchu!

— Puercu blancu ga, undi Melchura di pueblo ha vendidu.

—Y la mula tan.

—Arí patruncitu..

— ¡Mentira indios perros! —gruñó el amo soto» cado por los reclamos y temblándole la furia en las manos.

—Arí taiticú.

---El Guagchu.

—¡El Guagchu, ladrún!

—Rubandu animalitus.

— Iscundiendu hirramienta.

—Tudu pis.

Con la cabeza gacha el Guagcho esperaba los acontecimientos, temblándole la ira en la jeta y mascando carajos como tostado.

El suegro de José Chango, que sabía por sus ochenta años de experiencia que el corazón de los señores sólo sabe ablandarse con humillaciones y lágrimas, se atrevió a suplicar de rodillas, agarrándose fuertemente a las piernas de Montoya:

—¡Amitu, pur taita Dius, vi pis...! Nusutrus nu ladrunes... Nusutrus nu bandidus... Nusu. trus súlu trabajandu... Oi pis a pubris naturales...

— Suéltame indio bruto, me vas a ensuciar.

Al rechazo, la humillación del viejo se aferró hasta desesperar la pulcritud postiza del patrón. La peonada se hizo valiente, avanzó hasta la cercanía sacrílega. Montoya sintió al aliento fétido de la súplica cabalgando sobre sus narices. Creyó ver cien asesinos. No eran peticiones, tenían facha de amenazas, de carajos. Dientes como cuchillos, ojos como ascuas, poblaron el espanto de sus retinas. Palideció de forma alarmante ante, la realidad de sus piernas clavadas en la tierra, sembradas en carne india, en brazos aferrados a él con tenacidad de siglos. Le nació en todos sus miembros una urgencia de libertad, un dolor por creer perdida la alegría de correr a través de los campos. Furia de animal en defensa sintió chorrearle por los dedos. Fueteó al grillete que atenazaba sus piernas, y una vez libre, creyó que el fin más noble de sus pies era patear al indio viejo que se lamentaba en el suelo,

Del brazo del longo José Chango colgaba siempre, cual prolongación de la mano, el machete del desmonte, Hasta entonces el runa había permanecido cabizbaja en un rincón, temiendo que el amo le huela la boca agria de aguardiente. En el momento más doloroso para la multitud, cuando el

espectáculo que daba el viejo retorciéndose en el suelo conmovió a la masa en gesto taimado de protesta, José Chango sintió que los cuerpos hermanos, arremolinándose en su torno, le llevaban en vilo hasta plantarle frente a la tragedia de su suegro, de su viejo hecho sangre, hecho ayes y súplicas, bajo el flagelo de: los: punta pies del amo,

Los hombres tienen las manos: para defenderse, también las tienen para suplicar. El longo José Chango alzó las suyas para suplicar piedad... Sorpresa alelada en un relámpago de acero. Con la mano subió el machete. Relumbró amenazante cerca de la boca de Montoya. El escalofrío de la tragedia paralizó a la peonada. ¡Lo inaudito, Dios mío! ¡Habrá un muerto!

¿Quién será? ¡El patrón! Más rápido que el machete saltó la fidelidad del Guagcho para caer en el punto neurálgico del posible drama. Todavía. la hoja deslumbrante de muerte se encontraba en alto, buscando la razón del silencio en la escena, cuando el mayordomo gritó ofreciendo su cuerpo a la creciente muda de los nativos.

—¡Asesinos...! ¡Indios bandidos...! ¡Conmigo si’an puesto, carajo! ¡Les bebo la: sangre!

En juego de escamoteo el machete del Chango inofensivo hasta entonces en el brazo del indio, brilló con agilidad inusitada en la mano del cholo... Retrocedió la multitud... Aprovechando: el desconcierto surgió del suelo taita Juan, amortiguado aún por los golpes. Se le vió vacilar como un borracho, se le vió buscar la huida salvadora. Al notarle el Guagcho frente a su furia, vociferó:

—¡Y vos tan no, viejo carajo!

El arma cayó certera sobre la cabeza: anciana, tendiendo de nuevo al viejo sobre la tierra... En el cráneo había una boca abierta por donde se empezó a escapar la vida. Seco retumbó el golpe en el alma de los longos en el momento que éstos tomaron la instantánea de la tragedia. Una gran mancha de sangre en el suelo pardo del patio. Sangre de cristiano regada en la tierra horroriza a los Indios, es su tabú.

—¡Jisús, Dius favurezca!

— AY... AY... Ay…

La ventosa del miedo arremolinó a la peonada en un embudo, junto a la puerta del cercado que da al campo abierto. Los actores del drama se quedaron solos. Montoya queriendo vindicar su remordimiento y el dolor del Guagcho que atontado se puso junto a la víctima, entró en casa de hacienda, gritando:

—¡Me han querido matar los indios! ¡Me han querido matar! Esto es el infierno.

Afirmación que oyeron los huasicamas, y sin esperar órdenes montaron a caballo con la noticia, la sembraron por el campo, por las chozas, por las casas del pueblo donde floreció instantáneamente en ladinería chola:

—¡Los indios criminales han querido matar al amo Montoya!

— Salvajes.

—Son el diablo.

—Cómo han de tener a los criminales sueltos.

—La justicia.

— ¡La justicia para los indios salvajes!

---Se aglomeraron las voces frente a la tenencia política.

Entre tanto en el cielo se extendía la noche envolviendo al paisaje en color gris de sueño.

El Guagcho, por primera vez en su vida, no sabía que partido tomar. Un vago temor se le agigantaba por instantes obligándole a palpar con el pie el cadáver del viejo. No hallaba el convencimiento de la muerte. Quería, desde lo más hondo de su ser, que, ante sus pequeñas patadas, se queje, reviva el runa. No debe estar muerto. ¡No! El indio fingía rigidez para atormentarle. Se cercioró con la fuerza más viva de los músculos de su pierna. Del puntapié el cadáver dió una vuelta quedándose cara al cielo. Una mancha roja sobre los ojos, una rigidez babosa en los labios, y en el cráneo una boca abierta en carcajada perpetua, repleta de sesos. La vida que rezumaba el Guagcho por todos los poros no quería convencerse de la muerte inmóvil, tal vez por ser la primera vez que le sentía como producto de sus manos. Quizás fue placentero para él ver que, al influjo de su acial, la indiada se retorcía de dolor en el suelo, pero con gritos, con ayes, con patadas, con fuerza de vida que responde a la vida, y no con esa protesta muda de soplo frío y rígido. Recordó, como en larga perspectiva de años, haber visto a taita Juan desplomarse al suelo de un solo machetazo. Ese taita Juan del recuerdo lejano era el mismo que se hallaba a sus pies acusándole... ¿De qué? Sintió un dolor no experimentado jamás, algo se le rompía en su interior y, al derrumbarse, afirmaba fríamente: “mataste a un hombre”.

— Un hombre — repitió a media voz. «Un hombre que solamente es un indio», pensó para consolarse.

— ¡Carajo, soy un mierda!

Con gusto hubiera salido corriendo a gritos. La noche, clara aún, le pesaba en los miembros, se extendía como telaraña ante los ojos, se espesaba en pereza dolorosa en los pies. Tuvo la sensación dulce de acabarse, sin embargo, se sintió andando sin saber a dónde iba.

Montoya, que acechaba al Guagcho. desde el corredor de la casa, comprendiendo el agobio del cholo, gritó:

—¡Ve...! ¿A dónde vas?

Si regresaba a mirar, tal vez se encontraría con el viejo; allí, muy cerca. Creyó oír sus pesos calzados de hoshotas. ¡No! Siguió andando.

—¡Guagcho...! ¡Que vengas un momento, te digo!

Parecía que le llamaban a él Esperó para comprobar si la verdad de aquella llamada le podía detener.

—¡Guagcho, ven un momento!

Como un perro indeciso volvió la cabeza, se quedó unos instantes viendo a la casa, con el esfuerzo del que observa una mira distante. Allá, se dibujaba una mano solícita:

—¡Ven... Ven…!

Equivocación de los gestos que llaman. No debía será él. Además, sentía asco a todo aquello.

— ¡Oh! —murmuró apenas, alzando los hombros en señal de despecho, y se dejó tragar por el monte.

—El pendejo si me hace caso... ¡Guagcho! No me oyes que te estoy llamando —gritó Montoya, pero su voz y su furia se orillaron derrotadas en el murmullo del follaje. La figura del cholo se borró definitivamente entre las sombras de la noche recién nacida. Allá por las nueve, llegó el teniente político a la hacienda, con cinco policías.

—Señor, si usté quiere, yo ca he di'acabar no más con los indios a balazos —afirmó el cholo autoridad con el orgullo de los que cumplen un sagrado deber.

—Gracias, no Creo que haga falta. Eso sí, quiero que se castigue fuertemente al indio. José Chango, así me han dicho los huasicamas que se llama. Es el promotor de toda esta algazara. Aprovechando de que estaba inmovilizado por otro indio que me tenía las piernas me tiró cuatro machetazos... No me llegó porque Dios es grande y porque el Guagcho desvió el arma, pero con tan mala suerte que, cuando menos. pensamos, el machetazo cayó sobre un indio viejo que se hallaba a mis pies... Tal vez debe haber muerto ya...

—Jesús María, estos indios. son... —se lamentó la autoridad.

— Venga un momento para el patio y podrá constatar el hecho. Intencionalmente he ordenado que nadie toque el cadáver para que usted pueda certificar y estudiar el caso.

Si el teniente político fuera el criminal no hubiera experimentado tanto temor: como cuando oyó aquello de: «para que usted pueda estudiar y certificar el caso». El, un inocente exmayordomo, tenía que vérselas con un muerto. ¿Qué era un muerto? ¿Qué era un asesino? ¿Qué era un caso? Gotas de sudor corriéronle por la cara. No por lo trágico del asunto, a él no le asustaron jamás cadáveres indios, sino porque podía quedar en ridículo ante el señor Montoya que fue Intendente y que sabía de estas cosas. Se vió fuera del cargo.

— Sí, veremos — murmuró con risa de conejo…

Alumbrados por un farol se dirigieron al patio, mientras el latifundista atormentaba al cholo autoridad con los detalles del crimen y con la repetición de las leyes y las. sanciones usadas en estos casos.

— El artículo de la ley dice...

---Si… si… —interrumpía el teniente político enredado en. el misterio | vacío de las palabras del señor.

Como una luciérnaga perdida, el farol hurgó todos los, rincones del patio. No encontraron a nadie.

—Ya ve... ¿Ya ve lo que son estos salvajes? Se han robado el cadáver. Yo le había dejado aquí para. que la justicia estudie el cuerpo del delito, Esto les, condena más.

— Así miso es, señor...

El cholo autoridad se oyó la última afirmación y tuvo vergüenza de no saber decir otra cosa. Haciendo un esfuerzo para justificar su ignorancia, casi en un grito dijo:

—Verá lo juerte que resulta mi informe, Querer matarle a usté eso es lo peorcito,

---Claro, además en este caso no hace otra cosa que cumplir con un deber. Dar con el criminal de un crimen frustrado y con el autor de un crimen auténtico.

—Entonces habrá que cogerle en seguidita al asesino. ¿Onde vivirá pes? —afirmó el teniente político con la inquietud del detective que ha descuidado un detalle fundamental.

—Espérese yo tengo un runa de mi confianza, pueden irse con él en busca del longo bandido... ¡Panchoooo!

— Desde el galpón llegó un indio atontado de sueño, haciendo esfuerzos por quitarse la noche de encima;

—Anda enseñarás a señores donde vive el. rosca que me quiso matar ahora tarde,

—¿El José Changu, patrún?

— El mismo,

—Güeno amitu.

El teniente político y los policías guiados por el huasicama, que tomó el farol por su cuenta, se adentraron en el campo. Ya van lejos de la casa. A la distancia semejan un cucuyo haciendo un túnel en la noche madura de tinieblas y ruidos.

Agazapada en un nido de malezas sorprendieron los policías a la choza, exhalaba una débil queja.

—¡Jesús.... Luchando con los diablos cro'stá el indio asesino! — afirmó uno de. los policías.

La misma superstición inquietaba al teniente político, no obstante, rompieron la puerta de la choza. A la luz del fogón alcanzaron a distinguir a una india, a un guagua, y a un viejo curandero. Desde el suelo, tirado en el jergón el longo Chango les miró con asombro pespunteado de quejas.

—Hacete el bandido —afirmó la autoridad chola parándose en mitad de la vivienda, con recelo de encontrarse frente a un endemoniado.

— Aura cumu nu pis, el Guagchu bandidu: al quitarle el machete nu li'ace una lástima tuditicu. Sangri di brazu ya nu tiene undi más salir —confesó la india limpiándose la nariz en el revés del anaco.

—¿Luego el machete era tuyo?

—Arí patrún, ujalá haga divolver…

--- Ajajá, luego declaran.

---Arí patrún —cantó la familia a coro

Sin esperar comentarios, los policías apartaron a la mujer y arrastraron a Chango por la habitación. Las quejas de la familia se hicieron agudas y las manos de los policías se empaparon en sangre.

«Tal vez se quiso matar de arrepentimiento», pensó el teniente político. Eso le condenaba más. Se agigantó la figura criminal del indio, ante la conciencia moral del cholo autoridad.

—Shévenle breve…

---No obstante, los reproches de la mujer, al longo le ataron una soga al cuello, sacándole de la choza a culatazos y tirones.

La familia se puso a gritar desde el cercado del huasipungo. Todo perdida en la noche, iban ya lejos los ayes del macho.

Apenas llegaron al pueblo, aseguraron al criminal en la casa donde funciona la tenencia política.

Al entregarse la guardia los policías comentaban:

—El rosca está luchando con los diablos.

—Endemoniado.

—¡Endemoniado! —repetían como si fueran eco del: cura, sabio en leyendas de indigestiones de demonios.

Las tenaces sacudidas de un fuerte calofrío agazaparon al criminal Chango en un rincón. El brazo le empezó a pesar y las mejillas le ardían por dentro. La sangre golpeaba en la herida. El golpe se abría en círculos de dolor, con pulsaciones que iban a orillarse mansamente en la boca, en los ojos, en las sienes, abochornando al indio que no sabía dónde colocar su vida.

COMO se trataba de un caso extraordinario para San Isidro, creyó oportuno el teniente político consultar el caso a los gamonales. Para él, sólo ellos eran capaces de sacarle de un lío tan gordo.

Su ignorancia repetía con cara de idiota incondicional. Siempre experta en responder a todas las órdenes latifundistas: «sí, señor».

Y había que oírles a los consejeros en unidad absoluta de opinión. sobre lo moral y justo con que debía aparecer el caso:

—Las declaraciones son indispensables.

—El mismo confesará,

—De lo contrario sería un atropello.

—Es necesario darle solemnidad,

La autoridad chola notó con asombro que la solemnidad era lo que más inquietaba a los señores.

Una mañana, a los dos días del suceso, el teniente político congregó en su despacho a lo más florido de la comarca: cuatro o cinco hacendados, de polainas, gordos y coloradotes; el cura con la pechera de la. sotana reluciendo de sebo; los mayordomos y tenderos de postín, agrupados de pie por los rincones; las mujeres y gentes pobres aglomeradas en la puerta; y por último, en plan de primer actor, la autoridad chola, cubriendo la angustia de su ignorancia con zapatos de rechín, camisa bien almidonada con bastante azul, americana y calzón desesperadamente holgados, el famoso poncho de bayeta de castilla que, en la hora de brindar asiento a Ja concurrencia, tuvo que servir de mullida alfombra para que las posaderas de los ilustres invitados no se ensucien en la banca renegrida de la tienda de la tenencia política.

Asomó el longo José Chango entre dos policías, traía ensangrentado el poncho hasta las puntas, avanzaba como un ebrio, en sus ojos hundidos brillaba el lustre de la fiebre, Los jueces adelantaron comentarios:

— Tiene lós labios abultados de los criminales,

— Toditicos son los mismos.

—Jesús, ese modo de mirar taimado.

—Nunca miran de frente.

— La mala conciencia.

—Se impone el castigo.

— Vele cholito las manos ensangrentadas.

—Se impone la justicia...

— Atreverse a tanto es increíble.

— Las malas compañías.

— Esto no se ha visto en este pueblo tan sano. .... Este maestro de escuela ha venido a corromper a la gente,

Así hablaban los señores que tras de la mesa de la tenencia política se nombraron jurado.

En los oídos del indio zumbábanle voces extrañas. Veía sólo sombras. No se daba cuenta exacta de su situación. Empezó sonriendo: coma un borracho cuando alguien le invitó a sentarse en una silla. Era tan inusitado para él sentarse en una silla, tal vez la primera oportunidad en su vida.

—Cínico,

—Se atreve a reírse.

---Debe ser un viejo criminal.

—Se burla de nosotros.

La autoridad chola se sentía feliz presidiendo aquella reunión de señores dueños de haciendas. Hablaba alzando la cara, de lo contrario las puntas planchadas del cuello hubieran acabado con su pobre garganta.

— ¡José Chango!

—Mandé niño

—Tenís que declarar cómo jué que quisiste matar a patrón grande, y cómo mataste a tu suedro.

Se hizo insoportable la pausa de expectativa, Caldeose el ambiente deseoso de verdad, frenético de detalles, Como el acusado no respondía, defraudando así el hambre de noticias, surgió entre los espectadore el oído para el defraudador. Se oyeron gritos de: «¡Que conteste!» El longo meneó la cabeza como si quisiera librarse de algo pesado, de algo que le situaba en una distancia de sombras. Era la fiebre que ardía en todos los poros de su cuerpo.

—Se niega ante la justicia —exclamó el coro de lo más florido de la comarca.

Uno de los policías que vigilaba de cerca al acusado, se indignó tanto que, sin consultar a nadie, le dio un empellón que le arrojó de la silla.

—Si no declaráis te van a dar palo —insinuó al indio al ayudarle a sentarse,

—Amitú... Yu ga...

— Recuerda lo que hiciste anteayer —gritó la autoridad.

—Yu ga..., patruncitu —insistió el longo alzando a mirar. Las caras que le rodeaban fueron para él unas manchas borrosas, lejanas. Todas interrogaban desde el otro lado de una mesa grande como un valle. Rió con. risa amarga de idiota.

— ¡Contesta, por Nuestro Señor Crucificado! ¿Qué hiciste anteayer? —intervino el santo sacerdote.

Para contestar creyó necesario romper las ataduras de ese dolor que le clavaba en el sitio.

— Recordá qui'ciste anteayer con este machete! —dijo la autoridad acercándose a los ojos hechos llamas de espanto del acusado,

¿Anteayer? ¿Dónde quedaba ese tiempo? ¿La sangre? ¿Le averiguaban de la sangre que empapaba su poncho? ¿Pero no la ven? ¡El machete!, fue el grito claro que llegó a su conciencia. Venía la voz desde el monte, era del amo teniente político. ¿Tal vez pedía socorro? ¿Estará perdido? ¡Pobrecito!

—¿Por qué no contestáis? ¡Te'stáis declarando en rebeldía, indio bruto!

Aquello de «declarando en rebeldía», lo subrayó el teniente política mirando a los gamonales que asintieron con la cabeza. ¡Oh, qué felicidad! Estaba justificada su pericia de juez. Se sintió cómodo, seguro en su cargo.

De improviso el longo creyó sumirse en el lodo del monte, sofocado por el sol de medio día... Allí está la choza mugrienta, el mate de guarapo fermentado con materias en descomposición, el guagua gateando en el suelo, la mujer impidiéndole llegue hasta el pondo.....

—¡Guarapo sha!

La concurrencia tuvo que mirarse con espanto e incomprensión, ¿Qué dirá el criminal?

---¡Hacete el pendejo! — gritó fuera de sí la autoridad, sudorosa; pero comprendiendo que su indumentaria de doctor no le permitía semejantes palabrotas, pidió disculpas al auditorio de la mesa con una risita de conejo.

— Jesús, estos indios le sacan a uno de la paciencia.

El herido, en ese desierto de preguntas, en esa aridez de razones, en ese naufragio de caras, seguía ' delirando sobre la tabla de la fiebre: en la choza mugrienta, en el trabajo embrutecedor del monte, en todo aquello que ahora parecía una liberación. Como notaron que tan pronto miraba para todos los lados, previno el jurado:

—Cuidado se salga corriendo.

Advertencia: de los. señores a, los policías, al mismo tiempo que Chango sacudía el poncho ansioso de soltarse de las cuerdas del dolor que le ataban a la silla. Las manos de los policías cayeron sobre los hombros del acusado.

— Longo bruto, estate quieto... Todos son testigos qui'as querido huír de la justicia. Le ajustaron en la herida.

— Taiticu... ¡Taiticu...! —clamó lleno de dolor.

— Aura vení hacete el sonso, cuando ya tenís dicho casi todo.

Todo se borró para el longo José Chango. El único deseo claro en su vida era que le quiten esa garra que le aplastaba el hombro, esa estaca que se le clavaba más allá del pecho coro un tizón al rojo, No pudo más. Se bajó de la silla y se sentó en el suelo; sintiendo aquel descenso de nivel con frescor de llegada a la choza, con placer de estirón sobre el duro suelo tapizado por cien años de suciedad, con tibieza amiga de lumbre hogareña.

— Aura que'stáis sentado en el suelo como te gusta, contestá pes.

—Respondé.

—Decí algo.

A la conciencia del indio llegaban las preguntas como gritos:

—El machete...

— El patrón...

—La sangre de las manos...

—De los pies...

---¡Tu machete!

—¡Asesino!

Cansado de escuchar y de compender soltó las amarras de su viejo mutismo y se dejó llevar por las urgencias de las cien caras distantes y de las cien caras cercanas,

—¡Tú eres el asesino! — gritó la voz de los amos.

—Arí amitus.

— ¡Vos mataste a taita Juan! —acusó el coro de cholos.

—Arí buniticus...

—Tú eres el criminal —confirmó el clérigo.

—Arí taiticu... Ariiii —iba gritando el acusa. do a todos los gritos que caían sobre su cuerpo amontonado en el suelo. Por fin allá en la distancia se callaron las bocas interrogadoras, sintiéndose satisfechas al oír la declaración que ellas deseaban.

Sin la opinión de los hombres de la mesa el drama:

El cholerío boquiabierto esperó la sentencia. Aun cuando habían oído la afirmación de labios del indio, no la tomaron en cuenta una vez que los naturales afirman o niegan todo «aquello que quieren los señores, hubiera quedado inconcluso, la justicia descabezada.

— ¡Eres un asesino...! —declaró el teniente político.

—¡Culpable ante los ojos de Dios y de los hombres! —terminó el fraile.

— ¡Criminal! —afirmaron los latifundistas.

Satisfechos de haber oído el fallo, empezaron a desgranarse por la calle principal de la aldea, los cholos curiosos que atestaban en la puerta de la tenencia política, llevando bajo el poncho el convencimiento de lo justo de la sentencia que les dieron haciendo los patrones tras de la mesa.

— El mismo ha sido...

—Dios guarde ser asesino...

— Sangre de indio, pes.

— Aura le mandarán al panáutico.

—Claro, así dijo el político, ¿no li’oiste?

— No mumiya

--- Así jué

ANTE un paisaje dormido en la noche, el remordimiento del Guagcho era una agonía. Se formó en él un sentimiento de culpabilidad que coincidía con aquel acto que le tomaba como la liquidación de su viejo odio hacia el indio. Remordimiento identificado con el runa abatido por el machetazo. Fue creciendo la angustia hasta arrastrarle en busca de confidencias, Al enhebrarse en las calles se hizo una cárcel de cautelas, temblando al pensar que en el momento menos pensado podía darse de bruces contra el posible acusador.

Buscó el sabio consejo del clérigo. pero al curato lo encontró cerrado. Cansado de llamar fue en busca de su amigo el teniente político; aun cuando la puerta de la tienda estaba cerrada, golpeó con todas sus fuerzas. La voz de una respondió desde el interior

—¿Quién es?

—Yo... El Guagcho.

—Mi marido ca, ashá miso dijo que s'iba. Cuantu’a quí'a de'star en l’acienda.

Una voz lejana, fenómeno intrascendente en otras ocasiones, fue para él. rasgadura de angustia en las arterias; «Mi marido ca, ashá miso dijo que s'iba». Golpeábale aquella afirmación con ritmo igual y monótono de tambor de carnavales. Salió corriendo calle abajo. El farol del estanco de Manuel Ledesma le hizo guiños amistosos, Se tomaría una copa, Antes de hallar réplica a su deseo se encontró frente al mostrador de la tienda.

—¡A ver un trago! —gritó dando un puñetazo en el mostrador. Asomó el dueño cariacontecido. Al ver al Guagcho tomó un disfraz de afabilidad:

—¿Qui’ay pes?

—Poneme una doble.

— Para pasar el susto será pes.

---¿Qué susto? —inquirió inquieto el mayordomo.

---Desde han querido matar al patrón pes,

— Pendejada...

—Todos saben y vos no más hecho el cojudo.

— Bueno carajo, nu’ay que tratar mal, ¡jua puta!

Se le fueron las palabras más hirientes. Al oírlas sintió la necesidad de seguir insultando. Deseaba que alguien le haga callar a machetazos. Tuvo una vaga esperanza en la reacción de la dignidad del tendero. Pero el cholo ofendido no dijo nada, le miró con una risa burlona. ¡Cobarde! ¿Por qué no cogía el cuchillo de cortar el queso, radiante a la luz del candil que alumbraba la tienda, y le hundía varias veces en el pecho hasta vaciarle de remordimientos?

—Pero cholito... Si no te digo nada... No te doy ningún motivo para que mi’nsultéis... No faltó otra cosa... Estar di'asuerte,

—Claro, sois muy mierda para pegarme, cobarde... ¡Dame duro! ¡A ver..., pegame! ¡Pegame con una botesha, con un cuchisho, con una piedra, con lo que quieras!

Al terminar la, propuesta se encontró llorando.

—Cholito, croque'stáis borracho. Toma la copita… ¡Sentate!

Como no encontrara castigo, tuvo que amansarse y beber la copa de aguardiente servida sobre el mostrador. Entró como fuego vivificador el líquido.

—Dame otra, y ponete vos también.

Siguieron bebiendo. A media noche, el Guagcho, hecho una bolsa de dejadez, con las palabras inarticuladas y la represión suelta, dejó escapar su secreto:

—Cholito... Me desgraciado aura tarde.

Casi sin comprender, el tendero respondió:

—No ti’arás el shorón, pendejo.

—¡Soy un criminal! ¡Yo...! ¡Yo, li’acabo de matar al indio suedro del Chango, a taita Juan!

—Ya'stáis desvariando, cholito.

Furioso el mayordomo dió un puñetazo en el mostrador.

— SÍ, yo...

Ledesma que sabía de la inconsciencia del Guagcho en las borracheras, procuró calmarle, dando por hecho las aseveraciones del amigo.

—¿Y por eso no más te, ponís así? ¿Qué dijo pes el Satin? Porque en eso no más está todo... ¿li'abló? ¿Te dijo que te va’joder? ¿Qué jué, pes?

—Si jue por defenderle a él mismo que l'iban los indios a matar a machetazos.

— Entonces nu'ay miedo pes, cholito... Comó son de’l. Antes debís estar orgushoso.

— Es que carajo... Quisiera gritar... Yo.le vide como cayó pes... Una cara jodida... Unos ojos de borrego a medio degoshar... Si’ubiera sido como macho, peliando siquiera... Pero verle como se l'iba la sangre hecho una lástima… ¡Pobre taita, carajo! Vos que sois cholo como yo, qué mi'aconsejáis, pes...

— Adefesio por un indio viejo no más, yo. desqui'stuviera shorando como guagua tierno... Hasta si’an de reír la gente... Vos qu'as sido siempre macho, cholito.

— Pero aura no se lo que mi'a pasado.

—Nu'as visto como en otras haciendas matan no más a los indios... Nadies dice nada... Bebe que's mejor. Yo ca oí que’l teniente político bajó a l’acienda a trair al asesino.

—¿A cuál? —inquirió el mayordomo lleno de espanto.

—El José Chango, decían.

—¡Mentira!

—Ya te, vais hacer el futre, que sabís más que l’autoridad.

—¡No!

Como notara el tendero el agotamiento en el cual se encontraba el Guagcho, invitó:

—Dormí no más en la banca... Va'stáis dicientdo pendejadas. Toma un poncho para que te tapes.

Cuando se despertó el mayordomo, la tienda se hallaba llena de compradores. Avergonzado se > frotó los ojos.

—Andá'dentro, mi mujer ti'a de mandar a trair chicha,

— Dios so'lo'pay.

Almorzaron tortillas con bastante ají y buenos mates de chicha. Ledesma, comentó:

—Era una chuma guañucta la que tenías, cholito.

— Carajo —murmuró el güiñachishca pasándose la mano por la cara.

—Estabas shorando. Decías que vos li'abías matado al suedro del Chango.

La obsesión de la responsabilidad se clavó de nuevo en el alma del cholo mayordomo. No podía haber declarado aquello que ahora le sentía íntimo, vergonzoso. Creyó que se trataba de una jugada del tendero para sacarle la verdad. Hizo como que no daba importancia a la charla del amigo, procurando tapar su turbación bebiéndose un buen mate de chicha. Al echar el recipiente vacío en la batea, murmuró:

—¡Qué bruto...! Siempre mismo, cuando estoy chumado digo pendejadas.

La mujer del tendero, intervino:

—Todos dicen quel que li'a matado es el longo José Chango, por asesinar al patrón. Va'stá preso el indio. Aura que me fí a comprar la carne shenitos estaban los guambras en la tenencia política por ver al criminal.

La charla de la familia le pareció una acusación. Se limpió la boca con la servilleta de su manga y salió sin despedirse.

Deseaba volver a la hacienda, ver el patio, palpar la sangre, Puede que todo sea una pesadilla de borracho. Mas, se quedó en la tienda de su antigua querida, la chola Isabel, ex-güiñachishca de ñora Alejita.

Una pieza húmeda; donde las tinieblas y el carbón para la venta se amontonan en los rincones, Allí la obscuridad era tan espesa que lograba tiznar las manos de la propietaria. Hace mucho que la chola Isabel anda en aquel negocio y en aquel amor. Desde que la patrona alzó definitivamente la tienda y vendió la casa para escuela,

Todos recuerdan cómo Alejandrina licenció a sus güiñachishcas, con lágrimas en los ojos. Aquello era un cuadro enternecedor de madre desprendiéndose de sus cachorros. Les crio desde guaguas. Se le habían metido en el corazón. Pero, por otro lado, ¿qué podía hacer con tanta servidumbre en Quito? Ya no rendían. Diez o doce bocas que comen y no producen, en la capital, llevan al desastre a la familia más acomodada. Alejandrina les dejó en libertad para que se ganen la vida solas, entre ellas fue la vieja Dolores con sus pesados sesenta años a cuestas, y también Isabel, moza que le gustaba tenderse en las cunetas con el Guagcho.

En la penumbra de la carbonería, el atormentado mayordomo encontró sosiego, dejándose estar más de veinticuatro horas,

Conforme se iba acercando a la hacienda el corazón saltábale de angustia al cholo. Encontró al patrón furioso:

—Carajo, es el colmo venir después de tres días de ausencia. Ya no te necesito, ya cogí otro mayordomo... Además, no quiero dar en líos... Tú verás como te las arreglas.

No le dolió mucho ser despedido. Estaba acostumbrado a ello. Los patrones pueden. hacer con los sirvientes lo que bien les venga en gana, inclusive despedirles cuando se vuelven molestosos e inútiles. Muchas veces a él

mismo le amenazaron con mandarle sacando, pero al apaciguarse «la cólera de los amos todo seguía como antes. Lo que le inquietó sobre manera fue el énfasis con él, cual Montoya dijo aquello de: «Además no quiero andar en líos... Tú "verás como te las arreglas...» ¿Qué podía arreglar él? Con la vista baja murmuró

— Pero patrón todo lo que'cho es por su mercé...

—No quiero saber nada —gritó fuera de sí Montoya. Y metiendo las píanos en la humildad espantada del cholo, continuó:

—Carajo y por eso te vas a chumar y decir pendejadas. Yo no se nada de lo que ha podido pasar. No quiero verte más en la vida, fuera de mi presencia...

La actitud de Montoya delataba una urgencia por desembarazarse del Guagcho. Le empujaba con las manos, le carajeaba, le daba consejos para el futuro.

—Pero... —murmuró el cholo con la desilusión del hombre que siente romperse algo en su interior, y se queda inmóvil. Montoya creyó prudente no despedirse con enojo del güiñachishca. Empezó con voz paternal:

—Qué guagcho este... No podré olvidar nunca tu buena acción. Siempre fuiste valiente, lleno de coraje. Siempre trataste de defendernos con tus puños. Por eso te hemos querido tanto.

Mientras iba reconociendo méritos puestos al servicio de la familia, el Guagcho se enternecía con satisfacción de deber cumplido, de…

— Dios so'lo pay patrón.

—Pero las cosas han llegado a cierto punto que…, mejor sería separarnos.

Alberto hablaba con ese rodeo temeroso del amante cansado que despide a su amada inútil.

La emoción volvió a petrificar al criado, produciendo hormigueo subcutáneo en todo el cuerpo del patrón. Para terminar, dijo:

— Bueno guagcho, hasta vernos… Tengo que llegar pronto a Quito porque mañana se casa mi Blanquita. Hay qué arreglar muchas cosas, él es un mozo de postín.

Un «Adiós patrón» terminó con la escena.

El Guagcho se oía sus pasos como si estuviera perdido en la niebla de un páramo. Sentía un vacío hecho puño en el estómago. Quiso correr hacia los desmontes a ver a los indios. Seguir la vida de siempre, Clavarse en la tierra donde le sembraron desde niño. ¡No! Algo se había dado la vuelta en el mundo. El sol calentaba la sangre con furia inusitada. En lo más íntimo de su ser asomó la cara ña Blanquita. Hubiera llorado en sus faldas. Le hubiera besado los pies. La visión fue fugaz, la cara se hundió en lo negro del alma, allá donde ya no le pudo ver más, donde estorba y atormenta, retorciéndose en la tranquilidad y mezquinando hasta el alivio del recuerdo.

Poco a poco el espíritu del Guagcho empezó a poblarse de temores. ¡Podían matarle los indios a traición, ahora que ya no era nadie, ahora que el látigo colgaba de su mano como una cosa inútil!

Se quedó mirando a los trabajadores de un desmonte, Se acercó a ellos. Quería una comprobación, ¿De qué? Aquel indio de la derecha le miraba con el rabillo del ojo, es que le acechaba tal vez. Sí, le tiraría un machetazo. Se hizo el desentendido, pero sintió que a su espalda unos pasos. traicioneros le acometían. Volvió bruscamente. Una india pasaba llevando el cucayo al marido.

—¿Qué me'stáis viendo, runa carajo?

—Yu ga nú.

—Lucu cruque'stá, Ja... Ja... Jay... —cantó el coro de nativos con vengativa ironía.

Huyó del lugar, comprendiendo que eran cientos de indios los que le acechaban a lo largo de los surcos abiertos en la tierra. Tuvo la sensación de sentirse en mitad de un campo que ardía en: llamaradas de venganza, Se sentó en una cuneta distante del desmonte. Después de escarbarse los bolsillos y envolver un «Progreso», se entretuvo echando humo. Así, con las manos en la cara, perdida la vista en la cinta del camino, sintió cómo se le enfriaban las mejillas y cómo se le agitaban sus labios abultados. Lanzó un suspiro. Se quedó atento a los ruidos que venían desde el otro lado de la tapia. Al incorporarse para ver, tri. turó unas hojas secas, aquel ruido: le hizo recelar un peligro, el peligro de estar vigilado. No, no era nadie... Su fantasía supersticiosa logró dar una explicación a toda esa inquietud que le venía atormentando. «Tal vez el machete del indio estuvo brujiado». Miró furtivamente sus manos callosas, sucias, ásperas. Para. olvidar sus manos echó a andar. camino abajo. Siempre alerta. Los runas criminales podían saltar desde los pencos. ¡El tendero! Grito pesado en la conciencia.

Se refugió a la noche donde su querida. Todo se hizo más negro. Echado de bruces sobre la cama, junto a una hembra a la cual no quería, tuvo. miedo de moverse. Aguzaba el oído al menor descuido del silencio. Por las. rendijas de la puerta. entraba el viento con los mil ruidos del pueblo. Venían a matarle. Nadie quería defenderle. El patrón. El cura. El teniente político. Se abrió una desesperación de soledad ante sus ojos. Un rumor roía como rata en sus talones. Su angustia no tuvo límites. Dormir. La hembra roncaba estrepitosa. mente, Acababa de ocurrírsele una idea aterradora. ¿Y si el tendero contaba en el pueblo la verdad? ¡Ya debe haber contado! ¡El amo tenía razón! Se incorporó en la cama.

—Que's pes.... Dejarás dormir —protestó la mujer

—Vuelvo lueguito, no.

—Onde pes

— Aquí no más.

Salió a la noche en busca del tendero. El estanco no estaba muy. cerca. Había que atravesar un camino desierto. Ejércitos de sombras le esperaban en las cunetas. Un retazo de luna salió. de entre las nubes. Se quedó mirando, no había nadie. Se vio en la sombra que proyectaba su cuerpo corpulento. La cara del indio muerto a machetazos. Corrió. Un, arrepentimiento al sentir que, con la carrera, el, corazón galopaba con demasía en el pecho.

---¡Soy un pendejo! —murmuró por lo bajo, siguiendo el camino despacio. De pronto se dio cuenta que algo húmedo le corría por las mejillas. «Soy un cobarde», se dijo. Sólo servía para matar indios viejos. Es indefensos.

El tendero le recibió con afabilidad tranquilizadora:

—¿Qui' ay pes, cholito?

— Dame una. doble...

— Uuu, ya es tarde pes... Ya voy a denle Sólo por unos chumados me quedé hasta estas horas...

— Dame digo...

—Otra vez váis a chumarte…

El Guagcho se dirigió pesadamente al mostrador. Se sirvió él mismo la copa e invitó al tendero:

—Ti’a di’acer mal el trío, tomá una copita,

—¿Seguís pensando en el pobre viejo? —interrogó burlón el amigo,

—No creirás lo que te dije, por hacerme el gasho no más jue. Cómo pes para matar yo al pobre viejo, ashá entre eshos cholito,

—Disparate. Aura ti’acís el compasivo... Vos tan cuantas veces nu'as dado de palo a los indios.

—¡Mentira! —gritó el Guagcho.

Poco a poco el alcohol fue desviando la compasión del Guagcho hasta encausarla en un lamento de ebrio, con las mejillas empapadas. Afuera en el pueblo las horas caían lentas. Cerraron la puerta y llegó la mujer del tendero.

— Vecinita, tómese un traguito.

— Ay, Dios so'lo'pay.

— Salud.

— Salud.

Se sentó en el suelo la mujer. Mamó el guagua hasta quedarse dormido.

— Más trago...

— Otrita, no li’a di'acer daño.

—Bueno pes. ¿Y nu'estuvo en las declaraciones del indio Chango?

—No...

—Ele, un bushón jue pes... Ya declaró el indio quera el asesino. ¡No!

Llora el guagua. Marido y mujer se sobrecogieron de espanto. No era para ponerse así.

— Jesús, va'espantar el guagua... Casha, casha, bonito...

—¡No! — repitió el cholo.

— Tome, mejor.

— ¡No!

Nadie volvió a mentar el asunto, aun cuando el Guagcho bebía sin medida. Durmieron donde les cogió la gana. Apenas abrió sus rendijas la mañana, el güiñachishca se despertó gritando:

—Me muero del chuchaqui, cholito.

La chola se incorporó desde el rincón del sueño, bajándose apresuradamente los centros revueltos, y ruborosa al ver sus dos piernas desnudas hasta el sexo, dijo:

— Jesús como mi'quedado dormida.

—Me muero. del chuchaqui vecinita a base el Guagcho con las manos en el pecho.

—Si quiere chicha voy a traer lueguito.

Al despertarse el tendero oyó el proyecto, rectificando:

— Pendejada... Danos un quemado de puro más vale.

—¿Más trago?

—La lana del mismo perro, bruta.

La cura del chuchaqui por el alcohol duró casi todo el día. Allá por las cinco y media de la tarde, cuando la torre: llamaba a distribución, y el cholerío salía a las puertas de las viviendas a comentar a gritos las noticias de última hora, buscó el Guagcho aire para su desintoxicación en la calle. Se sentía borracho como nunca. Al volver la esquina para tomar el carretero, calle mayor de la aldea, se detuvo, apoyó la mano en una pared y se quedó inmóvil. Quería escuchar algo que de improviso le había nacido en los talones. Claramente oyó pisadas que iban en su busca. De nuevo venían tras él, de nuevo le perseguían los malditos indios. ¡No! No era nadie... ¿Quién estaba allí entre las tinieblas de la inconsciencia alcohólica? Quiso volver al estanco. Daba pasos de un lado para otro. ¿Dónde estaba la tienda? Se olvidó de pronto. Sonrió en un estremecimiento de hipo borracho. Se abrió a su esperanza la callejuela principal del pueblo, sumida en la: penumbra de la tarde. Gruñó reflejando una expresión satisfecha. Ya no le podrían matar, había muchas cholas que conversaban a gritos desde la puerta de sus viviendas. Avanzó por la avenida de comentarios con paso que él creía resuelto y resultaba tambaleante.

— Mañana de mañanita desque le mandan al panáutico.

—Antes de que se pudra Verida del hombro.

—Los diablos no desque le dejan.

—Mal desque'stá con l'erida.

— Pobre indio.

—Cashe mumiya. ¡Indio bandido, matar así al pobre suedro.

— ¡Asesino!

— ¡Eso es tener sangre de criminal!

Desde el fondo de la borrachera al Guagcho le subió los gritos de las mujeres:

---¡Asesino!

Se encaró con unas cholas. Buscando el rostro de la acusación. Vió cómo las sombras de unas hembras desaparecían dando gritos:

—¡El Guagcho!

— ¡Está chumado!

—¡Es terrible!

— ¡Ha de pegar eso!

Con la mirada perdida interrogó a la negrura de una vivienda que le salió al encuentro:

—¿A mí me dicen, carajo?

Desde el otro lado de la calle apaciguó un arriero agazapado en un corredor:

— Dejá a las chiquishas ve... Nu'estábamos hablando de vos, adefesio... Del José Chango que mató al suedro, era...

—¡Del indio asesino! ¡Del rosca criminal! — afírmó el coro de chagras y cholas más próximo junto a las puertas de las tiendas.

El borracho corrió sin fijarse en el camino, pisando en los charcos, dándose contra las paredes. Cayendo entre las sombras que salían de todas partes para afirmarle burlonamente:

— Nu'es a vos Guagcho, es al indio José Chango qui'a matado al viejo suedro.

Voces que se mofaban de él por creerle inepto. No era un cobarde, Para su conciencia chola, la misión de defensor del amo estaba cumplida. Si el pueblo necesitaba un asesino podía confiar en él como en un buen especialista. Vagamente sintió remordimiento por haberse portado como un bruto. Aun cuando su cabeza era un hueco de contradicciones, la idea de odio hacia los que le defraudaron empezó a darle vueltas maniáticamente. ¿Pero quiénes eran? ¿Dónde estaban? Confiando en sus músculos murmuró en voz baja:

— No mi'an de crer un cobarde, carajo.

Se hallaba dispuesto a los mayores atrevimientos, pero no daba con el atrevimiento. La violencia de un hombre herido en lo más íntimo de su dignidad, de un borracho falsamente superado por el alcohol, de un instinto de libertad desorientado, le hicieron gritar en las narices de todas las sombras que le salían al paso:

—¡Yo juí, carajo!

Desengaño amargo al encontrar a su declaración inofensiva. Los cholos seguían tranquilos, los cholos que debían comprenderle por estar amasados con su misma carne, hecha de angustias y furias reprimidas.

— ¡Con estas manos le maté al indio viejo!

Tal vez se le haya quedado paralizada la lengua y sus palabras sean gestos mudos. No se ha oído su grito. Y él tiene conciencia de haber gritado fuerte:

—¡Yo le maté al suedro del Chango!

--- ...

---¡Yo le maté, carajooooo!

Aun cuando los vecinos seguían tranquilos, sembrados en la callejuela, esta vez él se había oído y tuvo miedo. Ofuscado por el aguardiente exaltó su rumbosidad habitual.

Una chola que daba de mamar a un crío, le suplicó:

— Cashe mumiyo, está borracho... No le creo nada,

---¡Yo juí, carajo!

Todas las voces se sublevaron contra él:

—Cómo ha de decir pes pendejadas, taita cuya dijo que’ra el longo Chango, nosotros li'oimos con estas orejas que si’an di'acer tierra.

Se le retorció al Guagcho una angustia, comprendiendo el desprecio del cholerío. Le creían incapaz de matar a un indio. Se acercó a un grupo de mujeres. Lleno de cólera afirmó:

—Yo juí, carajo, el que mató al longo suedro del José Chango. ¿Por qué no me creen?

—No digas pendejadas... Andá dormí que's mejor.

El teniente político nos leyó las declaraciones.

---Yo juí, Carajo. Yo el asesino, ¡Yo el mierda! Yo le vide cair partido la cabeza.

Se complacía en insultarse para que le crea la gente. Reía el cholerío al ver al Guagcho como hacía piruetas y pateaba en el suelo.

¿Por qué no le creían todas esas gentes? Sé puso furioso y corrió calle abajo gritando:

—¡Yo le maté al indio, carajoooooo!

El zapatero Costales, acostumbrado a entretener los ocios de las tardes ejercitándose en la vihuela, en la puerta de la tienda, al ver pasar al Guagcho en tal forma se puso a cantar:

De los malos aguardientes

Salen los chispos fatales

el taita cura, nuestro político

y también el pobre Guagcho.

Rieron unos muchachos que jugaban botones, y animándose en la algazara que la gente hacía al' borracho, se pusieron a pifiar:

—¡Guagcho mentiroso...! Uuuio... Uuuio... Uuuio... Uuuio…

—Yo, carajo... ¡Yo!

Asfixiándose en la borrachera, cansado de correr, se paró para mirar calle abajo. No se oían los silbos de los muchachos, ya no le acosaban las voces de las mujeres. Todo se había callado en torno. Pero estaba él, con su fatiga bullanguera, con su corazón cansado, con sus voces fantasmas: «¡Taita cura nos dijo que'ra el indio!» «¡A él hay que creerle!» «El político nos dijo que'ra el indio!» «¡Los patrones dijeron que'ra. el indio!» «¡El indio mismo dijo que’ra el indio!»

Siguió calle arriba. De improviso se detuvo delante de una puerta, buscando la víctima en donde poder descargar sus remordimientos.

—¿Quién me dice que no, carajo?

El llanto de un niño olvidado respondió desde el interior. Lanzó un rugido y siguió buscando. ¡Ah!, pero había una esperanza en el final de la calle; la tasa donde vivía el maestro de escuela, oculta entre las manchas de la borrachera, alcanzó. a divisar el Guagcho.

—Ajajá... —rugió aligerando el paso. Cómo se iba a banquetear con aquel infeliz chullita,

Todo salía a pedir de boca, el hombre de la ciudad parecía esperarle arrimado al pilar del corredor. Vibró con más fuerza el viejo odio del cholo. Ña Blanquita. No le dejaba en paz ni en aquellos momentos. Hizo puños las manos, alzó los hombros y sacó la cabeza para mirar mejor al adversario que esperaba impasible,

—¡Yo juí el que maté al indio suedro del José

---¡Chango! —gritó en son de guerra el ex-mayordomo pensando encontrar la negativa que le dieron todos para tener motivo de pegar. Un silencio le dio alegría,

—¡SÍ, carajo! ¡Yo le maté!

—¿Y quién dice lo contrario? —respondió una voz desde la penumbra de la tarde.

—¡Sí! — repitió el güiñachishca creyendo haber oído mal,

Luquitas, en el primer momento, quiso huir a su cuarto, no responder, hacerse, el sordo a las llamadas del exterior. Ese grito agresivo era una llamada, él lo sintió como un dolor cholo, un dolor que quería canalizarse. «Que se maten entre ellos», había repetido más de una vez. Dio dos pasos hasta la puerta... Se guardaría bajo llave. Pero aquella declaración que certificaba una Injusticia le hizo desistir de su fuga, abriendo con alegría el desangre interno de sus viejas aspiraciones, Esperó mientras se decía, para tranquilizarse objetivamente: «no debo ser un cobarde». Había una exigencia a gritos, urgencia. que parecía suya; ya no en la borrosidad del sueño, sino al cobijo de una tarde límpida de su tierra, con el material humano llegado a él, de mala manera, pero cerca en el dolor y en la desorientación. Y la voz insistió: «Yo maté». La interrogación salió de suyo: «¿Y quién dice lo contrario?» El Guagcho abrió cuanto pudo los ojos. Quería ver claro aun cuando su embriaguez oponía una tenaz resistencia. Lo inesperado de la respuesta empezó desbaratando la furia, aflojando los

puños. Se enredaron sentimientos opuestos hasta llegar al deseo absurdo de abrazar al enemigo. Acto de posible justificación como cursilería de borracho. Pero el Guagcho no llegó a su deseo. Se cogió la cara con las manos abiertas, repitiendo muy por lo bajo, con: precaución y curiosidad del que no quiere romper un embrujo:

—Yo le maté..., carajo.

Desde ese momento ya sólo fue oídos para oír la voz tristona del maestro de escuela, que seguía a mando:

— ¡Sí, es verdad!

Así la borrachera fue perdiendo sus impulsos salvajes, en tanto el chuchaqui se agigantaba en productos afables, casi familiares, con esa familiaridad que nos da el conocimiento de las enfermedades vergonzosas. Ambos estaban en el secreto sin saberlo. El Guagcho se atrevió a formular una discúlpa:

—¡Jue por defender a mi patrón, carajo!

---¿Patrón? —interrogó Luquitas con: marcada ironía,

El cholo calló, echando una mirada en torno. El ruido de un arroyo que corría bajo el cerca de pencos que orla el camino refrescó sus angustias, parecía un murmullo del: alma, perenne, profundo, sobresaliendo por encima del silencio de los dos hombres.

Sorprendidos ante aquella dulzura muda, no quisieron pensar en la causa que la producía, se hallaban hermanados, envueltos en un sopor tropical, sin pensar en los horizontes necesarios,

---¿Todavía le crees el amo? — murmuró Luquitas tas en confianza de vieja y entrañable amistad ---¿Después de que te ha convertido en un asesino?... ¿Después de que..... — iba a lanzar un discurso de aquellos que sabía pronunciar ante el viejo burócrata, pero las palabras se le quedaron en la garganta.

—No sabía pes que Piba matar — disculpose el cholo con sonrisa idiota de indio.

— Claro, has sido siempre el instrumento inconsciente de ellos.

Volvió el asesino a quedarse prendido en una pausa. Quería palabras claras, sencillas. En un golpe de coraje se atrevió a murmurar:

---¡Diga...! ¿Qué hago?

Y limpiándose la nariz con la manga levantó la cabeza como si estuviera dispuesto a obedecer. Tenía el rostro contraído. Luquitas miró un momento al Guagcho antes de contestar. Nunca se había puesto al borde de tal urgencia. ¿Qué hacer? Desde la penumbra de una noche recién aparecida, la carne mestiza de su tierra le exigía respuesta. Sus labios se movieron torpemente. Recordó, con sorpresa de relámpago, las escenas dadas por su ilusión una mañana de insomnio: «El cholo ayudando a romper el andamiaje opresor que esclaviza a los hombres bronceados durante una larga pesadilla». Habló con alegría del que siente construir algo con sus manos, Salieron las palabras claras, comprensibles. El cholo quería el caso próximo, e insistió:

—¿Y aura, ca?

-— En tí está la respuesta.

—Pero...

— Dudas tal vez porque serviste de verdugo,

—No... Pero...

— Hay que salvar al pobre indio... Mañana mismo le mandarán a Quito... Es una injusticia la que se va a cometer con él, la misma que, se ha cometido contigo...

—¿Conmigo?

—¿No eres un asesino...?

—Basta... — gritó el cholo.

— Entonces... Eres fuerte... Defiéndete.

Como el roncar de un trompo zumbaron las palabras del maestro de escuela en el alma del Guagcho. Cuanto más se convencía de su deber, ponla especial empeño en ocultar su sentimiento.

—-¿Me crees incapaz de salvarle?

---No... Espero qué te decidas... Que comprendas una sola cosa: el indio es un hombre como nosotros.

Hallándose de nuevo al borde de la acción, el cholo vaciló, tuvo miedo. ¿Qué le contenía? ¿El no poder convencerse que el indio es un hombre? Si nadie lo creía, ni un niño que fuera. Si él le ha visto... Si él le ha tratado y le ha maltratado… Puede que el maestro de escuela tenga razón porque en las chozas hay llanto de longos que sufren, y el sufrimiento es una cosa que él, cholo: hombre, también lo leva, Ahora descubría con sorpresa haber visto al indio amar y odiar.

—Y yo... —murmuró en alta voz, con la gracia angustiosa del niño que siente por primera vez un fenómeno que trae en sí.

— Tú— afirmó Lucas animando a la acción y creyendo que la pausa se debía a falta de valor…

—No, acaso digo por eso...

Por decir algo el Guagcho interrogó pon lo bajo:

—¿Cómo pes?

—¿Cómo? —repitió el maestro sin darse cuenta,

—¡Ya sé! —gritó de improviso el ex-mayordomo, y sin esperar más se precipitó calle abajo. Antes de desaparecer en, la noche, dejó oír su voz:

—Oye…

—¿Qué dices?

Ña Blanca, la hija del Montoya...

—Sí...

---Ya si'á casado pes con: uno de los de'sha.

—¿Verdad?

---Si aunque li'aga fiero tan, pero es así.

Lucas respondió, casi en una queja al principio, casi en un ladrido de furia al final:

---Qué me importa, carajo... Así mismo son estas…

En vía de consuelo animó a. su-nuevo' amigo dándole esperanzas, para a su vez animarse él:

— Qué carajo... ¡Arriba cholos pobres...!

Por las calles repletas dé tinieblas, entre. filas de casucas desvencijadas, se deslizó el Guagcho. Mientras caminaba se fue cerniendo sobre su alma un resentimiento para sus patrones obligándole a exhalar tenues quejas, hundiéndole en esa languidez que se siente después de los hechos consumados, en ese dolor que produce la cesación repentina de todos los afectos que fueron nuestra existencia, dándole un odio con justificación inmediata.

Acudió a su mente la figura. de ña Blanquita, siempre bella, pero cruel humillando al cholo sirviente. Murmuró con rabia:

—Soy un güiñachishca... Hijo sin taitas...

Aun cuando dé súbito, como una luz de bengala, recordó vivamente las escenas en la choza, la cara olvidada de la india, un olor a suciedad —el mismo que ahora despedían sus manos—, no gozó como en otras ocasiones al decir aquello de «hijo sin taitas». Hizo ¡un movimiento brusco para aligerar el paso. Allá, sobre el horizonte negro de la noche, creyó ver los cuadros de su vida infantil domada a látigo en la tienda de ña Alejandrinita. Desembocó en la plaza, sorprendiéndose ante un olor a mortecina. Venía de la iglesia. ¿Se estará pudriendo el fraile? Picado de curiosidad, sobre la pista del olfato, llegó al pretil. Al dar con un ataúd desclavádo que parecía esperar a la puerta de la iglesia, pensó: «algún indio que no ha tenido para pagar al cura el entierro». Apartó la tapa y palpó con la mano, un vaho nauseabundo le llenó narices y boca. Tuvo un, extraño presentimiento. Se acercó más, hasta mirar en la noche. Era el suegro del Chango. Se acercó tanto que la boca abierta por él en el cráneo del indio, casi penetra en sus narices. Apartó la cara como si se hubiera quemado.

— Púchico, apestando está —se atrevió a decir y continuó, mirando hacia el curato:

—Ve al cura bandido. si'a querido enterrar,

Desde luego no constituía novedad para él la conducta del fraile. Siempre que los infelicés deudos —generalmente los indios— no tenían para pagar los gastos indispensables de funerales, el cadáver se quedaba pudriéndose en el pretil, hasta que la caridad del pueblo, loco de fetidez, hacía cuota para que el muerto no sea devorado por los perros.

El encuentro con la víctima podrida agravó el despecho del Guagcho, Ya nadie podría quitarle la idea fija.

Agitado, trémulo, se dirigió hacia el interior de la casa de la tenencia política. En el corredor abría, de cuando en cuando; el ojo el cigarrillo del centinela un cholo joven, vestido de soldado, con alpargatas y una toalla mugrienta arrollada al cuello.

—¿A quién busca, viá? —interrogó el policía al notar una silueta frente al portón.

—¿Qui'ay pes cholito? — saludó humildemente el ex-mayordomo queriendo ganarse la confianza del centinela…

—¿Qué's pes... El Guagcho sois...? ¿Qué milagro pes?

—Nuay qui’acer... Aura ni onde dormir tengo dende que salí de l’acienda de patrón Montoya...

—-¿Saliste?

—Ya va para tres días.

—Y la mozita ca...

---Viendo sin plata ya nu’a de querer recibir pes. Por eso dije: voy a matar el tiempo conversando un ratico.

---Ay, Dios so lo pay. Porque el frío está jodido, cholito.

—En cual cuarto está pes el longo bandido...

---El tiene la culpa de todo, carajo... El patrón ponerse contra mí.

---En ese —informó el policía, señalando una puerta al extremo derecho del corredor.

---¿Mañana desque le shevan?:

—Ojalá, estas guardias tan jodidas... Pero el bandido todavía si'ace el pendejo... Teniente político ca dijo qui'aun que sea arrastrando li'a di'acer shevar.

—¿Arrastrando, no? —repitió el cholo sintiendo coraje que subíale desde lo más profundo de su ser. El silencio y la obscuridad excitaban a la acción.

—¿No tenís la shave?

— Para qué pes...

— Para verle pes...

— Entonces prestá el fusil, conoceremos.

— No, cholito. ¿Qué's pes? ¿Acaso es de prestar no más?

—Prestá... ---insistió echando mano al arma.

— Dejá...

El Guagcho no perdió segundo, de una patada certera arrojó lejos al policía.

---En lo qui’ace a juerza ca, no mi'as de poder, cojudo...

El gendarme reaccionó con violencia, pero un culatazo tendió de nuevo a la defensa en el suelo. Un alarido hirió la noche.

---Cashá maricón... ¿Quejándote, no? —murmuró el ex- mayordomo mirando a su víctima que se retorcía en la tierra.

Crujió la puerta y saltaron los candados del cuarto que servía de cárcel, al empuje feroz del Guagcho. Todo era tinieblas. El cholo echó la aldaba espesando la negrura del recinto.

---Chango... ¡Chango! —llamó palpando en la obscuridad. Como nadie respondiera, el cholo insistió:

—Veni... Vení...

Su voz delataba una urgencia de salvación. Sentía ternura al llamar Por primera vez. no llevaba engaño.

El indio en cambio, al oír aquella voz, se agazapó todo lo que pudo en un rincón, temblando de pavor, con el miedo desorbitado que sembró en su vi da el chasquido del fuete del mayordomo. Se creyó sin huida porque las paredes no le dejaban escapar de aquella visión infernal que agravaba la sofocación de su fiebre y el dolor de su herida con voz suplicante se atrevió a pedir:

— Nu, patruncitu… Nu matéis, ve...

—¡Cashá, pendejo! —vociferó el Guagcho des bordando en despecho al comprender el miedo que infundía en el indio. Precipitándose al rincón desde donde llegaba el lamento, insistió:

—Vení... Vení...

Algo se escurrió por el suelo, haciéndole cosquillas en las piernas

— No sias bruto, no me corras... Vení... Ya mismito shega la gente…

Todo el fervor fraternal se estrellaba contra las paredes mudas, iba a tientas, hilando una gana de llorar de despecho. ¿Por qué huía el indio de esa manera? Ahora que el Guagcho se sentía tan bueno... tan… No supo qué... ¿Acaso no podía el runa comprender que todo iba a marchar por las buenas entre ellos?

---Carajo nos van a trincar. Nos van a joder, no corras — suplicó el cholo sin obtener confianza en el herido. Su espíritu repetía: «es un hombre como nosotros». ¿Por qué no se deja conducir? Se enfureció, y sé dijo: «carajo, aura le salvo a puñetazos». Empezó a borrar brutalmente lo que brutalmente había sembrado. a

—Vení. carajo, indio puerco — gritó lanzándose violentamente hacia el lugar donde ubicaba los ruidos.

Hasta entonces el indio se arrastró al amparo de la obscuridad y la confianza que le dieron la ternura de las palabras del cholo. Pero cuando las sintió coléricas, se quedó alelado en un rincón, traspasado por aquella voz autoritaria. El ex-mayordomo aprovechó. el momento y agarró bruscamente al nativo.

—Ja… ja… ja… Te trinqué, ¿no? ---satisfecho exclamó el cholo, palpando el montón sudoroso de miedos y carne india.

Se abrió nuevamente alegría de arrepentimiento, desbordar callado de fraternidad, goce de bien, como cuando de muchacho cazaba un pajarillo

vivo y lo llevaba en el nido tembloroso de sus manos sucias a ofrecerle a ña Blanquita. Saboreando una superioridad que defiende la timidez mínima de las vidas indefensas.

—Vení... Veni...

Receloso el runa se aferró a su rincón hasta desesperar la buena voluntad del Guagcho.

¡Sí te conozco, mañoso, Ya querís quedarte clavado e como perico en tapia sin importarte nada! ¡Vamos!

—Ay… Ay… Ay…

José Chango sintió desfallecer. Se había movido demasiado para su fiebre y para su herida.

—Aunque no quieras tan ti'as de venir conmigo

El indio ya no dijo nada. Entre las sombras de su razón calenturienta sintió que alguien le llevaba como en un sueño de vuelo. Con gusto se hubiera puesto a llorar de felicidad. Se dobló sobre el hombro del salvador con languidez plácida.

En el corredor de la tenencia política, la luz difusa de la noche hacía de centinela delator. De un vistazo el Guagcho examinó las posibilidades de huida. Para algo le hicieron los patrones, experto en filtrarse con el contrabando burlando los cien ojos de los guardas. Sabía de mentiras, de carreras precipitadas, de chaquiñanes, y también de audacias. En' ese: momento atravesaron el portón los policías de relevo, unos chagras curiosos, y una mujer llevando la llama de una vela en el hueco de la mano. El único camino se hallaba cerrado por los gendarmes ansiosos de cumplir su deber y por la chagrería fiel a la conservación del prestigio moral del pueblo. — ¿Qué dirán los señores de Quito al saber que en San Isidro se ha fugado un preso, un criminal? —

No había vacilación, una necesidad imperiosa le empujó al Guagcho. Sabía por experiencia que la: audacia da buenos resultados en. estos casos. Avanzó paso a paso hasta el grupo de cholos, vociferando:

—¡Quería huirse... Yo le trinqué! —era voz y gesto de arriero que en los caminos grita, para qué se aparten los guardas temerosos y no examinen la carga: «Atajen esas mulas. bandidas, esas mulas desbocadas».

La gente del portón no se. preparó a nada, le dejó llegar, examinando la extraña figura del cholo cargando un indio. A lo más se dijeron: «por qué no le traerá arrastrando... Indio no más es». Y llegó hasta los ojos absortos de los vecinos, y pasó rozando las manos confiadas, y emprendió la carrera cuando ya estuvo en la calle.

En la confusión se apagó la vela. Alguien gritó:

—Cro'que va huyendo.

El policía repuesto, ordenó desde el suelo:

— Síganle, breve...

Mientras los hombres perseguían, las mujeres gritaban:

— Por ese chaquiñán se mete.

— Parece un cuy.

—Como corre...

—Vele... Vele…

—Onde pes.

— Elé pes.... El Guagcho, Dios da

---Dende temprano estaba medio loco.

— Ave María.

—Síganle, no se queden alepantados...

—Quién para que le coja pes…

— Para la loma va...

— Jesús...

—Al mónte ha de querer meterse…

—Di'ay no le saca nadie…

— Hacerse bandido.

— Bandido.

— ¡Bandido!

Trepaba la cuesta el Guagcho oteando refugio, con la urgencia de la fiera acosada que lleva en la boca al cachorro. A poca distancia iban los policías, parecían ganar terreno por cuanto sus voces se tornaban cada vez más claras, El peso del indio restaba posibilidades a la carrera del ex-mayordomo. Le flaqueaban las piernas con dolores en las coyunturas. ¡Ah…,ya…! Dio un salto por encima de la cerca. Conocía la existencia de un hueco bajo el camino. Allí ju-. gaba antaño sacando arena, o escondiéndose de sus amigos. Todo realizó en un minuto. En el hueco se hizo un ovillo. Acomodó al enfermo tapándole la boca para no ser delatado por las quejas. Resonaron golpes arriba en el camino, voces:

— Nu'asoma...

— Carajo por onde se jue...

¡No corren! Se han parado, tal vez oliéndole. Lleno de angustia se agar ró al poncho del indio, conteniendo la respiración. Sí pudiera echarse arena..... Una voz imperiosa le gritó en las venas, en el corazón: ¡Salvarse para salvar!

—Sigamos no más, hasta dar con él.

—Por aquí desapareció…

—Por aquí… en dónde pes... Ha de ver corrido más duro... Por maricón para no seguirle estáis poniendo pretextos.

Segundos angustiosos de espera. Entre discusiones y carajos volvieron a sonar allá arriba los pasos. Se alejaban por la cuesta, Al incorporarse, el Guagcho, para espiar, no se dio cuenta del tiempo que había pasado. Era

imposible seguir en la misma postura, se acomodó mejor. Al cabo de media hora, que para él fue toda una noche, bajaron los pesquisas.

— Aura sí nos jodimos, cholito...

— Nos han de dar de baja...

—Que carajo, yo...

Cuando las voces se perdieron cuesta abajo, salió con su carga al camino. Se sacudió como un animal. Miró a su alrededor, Avanzó despacio. En su pecho no se había evaporado totalmente el miedo. El primer golpe de una inquietud turbó su resolución. ¿Qué hacer con aquel hombre herido que llevaba a cuestas?

Creyó oír pasos a sus espaldas; sin pararse a. razonar emprendió la carrera.

Desde lo alto de la loma, con las pupilas dilatadas por la noche, se volvió para mirar. Las manchas blancas de las casas del pueblo, en la plana negra. de la noche, le llenaron de angustia. Sin comentarios, acomodó su carga y empezó a descender en busca de la choza abandonada que él conocía en el monte. Floreció su vida en orgullo, en orgullo de soldado que vuelve de una guerra interminable e injusta trayendo a cuestas al hermano herido.

LA bondad de un cielo estrellado chocaba contra la hostilidad de la tierra llena de vegetación que obstaculiza el paso.

Todo parecía lamentable al cholo: la choza de techumbre deshilada de paja, y escondida en la maleza le recordaba un escalofriante nido de ranas y lagartijas; las quejas del indio herido le producía ansiedad dolorosa; el chuchaqui y la imperiosa gana de obrar inmediatamente le desatinaban; las estrellas parpadeando inmutables al asomarse entre las rendijas del techo eran incapaces de darle respuesta.

Mudo se había quedado en un rincón, bocarriba. La queja del enfermo era lo único humano en medio de aquel desierto mortal. ¿Qué hacer con aquella queja? ¿Qué hacer con aquel hombre que se hallaba a merced de sus manos? ¿Para qué le trajo? ¿Quién le mandó sacarle de la cárcel? Todo era un sueño. Vio al maestro de escuela burlándose de él, Si por lo menos se callara el indio, Las ranas, las lagartijas, las estrellas, la obscuridad, la queja. Con despecho de muchacho emperrado se tiró los cabellos.

Comprendiendo que algo terrible había pasado en su vida, se echó de bruces, sobre el suelo olor a moho. Cerró cuanto pudo los ojos. El maestro de escuela no le había dicho todo claro. En resumidas cuentas, no le había dicho nada. O es que no podía recordar lo que le dijo... ¿Qué hacer? Sería dichoso si lograra meter la cabeza en un hueco para no oír las voces interiores. Su razón se iba hundiendo en el estruendo de la queja del runa, cuyo lamento adquiría para él proporciones de tempestad. Inmóvil, con la duda extrema se quedó largo rato, no supo el tiempo, quizás durmió profundamente. Al despertar con la queja clavada en los oídos, salió a la noche abierta, vagó por ella y por el monte, desprendiéndose del dolor del

herido. Cuando volvió al refugio la obscuridad empezaba a disolverse sobre la línea del horizonte y en su corazón se hacían menos negras las dudas.

Buscó a un indio curandero. Le trajo entre. advertencias de secreto.

El experto, lleno de admiración, ante el interés que tomaba el Guagcho por el indio Chango, se puso a curar mirando de reojo al cholo. Hizo una fogata, Colocó sobre el fuego la olla que traía con sigo. Mientras examinaba la herida amoratada de, hinchazón, murmuró palabras misteriosas. Cuando el cocimiento estuvo a punto, chupó con la boca la infección del hombro. Según él, era la única forma de extraer los demonios que mordían en los huesos. Gritos, ayes, ojos redondos de dolor, convulsiones vehementes, todo dominado maternalmente por el Guagcho que sostenía al enfermo, mientras el empírico chupaba y escupía esputos cuajados en pus y sangre. Para terminar la curación fue lavada la llaga con el cocimiento humeante y recubierta con emplasto de hojas de monte.

Al despedirse el: curandero, el cholo advirtió:

—Vendrás mañana... Cuidado vayas a chismiar que'stamos aquí, carajo. Yo ca te de pegar un machetazo eso. Para salvar a tu mismo compañero he tenido que joderme... Lo que l’iban a meter por eso... Eso es de que comprendan...

Algo receloso pero con gesto cómplice el curandero afirmó:

—¡Oh, ya! Siendo así ga... Dius su'lu pay pes. Peru anuchi miso a la guarmi y al guagua del Changu ya shevaron presos... Gana de shurar dió.

---Ya sabes... Vendrás mañana —terminó el cholo.

Una de las frases del ex-mayordomo se le quedó prendida en la enredarera. de. sus temores: “Para salvar a tu mismo compañero he tenido que joderme” Estaba perdido. ¿Por qué no huía si todos los caminos se echaban a sus plantas prometedores y llenos de libertad? ¿Péro qué hacer con el hombre que seguía quejándose? «El indio es un hombre como nosotros». Ah, sí. Eso le dijo el maestro de escuela. Tal vez lo dijo de broma. Se hizo el día tormentoso, el hambre picaba más fuerte que la cólera. Cuando la tarde se volvió negra entró por los chaquiñanes de la comarca, con la confianza del que transita por casa propia. En noches más tenebrosas aprendió los secretos de las tinieblas, cuando recogía lo de los indios para el amo, Sus pasos sonaban alegres bajando la ladera. Ahora, aquella forma de ganarse la vida que le enseñaron los patrones era para su satisfacción.

El curandero les visitaba todos los días y el nativo fue sanando.

Una tarde el Guagcho notó con asombro que alguien espiaba desde el monte. Se ocultó para descubrir al intruso. Eran indios que llegaban en desconfianza y curiosidad, abriéndose camino entre los chaparros. Venían por él, le dió en el corazón tal presentimiento. Chismes del curandero, Se acercaron a la choza. Allí estaba el Tixi, el Guamán, el Tuna. Los conocía desde siempre. Eran los cabecillas de la indiada. Venían a llevarse al Guagcho para entregarle a la justicia por una mísera propina. No podía consentir semejante infamia, no obstante, siguió observando. Le detuvo la esperanza de calmar la inquietud que atormentaba su espíritu. ¿Qué hacer con José Chango? «¡Que se lo lleven! », pensó

Entraron en la choza. Ni un grito. Nituna protesta: Nada de lo que él podía esperar del indio en señal de gratitud. Mascó un carajo y salió ciego de furia del escondite, Al ruido de sus pasos se desparramaron en fuga los intrusos.

Chango estaba inmóvil en el suelo, le miraba con una bondad amiga en los ojos. «Hipócrita», se dijo. Le buscaban a él. El indio al que había salvado era cómplice para darle muerte. Se equivocan. Vió claramente la traición. ¿Por qué salieron corriendo entonces? Buscó en la cara de su protegido la verdad

— ¿A qué vinieron? ¿Quién les shamó, carajo? ¡Vos indio traicionero!

— Yu ca nu sé...

— ¿A qué vinieron entonces?

— Vinierun nu más —respondió con cara placentera el longo.

— ¡A matarme!

—Nu...

— ¿Entonces ca?

El runa no pudo explicarse y se llenó de mutismo adivinando los temores del cholo.

La extensión infinita del paisaje se le hizo al Guagcho más pequeña. Pronto tuvo la ilusión de que se hallaba en un potrero rodeado de pesquisas de Montoya. Creció su desesperación.

— Por el indio puerco... —murmuró mordiendo maldiciones.

Apenas llegó el curandero, el Guagcho, cogiéndole del poncho le amenazó:

— ¡Aura te mato, chismoso!

Su faz ancha y prieta ganaba en fealdad mientras crecía la palidez de la furia. En espuma la saliva le llenaba la comisura de los labios.

---Nu... Nu... —se defendía el indio.

—¿Entonces, carajo, a qué vinieron los roscas a espiarme?

Por poco el curandero no se alegra dela ira de la interrogación. Rápidamente comprendió lo que había pasado, y la verdad brotó de su boca como de un pozo de petroleo con impetuosidad que fue aniquilando poco a poco los temores coléricos del ex-mayordomo, con liturgia de sus frases recitadas cuando desempeñaba el oficio de curandero:

— Nu... Eshus han di'aber venido para verte nu mas... Para ver si'es cierto lo que dicen de vus… Para…

—¡Para mátarmel

—Nu... Ni antes pis, piur aura ga... Aura ga tan güeno con pubris natorales. Aura ga han di’aber yenido para hacer amigu propio..... Que defiende como a Changu...

— ¿Eh?

— Sí, pes... Defendiendu.

A veces nos perturba más la calma. Acaso por efecto de una íntima perversión de su naturaleza, el Guagcho, al sentir que se desbarataba su temor de denuncia, de posible muerte, adivinó a sus pies un mar de bondades fraternas donde creyó ahogarse. Vendrían los indios. Todos… ¿Y qué haría con ellos? No podría decirles nada... No sabía qué... Maldita la cara del maestro de escuela que le habló esa noche, Finalmente decidió esperar. Esperar que vengan.

En dos, en tres días fueron perdiendo los indios curiosos el temor. Le buscaron en la choza, le espiaron por el monte, salieron a su paso, de improviso, le siguieron a todas partes, contándole infamias de las cuales él fue verdugo en otra época. Llegaron mujeres, guaguas.

No pudo más y una noche decidió huir monte adentro hasta caer muerto de cansado. Quien les ha hecho creer que él podía ser capaz...

En la lejanía de la oscuridad se levantaba él ladrido de los perros, vigilantes en los huasipungos. Cuando comenzó a meterse en el monte era noche cerrada. El aullido de un disparo le puso alerta, desbaratando la urgencia de la fuga. Luego sonó otro más cerca como un desafío del demonio blanco. Quizás estén matando al indio, ojalá se atrevan a matarle a él, «Qué vengan», se dijo orgulloso, estremeciéndose ante la provocación. En su alma ardió el deseo de vivir peligrosamente, de pelear. Se había encendido un objetivo ante sus ojos desorientados. Corrió de nuevo en busca del Chango. Como se hallaba sano, le ordenó:

---Vamos corriendo, ya vienen a matarnos... Hay qui’adelantarse... Verás lo que vamos'hacer...

Su esperanza se iluminó pensando en el maestro de escuela. Él podía darles la solución. Nadie más que él. Sabía hablar claro aun cuando, ya no se acordaba nada de lo que le dijo. Creyó en la urgencia de ir en busca de aquel hombre. Desde ese momento ya no pensó en otra cosa.

— Vamos... Vamos... —repitió febrilmente, empujando al runa.

Le visitarían a media noche. Le exigirían la respuesta. En suma, le rogarían poniendo en juego cuanto estuviere de su parte para enternecerle, para obligarle

Robaron dos buenos caballos en la hacienda de Montoya, y entraron al pueblo a eso de la medie noche. No constituía novedad en San Isidro dos jinetes a esa hora. Al impulso de la pasión desordenaba el cholo iba mezclando. en su corazón la rebeldía de la vanidad muscular rumbosa y los temores de sus ideas inexpertas.

A medida que se aproximaba a la casa donde vivía Lucas, se redoblaba la ansiedad. Desde el caballo el Guagcho golpeó la ventanuca, preparándose para ser persuasivo, conmovedor, elocuente, altanero y si era necesario, indigno y cruel, Los golpes resonaron en la paz de las tinieblas y nadie respondió adentro. La calle había quedado sumergida en el mayor silencio; y oíase distintamente el medroso y cristalino correr del arroyo cercano, El Guagcho tuvo un calofrío de presentimiento. ¿Y si no está? Sin querer que el indio le tome por un derrotado, volvió a llamar con los ojos fijos en la ventana corchada. Se desmontó del caballo. Resonaron sus pasos en el corredor, asustando a un perro que salió despavorido sin ladrar. Golpeó violentamente. De pronto, allá en el interior del cuarto vecino, la voz asustada de una mujer:

---¿Quién es...?

—¿A quién busca?

— Al maistro...

—¿Qué maistro pes...? Ya no le mandaron sacando por estar corrompiendo a la gente.

Después de una pausa que dejó oír la respiración fogosa de los caballos, el Guagcho asió las dos armellas y sacudiendo la puerta gritó:

— ¡Mentira!

—¿Qué le pasa vía? nu'está oyendo que nu'ay nadies...

— Usté sabe onde si'a escondido, carajo...

Creyó el cholo que Luquitas huía de sus preguntas, que le dejaba en el filo as un barranco sin salida, y se llenó de furia...

—Ya le digo pes que la mandaron. sacando por hereje... El pobre se jue triste...

Curiosa. la mujer por saber quién podía buscar con tanta insistencio a aquel hombre despreciado y qué fue despedido de la escuela por intrigas del señor cura a los gamonales, se levantó del jergón, prendió el candil.

---Carajo... ¿Entonces quí'ago? —interrogó el extraño visitante con nuevos y coléricos golpes.

Se abrió la puerta, la luz que traía la mujer en la diestra, descubrió el rostro cuadrado del Guagcho.

Una ráfaga de viento apagó el candil, dejando tan sólo en la cabra: del corredor la visión de la diabólica silueta del cholo desaparecido.

En el profundo silencio de aquellas horas la voz de la hembra anunció:

— ¡Socorro... El Guagcho!

El cholo saltó sobre el caballo, hincó en la piel temblorosa de la bestia los talones. Perdiéronse los jinetes en una esquina de la calle.

El viento inclinaba las copas de los árboles sobre el camino, con murmullo de hojas y ramas. Cholo e indio se internaron en la oscuridad de una noche sin estrellas.

Por experiencia de arriero sabía. el Guagcho que los caminos a la larga dan las gentes que uno busca, por muy perdidas que estén, por muy importantes que aparezcan. En los caminos encontrarían al maestro de escuela que por instantes se volvía una necesidad en los poros del cholo. En los caminos tal vez darían con la libertad. En los caminos, el Guagcho y el indio, era en la única parte que sabían desenvolverse a su antojo. En los caminos no habría el dolor del criminal acosado.

Al meterse en un chaquiñán cruzaron con un arriero que iba medio dormido sobre la mula, arrebujado en el poncho. Pararon a las bestias sobre la orilla del sendero, mientras secreteaban amigablemente, cholo e indio.

— Ve, la gente ya va a la feria,

— Cumu nu pes...

—Si nos quedamos más tiempo aquí nos pueden trincar —afirmó el cholo temeroso de que el indio no quiera desenraizarse del lugar. Pero tuvo la sorpresa de oír:

— Claro pes...

Consentía, tal vez empezaba a inquietarse, Para probar o insistió:

— ¿Y a dónde iremos?

— Undi quiera pes... Ya nu tingu ni guagua ga, ni guarmi ga... Tuditicu han shevadu... In utras gaciendas ga nus han di dar trabaju...

---No más haciendas —protestó instintivamente el Guagcho, y dándole una esperanza, dijo: —Verás que bien nos va cuando seamos tres...

Al decir sintió un desangre de aspiraciones reprimidas. Quería oír de nuevo el consejo de aquel hombre que le hablo fraternalmente una noche. Si fuera preciso le buscaría en todos los rincones de la tierra de América.

El alba curioso sorprendió a los fugitivos en la cima de una loma. El Guagcho se levantó el ala del sombrero en señal de lucha, y el poncho del indio, flameó como bandera sobre el fondo sangrante del amanecer.